siglo veintiuno editores, sa
AV. CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D. F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
EMILIO RUBIN 7, MADRID - 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa
PERU 952, BUENOS AIRES, ARGENTINA

Nº Editorial: 224

Título original:
Psychanalyse et transversalité

© François Maspero, París, 1972

Primera edición en castellano: abril 1976

© Siglo XXI Argentina Editores S. A.
Perú 952, Buenos Aires

En coedición con:
Siglo XXI Editores S. A.
Av. Cerro del Agua 248, México 20, D. F.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina
Printed in Argentina

ÍNDICE

PREFACIO DE GILLES DELEUZE. TRES PROBLEMAS DE GRUPO 9
SOBRE LAS RELACIONES ENFERMEROS-MÉDICOS 23
MONOGRAFÍA SOBRE R. A. 35
EL DERRUMBE DE UNA VIDA AÚN NO VIVIDA. PÉRDIDA DEL "YO" 40
EL SCAJ SEÑORES-SEÑORAS 52
INTRODUCCIÓN A LA PSICOTERAPIA INSTITUCIONAL 56
Presentación, 56; 1. El punto de partida, 57; 2. ¿Qué es un grupo?, 59; 3. La institución, 63; 4. Nueva dirección del psicoanálisis, 65.
LA TRANSFERENCIA 70
REFLEXIONES SOBRE LA TERAPIA INSTITUCIONAL Y LOS PROBLEMAS DE LA HIGIENE MENTAL EN EL ÁMBITO ESTUDIANTIL 78
LA TRANSVERSALIDAD 92
REFLEXIONES PARA FILÓSOFOS SOBRE LA PSICOTERAPIA INSTITUCIONAL 108
LAS NUEVE TESIS DE LA OPOSICIÓN DE IZQUIERDA 121
Tesis 1: el capitalismo y el estado, 121; Tesis 2: el capitalismo y la estrategia del movimiento obrero internacional, 124; Tesis 3: las contradicciones interimperialistas, 127; Tesis 4: el tercer mundo, 130; Tesis 5: los estados socialistas, 133; Tesis 6: el estado y el modernismo en Francia, 138; Tesis 7: la sociedad política, 143; Tesis 8: la organización revolucionaria, 145; Tesis 9: la etapa del reagrupamiento, 153.
DE UN SIGNO A OTRO 157
EL GRUPO Y LA PERSONA 177
LA CAUSALIDAD, LA SUBJETIVIDAD Y LA HISTORIA 201
I. La historia y la determinación significante, 201; II. El corte leninista, 212; III. Integración de la clase obrera y perspectiva analítica, 226; IV. Vietnam 1967, 238.
LA CONTRARREVOLUCIÓN ES UNA CIENCIA QUE SE ENSEÑA 242
AUTOGESTIÓN Y NARCISISMO 244
EXTRACTOS DE DISCUSIONES: FIN DE JUNIO DE 1968 247
EL ESTUDIANTE, EL LOCO Y EL KATANGUEÑO 263
MÁQUINA Y ESTRUCTURA 274

REFLEXIONES SOBRE LA ENSEÑANZA COMO REVERSO DEL ANÁLISIS 284
I. Argumento, 284; II. Comentarios, 288.
GUERRILLA Y PSIQUIATRÍA 298
¿DÓNDE COMIENZA LA PSICOTERAPIA DE GRUPO? 302
RAYMOND Y EL GRUPO HISPANO 305
LOS MAOS-MAOS O EL MAYO IMPOSIBLE 313
SOMOS TODOS GRUPÚSCULOS 317

Traducción de
FERNANDO HUGO AZCURRA

Revisión técnica de
OSCAR DEL BARCO

Psicoanálisis y transversalidad

Crítica psicoanalítica de las instituciones

por
Félix Guattari
Prefacio de Giles Deleuze

siglo veintiuno editores
méxico
españa
argentina

PREFACIO DE GILLES DELEUZE

TRES PROBLEMAS DE GRUPO

Ocurre a veces que el militante político y el psicoanalista se dan en la misma persona, y que, en vez de permanecer separados, no cesan de combinarse, penetrarse, comunicarse, de tomarse el uno por el otro. Es un hecho bastante raro desde Reich. Pierre-Félix Guattari apenas si se preocupa por los problemas de la unidad de un Yo. El yo forma parte más bien de esas cosas que hay que disolver, bajo el embate conjugado de fuerzas políticas y analíticas. La expresión de Guattari "somos todos grupúsculos", señala claramente la búsqueda de una nueva subjetividad; subjetividad de grupo, que no se deja encerrar en un todo forzosamente dispuesto a reconstituir un yo, o lo que es peor aún un superyó, sino que se extiende a varios grupos a la vez, divisibles, multiplicables, comunicantes y siempre revocables. El criterio de un buen grupo es que no se considere único, inmortal y significante, como un sindicato de defensa o seguridad, como un ministerio de ex combatientes, sino que se ramifique hacia un afuera que lo confronte con sus posibilidades de sinsentido, muerte o fragmentación "en razón misma de su apertura hacia los otros grupos". El individuo a su vez es tal grupo. Guattari encarna del modo más natural los dos aspectos de un anti-Yo: por un lado, como una cabeza catatónica, cuerpo ciego y endurecido que se impregna de muerte en cuanto se quita sus anteojos; por otro lado con un brillo deslumbrante, pleno de múltiples vidas, apenas mira, obra, ríe, piensa, ataca. Además se llama Pierre y Félix: potencias esquizofrénicas.

Gaudetto pour Guattari

En esta conjunción del psicoanalista y el militante, se ponen en evidencia por lo menos tres órdenes de problemas: 1) ¿De qué forma introducir la política en la práctica y la teoría psicoanalísticas (una vez asegurado que, de cualquier modo, la política está en el inconsciente mismo)? 2) ¿Conviene introducir, y cómo, el psicoanálisis en los grupos militantes revolucionarios? 3) ¿Cómo concebir y formar grupos terapéuticos específicos, cuya influencia se extienda a los grupos políticos, y también a las estructuras psiquiátricas y psicoanalíticas? Respecto a estos tres tipos de problemas, Guattari nos pre-

senta aquí cierto número de artículos, escritos entre 1955 y 1970, que señalan una evolución, con dos grandes hitos referenciales, de las expectativas que siguieron a la Liberación, las que siguieron luego de mayo de 1968, y entre ellas el trabajo de topo que preparó Mayo.

En cuanto al primer problema, veremos cómo Guattari tuvo tempranamente la impresión que el inconsciente se relaciona directamente con todo un campo social, económico y político, más que con las coordenadas míticas y familiares invocadas tradicionalmente por el psicoanálisis. Se trata de la libido como tal, como esencia del deseo y la sexualidad: ella carga y descarga los flujos de cualquier naturaleza que circulan en el campo social, produce cortes de esos mismos flujos, bloqueos, fugas, retenciones. Y sin duda que no actúa de una manera manifiesta, al modo de los intereses objetivos de la conciencia y de los encadenamientos de la causalidad histórica, pero despliega un deseo latente coextensivo al campo social, ocasionando rupturas de causalidad, surgimiento de singularidades, puntos de detención como de fuga. 1936 no es solamente un acontecimiento en la conciencia histórica, sino un complejo del inconsciente. Nuestros amores, nuestras elecciones sexuales no son tanto derivaciones de un Papá-Mamá mítico, como de un real-social, las interferencias y los efectos de flujo investidos por la libido. Con los que no se hacen el amor y la muerte. Guattari puede entonces reprochar al psicoanálisis la manera de aplastar sistemáticamente todos los contenidos sociopolíticos del inconsciente, que sin embargo determinan en realidad los objetos del deseo. El psicoanálisis, afirma, parte de una suerte de narcisismo absoluto (*Das Ding*) para desembocar en un ideal de adaptación social que llama curación; pero este procedimiento deja siempre a oscuras una constelación social singular, que muy por el contrario sería necesario explotar, en vez de sacrificarla al descubrimiento de un inconsciente simbólico abstracto. El *Das Ding* no es el horizonte recurrente que crea ilusoriamente una persona individual, sino un cuerpo social que funciona como base de potencialidades latentes (¿por qué hay aquí locos y allá revolucionarios?). Más importante que el padre, la madre, la abuela, son todos los personajes que constituyen los problemas fundamentales de la sociedad, tal como la lucha de clases de nuestra época. Más importante que contar cómo la sociedad griega, un buen día, hizo con Edipo "el viraje de la dermorreacción", es la enorme *Spaltung* que atraviesa hoy el mundo comunista. ¿Cómo olvidar el rol del estado en todas las impases en que la libido es sorprendida, reducida a invertir las imágenes intimistas de la familia? ¿Cómo creer que el complejo de castración puede encontrar una solución satisfactoria mientras

la sociedad le confía un rol inconsciente de regulación y represión sociales? En resumen, la relación social nunca constituye un más allá ni un después de los problemas individuales y familiares. Es curioso, incluso, hasta qué punto los contenidos sociales, económicos y políticos de la libido se muestran con tanta más fuerza cuando nos encontramos ante síndromes con los aspectos más desocializados como en la psicosis. "Más allá del Yo, el sujeto estalla en todo el universo histórico, el delirante comienza a hablar lenguas extranjeras, alucina la historia, los conflictos de clase o las guerras se convierten en los instrumentos de la expresión de sí mismo [. . .] la distinción entre la vida privada y los diversos niveles de la vida social no tiene importancia" (Compárese con Freud, que retiene de la guerra sólo un instinto de muerte indeterminado, y un choque no calificado, un exceso de excitación del tipo bum-bum). Restituir al inconsciente sus perspectivas históricas sobre un fondo desconocido y de inquietud, implica una inversión del psicoanálisis, y sin dudas un redescubrimiento de la psicosis bajo los oropeles de la neurosis. Porque el psicoanálisis unió todos sus esfuerzos a los de la psiquiatría más tradicional, para ahogar la voz de los locos que nos hablan esencialmente de política, economía, orden y revolución. En un artículo reciente, Marcel Jaeger señala cómo "las palabras pronunciadas por los locos no expresan sólo la densidad de sus desórdenes psíquicos individuales: el discuro de la locura se articula sobre otro discurso, el de la historia política, social, religiosa, que habla en cada uno de ellos [. . .] En ciertos casos, es la utilización de conceptos políticos lo que provoca un estado de crisis en el enfermo, como si pusiera al día el nudo de contradicciones en el cual está enredado el loco [. . .] No hay sector del campo social, ni siquiera el asilo, en el cual no se grabe la historia del movimiento obrero".[1] Estas formulaciones expresan la misma orientación que los trabajos de Guattari desde sus primeros artículos, la misma empresa de reevaluación de la psicosis.

Se ve la diferencia con Reich: no hay una economía libidinal que vendría por otros medios a prolongar subjetivamente la economía política, no hay una represión sexual que interiorizaría la explotación económica y el sometimiento político. Pero el deseo como libido ya está en todas partes, la sexualidad recorre y abarca todo el campo social, en coincidencia con los flujos que se deslizan bajo los objetos, las personas y los símbolos de un grupo, y de los cuales dependen éstos en su delimitación y constitución misma. Allí está precisamente

[1] Marcel Jaeger, "L'Underground de la folie", en "Folie pour folie", *Partisans*, febrero de 1972.

el carácter latente de la sexualidad del deseo, que no se vuelve manifiesta más que con las elecciones de objetos sexuales y de sus símbolos (es por demás evidente que los símbolos son conscientemente sexuales). Por lo tanto es la economía política en tanto tal, economía de flujos, la que es inconscientemente libidinal: no hay dos economías, y el deseo o la libido son solamente la subjetividad de la economía política. "Lo económico, es al fin de cuentas el resorte mismo de la subjetividad". Esto es lo que expresa la noción de *institución*, que se define por una subjetividad de flujo y de corte de flujo en las formas objetivas de un grupo. Las dualidades de lo objetivo y de lo subjetivo, de la infraestructura y de las superestructuras, de la producción y de la ideología, desaparecen para dejar lugar a la estricta complementariedad del sujeto deseante de la institución y del objeto institucional. (Habría que comparar estos análisis institucionales de Guattari con los que hacía Cardan en el mismo momento en *Socialisme ou Barbarie*, y que fueron asimilados bajo una misma crítica amarga de los trotskistas.)[2]

El segundo problema —¿conviene introducir, y cómo, el psicoanálisis en los grupos políticos?— excluye evidentemente toda "aplicación" del psicoanálisis a los fenómenos históricos y sociales. En tales aplicaciones, comenzando por el Edipo, el psicoanálisis ha acumulado muchas ridiculeces. El problema es otro: la situación que ha convertido al capitalismo en la cosa a derrumbar por la revolución, pero que hizo también de la revolución rusa, de la historia que le siguió, de la organización de los partidos comunistas y de los sindicatos nacionales, otras tantas instancias incapaces de llevar a cabo esta destrucción. A este respecto, el carácter propio del capitalismo, que se presenta como una contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, consiste en lo siguiente: el proceso de reproducción del capital, cuyas fuerzas dependen del régimen, es en sí mismo un fenómeno internacional que implica una división mundial del trabajo; sin embargo, el capitalismo no puede romper los cuadros nacionales en cuyo interior desarrolla sus relaciones de producción, ni el estado como instrumento de valorización del capital. El internacionalismo del capitalismo se efectúa, pues, mediante las estructuras nacionales y estatales, que lo frenan al mismo tiempo que lo realizan, y que desempeñan el rol de arcaísmos de actualidad. El capitalismo monopolista de estado, lejos de ser

[2] *Cahiers de la Verité*, serie «Sciences humaines et Lutte des clases», nº 1.

un dato último, es el resultado de un compromiso. En esta "expropiación de los capitalistas en el seno del capital", la burguesía mantiene su plena dominación del aparato de estado, pero esforzándose cada vez más en institucionalizar e integrar a la clase obrera, de manera tal que las luchas de clase se descentren en relación a los centros y factores de decisión reales que conducen la economía capitalista internacional y desbordan ampliamente a los estados. Es en virtud del mismo principio que, "sólo una estrecha esfera de la producción se inserta en el proceso mundial de reproducción del capital", el resto permanece encerrado en los estados del tercer mundo manteniendo relaciones precapitalistas (arcaísmos actuales de un segundo género).

En esta situación es comprobable la complicidad de los partidos comunistas nacionales que militan en pro de la integración del proletariado en el estado, al punto que "los particularismos nacionales de la burguesía son en buena parte el resultado de los particularismos nacionales del proletariado mismo, y la división interior de la burguesía, la expresión de la división del proletariado". Por otra parte, incluso cuando se afirma la necesidad de las luchas revolucionarias del tercer mundo, las mismas sirven ante todo como moneda de cambio en las negociaciones, e indican el mismo renunciamiento a una estrategia internacional y al desarrollo de la lucha de clases en los países capitalistas. ¿No es acaso resultado de la consigna: *defensa de las fuerzas productivas nacionales por la clase obrera*, lucha contra los monopolios y conquista del aparato de estado?

El origen de tal situación reside en lo que Guattari llama "el gran corte leninista" de 1917, que fijó para bien y para mal las posiciones centrales, los enunciados principales, las tentativas y los estereotipos, los fantasmas y las interpretaciones, del movimiento revolucionario. Este corte se presentó como la posibilidad de efectuar una verdadera ruptura de la causalidad histórica, "interpretando" la desbandada militar, económica, política y social, como una victoria de las masas. En lugar de la necesidad de una unión sagrada de centro izquierda, surgía la posibilidad de la revolución socialista. Pero esta posibilidad no fue asumida sino erigiendo al partido, ayer todavía modesta formación clandestina, en embrión de un aparato de estado capaz de dirigir todo, cumplir con una vocación mesiánica y sustituir a las masas. A más o menos largo plazo dos consecuencias se desprendían de ello. En tanto que el nuevo estado se enfrentaba con los estados capitalistas, mantenía con ellos relaciones de fuerza que tenían por meta, en una suerte de *statu quo*, lo que había sido la táctica leninista en el momento de la NEP se transformaba en ideología de la coexistencia pacífica y de la competencia económica. La idea de rivalidad

fue ruinosa para el movimiento revolucionario. Y en tanto que el nuevo estado se encargaba del internacionalismo proletario, no podía desarrollar la economía socialista más que en función de los datos del mercado mundial y por medio de objetivos similares a los del capital internacional, aceptando con tanta más razón la integración de los partidos comunistas locales en las relaciones de producción capitalistas, siempre en nombre de la defensa por la clase obrera de las fuerzas productivas nacionales. En resumen, no es justo afirmar como los tecnócratas que los dos tipos de regímenes y estados convergían a medida que evolucionaban; pero tampoco hay que suponer, como Trotski, un estado proletario sano que habría sido pervertido por la burocracia, y que podría corregirse mediante una sencilla revolución política. Todo estaba ya jugado o traicionado en la manera en que el estado-partido *respondía* a los estados-ciudades del capitalismo, incluso en las relaciones de hostilidad y oposición. Testimonio de ello es precisamente la debilidad de la creación institucional en Rusia, en todos los dominios, a partir de la precoz liquidación de los soviets (por ejemplo, al importar fábricas automovilísticas completas, se importan también tipos de relaciones humanas, funciones tecnológicas, separaciones entre trabajo intelectual y trabajo manual, modos de consumo profundamente extraños al socialismo).

Del Partido a los grupúsculos

Todo este análisis adquiere sentido en función de la distición que Guattari propone entre *grupos-sometidos* y *grupos-sujetos*. Los grupos sometidos no lo están menos de los amos que se dan o aceptan, que de sus masas; la jerarquía, la organización vertical o piramidal que los caracteriza está hecha para conjurar toda inscripción posible de sin-sentido, de muerte o estallido, para impedir el desarrollo de cortes creadores, para asegurar los mecanismos de autoconservación fundado en la exclusión de los otros grupos; su centralismo opera por estructuración, totalización, unificación, sustituyendo las condiciones de una verdadera "enunciación" colectiva por un listado de enunciados estereotipados, cortados a la vez de lo real y de la subjetividad (por este medio es como se producen los fenómenos de edipización, superyoización y castración de grupo). Los grupos-sujetos por el contrario se definen por coeficientes de *transversalidad* que conjuran las totalidades y jerarquías; son agentes de enunciación, soportes de deseo, elementos de creación institucional; a través de su práctica no dejan de confrontarse con el límite de su propio sinsentido, de su propia muerte o ruptura. En realidad se trata menos de dos tipos de grupos que de dos aspectos de la institución, puesto que un grupo-sujeto corre siempre el peligro de dejarse dominar, en una crispación paranoica en la que quiere mantenerse y eternizarse a

toda costa; inversamente "un partido antaño revolucionario y ahora más o menos dominado por el orden dominante, puede ocupar aún ante los ojos de las masas el lugar que dejara vacío de sujeto de la historia y convertirse a su pesar en portavoz de un discurso que no es el suyo, con el riesgo de traicionarlo cuando la evolución de la relación de fuerzas lleve a un retorno a la normalidad: no por ello conserva menos e involuntariamente una potencialidad de corte subjetivo, tal como una transformación del contexto podrá revelar". (Ejemplo extremo: cómo los peores arcaísmos pueden transformarse en revolucionarios, los vascos, los católicos irlandeses, etcétera.)

Es verdad que si el problema de las funciones de grupo no es planteado desde el comienzo, luego será demasiado tarde. Cuántos grupúsculos que no agitan más que masas fantasmas tienen sin embargo una estructura de sometimiento, con dirección, correas de transmisión, base, que reproducen en el vacío los errores y las perversiones que combaten. La experiencia de Guattari pasa por el trotskismo, el entrismo, la oposición de izquierda (La Voie communiste), el movimiento 22 de marzo. De toda esta larga trayectoria el problema que subsiste es el del deseo o de la subjetividad inconsciente: ¿cómo un grupo puede manifestar su propio deseo, ponerlo en conexión con los deseos de otros grupos y con los deseos de las masas, producir los enunciados creadores correspondientes y contituir las condiciones, no de su unificación, sino de una multiplicación propicia para enunciados de ruptura? El desconocimiento y la represión de los fenómenos de deseo inspiran las estructuras de sometimiento y burocratización, el estilo militante hecho de un sentimiento de rencor que decide de cierto número de enunciados dominantes y exclusivos. El modo constante en que los grupos revolucionarios han traicionado su empresa es sumamente conocido. Proceden por desprendimiento, agrupamiento y selección residual: desprendimiento de una vanguardia que se supone que sabe; agrupamiento de un proletariado disciplinado, organizado y jerarquizado residuo de un subproletariado al que hay que excluir o reeducar. Esta división tripartita reproduce precisamente las escisiones que la burguesía ha introducido en el proletariado, y sobre las que fundó su poder en el marco de las relaciones capitalistas de producción. La pretensión de volverlas contra la burguesía es un vano intento. La meta revolucionaria es la supresión del proletariado mismo, es decir la supresión desde el inicio de las diferencias entre vanguardia y proletariado, proletariado y subproletariado, e incluye la lucha efectiva contra toda operación de desprendimiento, agrupamiento y selección residual, para liberar posiciones subjetivas y particulares que sean capaces de comunicarse transver-

salmente (véase el texto de Guattari, "El estudiante, el demente y el katangueño").

La importancia de Guattari reside en que muestra que el problema no es en modo alguno el de una alternativa entre el espontaneísmo y el centralismo. No hay alternativa entre guerrilla y guerra generalizada. De nada sirve reconocer de labios para afuera cierto derecho a la espontaneidad en una primera etapa, a condición de reclamar la exigencia de la centralización en una segunda etapa. La teoría de las etapas es perjudicial para todo movimiento revolucionario. Debemos ser desde el comienzo más centralistas que los centralistas. Es evidente que una máquina revolucionaria no puede contentarse con luchas locales y puntuales: hiperdeseante e hipercentralizada, debe ser todo eso a la vez. El problema se refiere, pues, a la naturaleza de la unificación que debe operar transversalmente, a través de una multiplicidad, no verticalmente y de modo que aplaste esta multiplicidad propia del deseo. Vale decir que en primer lugar, la unificación debe ser la de *una máquina de guerra y no un aparato de estado* (un Ejército Rojo deja de ser una máquina de guerra en la medida en que se transforma en un engranaje más o menos determinante de un aparato de estado). Es decir que, en segundo lugar, la unificación se debe hacer por *análisis*, debe tener *un rol de analizador* en relación con los deseos del grupo y de la masa, y no un rol de síntesis que procede por racionalización, totalización, exclusión, etc. Lo que diferencia una máquina de guerra de un aparato de estado, es lo que diferencia un análisis o un analizador de deseo por oposición a la síntesis seudoracionales y científicas. Estas son las dos grandes líneas adonde nos lleva el libro de Guattari, y que señalan, según él, la labor teórica a desarrollar actualmente.

En este último sentido no se trata, por cierto, de una "aplicación" del psicoanálisis a los fenómenos de grupo. No se trata tampoco de un grupo terapéutico que se propondría "tratar" a las masas. Consiste empero en constituir en el grupo las condiciones de un análisis de deseo, sobre sí mismo y sobre los otros; seguir los flujos que constituyen otras tantas líneas de fuga en la sociedad capitalista, y operar rupturas, imponer cortes en el seno mismo del determinismo social y la causalidad histórica; liberar a los agentes colectivos de la enunciación capaces de formar los nuevos enunciados de deseo; constituir no una vanguardia, sino grupos de adyacencia con los procesos sociales, y que sólo se dediquen a hacer avanzar una verdad por senderos en los que ésta por lo común nunca se interna; en síntesis, una subjetividad revolucionaria con respecto a la cual no cabe preguntarse qué es lo primero, si las determinaciones económicas, políticas, libidinales, etc., porque atraviesa los órdenes tradicionalmente separados; captar este punto de *ruptura* en el que, precisamente, la economía política y la economía libidinal *no forman más que un todo*. El inconsciente no es otra cosa, es el orden de la subjetividad de grupo que introduce artefactos explosivos en las estructuras llamadas significantes como en las cadenas causales, y que las obliga a abrirse para liberar sus potencialidades ocultas como lo real a surgir bajo el efecto de la ruptura. A este respecto el Movimiento 22 de Marzo es un ejemplo; si bien fue una máquina de guerra insuficiente, por lo menos funcionó admirablemente como grupo analítico y deseante, cuyo discurso no descansaba sólo en el modo de una asociación verdaderamente libre, sino que pudo "constituirse en *analizador* de una considerable masa de estudiantes y de jóvenes trabajadores", sin pretensión de vanguardia o hegemonía, sino como simple soporte que permitía la transferencia y la desaparición de las inhibiciones. Y es tal análisis en acto, donde el análisis y el deseo marchan juntos, y en el que el deseo guía finalmente al análisis, lo que caracteriza claramente a los grupos-sujetos, mientras que los grupos dominados continúan viviendo bajo las leyes de una simple "aplicación" del psicoanálisis en círculos cerrados (la familia como continuación del estado por otros medios). El contenido económico y político de la libido como tal, el contenido libidinal y sexual del campo económico político, todo esto *deriva de la historia*, y no se descubren sino en círculos abiertos y en los grupos-sujetos, allí donde surge una verdad. Pues "la verdad no es la teoría ni la organización". No es tampoco la estructura ni el significante, sino más bien la máquina de guerra y su sin-sentido. "En el momento que surge la Verdad es cuando la teoría y la organización pueden desmierdarse. La autocrítica hay que hacerla siempre a la teoría y la organización pero nunca al deseo".

Tal transformación del psicoanálisis en esquizoanálisis implica una evaluación de la especificidad de la locura. Es uno de los puntos en los que insiste Guattari, y de este modo se acerca a Foucault cuando éste afirma que no es la locura lo que desaparecerá en beneficio de enfermedades mentales positivamente asépticas, tratadas y determinadas, sino que por el contrario serán éstas las que dejarán su lugar a algo que no hemos comprendido aún en la primera,[3] ya que los verdaderos problemas se encuentran del lado de la psicosis (De ningún modo en la neurosis de aplicación.) Es un verdadero placer

[3] Michel Foucault, *Histoire de la folie*, Ed. Gallimard, Appéndice I. [Hay ed. cast.]

provocar las burlas del positivismo: Guattari no se cansa de reclamar los derechos de un punto de vista metafísico o trascendental, que consiste en librar a la locura de la enfermedad mental y no a la inversa: "¿Llegará una época en que se estudiará con la misma seriedad, el mismo rigor, las definiciones de Dios del presidente Schreber o de Antonin Artaud, como las de Descartes o Malebranche? ¿Se continuará por mucho tiempo perpetuando la separación entre lo que sería la obligación de una crítica teórica pura y la actividad analítica concreta de las ciencias humanas?" (Estamos convencidos que las definiciones locas son mucho más serias y más rigurosas que las enfermizas racionales por medio de las cuales los grupos dominados se relacionan con Dios en nombre de la razón.) Precisamente, el análisis institucional reprocha a la antipsiquiatría no sólo el rechazo de toda función farmacológica y la negación de toda posibilidad revolucionaria a la institución, sino sobre todo confundir en los límites la alienación mental con la alienación social suprimiendo así la especificidad de la locura. "Con las mejores intenciones del mundo, morales y políticas, lo que se consigue es negar al loco el derecho a ser loco, el *la culpa es de la sociedad* puede ocultar un modo de reprimir cualquier desviación". La negación de la institución se transformaría entonces en una negación del hecho singular de la alienación mental." No se trata en modo alguno que haya que plantear una suerte de generalidad de la locura, ni invocar una identidad mística del revolucionario y el loco. Sin duda es inútil intentar escapar de una crítica que se hará de todos modos. Precisamente para afirmar que no es la locura la que debe ser reducida al orden general, sino al contrario, que es el mundo modeno en general o el conjunto del campo social los que deben ser interpretados *también* en función de la singularidad del loco en su posición subjetiva misma. Los militantes revolucionarios no pueden dejar de estar estrechamente implicados por la delincuencia, la desviación y la locura, no como educadores o reformadores, sino como los lectores que sólo en esos espejos pueden leer el rostro de su propia diferencia. Testigo de ello es este fragmento de diálogo con Jean Oury, desde el comienzo mismo de la presente recopilación: "Hay algo que debería especificar un grupo de militantes en el dominio psiquiátrico, y es el de estar comprometido en la lucha social, pero también ser lo suficientemente loco como para tener la posibilidad de *estar* con los otros locos; existe gente muy apta en el nivel político pero que son incapaces de formar parte de un grupo así [. . .]."

La contribución propia de Guattari a la psicoterapia institucional consiste en un determinado número de nociones cuya formación se

sigue aquí mismo: la distinción de dos tipos de grupos, la oposición de los fantasmas de grupo y los fantasmas individuales, la concepción de la transversalidad. Y estas nociones tienen una orientación práctica precisa: introducir en la institución una función política militante, constituir una suerte de "monstruo" que no sea ni el psicoanálisis, ni la práctica hospitalaria, mucho menos la dinámica de grupo, y que pueda aplicarse en todas partes, en el hospital, en la escuela, en la militancia, o sea una máquina que produzca y enuncie el deseo. Por esto Guattari reclamaba el título de análisis institucional más bien que de psicoterapia institucional. En el movimiento institucional tal como aparece con Tosquelles y Jean Oury se iniciaba en efecto una tercera etapa de la psiquiatría: la institución como modelo, más allá de la ley y del contrato. Si es cierto que el antiguo asilo estaba regido por leyes represivas, al mismo tiempo que los locos eran juzgados como "incapaces" y por lo mismo excluidos de las relaciones contractuales que unen a los seres supuestamente cuerdos, el golpe freudiano radicó en mostrar que, en las familias burguesas y en la frontera de los asilos, un vasto grupo de gente llamados neuróticos podían ser incluidos en un contrato particular que los devolvía por medios originales a las normas de la medicina tradicional (el contrato psicoanalítico como caso particular de la relación contractual médico-liberal). El abandono de la hipnosis constituyó una etapa importante en esta vía. No nos parece que se haya analizado todavía el rol y los efectos de este modelo de contrato hacia el cual se deslizó el psicoanálisis; una de las principales consecuencias fue que la psicosis quedaba en el horizonte del psicoanálisis, como la verdadera fuente de su material clínico y, sin embargo, era excluida como fuera de su campo contractual. No debe asombrar que la psicoterapia institucional, tal como aquí lo testimonian varios textos, haya implicado en sus proposiciones principales una crítica del contrato llamado liberal no menos que de la ley represiva, a la que intentaba sustituir con el modelo de la institución. Esta crítica debía extenderse en direcciones muy diversas, tanto es así que la organización piramidal de los grupos, su sometimiento, su división jerárquica del trabajo, descansan en relaciones contractuales no menos que en estructuras legalistas. Desde el primer texto de esta recopilación, sobre las relaciones enfermeros-médicos, Oury interviene para afirmar: "Hay un racionalismo de la sociedad que es más bien una racionalización de la mala fe, de la porquería. La visión del interior son las relaciones con los locos en los contactos cotidianos, *a condición de haber roto un cierto "contrato" con lo tradicional.* Puede decirse entonces en un sentido que saber lo que es estar en contacto con los dementes,

es al mismo tiempo ser progresista [. . .] es evidente que los términos mismos enfermero-médico corresponden a este contrato que se dijo es necesario romper". Hay en la psicoterapia institucional una suerte de inspiración a lo Saint-Just psiquiátrico, en el sentido en que Saint-Just definió al régimen republicano por muchas instituciones y pocas leyes (por tanto pocas relaciones contractuales también). La psicoterapia institucional se abre camino entre la antipsiquiatría, que tiende a caer en formas contractuales desesperadas (véase una reciente entrevista de Laing), y la psiquiatría de sector, con su cuadrícula de zonas, su triangulación planificada, que consiguen más bien hacernos echar de menos los asilos cerrados de antaño, los buenos tiempos y los viejos estilos.

Es ahí donde se plantean los problemas propios de Guattari sobre la naturaleza de los grupos tratantes-tratados capaces de formar grupos-sujetos, es decir de hacer de la institución el objeto de una verdadera creación donde la locura y la revolución, sin confundirse, reflejen precisamente el rostro de su diferencia en las posiciones singulares de una subjetividad deseante. Por ejemplo, el análisis de los UTB en La Borde, unidades terapéuticas de base, en el texto "¿Dónde comienza la psicoterapia de grupo?" ¿Cómo conjurar el sometimiento de grupos en sí mismos dominados, en los cuales converge el psicoanálisis tradicional? ¿Y las asociaciones psicoanalíticas, en qué parte de la institución se ubican, en qué grupo? La mayor parte del trabajo de Guattari, antes de mayo del 68, fue "que los enfermos mismos se hicieran cargo de su enfermedad, con el apoyo del conjunto del movimiento estudiantil". A Guattari lo acompañó siempre cierta ensoñación de sin-sentido y de la *palabra vacía*, instituida, contra la ley o el contrato de la palabra plena, cierto derecho del *flujo-esquizo*, en la empresa de derrumbar las divisiones y las rigideces jerárquicas o pseudo-funcionales, pedagogos, psiquiatras, analistas, militantes . . . Todos los textos de esta recopilación son artículos de circunstancia. Llevan en sí una doble finalidad, la de su origen en el viraje de la psicoterapia institucional, un momento de la vida política militante o algún aspecto de la escuela freudiana y de la enseñanza de Lacan, pero también la de su función, de su posible funcionamiento en otras circunstancias distintas a las de su origen. Hay que considerar al libro como el montaje o la instalación, aquí y allá, de piezas y engranajes de una máquina. A veces pequeñísimos engranajes, desordenados y por lo tanto más indispensables. Máquina de deseo, es decir de guerra y análisis. Es por lo que se le puede conceder una importancia particular a dos textos, un texto-teórico en el que el principio mismo de una *máquina* se desprende de la

hipótesis de la estructura y se desliga de los lazos estructurales ("Máquina y Estructura"), un texto-esquizo en el que las nociones de "punto-signo" y de "signo-mancha" se liberan de la hipoteca del significante.

GILLES DELEUZE

SOBRE LAS RELACIONES ENFERMEROS-MÉDICOS*

Guattari – Oury

OURY. Podemos partir definiendo por una parte el status social del médico, del enfermero y, naturalmente, del enfermo ante el cual se encuentran ambos, y por la otra diciendo que el enfermero está "oprimido" entre los enfermos y el médico, e incluso que todo está "oprimido", en un sistema que es el hospital y los status sociales, es una cosa bien conocida. Pero hay que recordarlo, comenzando por definir las relaciones que existen entre el médico y el enfermero, con todos los compromisos místicos que esto implica.

FÉLIX. Antes de entrar en el detalle de esas relaciones, me parece que interesa más comenzar por situarlos de un modo no general, sino en su conjunto. Incluso si esto ya ha sido hecho, a partir de ello es que comprendemos lo que ocurre exactamente. Si, por ejemplo, considero las relaciones entre patrón y empleados y obreros en una fábrica, hay que partir de los siguientes datos fundamentales: ¿qué es una fábrica? ¿qué es un patrón? ¿qué es un explotado? Del mismo modo aquí hay que comenzar por preguntarse: ¿qué es un médico? ¿qué es una enfermedad?

OURY. En efecto, es muy importante. Hay una relación mistificada entre el médico y el enfermero, en el sentido que el primero encarna una casta más bien que una clase. Incluso si el médico y el enfermero están del mismo lado de la barrera, en el interior de la misma, existe una casta, la casta de los médicos, y luego el mundo de los enfermeros que a menudo es más saludable.

FÉLIX. Habría que decir más aún. El médico, incluso si es engañado por otras direcciones burocráticas o capitalistas, es todavía el soporte y el responsable de la mistificación, y en tanto tal, refleja su ideología de clase. La mistificación es verdaderamente la de una cierta relación, fundada en una determinada concepción del mundo, del

* Informe de una discusión en La Borde, con Jean Oury, septiembre de 1955.

hombre y del enfermo. Pienso que el problema no debe ser marginal a las relaciones de clase, sino fundamental. Si existen divergencias aparentes entre el médico y la administración, me parece que son del tipo de la existente entre la policía y la justicia, entre las buenas acciones y las cárceles; pero de hecho debe ser un mismo soporte, un mismo tipo de relaciones, una misma definición, una misma imagen del problema. ¿Vamos a hablar de boludeces psicológicas o de las boludeces de la beneficencia, o bien a plantear el problema en su sentido más pleno, que me parece nos remite por una parte a una particular división del trabajo, y por otra a una "anormalidad" de la normalidad?

OURY. Es evidente que el rol que se le fija al médico es el de ser un defensor de las instituciones del estado. El estado le confiere autoridad para hacer respetar el reglamento del hospital sin intervenir en su estructura económico-social. Su rol implica que se haga respetar obligatoriamente, a fin de que los enfermos tengan la imagen misma del respeto y del honor. Existe, pues, algo así como una payasada que es representativa ya que es la imagen misma de la sociedad en la cual trabaja el enfermero. Es por cierto un hecho, sobre todo en los hospitales psiquiátricos, que el médico está investido con la representación del estado, pero que éste se hace el desentendido al mismo tiempo, y si el médico toma conciencia de ello se encuentra en una situación muy difícil: despreciado por el estado y odiado por el enfermero. Tiene entonces ante sí varias soluciones: ya sea la de desinteresarse completamente, la de la solución dictatorial, animal, o la solución paternalista. Son todas soluciones que respetan la estructura en la cual se desempeña junto con los enfermeros.

FÉLIX. Lo importante en la relación enfermeros-médicos es, ante todo, su implicación en la relación tratantes-enfermos. Hay una especie de escisión en el modo en que las enfermeras-tratantes se le presentan a los enfermos. Por una parte, los imagos médicas, de los tipos que vemos a cada tanto, con su acción experimentada como mágica, y por otra, el personal enfermero. La característica de estas dos imagos es una especie de inhumanidad, una manera de estar inmovilizado cada uno de su lado, el médico, que toma para sí todo el aspecto espiritual, y el enfermero, la disciplina y cosas por el estilo. Podemos hablar de la relación médicos-enfermeros como si resumiera la actitud de la sociedad frente a la trascendencia, el modo en que reacciona, en que divide el trabajo, en que evita o falsea

el problema para no considerar el fenómeno de la locura y de la singularidad.

OURY. Hay que situar, en efecto, en el plano histórico al mismo tiempo que trascendente las relaciones entre lo que se llama la locura, los locos y la sociedad. Sería fastidioso rehacer otra vez la historia del modo en que la sociedad considera a los locos. Hay que limitarse a lo que ocurre actualmente: existe gente a quien la sociedad delega para vivir con los locos, creando una suerte de muralla humana, una barrera de cabezas, brazos, piernas, para protegerse de los locos. Que se las arreglen como quieran con tal de que la sociedad esté tranquila. Pero forzosamente, todas las luchas de la sociedad están implicadas en esta especie de muro que forma parte de la sociedad.

FÉLIX. Y, lo que es más, ese muro condiciona el cuadro de las enfermedades.

OURY. Es por ello que digo *lo que llamamos* locos, en el sentido en que tal enfermedad existe porque hay un muro que la encierra. En el fondo las nosologías no son más que cuadros para encerrar a los locos. Se los pone en los libros, como una colección de mariposas. Un libro de psiquiatría no es otra cosa: cómo son las mariposas, en qué pieza ubicarlos, para *conservarlos* es preciso meterlos en formol, para *observarlos* ponerlos en habitaciones con ventanillas... Se ha ido más lejos aún: ahora hay que *ocuparlos*, ponerlos ante máquinas, darles instrumentos, pero todo termina siendo igual. Hay entonces una especie de dialéctica entre quienes desempeñarán su rol de locos y los que tendrán el rol de cuidarlos, y el todo en una sociedad cerrada.

FÉLIX. Creo que podríamos pensar el fenómeno de la locura como un fenómeno contemporáneo. Veríamos que la locura interviene ahora como fenómeno social y tiene un rol cada vez más cultural, cada vez más integrado a la sociedad, cada vez más universal en las preocupaciones, un rol antropológico. Que lo experimentemos como dificultades administrativas, y el hecho que nos planteemos hoy el problema, es una herencia del siglo XIX, una inercia burocrática, un antiguo estilo de la burguesía para encerrar a los locos. Pero ¿por qué queremos hacer otra cosa? Porque comenzamos a darnos cuenta que la locura es un fenómeno esencial justamente en nuestra sociedad y se vuelve necesario revisar los antiguos moldes de pensamiento, las

arcaicas relaciones médicos-enfermeros para responder a esta necesidad de la sociedad moderna mediante una mejor comprensión del fenómeno de la locura; es lo que podemos llamar una perspectiva progresista: comprender a los locos, librarse del racismo, del colonialismo, con métodos de educación diferentes, etc.

OURY. No está bien claro. En este encuadramiento de los locos podemos decir que hay una "visión del exterior", una "visión del interior" y luego una "visión de los locos". El ejemplo de la visión exterior tradicional es la creencia de que cuanto más instrucción se tiene, cuanto más se ha ido a la escuela, mejor se comprende a los locos; por lo tanto, hay que ser médico. Mientras que en la base de la escala, el enfermero, el ineducado por principio, nada puede comprender. Hay un racionalismo de la sociedad que es más bien una racionalización de la mala fe, de la porquería. La visión del interior, son las relaciones con los locos en los contactos cotidianos, a condición de haber roto un cierto "contrato" con lo tradicional. Puede decirse entonces, en un sentido, que saber lo que es estar en contacto con los dementes, es al mismo tiempo ser progresista.

FÉLIX. Podríamos incluso considerar que la toma de conciencia de ese "contrato con lo tradicional" y la decisión de romperlo constituyen la condición de un acceso fenomenológico a la locura.

OURY. Sí, porque justamente, esta noción de contrato permite ver la mezcla que fácilmente hace la gente entre la alineación social y la alineación mental. No es la misma cosa, y querer mezclarlas, es una nueva mistificación para fabricar otras. Es como decir por ejemplo en otro plano: "no es un loco, es un enfermo". Esto es una pura estupidez, es un loco, que . . .

FÉLIX. Hay que distinguir los diferentes modos de alienación en el complejo hospitalario. Existe en efecto una interacción muy complicada de los modos de alienación. Por lo común, se ocupan particularmente del enfermo alienado por la sociedad. Lo que me parece fundamental, es que la enfermedad es alienante en tanto que tal, y que al mismo tiempo el enfermo es alienado por la sociedad porque es internado; pero lo que todavía es más interesante, es considerar el fenómeno de la alienación del enfermero por el establecimiento hospitalario y por sus condiciones de trabajo; y el del médico, muy mal ubicado en la administración; por último la alienación de la

empresa, de la persona moral del hospital en su conjunto, por el estado. Hay pues una conjugación de modos de alienación que tienen su repercusión evidente sobre la alienación misma de la locura, y es desde este ángulo como es posible considerar todos los aspectos del problema.

OURY. Es interesante situar este problema como un problema de época; en lugar de remplazar relaciones de objeto a sujeto y de sujeto a objeto, se estudian relaciones antropológicas. Lo que decimos aquí, por ejemplo, no tendría ninguna significación para la gente que vivió hace cien años, o incluso ahora en un cuadro tradicional. Hay ahí un salto que dar, como decíamos hace poco respecto de la ruptura del contrato: remplazar relaciones administrativas racionales de sujeto a objeto por relaciones existenciales de persona a persona; la noción de alienación no tiene sentido más que en el plano antropológico. Me parece que la alienación según el marxismo es ante todo antropológica, sería ridícula si fuese una alienación de objeto. Lo que nos interesa, es esta noción básica de relaciones de persona a persona; una relación enfermero-médico no es de tal modo una relación personal enfermero-personal médico, es algo más difícil. Hablo de la relación de roles para diferenciarla de la relación de personas; es justamente desempeñando esos roles, del demente o del médico, que ocultan la relación de personas. Y, forzosamente, ello reacciona sobre la nosología: el esquizofrénico, en su rol, mantiene a pesar de todo relaciones de persona. Todo el mundo puede estar de acuerdo en este asunto, pero nadie sabe verdaderamente cómo y dónde captar estas relaciones que no existen en un cuadro dado. Si existen, es por una infiltración, por una especie de falla, de fisura en el cuadro tradicional, algo que es la existencia propia, personal.

FÉLIX. La perspectiva central es por tanto la desaparición de un determinado número de roles, de estereotipos, además: hacer el loco como hacer el médico o el enfermero, para acceder a una promoción de relaciones humanas que no desemboquen automáticamente en roles, en estereotipos, sino en relaciones fundamentales, en relaciones de tipo metafísico, que hacen *aparecer* esta vez las alienaciones más radicales y fundamentales en la locura o la neurosis. Creo que es a partir de ahí que hay que considerar todas las especificaciones técnicas, las proposiciones de taller o de socialterapia, situarlas en esta perspectiva antropológica que se puede llamar perspectiva "Temps Modernes", porque desde ese momento se ve con claridad lo que no

hay que hacer, los peligros de un taller que esté basado en el rendimiento o en la readaptación, o en la relación social, que trabaje para la ciencia, la psicología, o para cuidar al enfermo. Pues lo que no hay que perder de vista, es la idea de una persona constituyente, constituida en la raíz de un lenguaje, y que, en lugar de extraviarse en relaciones sociales y en situaciones médicas estereotipadas, debe reconstituirse en un mundo, con un mínimo de normalidad del lenguaje y del comportamiento. Es así como podrá aparecer verdaderamente la anormalidad congénita del sujeto, o, si lo prefieres, como sus trastornos aparecerán del modo más manifiesto. De esta forma es como comprendo lo que decías hace poco: "es verdaderamente de locos, ¡vaya!".

OURY. Hay que llegar a afirmar que el problema de las relaciones médicos-enfermeros es un falso problema. No hay *un* médico, *un* enfermero, hay gentes que están con los locos, gentes que están ahí sin estar, mistificadas en su mito. Y las únicas y verdaderas relaciones que tienen entre sí debieran ser técnicas de competencias particulares para cuidar a los locos, de los cuales son responsables y constituyentes.

FÉLIX. Se podría adoptar una posición paradójica y preguntarse quiénes son los que tienen relaciones fundamentales con los locos: son los enfermeros. Empero los enfermeros son en su mayoría alienados e inaptos para el trabajo afectivo de acercamiento y comprensión de los locos. Existe una corriente modernista que quisiera transformar a los enfermeros en médicos menores, mientras que la cuestión reside más bien en transformar a los médicos, para que adquieran al menos el nivel de los enfermeros en lo que respecta al contacto con los enfermos. No sólo los enfermeros deberían afiliarse a vuestro PPF,[1] sino que de antemano debiera haber un dictamen favorable a su admisión, algo así como un período de prueba para entrar al partido bolchevique que, creo, era de seis meses para obreros y empleados, pero mucho más largo para los intelectuales.

OURY. Es evidente que los términos mismos enfermero-médico corresponden a ese contrato que hemos afirmado debe romperse. Sin embargo, observé una resistencia, por parte de los mejores miembros del llamado PPF, cuando les propuse precisamente que gente no

[1] El PPF era un proyecto humorístico de fundar un "Partido psiquiátrico francés".

médica formara parte del mismo. Como se ve eso está muy arraigado, aún entre los mejores. Afirman: "¿En que va a convertise esto? Se degeneraría", etc. Ahí está el problema: hace falta que haya médicos, puesto que son ellos quienes tienen más que aprender ahí adentro. En el fondo, lo que hay que estudiar, es una especie de manifiesto de todo este grupo de estúpidos que son médicos por azar psicólogos por azar, por azar en contacto con los locos.

FÉLIX. Sí, hay una cuestión de hecho: ser "yo, tú", en una situación extraña, honestamente o sin vocación . . .

OURY. No interesa que haya o no vocación, lo importante es estar ahí. Si se es honesto, se analiza por qué se está allí, lo que se hace, etc. o bien no se entra. Pero, para volver a la que nos preocupa, sería interesante contar con observaciones del comportamiento de cada hospital, como ilustraciones en un texto. Nosotros no lo podemos hacer porque no tenemos suficiente experiencia.

FÉLIX. Creo no obstante que se puede dar, si se quiere una ilustración de ese tipo, el ejemplo de Saint-Alban,[2] o en rigor señalar la transformación completa de los enfermeros aquí. Se les llama monitores y no se los diferencia. ¿Cómo reconocer en La Borde a los enfermeros?

OURY. Aquí, puede decirse que basta ser enfermero diplomado para ser casi expulsado de la casa,[3] sin embargo es extraño; ocurre lo mismo para con los médicos; basta decir: "Soy psicólogo, médico" para que lo pongan en el index. Podemos decir que se presenta una

[2] Se trata del hospital de Saint-Alban, en lo más recóndito de la Lozère, de donde partió la corriente de renovación de la psiquiatría en Francia. Bajo el impulso del Dr. François Tosquelles —revolucionario catalán refugiado en Francia— varias generaciones de psiquiatras llevaron a cabo una excepcional experiencia de transformación de un hospital tradicional. De la lucha contra el hambre en 1941, de la transformación material del hospital hasta la implantación de técnicas psicoanalíticas en la institución pasando por la aplicación de las teorías de Herman Simon sobre la ergoterapia, la organización de la vida social, la fundación del primer "club terapéutico", la elaboración de una política local de sector, un nuevo planteo del problema del niño psicótico en la formación de los enfermeros, etc. no existe ningún dominio actualmente a la orden del día que no haya sido explorado en Saint-Alban.

[3] En esa época la seguridad social no exigía aún que se respetara un porcentaje de enfermeros diplomados por el estado en el plantel del personal de los establecimientos.

especie de equipo técnico que madura a cada instante, especializándose cada uno en su dominio; y no sólo en su dominio sino en el grupo mismo, mediante un plan, digamos de "sintalidad". Son importantes esas relaciones de "sintalidad" del grupo. Hay gente allí, que crecen como la hierba en una maceta, y otras que pasan, que son los enfermos. Dicen divirtiéndose que aquí los crónicos somos nosotros, y que los enfermos son la gente que pasa, por más tiempo que permanezca. Al decir esto, se invierten los valores; antes, el loco era "el que queda". Esta inversión está ligada a un movimiento general de la psiquiatría, con el descubrimiento de los métodos de choque, pues el choque puro, el choque absoluto, es la patada en el culo que saca al tipo de donde está para ponerlo en otra parte. Es preciso que pase, seriamente, y que ello sirva para algo; no interesa si esto es extraño para los alienistas alienantes . . .

FÉLIX. Entonces, para resumir, hay que exponer las posibilidades concretas de estallido de los roles petrificados entre médicos y enfermeros en un equipo, en el que por supuesto hay trabajos diferentes, pero que en definitiva convergen en una especie de unidad del clima de trabajo, en el que cada uno está diferenciado no en función de su status, del dinero que entra en su bolsillo o de su prestigio, sino en vista de una distribución del trabajo sobre bases estrictamente técnicas, prácticas, a fin de crear un ambiente de trato, de socialización, de los enfermos.

OURY. Es preciso distinguir dos problemas: la manera en que se puede realizar esto, que exige una revisión general de la administración, y por otra parte lo que ha sido realizado en el marco tradicional. Todo lo que se acaba de mencionar no es más que una suerte de introducción; habría que plantear quizás el problema de fondo: ¿para qué sirve esto? ¿para qué sirve cuidar, hacer el PPF? ¿no es una pura burrada, una especie de reunión de maricas? En tanto psiquiatras, estamos ya considerados como tales por todos esos señores de experiencia: maricas que se reúnen ¡son muy gentiles! Por supuesto nos alientan, como alientan a todo el mundo, a comenzar por los scouts, pero . . .

FÉLIX. Aparece ya ante los otros como un grupo que tiene una particularidad, pero no es todo. Hace falta también que el PPF tenga una posición original en el plano de la política psiquiátrica. Una psiquiatría política comienza a existir, cuya necesidad se hace sentir

precisamente porque los psiquiatras estalinianos no tienen política, porque están con la tradición antes que en la búsqueda de lo que podría ser una psiquiatría progresista. Creo que si el PPF tiene que disgustar no es por su carácter de marica, sino por el hecho de que debe desarrollar, en una perspectiva marxista-existencial-no sé qué, una teoría y una práctica capaces de atraer a la joven psiquiatría.

OURY. Es un tanto delicado decir cosas de ese tipo, a mí me aburre eso de que los psiquiatras estalinianos no tienen política, etc. No es cierto: hay excelentes psiquiatras estalinianos que tienen justamente una política muy seria, aun cuando no marche en el mismo sentido que la nuestra, pero es con todo muy seria desde el punto de vista de la renovación y del fundamento actual de la psiquiatría. Naturalmente, es difícil admitir psiquiatras afiliados a un partido, es un problema, algo así como una especie de traición, de fuga.

FÉLIX. Pienso que puede hacerse la comparación con el movimiento Freinet, en el que había estalinianos que aplicaban los mejores métodos actuales desde el punto de vista pedagógico, y que debieron retirarse por exigencias del partido. Parece evidente que si el movimiento Freinet hubiera sido un movimiento bien hecho, habría adoptado posiciones más claras desde el punto de vista político, que habrían permitido a los comunistas del movimiento no verse obligados a retirarse. Y habría abarcado al conjunto de los maestros comunistas. Ocurre lo mismo con los psiquiatras comunistas: los que están bien son minoritarios, y algunos como Le Guillan mismo están muy lejos de poder hacer y decir lo que quieren. No sólo a causa del estado actual de la administración, sino también a causa de la actitud de los psiquiatras estalinianos. Que cada uno haga lo que pueda, es una cosa, pero una verdadera política, es otra cosa, es tener una perspectiva coherente; dudo que muchos psiquiatras tengan una, que sea no sólo marxista, sino completa desde el punto de vista de su ámbito de trabajo. Pero en definitiva el trabajo que se hace es precisamente el que falta en el seno de los grupos de izquierda y de los grupos comunistas, desde el punto de vista psiquiátrico. Es el único sentido auténtico del PPF, que de lo contrario no haría más que crear una francmasonería en los hospitales; es una política que adquirirá verdaderamente sentido sólo en la medida en que plantee los problemas psiquiátricos en una plataforma que no existe en la actualidad. No hay diferencia fundamental entre la psiquiatría burguesa y la de los actuales movimientos de izquierda. La psiquiatría estaliniana está basada, en cuanto a sus conceptos fundamentales, en la psiquiatría

burguesa. No hay que mezclar la alienación marxista y la de la locura como lo hacen los estalinianos, de lo que se trata es de retomar el conjunto de las contribuciones de Marx y Freud. La comprensión en profundidad del marxismo y del freudismo no permitiría tal confusión.

OURY. Para estudiar las relaciones enfermeros-médicos o las relaciones grupos terapéuticos-locos, hay que estudiar ante todo la relación del grupo con la sociedad. Es por esto que hay que introducir desde un comienzo lo que hemos llamado la dimensión trascendental del loco.

FÉLIX. Hay diferentes posiciones que establecer: un polo metafísico; un polo político, en el sentido de una estrategia contra la administración, contra los grupos sociales constituidos; y un polo de elaboración teórica a partir de los grandes autores; por un lado el polo Lacan, si lo prefieres, y del otro el polo Tosquelles que ya es más político.

OURY. Es difícil poner nombres. Se trata de abarcar un orden, lo que no es fácil, pues esto parece excluir radicalmente ciertas posiciones políticas; es una especie de abarcamiento en negativo de la posición del grupo (grupo es un término mejor que partido). Se excluye un tipo porque no es de la "religión B", porque no tiene, por ejemplo, la visión universal inspirada de Lacan, o bien el presupuesto político al modo Tosquelles... Pero no creo que pueda definirse al grupo como trotskista, o anarquista, o cualquier otra cosa. Dijimos hace poco que es preciso ser progresistas, es decir haber roto el contrato con los cuadros tradicionales que ya no tienen más sentido. Nuestro mismo lenguaje se volverá absolutamente incomprensible para los que permanezcan en los cuadros y para quienes afecten comprendernos, pero que agregarán amablemente que deberemos no obstante ponernos una corbata y hablar correctamente el francés. Es una dimensión de originalidad, no hay por qué tener miedo, hay que decirlo: "Es así, y no tengo por qué cambiar".

FÉLIX. Hay algo que debería especificar un grupo de militantes en el dominio psiquiátrico, y es el estar comprometido en la lucha social, pero también ser bastante loco como para tener la posibilidad de estar con los locos; existe gente muy apta en el nivel político, pero que son incapaces de formar parte de un grupo así. Por otra parte, existe esa dimensión kierkegardiana del "religioso B".

OURY. Esta dimensión es fundamental, en el sentido en que hay que pasar por la locura, haberla digerido; hay que haber asumido al loco, ser más loco que los locos. Esta noción de locura trascendental es absolutamente negada por ciertos grupos políticos: "es un cosismo ridículo, una desviación del pensamiento de Marx", etcétera.

FÉLIX. A partir del momento en que se tiene en cuenta esta dimensión metafísica, el principal peligro al cual nos exponemos es el de ser ubicados en las filas del idealismo, y de la clase que defiende tradicionalmente al idealismo. El mismo problema se plantea para la corriente "Temps modernes": tienen un mal loco al conservar una dimensión metafísica mínima, permaneciendo sin embargo en el movimiento progresista que es tradicionalmente materialista.

OURY. Al fin de cuentas, le damos largas al asunto para no hablar de las relaciones enfermeros-médicos. En principio hay que definir al loco, en la medida en que las relaciones enfermeros-médicos no se definen sino habiendo locos. Hay que procurarse los locos, porque a los locos se los fabrica. ¿Cómo se fabrican locos? Puede emparentarse esto con la teoría de las imágenes, podemos decir, se ha dicho, que una imagen es el reflejo empequeñecido de un objeto. Se hicieron interminables tratados sobre la imagen, todos para darse cuenta que es una tontería. Del mismo modo los psiquiatras son un poco coleccionistas de imágenes, coleccionistas de mariposas; coleccionaron falsas mariposas que llamaron locos, y que al mismo tiempo no querían llamar locos, sino "enfermos".

FÉLIX. Es preciso redefinir el objeto de la psiquiatría en la dirección que Politzer intentó redefinir el objeto de la psicología, de una psicología concreta.

OURY. Podríamos llamarlo el grupo de la psiquiatría concreta.

FÉLIX. Es preciso tomar también posición sobre esta enorme farsa que es la psicología social, la microsociología, Moreno y todos esos tipos que caen justamente en un mismo círculo mistificado de grupo menor. Nuestro cuestionamiento del hospital en su status social tendrá que distinguirse, desde el punto de vista ideológico, de muchas posiciones.

OURY. Cuestionar el hospital, esto precisamente tendrá que definir un grupo que se interese en el problema de su naturaleza en las relaciones con la sociedad. Hay que utilizar este grupo en tanto que instrumento, no en tanto que medio de investigación. Forzosamente, repercutirá en la investigación. Pero hay que presentarlo en principio como un instrumento.

1955

MONOGRAFÍA SOBRE R. A.*

Después de diversas y vanas tentativas de integración directa de R. A. en el sistema de ergosocialterapia de la clínica, el Dr. Oury y yo mismo llegamos a la conclusión de que era necesario recurrir a una técnica especial de psicoterapia que permitiera a este enfermo volver a tomar contacto con la realidad. Se trata de una tentativa reciente y cuyos alcances no podemos todavía apreciar con claridad. La comenzamos poco después de que R. A. regresara de una fuga que, me parece ahora, volvía a "representar" otra que hiciera a la edad de 15 años, y que podemos considerar como el punto de partida de la agravación psicótica de su enfermedad.

Hasta ahí, mis relaciones con R. A. eran buenas, pero no extremadamente diferentes de las que cualquier miembro del personal tiene que mantener con el conjunto de los enfermos. A decir verdad, la actitud general de R. A. era tal que se encontraba un tanto "cortado" de todo el mundo: oposición sistemática a todo lo que se hacía en la clínica (descender al comedor, participar en las actividades, en las reuniones, en las veladas, etc.), respuestas estereotipadas y siempre más o menos agresivas ("¿cómo?", "¿eh?", "no oigo nada", "no siento nada", "no quiero", "estoy muerto", "aquí es donde me volvieron así", etc.) que interrumpían regularmente y desde la primera palabra todo lo que podía decírsele. La mayor parte del tiempo permanecía echado en su cama y se ponía completamente duro cuando alguien iba a verlo. Sólo obligándolo, forzándolo, se conseguía a veces que hiciera algo. Mis relaciones con él se volvieron un tanto diferentes en el momento en que comencé a ocuparme de él por casualidad y, además, el período de vacaciones permitió que se reunieran en la clínica varios jóvenes caracteres que, al "adoptarlo", lo arrastraron a todo un cúmulo de actividades que hasta ahí nos había resultado imposible hacerle aceptar. Entonces se lo vio jugar al volley-ball, al ping-pong, a las damas, al ajedrez, ir al balneario, al estudio de dibujo, de dactilografía, participar en el rodaje de un film de aficionado, trabajar con el equipo de títeres, e incluso actuar en una

* Informe de una psicoterapia para un control médico, 1956.

pieza pequeña más o menos improvisada en la que, es cierto, no pudo dársele sino el rol de un falso mudo.

Fue en el curso de este período que la fuga de la que he hablado y la recaída que le siguió nos manifestaron el lado inestable y bastante artificial de esta suerte de entusiasmo, por lo menos en lo que le concernía. Por haberlo seguido de cerca en el curso de todas estas actividades, por haber tenido la suerte de encontrarlo yo mismo en el bosque y acompañarlo, cuando su fuga, y también por razones de simpatía, me resultó bastante fácil lograr que aceptara la perspectiva de un diálogo. Desde el comienzo era importante evitar entre nosotros la instauración de una relación del tipo de la "transferencia". En principio porque algunas sesiones de psicoterapia habían sido interrumpidas tres años antes, por razones de orden exterior, haciéndole experimentar un fracaso bastante molesto; luego a causa de la estructura de la clínica que implica, para cada miembro del personal, la necesidad de una presencia alternativamente "tratante", "autoritaria", "amigable", etc. de tal manera que la transferencia psicoanalítica no resistiría, por ejemplo, el hecho de que a la salida de la sesión el analista fuera llevado a tener una actitud totalmente diferente con el sujeto.

Decidimos entonces, con el Dr. Oury, que las conversaciones que habría de tener con R. A. se hicieran en presencia de un grabador. Por supuesto, grababa en el momento en que el diálogo entraba en lo que estimaba era una impasse, o digamos cuando algo me "incomodaba". Todo sucedía como si en la habitación apareciera un tercero. La *two bodies psychology* y las perspectivas imaginarias que le son correlativas se desvanecían; se producía una suerte de objetivación de la situación cuyo resultado, lo más frecuentemente, era desviar, cuando no bloquear, el diálogo. Sólo algunos meses más tarde y con un método distinto fue que R. A. aceptó hablar con alguien que no fuera yo, y en particular redactar un texto que "cualquiera puede leer". No es cosa de detenernos en su contenido. No lo hicimos nunca, aunque a veces la tentación hubo sido grande; teníamos, en efecto, como al alcance de la mano, situaciones edipianas que se formaban y resolvían en cuestión de días, transferencias múltiples hacia quienes lo rodeaban ("fulano es mi hermano", "fulano es mi padre", "fulana es mi hermana", etc.), que parece se abrían hacia *regresiones* cada vez más profundas, esto particularmente durante un sueño cuya imagen central era un seno envenenado y del que R. A. no podía determinar si había o no mamado.

Sólo fijamos nuestra atención en la "reestructuración simbólica" de R. A. Veamos ahora, muy sumariamente, las etapas:

yo, tú, y el magnetofón

RECONOCIMIENTO DE LA VOZ Y DEL "ESQUEMA CORPORAL"

En el curso de las primeras sesiones, cuando escuchábamos la cinta (que borrábamos juntos al día siguiente) R. A. se ponía furioso. La hostilidad que tenía contra el mundo, esos "¿cómo?", "¿eh?", etc. lo volvía contra sí mismo. Esa voz grabada, ese tono cansino, esas vacilaciones, las rupturas y las continuas incoherencias lo rebelaban, y me tomaba por testigo de que era preciso haber caído verdaderamente "demasiado bajo" para llegar a hablar de tal modo. A partir de allí, me resultó fácil hacerle reconocer que también era un absurdo el persistir en hacer responsables de su enfermedad al Dr. Oury, a los electroshocks, etc., y que en verdad mezclaba un poco todo. Observemos de paso la oportunidad que tuvo de percibir su unidad de comportamiento, durante la proyección del film de aficionado en donde se lo vio participar en todo tipo de actividades y en el que, no obstante cierta caída de ánimo, se mantuvo en general muy lúcido. Luego de un corto período de asombro, se recuperó, expresando que en ese film se veía bien hasta qué punto se había convertido en un "pobre tipo", y volvió a su cantinela: "son los electroshocks", "aquí dentro es donde caí en este estado", "tienen que sacarme una radiografía del cerebro", etcétera.

No es sino algunas semanas más tarde que pasaría por una suerte de "estadio del espejo" en el que, frente al espejo, palpándose el rostro, reencontraría esa especie de aprehensión jubilosa de sí mismo recordada por Lacan en "Le Stade du miroir".[1] Todo esto se producía al mismo tiempo que, para lograr que saliera de sí mismo y renunciara a su aparente insensibilidad, lo pellizcaba tan fuerte que terminaba por gritar como un niño. Pero esta asunción de su esquema corporal es aún precaria y todavía más o menos cuestionada. (Señalemos al respecto dos intentos auto-castradores: una profunda quemadura de cigarrillo y un corte en la mano.)

RECONOCIMIENTO DEL LENGUAJE

Me di cuenta que no había leído ni escrito prácticamente nada desde hacía años. Como en el caso de los otros registros, se trataba, me parece, de una falta de autocontrol, de una pérdida del "yo", y correlativamente de comportamientos ordenados a lo real. Había que

[1] Jacques Lacan, *Escritos I*, México, Siglo XXI, 171.

encontrar un tercer término: un control que, provisoriamente, fuera exterior a él. Intenté en principio hacer que leyera en voz alta, pero esto era materialmente molesto, y no podía impedirle que detuviera la lectura por cualquier motivo para decir que "no entendía nada" que "aquí es donde él se enfermó", etc. Le propuse entonces que copiara un libro, manifestándole que lo que interesaba no era que comprendiera o no algo, sino que solamente hiciera la copia. En realidad había en ello una trampa que sólo más tarde descubrió. En efecto, el libro no había sido escogido al azar. Se trataba de *El Castillo* de Kafka. El Dr. Oury y yo mismo habíamos observado semejanzas entre R. A. y Kafka, tanto desde el punto de vista psicopatológico, religioso, como desde la apariencia exterior, en la medida que pueda juzgarse por una simple fotografía. Lo cierto es que "se aferró" al libro, y que hoy ya está casi terminándolo de copiar.

RECONOCIMIENTO DE SU PROPIA SITUACIÓN

Emprendí la tarea de enseñarle a "hablar" de su enfermedad de un modo más coherente. Al cabo de algún tiempo, el grabador había condicionado de tal manera nuestra situación de diálogo que no tenía más que ponerlo a funcionar. Renuncié a ello y en su lugar anotaba en un cuaderno lo que juzgaba era más interesante de todo lo que decía. Dejaba el cuaderno a su disposición y, rápidamente, conseguí que fuera él quien escribiera en mi lugar; es decir que en el curso de la conversación lo interrumpía proponiéndole: "podrías anotar esto", y le repetía palabra por palabra lo que él acababa de decir (era en general incapaz de acordarse de sí mismo). En líneas generales yo hacía las veces del grabador (o del espejo), pero de un modo más humano, esta "desautomatización" de la máquina era correlativa al hecho de que era él la máquina que grababa la palabra que circulaba entre nosotros.

RECONOCIMIENTO AJENO

Hasta ahí, permanecíamos de manera recíproca como parasitarios en el diálogo. El circuito entre nosotros se cerraba en ese cuaderno siempre más o menos ilegible e incomunicable. Un primer intento de hacer estallar esta estructura aislada terminó rápidamente en un fracaso. R. A. se enamoró de una empleada de la casa. Vivió esto con una suerte de hostilidad hacia mí, y por supuesto la "dura realidad" se desplegó ante él a través de la amarga conciencia de la inanidad

de su propia situación. Del mismo modo que su fuga representaba el episodio desencadenante de su enfermedad, este episodio imaginario volvía a representar un antiguo fracaso amoroso situado en ese mismo período. Todo el ordenamiento de su comportamiento, construido poco a poco, se hundió. Permaneció varios días como petrificado en su cama, sin comer ni pronunciar una palabra.

Volví a comenzar desde cero. Pero, al cabo de algunos días, la situación se volvió "normal": volvió al comedor, retomó el trabajo de dactilografía, etc. Lo que habíamos hecho antes conservaba cierta solidez, se había producido no obstante una cierta resistencia de lo que llamamos su reestructuración simbólica. Este episodio tuvo una feliz resultante: en esta oportunidad, se había puesto a escribir de sí mismo, y hasta casi *contra* mí. Una vez que nuestras relaciones se volvieron completamente buenas, conservó esta iniciativa. Por ejemplo, escribió algunas cartas a sus parientes. Como sus adquisiciones "técnicas" se lo permitían, lo induje a que sistemáticamente volviera a copiar y pasara a máquina el grueso cuaderno que nos había servido hasta el momento. Corrigió, retocó, depuró, seleccionó, hizo comentarios, cambió el orden de lo que habíamos elaborado en conjunto. Esto se convirtió en *su* texto.

Ahora, continúa escribiendo todos los días y me entrega sus textos directamente dactilografiados (si se da la oportunidad, acepta dactilografiar mi correspondencia). Yo mismo he cambiado de actitud, intento hacerle iniciar un verdadero reconocimiento del otro. Hago leer sus textos a los médicos y amigos que nos visitan. Discute con ellos. Hasta ese momento se rechazaba ante los otros, decía "que él no existía", "que estaba muerto", "que era como su padre", "que no tenía nada que hacer", etc. Por ejemplo, hace apenas un mes, le propuse que encendiera el fuego en mi chimenea; terminó por venir, y no sin una cierta satisfacción. Un día, alguien le preguntó si en realidad era él quien había hecho todo eso, y tuvo suficiente mala fe como para negarlo.

Hoy la situación es diferente: está entregado enteramente a su texto, él mismo tomó tal decisión. Adquirió ahora una especie de personalidad simbólica, de la cual se hace cargo, y que cambia el sentido de su enfermedad, la que ya no es más vivida en el sentimiento de su pertenencia casi mágica a su familia en la que según él, "todo el mundo está enfermo". No se siente más "como su padre", obsesión contra la cual se debatía sin cesar, pero en vano. Por la lectura de su texto, pareciera haber adquirido una comprensión más fenomenológica de la "esencia" de su enfermedad, y esto es un buen medio para ayudarlo a encontrar las vías que lo sacarán de ella.

EL DERRUMBE DE UNA VIDA AÚN NO VIVIDA. PÉRDIDA DEL "YO" (EXTRACTOS DEL DIARIO DE R. A.) *

27 DE SEPTIEMBRE

Lo que más me atormenta es esa falta de todos los sentimientos que tenía todavía la posibilidad de sentir. Brevemente, se fueron todos al mismo tiempo que mis sentidos naturales. Brevemente, estoy casi muerto. Digo "brevemente" como si fuera una máquina de vapor viva y muerta a la vez que hiciera a cada tanto un leve rumor de vapor, que lo hiciera con regularidad, y como si ella fuera apenas despertada por un rumor de sus sueños de nube. Entonces es cuando no se agita, pero se sobresalta dejando la palabra "brevemente" en una frase, luego en dos, luego . . . Todos mis "brevemente", después, serán por la misma causa (es bueno acordarse cuando se los lee). Una chica acaba de entrar en la oficina.

—Te molesta que esté ahí dos segundos, dijo.

—No, le respondí, no comprendiendo absolutamente nada de lo que me había dicho.

—Prefieres estar solo, me dijo.

Le respondí con un ademán que me daba igual, es decir que no podía responderle como . . . FALTA absoluta de contacto, contacto físico y moral a la vez.

Al ver el ademán, me dijo: "Te es lo mismo. Bueno, te dejaré solo." Luego se fue.

Esta tarde, jugué al volley-ball. Digo esto intentando volver a la realidad, pero no puedo lograrlo. ¿Puede jugar una nube sin color? Cualquier cosa que sale de mí, ahora, no viene justamente del corazón. Félix acaba de decirme: "Ténme confianza." No puedo. Parásito. Son "trucos" físicos si me acuerdo del modo presente como me acuerdo, es decir cosas que me afectaron en aquel momento.

* 1955.

cosas que, inconscientemente, digo porque . . . esto se relaciona con el estado en que estoy.

28 DE SEPTIEMBRE

Hubiera querido acordarme de todas las ideas que tuve con la insulina. Abro los ojos, veo ante mí a M . . . levanto mi truco . . . miro la posición en que estoy, tenía la pierna un poco doblada de esta manera. Era sobre todo el brazo porque la enfermera me había puesto una inyección. Yo volvía a poner algodón, creía que no había terminado aún.

Y luego, cuando levanté las sábanas, veía que no era mi pecho. Abajo, solamente el sexo, tenía un poquito de sentido. Eso me enervaba porque es animal. Antes de estar en este estado, tenía de sobra el aspecto sexual. Atribuyo importancia a la sexualidad (masturbación) porque estoy enfermo y encerrado. Cuando abofetée a Madame A. es que debí notarlo. Este "estado móvil" no es consciente. Pero "el estado inmóvil", habría que haberlo descripto mejor. Me digo algo, y después de esto lo hace . . . es un abandono completo, peor que cuando era muchacho. Era más estacionario. Hervía, pero sentía más que ahora. Lo de arriba partió, lo de abajo queda, pero . . .

KAFKA, 6 DE DICIEMBRE 1910

"No abandonaré este diario. En esto tendré que ser tenaz ya que no puedo serlo más que ahí."

Es un origen de cuando era bebé.

Soy un puerco, habría querido escribir en un papel liso, que no estuviera arrugado. Acabo de venir del tocador, es peor que la podredumbre. Estoy peor que muerto. No tengo sentidos naturales. Nunca tengo hambre, nunca sed, nunca ningún deseo, ya sea físico, ya sea moral, y estoy más atado a lo físico puesto que son todas mis funciones orgánicas las que he perdido (respiración, digestión, vista, oído, etc.) tal como antes las tenía, al menos un poco. Cuando escribo todo esto, no tengo en modo alguno conciencia de lo que escribo, sino una suerte de palabra muda (pienso en Félix al decir esto); esto me hace tener actitudes y es todo. Y de esto, no creo que pueda salir. De lo que tengo miedo, es de chuparme el dedo, y caminar como cuando era chico.

30 DE SEPTIEMBRE

No tengo ganas de escribir. Mi organismo es el que no funciona todavía en absoluto. Ninguna impresión. Ningún sentimiento. Ninguna sensación. Soy un idiota, una máquina de vapor herrumbrada. Ningún contacto con los demás. Muy contento y supuestamente orgulloso, en el momento en que escribo, de lo que escribo. Oí vagamente la cinta en la que estaba mi voz más bien adormecida, y en verdad de un pobre tipo. No escribo más de mí mismo. Esto me recuerda cuando era niño y me hamacaba diciendo: "Mamá, mi comida." Lo decía mecánicamente. No comprendí aún lo que Félix me acaba de decir sobre... ya no me acuerdo.

11 DE OCTUBRE

Cuando me esfuerzo en comprender con la cabeza... Félix acaba de explicarme que soy un bebé. Cuando escribo esto, me siento (si puede decirse) encerrado en mí mismo. Acaba de decirme que ha habido, desde que discutimos ambos, diferentes etapas. Hubo en principio el silencio (cuando yo decía: "¿cómo?", es como si dijera: "Mamá, mi comida"), después las palabras, luego si esto te encanta, el lenguaje. Por mi parte, el lenguaje será verdadero a partir del momento en que llegue a volver a sentir lo que oigo decir a una persona enfrente de mí y a poder intentar la comprensión de lo que esa persona me dice (contacto físico y moral a la vez... para mí).

Me acuerdo cuando me fugué a los quince años. Antes de que me fugara, el mismo día, estaba discutiendo con un tipo en bicicleta (esto sucedía en Seine-et Marne, en Mitry-le-Neuf). Una vez que hube terminado de hablar, si puede decirse así, con él, entré en bicicleta en.. (no me acuerdo muy bien). "Brevemente", me fui al atardecer por la ruta, al ponerse el sol; caminaba queriendo ser como un alemán (marcaba el paso). Luego había gente que volvía del trabajo; tal vez tuviera miedo viéndolos, pero los miré sin verlos, buscando infundirles miedo, mirándolos con ojos terribles. (A partir de ese momento es que surge mi supuesta brutalidad, de la que haría bien en explicar todos sus orígenes). "Brevemente", caminé toda la noche; a las seis de la mañana, vi un montón de arena; comí... un poco. Seguí luego mi camino y llegué a una aldea. Entré en una casa. Pedí a la señora café... no me acuerdo más... en la oscuridad completa. Escribo todo esto como un bebé, sin tener conciencia de ello y sin tener ganas de escribirlo (no parásito). No son

ni siquiera palabras, ni siquiera letras... ¡si al menos las escribiera como un bebé!

12 DE OCTUBRE

Estaba un poco nervioso cuando comenzamos a discutir. Le dije que eran los electroshocks los que me pusieron así como estoy. Me dejó seguir hablando varias palabras. (Cuando escribo, tengo aún cierto orgullo que en el fondo es estúpido, y me abstendré de explicarlo en consecuencia.) Cuando escribo, soy casi un bebé que tiene ganas de hablar, de balbucear, como si lo que digo nadie más que yo lo escuchara (explicación de la palabra muda). En el fondo, siempre he estado como ahora, solo en el mundo... no me acuerdo muy bien. Después Félix me encargó que fuera a buscar un paquete de cigarrillos y fósforos. Cuando volvía a entrar a la pequeña oficina, esperaba ver a Félix solo. Pero tuve una sorpresa, un pequeño golpe a mi corazón, si puede decirse, la señora A. estaba sentada en el borde de la ventana. No la quiero, y durante el día, muchas veces, me pregunté cómo el doctor podía quererla. Es estúpido ocuparme de esto, puesto que nada comprendo de ello y soy inexistente.

¿Me vuelvo histérico? Esto es porque intenté corporalmente vincularme a alguien de quien no puedo agarrarme, porque no tengo "brazos ni piernas" para hacerlo. No pienso más, no puedo pensar. Querría poder vivir corporalmente. MAMÁ-MI-COMIDA. Mi histeria es un poco como papá.

13 DE OCTUBRE

Tengo siempre un revoltijo de palabras en (si así puede decirse) mi cabeza. Discutí con Félix. Le dije haber visto al Dr. Oury salir de su cuarto, cuando bajaba para ir a almorzar. El Dr. me preguntó (este bolígrafo me recuerda cuando iba a la escuela Maïmõnide cuando pasaba en limpio mi composición, cuando escribía mi nombre en el margen; en el fondo, mi composición nunca estaba bien, nunca tenía sentido para mí; nunca tomaba conciencia de ella: [yo] no la "hacía"):

—¿No has bajado aún?

—No, le respondí.

—Sabes que ahora tienes mejor semblante, me dijo.

Lo miré haciéndole una mueca extraña. Me dijo divertido:

—Esto no te gusta. No te gusta cuando te lo dicen.

Me pareció como si fuera otro.

Estoy terriblemente solo esta tarde. Acabo de guardar mi cuaderno y apagar la luz que me da miedo, y la máquina blanca que está al lado de la mesa, pues todo es una mezcla de hilos (confusión), "brevemente", no sé. Tengo miedo de cualquier cosa ahora. Tengo miedo de la electricidad. Siento que me voy quedando solo como antes de que discutiera. Estoy en mi orgullo; nada más que esto consigue moverme un poco. No, pero lo que hay: soy introvertido porque físicamente no tengo nada. Moralmente, no sé lo que es. Soy un pedazo de madera, no un leño grueso consistente, sino una pequeñita ramita que va a desaparecer sin haber aparecido siquiera. Tal vez tu salida es lo que me ha vuelto como soy, pero no lo creo, ya que he sido casi siempre como acabo de describir más arriba.

El Dr. Z. acaba de entrar justo en el momento en que guardaba mi cuaderno y "el" bolígrafo; se aproximó a mí. La ramita muerta que soy tenía algo así como la impresión de que le preguntarían lo que hacía allí, como si se me tomara por un ladrón.

Como ves, Félix, si empleo el imperfecto para describir mi supuesta impresión, que no sentía, no es sólo porque no tengo la noción del tiempo, sino sencilla y terriblemente es por mí que la ramita muerta tuvo miedo, se sacudió sin quererlo cuando Z entró; y como ella no veía a Z., porque no podía verlo, como él le dio miedo, ella empleó el imperfecto para alejarse de Z., justamente de una presencia de la que no se daba cuenta . . . tan pronto se alejó, el cambio de tiempo (del presente al imperfecto), y luego sobre todo que la ramita veía una gran leña, fuerte, dura, consistente que "parecía vagamente" Z. Esto es lo que le daba miedo (para analizar). Imagino todo esto, pues en el fondo no puedo estar en lo real. ¿Puede gritar acaso una ramita muerta? "Mi corazón no está en claro". Siempre tengo miedo, Félix, de que me preguntes por qué he subrayado esta última frase. (Miedo de los sentimientos que no tengo y que vienen del período "mamá mi comida", cuando mamá y papá se reían mientras les cantaba meciéndome a mí mismo como un abandonado. Pero en el fondo, creo que si mamá al menos hubiera respondido a mi llamado, a decir verdad tan suave, si se hubiera aproximado a mí y hubiera dicho tan sólo una palabra antes que ponerme enseguida la comida en la boca, se habría formado casi un pequeño "yo". Papá, nunca me dijo nada. A decir verdad, es como si no hubiera tenido padres, sino nubes mudas). Es cierto que hace dos años no habría contado todo esto. Era débil tal vez, pero no en el nivel actual. A pesar de todo el "yo" existía un poquito, por lo menos yo creía que existía. No tengo ningún control de mí mismo. Personalmente, pienso que mi masturbación excesiva me ha llevado un poco al estado físico en que me encuentro.

14 DE OCTUBRE

Son las siete de la tarde. Acabo de ver el film *Juegos prohibidos*. Me hizo pensar en muchas cosas. Estoy perdido. Mi estado nunca cambiará. (Yo) no puedo querer. Cuando M. C. murió, pensé que yo también tenía una congestión cerebral, en caso contrario tendría conciencia de lo que (veo) u oigo incluso sin quererlo. Ahora voy a comer. No comprendí totalmente el film. Pero esto me hizo casi llorar. ¿Cuándo tendrá una vida, un contacto, una luz, un despertar? Es cierto, ahora soy una verdadera mierda. Mi orgullo nebuloso no se ha ido. ¿Pero cuándo volverá todo? No creo que esto vuelva. Me he masturbado demasiado. No logro aferrarme a tí. Félix, pero no hay nadie más que tú que puedas hacer algo por mí aquí, pues ya ves, es un afecto nebuloso que intento "darme" pero no lo consigo.

Me dices que sólo estamos los dos para charlas ahí, pero no puedo decir que sea una charla, pues si aceptara oír tus palabras, no las entendería . . . eres tú quien las entiende por mí. Estoy como paralizado. Dime cómo puedo curarme. Nunca quise a nadie. Estoy como paralizado. Dime . . . siempre soy una ramita muerta. No soy nada, ni siquiera un montón de mierda, porque un montón de mierda es un montón de mierda. ¿Cuándo veré el mundo? Cuándo viviré en el mundo, con los otros, tener alegrías, amar una chica, tener un amigo, y todo lo demás que te pregunté o dije. Me has dicho muy justamente que es preciso que me vea y que es preciso que esté contento de verme . . .

El Dr. Oury acaba de entrar en la oficina para ver cómo sigue esta larga enfermedad. Ni siquiera me doy cuenta de ello. No tengo nada vivo. ANTES de la recaída, sentía no obstante que tenía una cabeza, y luego un cuerpo; pero en el fondo no eran más que pedazos; ahora . . .

En este momento estoy muy débil. Me dices que intente tomarme de algo, pero ni siquiera puedo. Es cierto que antes, cuando iba a la escuela, la nada creía creer ser algo entre los demás compañeros. Pero no tenía compañeros, eran ellos los que venían hacia él, y no él quien iba hacia ellos para hablarles. Ningún yo, ningún yo.* Entonces

* "Aucun moi, aucun je", en francés.

estoy siempre aferrado un poco con mala intención de las burbujas de aire que para mí representan a mis padres. Físicamente he perdido todo.

15 DE OCTUBRE

Paso en limpio el (ensueño) de la insulina:

De la manera como di vuelta la página, debería estar del otro lado de la página (para mí es del otro lado). Estamos en el despertar de la insulina. Hace dos o tres minutos que me pusieron una inyección. Me (despierto) como en los electroshocks, es decir que cuando la inyección me despertó, yo estaba muerto, me sentía muerto.

19 DE OCTUBRE

Sueño con la insulina del seno envenenado. No sé si lo mamé. Asociado a Bernadette que vi sin verla. Mi hermano sabe cómo manejar a las chicas, para mí es la misma cosa que el seno envenenado de mi madre. En el fondo, estoy demasiado con mi madre como nunca lo estuve (nube). No he tenido padre. En el comité del gallinero, tuve una impresión desagradable: "como si fuera de mí de quien hablaban cuando dijeron las gallinas ponen" (para analizar bien, me parece). Inmovilidad completa (nerviosa, corporal y sensitiva). Todo, según creo, viene del seno envenenado de mi madre, y estoy convencido de que no me curaré nunca.

24 DE OCTUBRE

Félix me habló de la transferencia maternal sobre Evelyne. En lugar de mi padre, es a mi hermano desaparecido que habría querido. Marcel tenía dieciséis años y medio. Dibujaba bien. Era dibujante industrial. No había unión en nuestra familia. Papá y mamá discutían en idisch por tonterías.

Me quedé con Evelyne. Me dijo que yo era muy amable. La tomé en mis bracitos de bebé. Me besó en la mejilla. Luego se fue. Llamé a mamá como un abandonado ("mamá mi comida" imaginaria). Marcelo "se" dibujaba bien mirándose en el espejo (estadio del falso espejo).

28 DE OCTUBRE

Me siento más infantil. Me siento muerto, aún no nacido. No tengo ningún contacto. Todo es lunático. Estoy inerte. Continuo. Creo que saldré de esto. Era bueno en ortografía cuando era chico. Soy yo quien me vuelvo así . . . quizás.

29 DE OCTUBRE

Estoy con Evelyne en la oficina. No veo nada. No tengo cerebro. No puedo caminar. No siento físicamente nada. No respiro más. Conmoción por Elena a los quince años en la escuela Maïmõnide. Tendría que hacerme analizar físicamente, y el cerebro sobre todo. Estoy perdido. Ningún "truco" físico (repito esto a un ritmo imaginario del "mamá mi comida" cuando era chico). No puedo más. No tengo glándula alguna que funcione. Tampoco organismo. Analizadme. Aquí es donde me he muerto. Soy un poco como mi padre.

Vi a Evelyne hace un instante con J. Estoy un poquito celoso por ello. Sobre todo porque no puedo hacer nada (como una avispa pegada a la miel, y que ni siquiera lucha).

4 DE NOVIEMBRE

No comí. (Estoy) siempre en este agujero negro. No tengo ningún contacto. Amo mucho a Evelyne. ¿Has visto a Arturo? Viva Francia. Tengo miedo de Ud. Hice tres renglones de imprenta. No veo nada. El Dr. Oury me dijo que es preciso esperar. No entiendo. He terminado.

Tengo siempre los temores que se observan cuando hablo del sexo. A causa de la familia, del padre, del hermano. A.[1] Las glándulas sexuales. Es imaginario. Ningún contacto con Félix. Entre los judíos . . . ¿qué sucede? Lo que ocurre es que estoy más ligado a Félix, como antes de que partiera últimamente. Acabo de ir al gran salón. Ahora no puedo ver a los católicos. Es por culpa de mi padre. Sentimiento (si puede decirse) de opresión. Acabo de besar a Evelyne. Estoy como en casa . . . como mi madre . . . Inmóvil y entre algodones. Nunca tuve contacto. Es gracioso y terrible a la vez. No quiero a J., y sin embargo no lo conozco . . . fingiendo "casi" conocerle.

[1] Nombre propio de R. A., en mayúsculas.

5 DE NOVIEMBRE

Fue en París donde papá me disparó un tiro de revólver. Yo estaba con mi hermano Mauricio. Todo ocurrió a la tarde. Acababa de entrar. Durante todo el día estuve vendiendo mis diarios. PAPÁ me reñía. Tenía miedo, pero no me movía. Mi hermanito me decía que me fuera. Yo no veía el revólver. Lo veía sin verlo. Esto apenas si duró algunos segundos. Sin embargo me fui a la casa de mi hermana Raquel y mi cuñado. Pero estaba convencido, cuando estuve frente a mi padre, que él no quería tirar. Lo hacía todo enceguecido.

14 DE NOVIEMBRE

"Es el «brevemente» de mi madre."

Cuando mi hermana vino a verme, eso no me provocó ningún efecto.

Jeannette vino a buscarme a mi cuarto. Con seguridad cuando era chico, no sé, yo... Mi padre no me corrigió. Ahora, no puedo. No es un padre como me habría hecho falta. ¿Por qué? Porque no logro controlarme a mí mismo. Nunca me educó. Siempre comiendo. La masturbación comenzó hace mucho... a partir de los quince años. Me quiero demasiado porque corro todavía tras el seno "dos" veces imaginario de mi (madre). (Ella) no me enseñó a ver las cosas de este mundo como hubiera sido necesario para vencer mi debilidad, como padres normales. NO. Siempre comiendo. Era un verdadero bebé, mi madre (mamá mi comida). A menudo me daban náuseas. Mi padre trabajaba, pero nunca me dijo algo de...

19 DE NOVIEMBRE

No tengo deseo sexual. Mi hermano tenía éxito con las chicas, no porque fuera un seductor, sino porque era más o menos... normal. lágrimas, pero no tenía un deseo real de llorar. "Sobre todo no te Cuando fui un día al psicoanalista, ya era así, eso me irritaba. Me dijo: "Siéntate". Él creía que tenía ganas de llorar. Solté algunas reprimas, eso te aliviará." No, eso más bien me dejó completamente vacío.

20 DE NOVIEMBRE

Mi madre nunca me enseñó a hablar. No me acuerdo para nada lo que aprendí en el colegio y en el liceo. No tengo más cuerpo, ni cabeza, ni corazón, ni nada. Mis padres no me quisieron como habría sido preciso. Continúo siendo un abandonado, quisiera querer poder querer que se preocupen por mí. ¿Quizás es porque Evelyne me quiere bien? o más bien porque creo como un idiota que tiene piedad de mí. Mi hermano Jacques no es en absoluto como yo. Cuando decía: "Mamá mi comida", gateaba. Otro bebé exige vivir. No yo.

Acabo de bailar con Jeannette que me sacó del brazo. Soy como un pedazo de madera. Tienen que ser las mujeres quienes me inviten a bailar, es terrible. Ningún contacto. Soy como mi padre, como mi madre. Esto me fastidia, ese placer físico imaginario... de bailar. Ningún control de mí mismo.

2 DE DICIEMBRE

Lo principal, es la palabra. Nunca la tuve cuando era chico. Por esto es que veo siempre las cosas por escrito y que me quiero (esto es para analizar). Cuando decía: "Mamá mi comida", no me respondían. Las discusiones, ¿son para intentar liberarme de mis padres? Vuelvo incesantemente hacia (mis) burbujas de aire y ni siquiera llego... corriente de aire. En el fondo, si mi padre quiso tirarme, es sobre él que quería tirar. Nos parecemos mucho.

¿Cuándo le di un puñetazo a mi hermano? Era algo automático, ni siquiera automático, era para alcanzar a mi hermano, tener contacto con él. Mi puño atravesó el cristal, esto fue un muro para mí, pero no un muro físico ni un muro moral, sino ese tipo de muro que hace que yo haya estado siempre entre algodones, todo suave.

¿Quiero decirle algo a Félix? pero... presencia de Evelyne, o más bien de mi madre real, del seno podrido, de esta madre a quien no puedo acercarme porque no me dio amor maternal verdadero, ya que si sigo abandonado es a causa de esto, y luego sobre todo porque Evelyne viene hacia mí y no la puedo aceptar. Cuando escribo todo esto, son tonterías las que intento sentir. "Brevemente", sencillamente es la llegada de Evelyne la que ha interrumpido mi querer hablar de mí. Siempre tuve miedo a las mujeres pues tuve siempre miedo de mi madre real que se volvió rápidamente para mí, cuando era bebé, imaginaria, a causa de la falta de confianza en la vida que mi madre

nunca me dio. Éste es el primer muro que hizo que siempre haya estado encerrado sin estarlo verdaderamente. Es como si siempre me sumergiera en el algodón.

El sonido de los pasos de Félix me altera. (Esto proviene con seguridad de la bomba . . . ¿que ni siquiera oí? pero que de cualquier modo me sacudió durante la guerra). Estoy replegado en mí mismo. Alcanzo a escribir todo esto porque la pseudo-presencia de Evelyne y Félix me hace escribir.

¡Como repite a su analista!

3 DE DICIEMBRE

Mi madre nunca me dio confianza. Era siempre físico. En este momento, no soy, y para procurar ser . . . Lo que digo, es espontáneo. Mis padres me toman por un paquete de ropa sucia. Me pongo en lugar de mi mamá y papá imaginarios porque a los reales nunca los vi (ritmo del "mamá mi comida"). Soy como mi padre. Cuando me hizo con mi madre, pienso que no lo hizo con sentimientos, sino con cierta debilidad sexual.

Es como cuando me fui una tarde de mi casa, estaba enfermo como ahora, ¿menos físicamente? como cuando me acosté con una puta. Ni siquiera veía el cuarto. No sabía qué hacer. Me tiraba encima de ella. Quería abrazarla . . . No podía.

19 DE DICIEMBRE

Si estuviera bien encontraría la chica simpática. Es como con los otros amigos. ¿Quizás sea más extravertido ahora? Pero cuando ella me dijo de ir al piano, no oía . . . Soy un poco como mi padre. Cuando ella se aproxima a mí, no puedo hablar, es sencillamente físico, siento solamente un perfume y me da vergüenza, porque en el fondo no lo siento. ¿Por qué nunca está la voz? Seguramente es porque no me hablaron nunca en mi casa. Cuando me dijiste: "Ve a la mesa y escribe" eso provocó la ruptura; es porque mi padre imaginario nunca me habló . . . de ese modo . . . "brevemente". . . estoy en un sueño.

Cada vez que me hablas de la familia, que atacas a mi familia, eso me toca, eso me hace reflexionar, eso me altera, porque en el fondo no reflexiono . . . y porque nunca tuve familia. Es porque soy demasiado sensible a tonterías que no consigo tener. Es como la bomba, es como mi padre.

Es por tu letra, me parece, que creo que eres un poco como yo, Félix. Para mí, escribir es la muerte (palabra muda). Una tarde que estábamos en la mesa, me acuerdo que mi padre le decía a mi madre en idisch: "Como una avispa en la miel". Se divertía diciendo esto. Yo le preguntaba qué quería decir eso. Me respondió que en francés no se lo puede decir. Félix dice que en esta escena el padre es un poco como M. Klamm, *con quien nunca se puede hablar.*

22 DE DICIEMBRE

Lo que me desanimó, es la llegada de M. y de la niña (la hermana de M.), y luego . . . su madre. La chiquilla, veo que ha salido del vientre de su madre. Y luego ya es una niña grande. La bofetada que le di a la señora A., es la misma cosa para mí. Lo principal, es el golpe del espejo. ¿Por qué no tuve la alegría de reconocerme? porque no me vi. ¿Cómo ocurre que nunca tenga hambre? Tengo la impresión como de que nunca he chupado este biberón. Entonces los demás chiquillos, ¿cómo es que no soy como los demás chiquillos? Si al menos fuera como mis hermanos y hermanas. Cuando acabo de decir: "como mis hermanos y hermanas", siento como algo de malo, ¿una burbuja? . . . algo en el vientre (me lo imagino al escribir esto, pues no siento "nada de nada", ya ni siquiera respiro); esto es lo que no puedo explicarme. Es extraño. Un día caí como mi padre. Masturbación . . . pluf, me desplomo (paréntesis de Félix).

Estoy hecho totalmente de cera,
Sin embargo no es por la edad;
¿qué puedo decirte?
Estoy en la edad de cera.

Es como cuando copié esta mañana una jirafa. No era yo quien la copiaba, sino que era la jirafa que se copiaba a sí misma con la enfermedad y detenidamente. . .

SCAJ: comportamiento imaginario e integración simbólica

EL SCAJ SEÑORES-SEÑORAS*

A través de La Borde, a la larga, esta frase, convertida en el soporte de la enorme máquina verbal socioterápica, tiende a asemejarse ya sea a un anuncio de feria: "entren señores, entren y verán [...]", ya sea a algún ritual religioso con su cortejo de celebrantes, y su adormecedora liturgia; ¿cómo? ¿el sketch, el cursillo? No, el SCAJ.[1]

En general, lo nuevo no va más lejos, rápidamente habrá hecho olvidar el cuestionarse como nosotros, los crónicos, sobre la naturaleza de esta subcomisión de no se sabe qué, al punto de que su género mismo pasó del femenino al masculino. De la proliferación de instituciones hacia el verano de 1955, retrospectivamente inquietante en su sistematismo, la mayoría, como corresponden, han desaparecido o degenerado, dejando una suerte de estiércol institucional que no ha hecho sino enriquecer el SCAJ. En efecto, se dedicó a suplir casi automáticamente las debilidades de los comités, bar, paraíso, radio, menú, limpieza, etc. al secretariado, a las comisiones de actividades y a la asamblea general. ¿Es porque funciona todos los días? No es evidente que sea más fácil hacer siete veces algo en la semana que sólo una. ¿Es una rutina? ¿Pero entonces, cómo se explica que sea una de las actividades que mejor se adapta a los enfermos? En 1955 pensaba que sería útil que cuatro o cinco personas pusieran técnicamente a punto, cada día, un programa de actividades cuyas grandes líneas hubieran sido decididas semanalmente en una amplia "comisión de actividades". Fue entonces cuando se vio forzar las puertas de esta reunión a un número creciente de participantes, al punto de que hoy nos sorprenderíamos si viéramos menos de la mitad del efectivo de enfermos.

Al mismo tiempo, el SCAJ adquirió un rol polivalente de información, de discusión, de organización, hasta de palabra o tribunal, y a veces reina allí un eufórico ambiente de cabaret en el que cada uno puede decir lo suyo. Esta atmósfera de espejismo a menudo me hizo pensar en las emisiones de Radio Luxemburgo, esto no compromete

* Aparecido en el nº 1 del *Bulletin du personnel soignant del cliniques du Loir-et-Cher*, 1957.

[1] Subcomisión de actividades para el día.

a nadie, están ahí porque lo quieren. En realidad, esto compromete tanto más cuanto que no se cuidan de ello, e igual que las marcas de dentífrico les dan vuelta en la cabeza, del mismo modo aquí el público verá cómo se pega a la placidez de su ociosidad o de su aburrimiento la tentación de ir ahí donde "le dijeron" que habría algo, arrastrando a otros, como una larga cadena de curiosos, en el que cada uno no tiene ante sí sino la imagen del otro, visto de espaldas.

Este factor imaginario, en estado puro en el SCAJ, es —me parece— un factor constante que encontraremos detrás de todas las actividades: reuniones, talleres, juegos, pero que se han vuelto menos aparentes por el hecho de su más grande "utilitarismo". Para mí no caben dudas de que es el resorte de la "resocialización local" de los enfermos. Tratando de comprender cómo debemos inducir a los enfermos a acostumbrarse a los términos de la terapia psiquiátrica, intentamos descubrir las trampas de la vida normal en las que nos convertimos en juguete de la palabra del otro.

El representante comercial sabe que tiene la mitad de su partida ganada si consigue llevar la conversación sobre cualquier tema que no sea el de su mercadería. El seductor, para "tomar" conocimiento, tiene que encontrar una primera frase anodina, sin relación con lo que le ronda en la cabeza. Sólo, a menos de "estar loco", no "nos dejamos influir" por esas palabras vacías, por esas formalidades de pre-sesión. Se pasa a las cosas serias, es decir a las transacciones financieras o al establecimiento de relaciones más o menos contractuales que, no por ser todas del orden de la jurisdicción social como el matrimonio, establecen menos una estructura de permanencia de la relación, residiendo la diferencia en el carácter diferente del tercer testigo. Así es como nos convertimos en amigo, amante, empleado, alquilado por hora e incluso enemigo, tanto es así que la agresividad está siempre estructurada en las sociedades, incluso las más primitivas; no hay más que recordar los ritos de la vendetta, o la "ley del medio ambiente".

Los locos son gente que, justamente, están liberados de estas relaciones de intercambio normalizadas socialmente. No se hallan allí y, al mismo tiempo, no encuentran ante ellos más que un tipo de persona, delegado especialmente a este efecto por la sociedad: el psiquiatra. El único contrato que entonces tienen con la sociedad, es la *comprobación* hecha por el psiquiatra de que en efecto "no están más allí", que están fuera de las relaciones contractuales con su familia, su trabajo, etcétera.

Expulsado así de lo social, el enfermo es recibido en la sociedad del psiquiatra, rodeado de sus "hombres de armas tomar" y de sus "encargados de las tareas menores y cuidados diversos". Este "dominio" del psiquiatra lo transforma, en una estructura tradicional, en "esclavo" de su rol de jefe guardián, o en "gran brujo" de la magia medicamentosa.

El loco, que frecuentemente no lo es tanto como para desconocer que no está bien serlo, se adapta a esta situación como puede, y hay que reconocerlo de un modo más mal que bien.

La "voz" del SCAJ y de los artificios del mismo tipo pueden en parte modificar la rigidez de este edificio. No se trata de arte de magia, porque en el fondo no cambia nada; el intercambio contractual no se restablece, puesto que nada de lo que aquí se hace es verdaderamente serio. Lo que no impide que, por descuido, los "agentes" de la sociedad y de la coherencia simbólica que son los enfermeros se transmuten en interlocutores. El diálogo que se había roto en la duración de lo real se reanuda sobre futilidades adaptadas a la fragilidad y a la destrucción del enfermo. "Guarda-galeotes",* los enfermeros están entonces en condiciones de ser psicoterapeutas. La tarea del médico se transforma en cuidar, es decir integrar los tratamientos biológicos en la acción de los grupos, subgrupos e individuos que debe "controlar" en el sentido psicoanalítico.

Visto desde este ángulo, las redes de intercambio verbal que son las instituciones no deben ser concebidas como las que existen en el mundo normal. No se intercambia ahí nada de nada. Nadie habla allí "contra" nadie. La participación del enfermo no es un intercambio "por la curación", por ejemplo.** No es nada. Es porque "quiere bien". Con frecuencia, ocurre que hay que insistir a un enfermo para que participe en un taller. Pero el problema es el mismo. Hay que decirse que no es por "su bien", ¡es como es! Esta arbitrariedad del intercambio es necesaria para ayudar al enfermo a escaparse de sí mismo, según su ritmo propio, según su dialéctica inaccesible, fuera de la fisura en que lo ha hundido su incapacidad para hacerse comprender y reconocer.

* El término francés es "garde-chiourme" que literalmente es "guarda-chusma", pero en este idioma, chusma carece del sentido peyorativo que tiene en español. Se refiere más a los "galeotes" que sumado al sentido del texto nos decidió por tal versión. [N. del T.]

** Hay un juego de palabras, un tanto irónico, con el vocablo francés "contre", literalmente intraducible al castellano. En nuestro idioma se *intercambia por*, en tanto que en francés se *intercambia contra*; aunque, obviamente, la traducción y el sentido correcto es *por*. Damos, no obstante, ambas versiones para captar mejor el texto [N. del T.]

La ficción consiste en que *en verdad* es siempre él quien da el primer paso, aun si hemos preparado todo de antemano, hasta forzarle la mano para guiarlo en una hoja de papel y en la pintura.

Esta reunión cotidiana es una suerte de espumadera para recoger lo que perdura de relativamente bien integrado en la totalidad del discurso, una suerte de control barométrico de la disociación de la sociedad local. La misma se determina según relaciones de fuerza oscuras entre los que llegan y los que no llegan a ella, entre los que hablan y los que callan, entre los que organizan tomándolo en serio, y los que, menos rígidos, mejor integrados, se comportan flexiblemente, comprendiendo en general de qué se trata. Los monitores y semimonitores no dependen de este tipo de organismo de resocialización.

En resumen, definiría el SCAJ como una máquina de palabras vacías, en esencia, un lugar de intercambios desiguales, heterogéneos, provisorios, entre *comportamientos imaginarios*: repliegue sobre sí mismo, prestancia, oposición agresiva, recriminación, no reconocimiento del deseo del otro, etc., y una *integración simbólica*: expresión verbal de desacuerdo, intercambio de ideas, toma de conciencia de una actividad de conjunto, servicios prestados a la comunidad, etcétera.

INTRODUCCIÓN A LA PSICOTERAPIA INSTITUCIONAL

(EXTRACTOS DE INTERVENCIONES EN EL GTPSI)

PRESENTACIÓN

Papel pionero de Tosquelles

El origen de la corriente de pensamiento que culminó en las formulaciones actuales sobre la psicoterapia institucional puede ser ubicado, un tanto arbitrariamente, en el período que precedió a la Liberación en Francia. Por cierto que se lo podría hacer remontar más lejos, después de la guerra de 1914, con el desarrollo, en diferentes hospitales psiquiátricos de Westfalia, de la "terapéutica activa" de Herman Simon, o más lejos aún, en Inglaterra, con los métodos del "no restraint", del "open door", etc. Muchas cosas, pues, habían sido ya intentadas en el mundo para "humanizar la suerte de los pobres enfermos mentales", pero la acción sistemática de revolución psiquiátrica en el plano teórico y práctico no hubo de iniciarse verdaderamente sino en el hospital psiquiátrico de Saint-Alban, en Lozère, por los sucesivos equipos que se constituyeron en torno de François Tosquelles.

Al volver de los campos de prisioneros y de concentración, un cierto número de enfermeros y psiquiatras abordaron los problemas del hospital psiquiátrico con una visión completamuente nueva. No pudiendo soportar las instituciones concentracionarias, se dedicaron a transformar colectivamente los servicios, derrumbando rejas, organizando la lucha contra el hambre, etc. Todo se llevó a cabo con un espíritu tanto más militante en Saint-Alban por cuanto el hospital había sido, además, un refugio de los resistentes. Intelectuales surrealistas, médicos fuertemente influidos por el freudismo, militantes marxistas se reunieron allí y en ese crisol fueron forjados nuevos instrumentos de desalienación, con —por ejemplo— el primer club terapéutico intrahospitalario (el club Paul Balvet).

Había nacido una nueva actitud, un nuevo modo de acceso militante a la enfermedad mental, que iba a sacudir a los estereotipos habituales y chocar con los círculos reaccionarios de la administración tanto como con los círculos "de izquierda". La consigna propuesta

era que antes de emprender cualquier cura individual había que ¡cuidar el cuartel! El desarrollo de las técnicas de "clubes terapéuticos intrahospitalarios"[1] debía permitir que se barrieran las ideas recibidas sobre la agitación, la cronicidad, etc., y hasta la semiología tradicional se veía así cuestionada por el establecimiento de nuevas relaciones entre los enfermos y los tratantes, entre los enfermeros y los médicos,[2] entre los médicos y las familias, etc. Poco a poco, fue la base íntegra de la psiquiatría la que tambaleaba de manera que podía iniciarse una reconciliación real entre la práctica hospitalaria y el psicoanálisis, que permitiera cerrar una antigua herida —la ruptura de Jung, de Bleuler y del grupo de Zurich con Freud—, herida que debía separar por mucho tiempo el psicoanálisis de la psiquiatría. De allí esta perspectiva de una "psicoterapia institucional" que señala, en una fórmula un tanto paradójica, que no se puede pensar en una cura psicoterapéutica para los enfermos graves sin tomar en cuenta el análisis de la institución. Y, recíprocamente, se tiene que proceder a la revisión de la concepción de la cura individual, concediendo más atención al contexto institucional. En 1960 algunos de nosotros nos reunimos para constituir un grupo de trabajo, el GTPSI (Grupo de trabajo de psicología y sociología institucionales). En 1965, nos vimos obligados a fundar una sociedad más amplia: la SPI (Sociedad de psicoterapia institucional).

I. EL PUNTO DE PARTIDA

Todas estas tentativas implican un cuestionamiento metodológico de la investigación en las ciencias humanas: el acceso directo al individuo no es posible, o bien se revela engañoso; se puede *creer* que se habla al niño, al neurótico, y también que ellos os oyen, pero esto puede ser una falsa apariencia. A pesar de las intenciones del observador aparecen efectos de sugestión. Una psicología de la adaptación podrá obtener resultados, pero de hecho no puede alcanzar verdaderamente el registro del sujeto. El acceso a los deseos fundamentales implica ciertos rodeos, ciertas mediaciones. Allí es donde introducimos esta noción de "institucionalización", este problema de la producción de instituciones: ¿quién produce la institución y

[1] Adheridos a la Fédération des Croix-Marines.

[2] Un notable trabajo de formación de enfermeros psiquiátricos se efectuó en el marco del *Centre d'entraînement aux méthodes actives*. Véase la revista *Vie sociale et traitement*.

articula sus subconjuntos? ¿Existe algún modo de influir en esta producción? La habitual proliferación de instituciones en la sociedad contemporánea no desemboca sino en el reforzamiento de la alienación del individuo: ¿Existe la posibilidad de que se produzca una transferencia de responsabilidad, y que al burocratismo suceda una *creatividad institucional*? ¿Pero en qué condiciones? ¿Hay técnicas particulares para dar la palabra al objeto que se quiere estudiar? En efecto, si —implícitamente o no— se reifica el objeto de estudio, si no se le da el medio de expresarse, incluso y sobre todo cuando no dispone de medios de comunicación adecuados (pudiendo ser este medio el sueño, el fantasma, el mito, la expresión pictórica, práxica, etc.), en sí mismos estamos aprisionados por un efecto ilusorio, por relaciones proyectivas sobre el objeto considerado. Se trata al fin de cuentas de un cuestionamiento de las viejas categorías mal expurgadas de la psicología universalizante y abstractificante.

Existen múltiples formas para definir a la psiquiatría: bajo su estricta determinación social, su relación con el estado, la situación en la cual tiene que integrarse, y que no le deja como margen de intervención sino la resultante entre las posibilidades objetivas de la institución, su autodeterminación personal, su vigor, su edad, sus problemas, su capacidad de desenvolverse, etc. A partir de ahí, se podría establecer una definición local del rol y de la función psiquiátrica, pero toma otro sentido si se la considera desde otro ángulo, definiendo la locura como algo que escapa a la determinación social. Si se afirma que el psiquiatra es el que se ocupa de la locura, nos encontramos ante una definición que no concuerda fácilmente con la primera, ante una suerte de desgarramiento entre esta vocación de atrapar las respuestas de la locura, y el hecho de ser el agente de la inserción de esta locura en una estructura de alienación social. Estamos en condiciones de plantear la pregunta: ¿Qué más se pide? ¿El aumento o filosofía?

Al nivel de la determinación social del psiquiatra, estamos ante lo que Tosquelles retomó bajo una forma política: la articulación de un grupo social en la sociedad global. Por el contrario, si nos ubicamos bajo el ángulo de la profundización existencial de una cierta relación con la locura, estamos confrontados al aspecto más agudo de la investigación cultural y antropológica: el freudismo, y todas las formas de exploración de la praxis humana, ya se trate del cine, del estudio de las sociedades primitivas, etc. Habrá que abordar cierto número de problemas conceptuales, cuya elaboración seria difícilmente pueda hacerse en grupo; se realiza en dimensiones tan personales que es muy raro que pueda rehacerse una cultura

básica simplemente reuniéndose, repartiéndose monografías, etc. Un determinado número de conceptos que vamos a discutir estaban quizás en el origen de los conceptos personales, pero es preciso que sean reelaborados, que se conviertan en conceptos del GTPSI, que se transformen en concepto "consigna" del grupo, en concepto operacional. Así es como podemos conseguir trasmutar conceptos de diferentes orígenes: psicoanalíticos, filosóficos, etc. Es posible que la puesta al día, en particular de los conceptos que preservarán la articulación del análisis en el campo político, permita descubrir una verdad allí donde la situación tendiera a instaurar una ideología opaca. No se trata, pues, de una orientación humanista, sino de saber cómo podemos salir cuando quedamos aprisionados en un lugar dado. A partir de tal necesidad es que se planteará el problema de un control analítico, político y ético, apoyándose en un minimun de grupos de vanguardia, descubriendo un procedimiento común, no tanto en actas sino en una estrategia de conjunto.

II. ¿QUÉ ES UN GRUPO?

Hay que distinguir metodológicamente el objeto al cual se apunta cuando se habla de grupo. Si consideramos grupos históricos, por ejemplo durante la constitución de los primeros estados del Egipto antiguo, la asociación de tribus de agricultores sedentarios en unidades territoriales más vastas para sacar mejor partido del drenaje y la irrigación del Nilo, se tiene la impresión de que el surgimiento de una ley unificante de carácter político y religioso se efectuó de una manera casi mecánica. Las partículas elementales parecen haberse asociado según leyes objetivas, y las superestructuras políticas e ideológicas como si se hubieran establecido a pesar de ellas. Verdadero o falso, sugiero esta imagen sólo para ilustrar lo que entiendo por *grupos sometidos*: grupos que reciben su ley del exterior, a diferencia de otros grupos, que pretenden fundarse a partir de la asunción de una ley interna; estos son grupos fundadores por sí mismos, cuyo modelo hay que buscarlo del lado de las sociedades religiosas o militantes, y cuya totalización depende de su capacidad de encarnar esta ley.

¿Cómo reconocer esos grupos-síntomas? ¿Cómo reconocer el hecho que una sociedad, en un momento dado, es portadora de un cambio? ¿Cómo reconocer una convulsión social cuyo desarrollo objetivo es tributario de una exigencia social? No hay ningún mecanismo. El que hubiera surgido, en una época dada, una exigencia de transformación

social en la sociedad feudal francesa no implicaba automáticamente el comienzo de una revolución, sino solamente un deseo de otra cosa, una pasión de convulsión perceptible por mil síntomas.

Cuando un sujeto quiere afirmarse en el plano de esos grupos, tendría que reconocer en principio que no hay sitio para él en el estado actual de la mecánica social. En consecuencia, está obligado a actuar en ella como un intruso, y a practicar la violencia contra el sistema existente. Precisamente es en la medida en que logre esta afirmación que desempeñará en la sociedad ese rol de corte subjetivo, ese rol que él mismo puede legar, por otra parte, en otras circunstancias, como herencia a un segmento más amplio del socius. En la medida en que, por ejemplo, el GTPSI se revelara incapaz de afirmar y mantener su autonomía en tanto que grupo cultural, podría ocurrir muy bien que fuera recuperado como falo de la psiquiatría progresista francesa, y que sea así literalmente atrapado, con el riesgo que esto implica de estructurarse al modo de la serialidad.

¿Cómo ocurren las cosas? Hay que considerar de qué modo se desplaza el efecto de sujetividad. Si es cierto que la ley constitutiva del grupo se ha convertido en intencional y explícita, entonces repercute en el campo que le es exterior, en relación al cual ese grupo está situado como sujeto inconsciente potencial. Nosotros somos hoy el sujeto inconsciente de la psicología de mañana, el inconsciente de los que harán mañana su psiquiatría, pero solamente en tanto que ese grupo marche en el sentido de la verdad. De lo contrario no somos absolutamente nada. Ahí es donde digo: ¡lo tomas o lo dejas! Hay una posibilidad de entrar en la existencia significante en este plano; si no, ni hay siquiera que decirlo, sólo se habrá constituido una escuela más, y se quedará insertado en los circuitos preestablecidos.

Para comprender este juego de serialidad y de alternativa del sujeto —sujeto consciente en la ley que se da, pero inconsciente en la determinación que los otros toman de él—, no hay que perder de vista que se trata de algo que se desarrolla a partir de la palabra y en el campo del lenguaje, de una palabra que está tomada en un circuito dado, pero que hace también entrar en su totalización abierta un cierto número de informaciones que capitaliza una cierta expresión, que se trama en la totalidad del lenguaje puesto en circulación en la sociedad en estado de código. Utilizamos nociones (institución, psiquiatría) que ya se manejan en el exterior, y de las que aquí hacemos un uso particular determinado; de este modo, tendemos a constituir una *unidad subjetiva del grupo*, desviando el sentido de los conceptos habitualmente utilizados. De ella es que

depende el reconocimiento de la *consistencia subjetiva* de este diálogo de persona social a persona social. Irrumpimos en las sociedades de psicoanálisis existentes, en las corrientes marxista, cristiana, existencialista, irrupción que es tanto más radical cuanto que nos desconocen completamente al principio y no pueden por tanto descubrir, al menos por un tiempo, nuestras opciones estratégicas. En efecto, no es acaso la forma de irrupción más desconcertante ésta de entrar así en un campo en el que no solamente no se nos invitó, sino que ni siquiera se lo imaginaban, tal el camellero de *Hellzapoppin* que se había "¡equivocado de banda!".

Nuestro problema es llegar a descubrir una estructura de enunciación social. Si permanecemos en nociones como la de Yo ideal e ideal del Yo, consideramos un sujeto que no intenta integrarse en un campo social dado, sino únicamente, por su función de palabra, en el campo del Otro. Partimos de una situación inicial marcada por una contingencia absoluta, por un *narcisismo absoluto* (*das Ding*), para desembocar en una abertura hipotética sobre la sociedad en general, en una "curación" que implica, en la indeterminación, todo tipo de problemas de integración a grupos sometidos (escuela, grupo deportivo, cuartel, sindicato, partido, etc.). De hecho, partimos de una constelación social inconsciente singular para ir hacia una puesta al día del Inconsciente abstracto.

Pero, para nosotros, existe también una dirección inversa que lleva a la exploración de esta estructura social inconsciente. En este sentido, la palabra tal como se plantea en el grupo no tiene de ninguna manera esa función de represión que se le reconoce por cuanto se trata de una puesta al día de las instancias relativas al *das Ding* personal. El *das Ding* es nada más que una etapa del despliegue de las potencialidades significantes en tanto que podamos preguntar: ¿Qué sociedad es ésta en la que hay locos de un lado y revolucionarios del otro? ¿Una sociedad en la que no hay grupo-sujeto para recentrar esos elementos? El *das Ding* cesa de ser un horizonte recurrente —*Nachträglich*— fundador ilusorio de una persona individual.

El problema del inconsciente destructor del grupo es algo que responde a esta necesidad suya de introducirse a la manera del corte en un mundo social histórico que no le exigía nada. ¡La estructura es hostigada por nada! Simple afirmación en este mundo ciego de un: "¿por qué meterse en una estructura antes que en otra?", *el instinto de muerte* del grupo introduce una dimensión de violencia en el carácter iniciático que toma para los participantes. El hecho de estar en el mundo de un modo ordinario, obligado a casarse, a ir al regi-

miento, a la misa, de entregarse a todo tipo de ritos, es algo que se soporta en función de esta sociedad. Mientras que, de un modo revolucionario, se considerará a sí mismo como víctima de la sociedad, se postulará e instituirá un rito de reuniones, se revelarán elementos del código suplementario en el grupo violador que tienen valor de trasgresión social. (La primera vez que se me confiaron tareas en una reunión, tuve ganas de irme enseguida.) Así se aumenta, se repite y se asume la violencia social. Fenomenológicamente, se ponen en ejecución procesos que, de inmediato, implican para tales grupos la aceptación del principio de su finitud y de su disolución, por más que introduzcan una nueva característica de la castración, que ya no es una castración con el carácter de iniciación represiva en una estructura social dominante. La iniciación militante es la aceptación de la finitud de toda empresa humana, la ausencia de toda garantía trascendental, la muerte de Dios y no ya la muerte culpabilizante del padre y su sanción castradora en la iniciación edipiana.

Por instinto de muerte del grupo, entiendo la pulsión inversa a la que provoca el deseo de reunirse. Esta inversión, que se instaura al mismo tiempo que la figura positiva, es indispensable descubrirla para comprender el grado de agresión, de violencia, implicado en la vida de un grupo. Si analizamos correctamente la demanda de los jóvenes que vienen a nuestro encuentro, observaremos que demandan la satisfacción de una pulsión mortífera en su objeto, y que, como toda pulsión, tiende a buscar satisfacciones abreviadas y a evitar los rodeos de la sublimación en sus modelos dominantes: "dadme la palabra sagrada [. . .]", y podrá arreglarme sin una integración a esta cultura y a exigencias represivas, o por lo menos llegar a un compromiso con ella. Es por esto que en esta pulsión de demanda hay una estructura compleja que sincretiza los términos antagónicos en el surgimiento de un grupo sujeto: un rechazo a plegarse a las exigencias de los grupos sometidos y un acceso posible al deseo, mientras que persiste el riesgo de alienarse en ese mismo nivel. Es en la medida en que haya una rearticulación con una totalidad sacando su ley de otra parte, que podrá haber descubrimiento de fantasmas mortíferos y abertura a lo real. El instinto de muerte del grupo es expresado y conjurado así por elementos rituales, palabras vacías, reuniones tranquilizantes y cualquier otro de los elementos de la mecánica de grupos. Este aspecto es sin duda inevitable para constituir un grupo; sin él, no habría más que una agrupación temporaria alrededor de un falo cualquiera. Conquistas necesarias, específicas de esta dimensión del grupo, las estructuras que expresan esta pulsión inconsciente amenazan siempre caer en un sistema de alienación y de anticultura.

y en el grupo también está la muerte

III. LA INSTITUCIÓN

¿Qué es un enfermo? En principio un ciudadano, un individuo después, y podemos preguntarnos además qué relación puede tener esto con el hecho de ser un sujeto parlante.

Las relaciones de ciudadanía son importantes, pues a partir de ellas es que se determinará el tamiz de la normalidad oficial. Un cierto número de vías de pasaje a las significaciones más racionales serán asumidas o no por el individuo enfermo. Este plano puede remitirnos a otros planos, pero no automáticamente. Desde este punto de vista, es interesante haber comprendido el término transferencia en el sentido de transporte,[3] en particular en el sentido que se lo entendía en el siglo XVIII: la noción de transporte amoroso. Lo que es transferido como significación, o bloqueado, es un cierto número de significantes en una sociedad dada, en tanto que un individuo singular no puede articularse a ella en condiciones históricas y en un determinado contexto más que a partir de un cierto encuentro con una institución que podría ser, por ejemplo, el médico. ¿El problema de este individuo es tal vez saber cómo llegar a ser un sujeto en esas condiciones? ¿Qué tiene que hacer para continuar siendo un sujeto parlante y hablar efectivamente? El sujeto no es forzosamente el individuo, ni siquiera *un* individuo. Habrá que ir a desenterrarlo en el corazón de su alienación, reabrir una potencialidad de su historia en la opacidad de su situación. El sujeto enfermo que viene a vernos, tal vez esté ahí, en cuerpo y alma ante Uds., pero quizás haya quedado prisionero de una ficha en la bolsa del capataz de su fábrica o quizás lo reencontremos dejándolo que espere en el bar del club donde otras enfermedades lo acogerán mucho mejor de lo que podríamos hacerlo nosotros . . .

¿Qué es lo que revelará el sujeto inconsciente en ese momento? Es un hecho de palabra, es la manifestación, aunque fuera mínima, de un acontecimiento que lo hará recobrarse. En estas condiciones, todo lo que sea reunión, medicamentos, electroshocks, los diarios, la revolución china, las canciones pueden producir otros tantos efectos de sentido susceptibles de intervenir de modo decisivo, a título de interpretación, en su sentido más amplio, en una situación institucional de vocación psicoterápica. "Las energías psíquicas de una masa media que sigue con excitación un match de fútbol o que vibra en una

[3] Referencia a una exposición de J. Schotte: "Le transfert dit fondamental de Freud pour poser le problème: psychanalyse et institution", *Revue de psychothérapie institutionnelle*, nº 1.

opereta de pacotilla, si fueran liberadas de sus cadenas y orientadas hacia fines racionales del movimiento obrero, no podrían ser encadenadas. Es desde este punto de vista que tiene que conducirse el análisis de la economía sexual".[4] Mientras que el psicoanalista se contenta con una gama de interpretación insignificante, la institución tiene como característica ser potencialmente un sujeto analizante que no coincide con un individuo. Sin embargo no llega a serlo automáticamente: la mayoría de las veces, permanece como una estructura ciega, que al actuar fundamentalmente en el registro de la alienación, remite el sujeto a sí mismo y deja al individuo en la impasse, el *statu-quo*.

¿Por qué psicoterapia institucional? Esto quiere decir que se desea terminar con el médico en tanto que individuo, colega, ciudadano, que se propone ser el que "habla por . . .", que es el "portavoz" del sujeto que podría ser la institución. Esto no obligadamente con conocimiento de causa. No es acaso también él prisionero inconsciente como agente de este proceso, con su vida conyugal, su cultura, sus opiniones, etc. Todo el problema consiste en saber si puede devenir un elemento que se articula, en una relación de verdad, con el personal tratante y con todos los que vienen al encuentro de lo que ahí se habla. Solamente así es como se puede esperar refundir las diferentes instancias, los diferentes niveles de una cura de psicoanálisis, o de una cura de psicoterapia institucional. Es la condición previa de toda posibilidad de escribir auténticas monografías institucionales.

Si no partimos de la definición del sujeto como sujeto inconsciente, o más bien como agente colectivo de enunciación, se corre el riesgo de cosificar, bajo la forma de *estructura*, la institución, y por otra parte la sociedad íntegra. Por esto, se corre el riesgo de desembocar en una falsa dicotomía entre la institución como factor sublimatorio o como factor de alienación; este desconocimiento de la función del sujeto tendrá como correlato un funcionamiento a la inversa, cualesquiera sean las intenciones modernistas de un proyecto de todas las articulaciones del sistema y una parálisis de todos sus enunciados. Infaltablemente, encontraremos entonces, de un modo tal vez un poco más flexible, los *mismos roles*: el del médico, el del enfermero, el del enfermo, todas las jerarquías internas, y otros sistemas fantasmáticos serán reinstaurados y codificados con el mismo título. Ocurre lo mismo con las mitologías tradicionales: una sociedad

[4] Wilhelm Reich, *Psicología de masas del fascismo*, Buenos Aires, ed. Latina, 1974.

que tiene cierta estabilidad encuentra siempre representantes de su Iglesia para reinterpretar el culto y reformularlo en función de situaciones nuevas.

Por el contrario, a partir del momento en que logramos voltear, y hacer estallar el carácter de totalización de una institución (del estado o de un partido), en lugar de girar sobre ella misma como estructura, ésta puede adquirir una consistencia subjetiva e instaurar todo tipo de modificaciones y cuestionamientos. A esto es a lo que apuntaba al acentuar, quizás exageradamente, la diferencia entre los grupos que son pasivos, los grupos sometidos, y los que se proponen interpretar su propia posición: los grupos sujetos. Grupos religiosos, políticos, o —¿por qué no?— institución que fuera a la vez psiquiátrica, analítica, y política. Pero para evitar toda confusión con una concepción de estilo psicológico o boy-scout, insistimos una vez más sobre la idea de que un grupo no podría tener en sí virtudes analíticas. Dejando a un lado los períodos de estallidos revolucionarios, hay por el contrario toda una praxis particular, toda una química del grupo y de la institución, que es necesaria para producir "efectos analíticos". Hay que repetirlo, tal praxis no podría ser realizada más que por un agente colectivo —el grupo mismo— en su proyecto de ser sujeto no solamente por sí mismo, sino también ¡para la historia!

IV. NUEVA DIRECCIÓN DEL PSICOANÁLISIS

El modo como reconstituye lo que será captado como síntoma nos muestra que la psiquiatría de cultura analítica tiene tendencia a buscar siempre una referencia en la historia personal, a hacer que esta historia sea rearticulada en forma de historicidad imaginaria y que cada mito individual se conecte con un gran mito de referencia. Este gran mito halla su cohesión en un sistema totalizado y totalizador. Es la referencia al gran Otro. Todas las referencias imaginarias que se harán de la historia individual, los diversos complejos y problemas personales serán referidos a esta instancia mítica fundamental.

Es un poco de este modo como una sociedad primitiva intentará explicar todo lo que suceda con referencia a un mito central, sin perjuicio de modificarlo a fin de encargarse mejor de la totalidad de las manifestaciones a interpretar. Esto corresponde al sencillo deseo de que es preciso que todo esto se sitúe en alguna parte, en particular en un campo territorial dado, en un lenguaje dado, y en función de un proceso de encodificación colectivo que no dispone de otro

opereta de pacotilla, si fueran liberadas de sus cadenas y orientadas hacia fines racionales del movimiento obrero, no podrían ser encadenadas. Es desde este punto de vista que tiene que conducirse el análisis de la economía sexual".[4] Mientras que el psicoanalista se contenta con una gama de interpretación insignificante, la institución tiene como característica ser potencialmente un sujeto analizante que no coincide con un individuo. Sin embargo no llega a serlo automáticamente: la mayoría de las veces, permanece como una estructura ciega, que al actuar fundamentalmente en el registro de la alienación, remite el sujeto a sí mismo y deja al individuo en la impasse, el *statu-quo*.

¿Por qué psicoterapia institucional? Esto quiere decir que se desea terminar con el médico en tanto que individuo, colega, ciudadano, que se propone ser el que "habla por . . .", que es el "portavoz" del sujeto que podría ser la institución. Esto no obligadamente con conocimiento de causa. No es acaso también él prisionero inconsciente como agente de este proceso, con su vida conyugal, su cultura, sus opiniones, etc. Todo el problema consiste en saber si puede devenir un elemento que se articula, en una relación de verdad, con el personal tratante y con todos los que vienen al encuentro de lo que ahí se habla. Solamente así es como se puede esperar refundir las diferentes instancias, los diferentes niveles de una cura de psicoanálisis, o de una cura de psicoterapia institucional. Es la condición previa de toda posibilidad de escribir auténticas monografías institucionales.

Si no partimos de la definición del sujeto como sujeto inconsciente, o más bien como agente colectivo de enunciación, se corre el riesgo de cosificar, bajo la forma de *estructura*, la institución, y por otra parte la sociedad íntegra. Por esto, se corre el riesgo de desembocar en una falsa dicotomía entre la institución como factor sublimatorio o como factor de alienación; este desconocimiento de la función del sujeto tendrá como correlato un funcionamiento a la inversa, cualesquiera sean las intenciones modernistas de un proyecto de todas las articulaciones del sistema y una parálisis de todos sus enunciados. Infaltablemente, encontraremos entonces, de un modo tal vez un poco más flexible, los *mismos roles*: el del médico, el del enfermero, el del enfermo, todas las jerarquías internas, y otros sistemas fantasmáticos serán reinstaurados y codificados con el mismo título. Ocurre lo mismo con las mitologías tradicionales: una sociedad

[4] Wilhelm Reich, *Psicología de masas del fascismo*, Buenos Aires, ed. Latina, 1974.

que tiene cierta estabilidad encuentra siempre representantes de su Iglesia para reinterpretar el culto y reformularlo en función de situaciones nuevas.

Por el contrario, a partir del momento en que logramos voltear, y hacer estallar el carácter de totalización de una institución (del estado o de un partido), en lugar de girar sobre ella misma como estructura, ésta puede adquirir una consistencia subjetiva e instaurar todo tipo de modificaciones y cuestionamientos. A esto es a lo que apuntaba al acentuar, quizás exageradamente, la diferencia entre los grupos que son pasivos, los grupos sometidos, y los que se proponen interpretar su propia posición: los grupos sujetos. Grupos religiosos, políticos, o —¿por qué no?— institución que fuera a la vez psiquiátrica, analítica, y política. Pero para evitar toda confusión con una concepción de estilo psicológico o boy-scout, insistimos una vez más sobre la idea de que un grupo no podría tener en sí virtudes analíticas. Dejando a un lado los períodos de estallidos revolucionarios, hay por el contrario toda una praxis particular, toda una química del grupo y de la institución, que es necesaria para producir "efectos analíticos". Hay que repetirlo, tal praxis no podría ser realizada más que por un agente colectivo —el grupo mismo— en su proyecto de ser sujeto no solamente por sí mismo, sino también ¡para la historia!

IV. NUEVA DIRECCIÓN DEL PSICOANÁLISIS

El modo como reconstituye lo que será captado como síntoma nos muestra que la psiquiatría de cultura analítica tiene tendencia a buscar siempre una referencia en la historia personal, a hacer que esta historia sea rearticulada en forma de historicidad imaginaria y que cada mito individual se conecte con un gran mito de referencia. Este gran mito halla su cohesión en un sistema totalizado y totalizador. Es la referencia al gran Otro. Todas las referencias imaginarias que se harán de la historia individual, los diversos complejos y problemas personales serán referidos a esta instancia mítica fundamental.

Es un poco de este modo como una sociedad primitiva intentará explicar todo lo que suceda con referencia a un mito central, sin perjuicio de modificarlo a fin de encargarse mejor de la totalidad de las manifestaciones a interpretar. Esto corresponde al sencillo deseo de que es preciso que todo esto se sitúe en alguna parte, en particular en un campo territorial dado, en un lenguaje dado, y en función de un proceso de encodificación colectivo que no dispone de otro

medio que el de la escritura. Pero la interpretación analítica implica una exacerbación de este procedimiento, una suerte de hegelianización furiosa: es preciso que todo entre en el marco idealista y reaccionario de una sociedad cerrada, que no reconoce que el movimiento social es tal que las clases surgen para desaparecer, para destotalizarse, que las ideologías aparecen para abolirse unas a otras, y que nunca puede haber garantía en sí de un orden moral. Es fastidioso que la ideología freudiana, en el curso de su desarrollo, se haya apoyado cada vez más en los más célebres y hermosos mitos antiguos. Los mitos contemporáneos, al ser risibles y degenerados, permitieron que se creyera necesario ir a buscar los de la sociedad antigua. No es una casualidad si los mitos griegos fueron así destacados. No podemos reprocharle esto a Freud, pues hubiera sido necesario que inventara otros, lo que hizo por otra parte en *Totem y tabú*. ¡Tomó lo que tenía a mano! De cualquier modo, costara lo que costase, había que encontrar una referencia homogénea que fuera convincente, tranquilizante, y que provocara deseos de aferrarse a ella.

Esto plantea un problema filosófico de fondo: ¿debemos considerar que el plano de referencia del lenguaje está en sí mismo totalmente articulado al plano del ser mismo? ¿Existe una correspondencia biunívoca entre el ser y el lenguaje, de suerte tal que la garantía de la estabilidad de las referencias esté fundada en el ser mismo, de manera que se avance en el análisis al encuentro de puntos fijos de un ser absoluto? Desembocamos en la filosofía de Heidegger, que hace derivar la elucidación hacia una serie de articulaciones llamadas fundamentales, suerte de "golpes decisivos", referidas a las posibilidades de expresión en sí mismas. Tal análisis regresivo de los pretendidos puntos fijos del lenguaje quizás tenga cierto interés literario, pero permanece impregnado de un carácter de perennidad, de una especie de eternidad de la referencia y del ser. Y, después de todo, esa pasión por la etimología poética no podría tener más que una clientela limitada. A decir verdad, el análisis freudiano original nunca se comprometió por este sendero. Para Freud, la interpretación de un lapsus, por ejemplo, no sigue la vía etimológica. ¡Y además no se sabe por qué Dios tendría que ser prisionero de tal pasión por la etimología!

La consecuencia de esta actitud es que el psicoanálisis, sobre todo el de los epígonos, tendrá como imperativo hacer una doble selección: represiva y limitativa de estos mitos, y, correlativamente, de lo que tiene que ocuparse, a saber de una cierta categoría de neuróticos, y además de ciertos aspectos de ellos, de un número limitado de

enfermedades mentales, y también de categorías sociales bien precisas, y de un medio cultural bien delimitado. Podríamos imaginar que a medida que el psicoanálisis evolucione los psicoanalistas ya no podrán preocuparse en cuidar los enfermos sino solamente los burócratas... podríamos incluso imaginar que el psicoanálisis no tendrá sentido más que para psicoanalizar a los psicoanalistas; llegaríamos a un sistema iniciático, en una sociedad que no tendría por función sino fundar otra sociedad idéntica a sí misma, o en una sociedad religiosa replegada en sí misma, simple delegación social que permite meditar al mundo, en el silencio más completo posible, y también en el confort; aquí es donde una comparación con los anacoretas halla su límite. Agarrar a los psicoanalistas por el cuello y meterlos en el asilo, es como agarrar a un cura del medioevo para ponerlo en la fábrica o en una pileta de natación. Al mismo tiempo, intentará librarse mediante exorcismos y excomuniones. En algunos casos, irá bien, eso atraerá a la gente, luego...

Queda la práctica, que nos empuja a hallar cueste lo que cueste algo: ¿Qué hay que hacer cuando se está acorralado en cualquier situación? Una fábrica, un asilo, o un enfermo, todo apesta... Hay que buscar. El orden del día es el de una apertura a la alteridad más completa de la situación. Si pretendemos de antemano que se sabrá de dónde sale eso, haremos como hacen los psiquiatras que se duermen en el sillón y quedan definitivamente desconectados...

Dicho esto, queda este problema de fondo: ¿cual es la referencia? Cuando decimos del inconsciente que está "estructurado como un lenguaje", ¿queremos decir que la pertenencia a esta estructura implica un carácter de impermeabilidad, de permanencia, que se trata de una especie de túnica que tendería a seguir idéntica a sí misma o en contradependencia permanente de otras estructuras con las cuales está conectada? Toda investigación, sea etnológica o sea de una psiquiatría viviente, muestra que las representaciones, los mitos, todo lo que alimenta la segunda escena, todos esos personajes no son forzosamente: el padre, la madre, la abuela, o los monstruos sagrados de la era secundaria; son más bien personajes que constituyen las cuestiones fundamentales de la sociedad, es decir la lucha de clases de nuestra época. Si existe un fundamento filosófico del psicoanálisis, entonces implica que el psicoanálisis sea también la elucidación de las impasses culturales y sociales en el seno de las cuales nos debatimos. ¡Suponiendo que aún nos debatimos!

Es evidente que la eliminación de ciertas impasses neuróticas no puede hacerse cara a cara con el analista, si este último desconoce ciertos elementos exteriores de la situación analítica. Las dimensiones

más graves de las neurosis, que pretenden alcanzar los psicoanalistas, por el contrario, son evitadas por ellos, por la sencilla razón de que no son confrontadas en su consultorio. Hay elementos interpretativos que deben captarse en los eslabones móviles de la sociedad. Problemas cruciales chirrian en el significante a diferentes niveles, y son más importantes que el hecho de machacar que un buen día la sociedad griega hizo el viraje de la dermorreacción con el mito de Edipo. También es importante no perder de vista, por ejemplo, que una enorme *Spaltung* se ha reinstaurado recientemente en el mundo comunista; todas nuestras estructuras de referencia se han complicado: existe esa paranoia de los chinos, la parafrenia de los albaneses, la perversión de los revisionistas, etc. ¡Para mucha gente en la sociedad, esto cuenta! Si el psicoanalista es ciego a todas las cosas de este orden y pretende que no forman parte del campo de análisis, es imposible que pueda tener acceso a ciertos problemas no solamente políticos, sino a la axiomática inconsciente que es común a las personas que viven en la sociedad real.

No todo está en papi-mami

Estamos obligados a pronunciarnos sobre la cuestión del ser, a partir del momento en que está planteada. Con la locura, estamos obligados a adoptar una opción sobre cuestiones metafísicas y éticas fundamentales: a saber ¿qué es el destino del hombre? ¿Pero de qué hombre? ¿De un hombre real y cuyos mitos de referencia no son forzosamente homogéneos a los de una teología en vigor? Hay así todo un cúmulo de problemas proscriptos de la investigación analítica que pareciera imposible no ponerlos en la palestra...

Alguien decía hace poco que hay que poner el sujeto en su lugar. El lugar del sujeto, repetimos, es un agujero... Por supuesto, pero un agujero, no es otra cosa que la nada del resto, y el resto ¡cuenta no obstante! Basta con colocar mal en su cabeza algo del entorno del agujero para que el sujeto se vea radicalmente descentrado...

El pequeño sujeto colgado de su madre, o el esquizofrénico atontado que llega, está totalmente conectado a ese ser. En eso lleva la mejor parte, y paradójicamente no es sino en el camino que habrá de taparse todo, toda esa bola neurótica que hará en un momento dado, aún permaneciendo contingente a las determinaciones exteriores, que no tenga más ninguna posibilidad de conectarse, de articularse, con lo que no sea sino fantasmático. El problema es el de ahondar *artificialmente* algunos nuevos agujeros para que se conecte en alguna parte. El recurso a la alteridad absoluta, es algo que, en principio, debía permitir quedar conectado con el fundamento de cualquier valor. ¿Pero esta alteridad absoluta es una estatua de

piedra, la estatua del Comendador, o bien algo que no está dado en un solo bloque, algo que está estructurado *como* un lenguaje —es decir "al modo de", nada más—, que es tomado bajo la jurisdicción de un dios creacionista que no se habría creado todavía a sí mismo, o que, habiéndolo hecho, se habría perdido al día siguiente?

1962-1963

LA TRANSFERENCIA

(EXPOSICIÓN EN EL GTPSI)

Schotte tuvo razón en valorizar las operaciones significantes que nos permiten identificar los fenómenos de transferencia con los de la palabra y del lenguaje. Esto debería ayudarnos a esclarecer esta cuestión de la transferencia fuera del campo estricto de la experiencia psicoanalítica; quiero hablar de la transferencia en el grupo, de la transferencia institucional. En la medida en que podemos considerar que también el grupo está "estructurado como un lenguaje" —para utilizar una fórmula de Lacan sobre el inconsciente—, puede entonces plantearse la cuestión de saber cómo habla. ¿Un grupo puede o no ser sujeto de su enunciación? ¿A título consciente o inconsciente? ¿A quién habla? ¿Un grupo sometido, alienado en el discurso de los demás grupos, está condenado a quedar prisionero del sin-sentido de su propio discurso? ¿Existe para él una salida posible que le permita, aunque más no fuera parcialmente, tomar cierta distancia respecto a los enunciados que profiere y de los que puede decirse que, en un contexto de sometimiento, es a la vez el sujeto y el objeto?

¿En qué condiciones puede esperarse que de un campo de palabra vacía pueda surgir una palabra plena —para tomar prestado otras fórmulas de Lacan? ¿Es posible considerar, por ejemplo, de buena fe y sin traicionar que haya "sin embargo algo para hacer" en situaciones tan alienadas como las de un hospital psiquiátrico, una escuela, etc.? ¿O hay que echar la soga tras el caldero, realizar la peor política y hacer de la revolución social la condición previa absoluta a cualquier intervención de los "usuarios" en el funcionamiento local de las instituciones?

¿El grupo y su sin-sentido no mantienen una suerte de diálogo secreto, producto de una alteridad potencial? Del fondo mismo de su impotencia, el grupo puede ser portador de un llamado inconsciente para que algo pueda ser posible, aunque más no sea hablar juntos de esta impotencia: "¿Qué es lo que eso piensa de todo esto respecto de nosotros? ¿Para qué sirve? ¿Qué hacemos ahí? [. . .]". Grupo sometido y grupo sujeto no deberían ser entonces considerados como mutua-

mente excluyentes. Un partido, antaño revolucionario y ahora más o menos sometido al orden dominante, puede ocupar aún ante los ojos de la masa el lugar dejado vacío al sujeto de la historia, e incluso, en ciertas circunstancias, convertirse como a su pesar en el sujeto de la enunciación de una lucha revolucionaria, el "portavoz" de un discurso que no es el suyo, sin perjuicio de traicionarlo cuando la evolución de la relación de fuerzas le permita un "retorno a la normalidad". Así, por más sometido que esté a los determinismos socioeconómicos, tal partido conservará involuntariamente una potencialidad de corte subjetivo que sólo una transformación del contexto podría revelar. No se trata, pues, para nosotros, de considerar los fenómenos de alienación y de desalienación de grupo como si fueran cosas en sí, sino más bien como aspectos, diferentemente expresados y desarrollados según los contextos situacionales de un mismo objeto institucional.

Desde el aspecto del sometimiento del grupo, tendremos que descifrar los fenómenos que tienden a replegar al grupo en sí mismo, los liderazgos, las identificaciones, los efectos de sugestión, los rechazos, los chivos emisarios, etc., todo lo que tiende a promover una ley social y formaciones idiosincrásicas, con sus prohibiciones, sus ritos, etc., todo lo que tiende a proteger al grupo, a defenderlo de las tempestades significantes cuya amenaza es sentida como proviniendo del exterior por una operación específica de desconocimiento, que consiste en producir esa especie de falsas ventanas que son los fantasmas de grupo. En este tipo de grupo, estamos pues comprometidos en una lucha perpetua contra toda inscripción posible del sin-sentido: los diferentes roles están cosificados, falicizados al modo del jefe o al modo de la exclusión. Se está en el grupo para negar colectivamente el hacer frente a la nada, a la significación última de las empresas en las cuales estamos comprometidos. Es un sindicato de defensa mutua, un *lobby* contra la soledad, contra todo lo que podría ser señalado por un carácter trascendental.

Desde el otro aspecto, el del grupo-sujeto, no disponemos de los mismos medios de seguridad. Estamos amenazados de ser tragados por un océano de problemas, tensiones, luchas internas, riesgos de escisión, en razón misma de la apertura del grupo a los otros grupos. El diálogo, la intervención en los otros grupos es una finalidad aceptada por el grupo-sujeto, que lo obliga a una cierta lucidez con relación a su finitud, y que le perfila el horizonte de su propia muerte, es decir de su estallido. La vocación del grupo-sujeto a tomar la palabra tiende a comprometer el status y la seguridad de los miembros del grupo; se desarrolla así una suerte de vértigo, de locura específica

del grupo-sujeto; una crispación paranoica sustituye a esta vocación de ser sujeto: el grupo querrá cueste lo que cueste ser sujeto, comprendido en el lugar del otro, y así recaerá en la peor alienación, la que está en el origen de todos los mecanismos compulsionales y mortíferos que conocemos en las pequeñas camarillas religiosas, literarias o revolucionarias.

¿Cuáles podrían ser los factores de equilibrio de un grupo entre estos distintos aspectos de la alienación: el factor externo, del grupo sometido, o el interno, en la tangente loca del proyecto de un grupo-sujeto?

Nuestra práctica hospitalaria puede aportar cierta claridad a esta cuestión. Vemos bien que la integración de un enfermo a un grupo, su "socialización", no depende solamente de la buena voluntad de los terapeutas. Ciertos enfermos, en una institución, se encuentran con zonas de tolerancia, umbrales y zonas de imposibilidad absoluta, en sus intentos de integración a un grupo o a una actividad. Estamos en presencia de un mecanismo similar al de las sociedades primitivas en materia de recibimiento en el seno de una nueva clase de edad e iniciación con sus ritos de pasaje. ¿Qué hace que una persona acepte ser marcada por el grupo? Si forzamos las cosas, llegamos a una alternativa tal que, o estalla el grupo o estalla la persona misma. Pero, precisamente, en los grupos que no cultivan ritualmente sus síntomas —los grupos-sujetos— el riesgo del cara a cara con el sin-sentido es mucho más grande, pero más grande es también la posibilidad de una eliminación de las impasses sintomáticas individuales.

En tanto que el grupo permanece como objeto de otros grupos, recibe el sin-sentido, la muerte, del exterior; podemos dar por descontado que se refugiará en sus estructuras de desconocimiento. Pero ni bien el grupo deviene sujeto de su destino, ni bien asume su propia finitud, su propia muerte, entonces los elementos de recepción del superyó son modificados, el umbral del complejo de castración, específico de un orden social dado, puede ser localmente modificado. Estamos en el grupo no para escondernos del deseo y de la muerte, comprometidos en un proceso colectivo de obsesionamiento, sino en razón de un problema particular, no para la eternidad, sino a título transitorio: esto es lo que he llamado la estructura de *transversalidad*.

Schotte ha subrayado que, en la transferencia, no había casi nunca verdadera relación dual; es muy importante. La relación madre-niño, por ejemplo, no es una relación dual, en cualquier nivel que se la tome. Cuando se la considera en una situación real, advertimos que es al menos triangular, que siempre hay un objeto mediador que actúa

Provisionalidad — transversalidad

como soporte ambiguo. Para que haya desplazamiento, transferencia, lenguaje, es preciso que haya algo que pueda ser cortado, desligado. Lacan insistió mucho en esta dimensión del objeto, decisivo para reconocerse en estas cuestiones de transferencia y contratransferencia. No nos desplazamos, en el orden de la transferencia, sino en tanto que *algo* pueda desplazarse. Algo que no es ni el sujeto ni lo otro. No hay relación intersubjetiva, dual o no, que baste para fundar un sistema de expresión, es decir un status de alteridad. El cara a cara con el otro no explica la apertura hacia el otro, no funda el acceso a su comprensión. Lo que es fundador, por ejemplo de la metáfora, es ese algo fuera del sujeto, adyacente al sujeto, que Lacan describió con el término de objeto "a".

¿Pero qué es este "a"? No sería necesario hacer una clave universal de esencia lingüística, o una experimentación de un nuevo tipo, una nueva forma de turismo, por ejemplo para visitar la Grecia antigua no desplazándose más que por medios lingüísticos muy poco costosos; quisiera hablar de esta práctica perversa de la etimología, particularmente puesta de moda a partir de Heidegger. Esas especies de retrospectivas imaginarias que, en el fondo, no tienen nada que ver con el verdadero trabajo de Freud sobre el significante. No creo que sean portadoras de un mensaje particular del inconsciente. Todo lo que Freud pudo utilizar, con razón o sin ella, en el orden de las mitologías, para traducir sus distribuciones conceptuales, no debería, en mi opinión, ser tomado al "pie de la imagen". Es el "pie de la letra", en toda su *artificialidad*, incluso la cifra, que constituye la clave de la interpretación. Esto es claro, en un libro como *El chiste y su relación con el inconsciente*, en que vemos cómo las cadenas significantes inconscientes, en un "chiste" por ejemplo, no mantienen relaciones particulares con las leyes de la etimología, la observación puede hacerse también sobre un fonema, una acentuación, un juego sintáctico o un desplazamiento semántico. Y no es por azar si lo que ha sido cosificado por Freud, y casi deificado por sus sucesores, son las referencias míticas que le surgieron en la mente un poco por azar en un principio, como medio de localización de la dramatización y de la impasse de la familia conyugal. ¡Pero no deberíamos hacer un mito del mito! Los mitos antiguos de referencia, sobre el tema de Edipo por ejemplo, no tienen nada que ver con los resortes imaginarios y las articulaciones simbólicas de la familia conyugal actual, ni con nuestro sistema de coordenadas sociales.

Es una ilusión pensar que habría algo para leer en el orden del ser, del lado de un mundo perdido; pensar que el remontarse hacia

un ser mítico, de este lado de todo origen histórico, pueda ser instaurado como propedéutica psicoanalítica o como mayéutica. La referencia a estas especies de reducciones miticolingüísticas no es de ninguna utilidad en el manejo real de una cura psicoterápica, o para la instalación de un club terapéutico, ¡a menos de caer en no sé qué sistema adivinatorio! Lo importante es acceder al mensaje singular y al objeto portador y fundador de ese mensaje. Tal objeto no podría encontrar su sentido a partir de semejante ilusionismo retrospectivo; no podemos esperar recobrar la especificidad del mensaje freudiano más que a condición de desconectarlo, de privarlo de esta pasión del retorno a las fuentes, mito moderno que ha hallado su régimen de pleno desahogo a partir del romanticismo: la búsqueda infinita de una verdad imposible, de un más allá de la manifestación, en el seno de la naturaleza, en el corazón de la noche...

El remedio para salir de allí consiste en reorientarse en el sentido de la historia, en el sentido de la delimitación diacrónica de lo real y de sus intentos provisorios y parciales de totalización. Es lo que llamaría los remiendos de la historia y de las combinaciones sociales. Es imposible operar tal rehabilitación si no se plantea previamente la pregunta: ¿dónde está la ley? ¿Está detrás de nosotros, detrás de la historia, de este lado de nuestra situación real y por tanto de nuestra apreciación? ¿O bien está ante nosotros, a nuestro alcance, en una posible recuperación? Como dice Bachelard, hay que obligar a la naturaleza a ir tan lejos como nuestro espíritu.[1] ¿Quién planteará esta cuestión? ¡Con seguridad que no las agrupaciones y sociedades que fundan su razón de ser a partir de sistemas antihistóricos de legitimidad de carácter político o religioso! Sólo podrán hacerle frente grupos que acepten de entrada el carácter precario y transitorio de su existencia, aceptando lúcidamente la confrontación de las contingencias situacionales e históricas, el cara a cara con la nada, y rechazando refundar místicamente y justificar el orden existente.

Hoy, un psicoanalista estará satisfecho si su analizado supera sus fijaciones arcaicas, si llega, por ejemplo, a casarse, a tener hijos, a reconciliarse con sus contingencias biológicas y a integrarse a la sociedad tal como ésta es. Cualesquiera sean los lineamientos del cursus analítico, la referencia a un modelo determinado de normalidad permanece implícita. Ciertamente el analista, en principio, no espera que esta normalización sea el producto de una identificación pura y simple del analizado con el analista, pero no por ello trabaja menos y como a su pesar (aunque no fuera más que desde el punto

[1] Gaston Bachelard, *Filosofía del no*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973.

de vista de la continuidad de la cura, es decir a menudo de la capacidad del analizado en poder seguir pagándole) en un proceso de identificación del analizado en un perfil humano compatible con la ley social existente y la asunción de su marcado por los engranajes de la producción y de las instituciones. Este modelo el analista no lo encuentra totalmente en la sociedad actual. Justamente, su trabajo es forjar uno nuevo allí donde falla su paciente; por otra parte, de una manera más general, la sociedad burguesa y capitalista moderna ya no tiene a su disposición modelos satisfactorios. Es para responder a esta carencia que el psicoanálisis toma prestado sus mitos a las sociedades anteriores, y así es como el psicoanalista nos propone un modelo pulsional, un tipo de subjetividad y de relaciones familiares, que es a la vez nuevo y compuesto, sincretismo de elemento arcaicos y de elementos completamente modernos. Lo importante, para el orden social dominante, es que el modelo esté en condiciones de funcionar en la sociedad actual. Tal es el sentido de esta asunción exigida por el complejo de castración —suerte de *ersatz* de iniciación para las sociedades modernas— como posible salida de las impasses edipianas. ¡Tal también el sentido del éxito y de la rentabilidad del psicoanálisis!

Para nosotros, la cuestión es otra: se trata de saber si existe o no una posibilidad de economizar este recurso a los modelos alienantes, si es posible fundar las leyes de la subjetividad en otra parte que en la coacción social y por los caminos mistificantes de estas referencias míticas compuestas. ¿Existe para el hombre una posibilidad de ser él mismo el fundador de su propia ley?

Intentemos de nuevo reubicar algunos conceptos. Si existe un Dios totalizador de los valores, todos los sistemas de expresión metafóricos permanecerán conectados en el grupo sometido por una suerte de cordón umbilical fantasmático ligándolo a este sistema de totalización divina. Forzando la formulación, y para evitar cueste lo que cueste una recaída en una opción idealista, partimos de la idea de que tampoco tenemos que considerar que tal sistema de totalización debe ser buscado en el nivel de la "rama humana", transmitido de esperma en esperma. Es cierto que hay ahí un *soporte* de transmisión, pero sin embargo no constituye un verdadero mensaje. ¡Los espermatozoides no hablan! Y todos los órdenes que nosotros afirmamos que están "estructurados como un lenguaje" se le escapan desde el punto de vista del sentido. El orden de los valores humanos, tomado como sistema de referencia, está a dos pasos de los sistemas de posicionalidad divina. ¿Qué es lo que se transmite de la mujer encinta al niño? Un cúmulo de cosas, alimentos, anticuerpos, pero

tal vez también y ante todo los modelos fundamentales de la sociedad industrial. No palabras todavía ahí adentro, pero sí ya un mensaje, el mensaje de la sociedad industrial, un mensaje particular y que diferirá según la posición en la que se encuentre ubicado en este trance. Estamos entonces ya en el significante, pero no aún en las palabras y el lenguaje. El mensaje transmitido no tiene que ver gran cosa con las leyes estructurales de la lingüística y de la etimología, sino principalmente, con todas esas cosas heteróclitas drenadas por el llamado género humano. Todo lo que concierne al hombre en su relación con la demanda más primitiva está bien marcado por el significante, pero no necesariamente por un significante participante de una esencia lingüística más o menos universal.

Todo lo que intenta así hablar, en un nivel que no es el de la palabra, todo lo que es transferencia, transmisión, intercambio, está caracterizado como pudiendo ser cortado, como algo que permite ese juego de articulaciones de los significantes. Si los objetos de transmisión, los gestos, las miradas que terminan por hacer posible la nutrición del niño, en todos los niveles están marcados, apresados en este sistema de cadenas significantes, ¿cuál es la ley de los intercambios en este nivel? ¡Es imposible escapar a la pregunta! Siempre se juega y se arriesga. Existe aquí una precariedad congénita de la estructura de intercambios, en tanto que ese significante que no ha "cristalizado" como un lenguaje está en el fundamento de la sociedad y, en última instancia, en el fundamento de las leyes de todo sistema significante, incluido la lingüística.

Si la palabra no existe en el orden animal, es porque el sistema de transmisión y de totalización de este orden pudo pasarse sin ella hasta el presente, lo que no es el caso para la rama degenerada de la humanidad; las relaciones de la palabra, de la imagen y de la transferencia en el hombre están ligadas a una carencia fundamental —lo que Lacan llama una "dehiscencia del organismo"—[2] que, además, lo obliga a recurrir a formas de división social del trabajo para sobrevivir. Mañana, esta sobrevivencia dependerá de la capacidad de las máquinas cibernéticas en resolver sus problemas. Será imposible responder a la agresión de un nuevo virus sin la intervención de calculadoras cada vez más perfeccionadas.

Si recuerdo este mito de la máquina, es para hacer resaltar lo absurdo de la situación. ¿La calculadora en cuestión es Dios? ¿O bien Dios mismo prestableció ya sus versiones sucesivas, en tanto que ellas tendrán que responder a todo tipo de problemas más o

[2] Jacques Lacan, *Escritos I*, México, Siglo XXI, 1971, p. 14.

menos contingentes, por ejemplo a los cálculos estratégicos inéditos planteados por una nueva guerra fría? Este mito, después de todo, no ilustra mejor las impasses de la sociedad actual que la referencia deformante a las imaginerías habituales del familiarismo, del regionalismo y del nacionalismo, y que, además, tienen el inconveniente de funcionar reforzando las formas de la neurosis social a medida que responden menos a su objeto. Esta imaginería tradicional no parece, en efecto, capaz de mantenerse en su función de sometimiento más que con la condición de desarrollar sin cesar su trabajo de desconocimiento, de neurosis de civilización, exponiendo siempre más al sujeto a recurrir compulsivamente a formas bastardeadas de demanda, demanda ciega y sin objeto, dirigidas a un Dios convertido en tonto y malvado.

1964

REFLEXIONES SOBRE LA TERAPIA INSTITUCIONAL Y LOS PROBLEMAS DE LA HIGIENE MENTAL EN EL ÁMBITO ESTUDIANTIL*

El estudio de los problemas de la salud mental tendría que ser parte integrante del conjunto de la investigación antropológica. Sin embargo, la "cuestión mental" está considerada generalmente como de resorte exclusivo de un cierto número de especialistas; esta "tecnización" coexistente, además, con supervivencias casi mágicas que obliterarían las funciones médicas y paramédicas, y cuyo origen habría que situar en el período medieval. (Ejemplos: las órdenes de los médicos y farmacéuticos, el "juramento Hipocrático", la "vocación" de los enfermeros, asistentes sociales, etcétera).

La psiquiatría parece especialmente marcada por esos arcaísmos en razón del enorme peso de sus estructuras hospitalarias, de las actitudes y actos sociales del que la locura es el pretexto, y por el hecho de que los problemas científicos y técnicos no han modificado, hasta el presente, más que de un modo marginal ese campo privilegiado de la irracionalidad. Consideremos por ejemplo el vuelo espectacular que conoce, desde hace algunos años, la quimioterapia en sus aplicaciones psiquiátricas. Todos los meses nuevos medicamentos son lanzados al mercado, algunos de los cuales constituyen preciosos medios de intervención terapéutica. No obstante conviene que sean administrados con discernimiento y en conexión con toda una gama de otras intervenciones psicoterápicas, ergoterápicas, institucionales, etc. ¡Desgraciadamente no es ése el caso a menudo! Esto en razón, por una parte, de una situación catastrófica de la infraestructura hospitalaria, que pone al médico de los hospitales psiquiátricos en la imposibilidad de desempeñar correctamente su rol. Pero también en razón igualmente de una actitud bastante general entre los practicantes, quienes consideran que su rol debe limitarse a investigaciones y prescripciones apuntando exclusivamente a la "parte enferma" del sujeto, sin tener que interesarse en sus otros problemas personales,

* Informe presentado en la Mutuelle nationale des étudiants de France (MNEF), a título de consejero técnico, y aparecido en la revista *Recherches universitaires*, 1964.

familiares, profesionales, etc. para los cuales, sin embargo, un mínimo de elucidación se revela como condición indispensable del éxito de cualquier cura. Paralelamente a los innegables efectos curativos, pareciera que las nuevas medicaciones han servido de pretexto para un refuerzo de estos mecanismos de desconocimiento, de prevención, fuga, racionalización ante los fenómenos esenciales de la alienación mental, y de tal modo confluyeron en una "cosificación" aún más acentuada del enfermo. Tomado al pie de la letra, la "cosa" es manifiesta en muchos servicios en que, vencida la agitación, se dejó lugar a un embrutecimiento generalizado ¡a base de altas dosis de neurolépticos!

Igualmente marginal, en el otro polo, la técnica psicoanalítica que, no obstante apuntando de modo auténtico al corazón de los problemas, equivoca su objeto generalmente en el campo de la práctica psiquiátrica, por el hecho de una concepción aristocrática, cuando no iniciática, del oficio de analista. En la hora actual, es excepcional que los enfermos hospitalizados puedan beneficiarse con una cura psicoanalítica. El día que los analistas conformen un número suficiente y acepten trabajar a tiempo completo en las instituciones hospitalarias, habrá de plantearse el problema de la necesidad de un cierto número de modificaciones de la técnica del psicoanálisis y de sus indicaciones, a fin de adaptarlo para las enfermedades mentales tal como se presentan fuera del consultorio privado.

El conjunto de una sociedad debe ser considerado responsable de lo que emerge en estos lugares privilegiados para el estudio de los valores morales y humanos que son las prisiones, los campos de concentración, los cuarteles, los hospitales psiquiátricos, etc. Una verdadera investigación antropológica debería proponerse *recuperar* estas regiones más o menos "escotomizadas" del campo social desde un punto de vista normativo, a fin de volver a valorar el sentido de la sociedad como generadora de tales "síntomas", con la finalidad de llegar a una conceptualización y a una praxis capaces de modificar, en pago, la situación existente.

Sería absurdo buscar el reparto de las responsabilidades entre los diferentes grupos sociales a los que incumben las cuestiones de la higiene mental. El cuerpo médico, el personal hospitalario, los organismos sociales, los usuarios, son, cada uno a su modo, prisioneros del mismo nudo de problemas cuya clave radica en que sea captada por el conjunto de la sociedad. En cada etapa de su desarrollo, ésta requiere el mantenimiento de un modo particular de alienación del individuo respecto de las diversas estructuras de la colectividad: familiar, escolar, profesional, hospitalaria, etc. Estos factores genera-

Psiquiatra y psicoanalistas ¡Ay!

dores de alienación tienen por efecto dislocar y ocultar la significación de las dimensiones individuales de la alienación con las cuales nos enfrentamos por lo general en las enfermedades mentales. Detrás de cada "caso" hay un drama humano que descifrar. Pero los instrumentos de este desciframiento hay que encontrarlos, en primer lugar, en los diferentes niveles de la alienación social en los que el sujeto se ve, de alguna manera, "desposeído" de su problema singular.

La noción de "neurosis previa" introducida por Couchner[1] nos parece un punto de partida interesante, pero que lamentablemente se limita a un plano muy general y no permite medir todo su alcance, que debería culminar, en nuestra opinión, en una revisión en profundidad de la semiología y de la nosografía, de los planos de referencia y de las praxis terapéuticas actuales. En este sentido es que debiéramos considerar que el *análisis* no tiene que reducirse a un dominio límite: tiene que desplazarse en el conjunto del campo humano en tanto que realidad biológica, social, histórica, familiar, imaginaria, ética, etcétera.

¿Cómo obtener la revisión de esas fronteras esclerosadas, invasoras, siempre dispuestas a renacer y esterilizar toda nueva investigación: alternativas tajantes, por ejemplo, entre lo biológico y lo psicológico, lo neurótico y lo caracterológico, lo psicótico y lo neurótico, el conjunto de lo que precede y lo psicosomático, el "tratamiento estrictamente a base de neurolépticos" y lo otro, garantizado "psicoterapia pura", las diversas psicoterapias analíticas y las de sostén, además de las de grupo? ¿Cómo articular estas cuestiones con ese otro mundo, tan mal explorado, de la readaptación, de la reclasificación, de las distracciones, etc.? ¿Cómo evitar que los especialistas no se encierren en sus concepciones y sus técnicas como en fortalezas y no envíen al enfermo, en todo lo que no es de su competencia, a otros especialistas, sin preocuparse demasiado de saber si están a su "alcance" o si estarán en condiciones de responder mejor que ellos mismos a ciertas cuestiones esenciales que no son de resorte de ningún especialista en tanto que tal, sino de un sujeto "verdadero"? ¿Esta ronda de los especialistas no corre el peligro casi con seguridad de pasar "al lado del sujeto"?

A esta preocupación responden la investigación de una medicina de grupo, la organización de reuniones de síntesis, etc. ¿No existe igualmente ahí el riesgo de que falte lo esencial, sin que le quede esta vez al enfermo el recurso imaginario de esperar encontrar en otra parte el "buen especialista"? La responsabilidad colectiva de un enfermo es por cierto en sí misma altamente deseable: pero más aún es preciso que sea el cometido de un grupo-sujeto constituido sobre la base de una práctica concertada de análisis e investigación. Por otra parte, no implica que se renuncie a que un especialista siga personalmente una cura, muy por el contrario, sino que la relación terapeuta-enfermo se articule con un grupo de referencia que recobre todo lo que pudiera escapar a esta relación dual.

[1] *Revue des sciences médicales*: La Psychopathologie des temps modernes, enero 1964, estudio de G. Couchner: "Les Psychopathies industrielles", p. 42.

La formación de terapeutas está concebida actualmente sobre un plan estrictamente individual, y esto no los predispone para un trabajo en equipo. Lo que sería indispensable, en una etapa determinada, es la formación de equipos terapéuticos en tanto tales. En lugar de poner al frente de los establecimientos hospitalarios, según el azar de las designaciones, médicos, directores, ecónomos que no tienen ninguna formación común, su responsabilidad debería estar asegurada por grupos de técnicos que hayan estudiado ampliamente los problemas y que se conozcan mutuamente por haber trabajado juntos en diversas ocasiones, durante un cierto número de cursos prácticos.

Captar la totalidad problemática de un sujeto enfermo no implica solamente un intercambio de información entre los terapeutas, sino también que el entorno institucional, las actividades, el ambiente, etc., estén bajo la efectiva responsabilidad del conjunto del personal tratante. Es a este precio que las acciones de unos y otros correrán menos riesgo de contraponerse e igualmente que los terapeutas mismos estarán mejor asegurados de no caer en las trampas imaginarias que los acechan particularmente en estas profesiones en que es habitual ver a la "persona" cristalizarse en un rol de moderno mago, chaman, alquimista, etcétera.

Para cada uno de los agentes terapéuticos, aceptar así una puesta en circuito, eventualmente una *impugnación,* de su rol, de sus investigaciones, de los medios propuestos y su eficacia, implica un cuestionamiento radical de los status tradicionales. La existencia de un trabajo en equipo constituye ya en tanto que tal una estructura de recepción privilegiada para las enfermedades mentales. Los individuos modelados por nuestra sociedad están habituados a desplazarse en un campo de categorías exclusivas unas de otras. Cuando "presenten" sus perturbaciones a gente que conjuga, sin que esto les provoque algún problema, terapias fundadas sobre el uso de medicamentos, del "logos", de una toma de responsabilidad, del trabajo, del juego, el estudio, etc., se habrá dado un enorme paso. Este mínimo de desmitificación de las categorizaciones habituales constituye una

No interdisciplinaridad, sino GRUPO

etapa importante para el manejo de una cura que pretenda *no olvidar el sujeto*.

Pero hay que reconocer que los técnicos son, en general, agentes de transmisión activos de estos modos de categorización alienantes. Ciertas prácticas terapéuticas son valorizadas al punto que se han convertido en una referencia tendiente a excluir el alcance de cualquier otro modo de intervención. Existe una suerte de jerarquía casi religiosa en la cumbre de la cual encontramos, por ejemplo, médicos y psicoanalistas, mientras que los enfermeros monitores, asistentes sociales, no "logran su salvación" sino en la medida en que se beneficien, de alguna manera, de una delegación parcial del poder médico. El enfermero, en lugar de desempeñar auténticamente su rol frente al enfermo, se considera a menudo como una especie de médico de décima categoría, en tanto que sin embargo posee un poder terapéutico privilegiado y frecuentemente irremplazable. El enfermo modela su actitud sobre la del enfermero, no esperando tener acceso a la "palabra sagrada" más que en el curso de los breves instantes en que verá al "patrón" del servicio. Esta dialéctica del amo y los esclavos no tiene, pues, un sentido único: "la minorización" del enfermero repercute en el nivel de la relación enfermero-enfermo, este último se convierte sencillamente en un *objeto* a cuidar. Correlativamente, enfermeros y enfermos tienden a esterilizar el rol del médico en la medida en que todo un sector de la vida cotidiana de la institución se le escapa completamente.

Lo que decimos aquí respecto del personal tratante es verdad igualmente para la totalidad de los otros trabajadores de un establecimiento hospitalario, cocineras, choferes, chica de servicio, etc. La *recuperación* de la totalidad del personal de una unidad de atención que dé la posibilidad a cada uno de desempeñar auténticamente un rol humano respecto de los enfermos, una buena disposición de sus lugares de trabajo, de sus horarios, de su formación, etc. que le permita multiplicar los contactos con ellos dándoles la oportunidad de una actividad común, constituye una extraordinaria posibilidad de extensión del campo terapéutico que demanda, por supuesto, ser estudiado y controlado de modo permanente por el colectivo de atención tomado en su conjunto.

Por cierto que las disparidades del campo social tratante no podrían ser completamente suprimidas, pero es esencial que sus efectos patógenos sean reabsorbidos, en particular por la organización sistemática de toda una serie de encuentros y reuniones que permitirán el acceso a la expresión de todos los problemas que, de lo contrario, perturbarían la finalidad del conjunto del sistema. No hay ninguna

"fórmula" institucional que tenga que ser considerada como primordial y recomendable como tal; por el contrario, es esencial la adopción de una orientación de conjunto que se proponga desembocar en una revisión en profundidad de los roles profesionales tales como son aceptados comúnmente, al menos en su aspecto vivido. Esto exige de parte del equipo tratante un esfuerzo sostenido para vencer las resistencias de cualquier lugar que vengan. Se trata, por otra parte, menos de una lucha que de una suerte de *psicoterapia de grupo*.

Insistimos sobre el hecho de que este proceso de análisis del medio no puede ser efectuado desde el exterior: debe formar parte de la institución misma. El análisis colectivo podrá ciertamente orientarse en la utilización de conceptos elaborados en otra parte, por ejemplo en la investigación psicosociológica, pero en lo esencial deberá conquistar por sus propios medios, a través de las diferentes etapas de su desarrollo, de sus realizaciones, hasta de sus fracasos, su capacidad de conceptualizar las situaciones, dominarlas y modificarlas.

Cuando afirmamos que existe una especie de clave de conjunto que "sobredetermina" los procesos de alienación de los diferentes medios sociales, esto no quiere decir que tendríamos que esperar que cada uno de entre ellos esté en una relación unívoca con una especie de modelo que permitiría explicarlo mecánicamente. Lo que ocurre, por ejemplo, en un hospital estatal, el comité de vigilancia, la dirección, los médicos, etc., es tal vez relativamente homogéneo con el modo relacional que existe en el resto de la sociedad industrial; mientras que en el nivel de las cocinas, de la limpieza, de la lavandería y del sótano se está cercano a relaciones de tipo feudal, sin hablar de la suerte reservada a los enfermos que pareciera, a veces, que reemplazaran pura y simplemente a la servidumbre.

Señalemos de paso que la modificación de las condiciones concretas de existencia y la aplicación de medios susceptibles de facilitar la revisión de las prácticas y estratificaciones sociales existentes no constituyen sólo una urgencia para los hospitales de vieja tradición: se requieren igualmente para gran número de establecimientos modernos, cuidadosamente acondicionados desde el punto de vista del confort, pero que desde su mismo nacimiento padecen de esas "enfermedades" sociales que gangrenan el medio, pudren el ambiente y que, en un contexto más "aséptico", adoptan a veces rasgos aún más inhumanos. Quizás no sea un azar el que la primer y más original de las transformaciones de un hospital psiquiátrico tradicional se haya dado en el departamento más subdesarrollado de Francia: la Lozère. Esto podría comparárselo con el hecho de la creación de un nuevo tipo de relación entre maestro y alumno, así como la puesta

a punto de un nuevo tipo de actividad escolar que se dio en las pequeñas escuelas rurales, mientras que algunas experiencias de este tipo que se intentaron en las "escuelas cuarteles" chocaron con "resistencias" insuperables.[2]

Se concibe fácilmente por qué los problemas de higiene mental que dependen, por ejemplo, de la administración pública en el departamento del Sena se plantean de un modo más complejo y presentan obstáculos más difíciles de vencer que en cualquier otra parte. Es cierto que la importancia de lo que está en juego justificaría hacer un esfuerzo particular para conseguir una modificación de la situación actual. Nuestra sociedad de Libertad, Igualdad y Fraternidad, no carece, aparentemente, de buenos sentimientos, pero está marcada por una especie de incapacidad para comprender las realidades humanas concretas como no sea de otro modo que a través de un enorme aparato burocrático. Así es que, desde la Liberación, un cierto número de circulares ministeriales propusieron la generalización de diferentes experiencias en materia de ergoterapia, servicios abiertos, sectorización, hospitales de día, etcétera.

Hasta el presente, los resultados han sido bastante decepcionantes en su conjunto. Esto en razón de que las reformas esenciales no tendrían que ser instituidas únicamente por vía de circulares administrativas: es el caso, en particular, de esa instalación de equipos terapéuticos cuya necesidad recordábamos. Su existencia depende, en última instancia, de la voluntad de los interesados en asumir la creación, la gestión y la orientación. Si es cierto que los tipos de alienación social que se desarrollan en las relaciones médico-enfermero, médico-enfermo, enfermero-enfermo, no son más que variantes de un modo privilegiado de alienación existente en el nivel del conjunto de la sociedad, esto no implica sin embargo que debamos esperar pasivamente una transformación política revolucionaria que se proponga terminar con la explotación del hombre por el hombre para comenzar la demistificación de tales relaciones. En cada una de las situaciones concretas es posible realizar modificaciones. Pero es necesario aun que el problema sea planteado correctamente: es improbable que un equipo terapéutico pueda realizar con éxito su tarea si no tiene conciencia precisa de los límites de sus posibilidades de intervención y del carácter relativamente parcial del cuestionamiento que puede, con seguridad, operar en el contexto de una situación social dada. A menos que se forjen ilusiones reformistas, no

[2] Véase Fernando Oury y Aïda Vasquez, *Vers une pédagogie institutionelle*, París, Maspero, 1968.

puede esperarse, por ejemplo, que se den cómodamente hoy condiciones de trabajo susceptibles de hacer desaparecer radicalmente los tabúes inherentes a las funciones jerarquizadas y llegar así a la instalación de un sistema en que la aceptación de una impugnación recíproca se convierta en la única regla capaz, por otra parte, de garantizar el surgimiento de la verdad en el campo de las ciencias y técnicas humanas.

Las incidencias imaginarias de la explotación del hombre por el hombre han sido puestas menos de relieve que sus elementos puramente económicos. Sin embargo, tocamos ahí un punto nodal a partir del cual una perspectiva de revolución social podría encontrar igualmente una inmensa fuente de energía.

En varias ocasiones, los organismos sociales surgidos luego de conquistas obreras habrían podido imponer revisiones estructurales muy importantes de las instituciones hospitalarias. Fue el caso, en particular, en la Liberación, cuando durante cierto tiempo los partidos de izquierda dispusieron de una gran libertad para dirigir la Seguridad social, las inversiones en materia de acción sanitaria y social, las concepciones y los métodos que debían prevalecer, etc. El poder estatal no tuvo muchas dificultades en retomar este dominio bajo su tutela burocrática por cuanto las organizaciones obreras no fueron capaces de proponer objetivos suficientemente claros, que habrían permitido a la masa de usuarios pronunciarse con conocimiento de causa. ¿En nombre de qué habrían llamado a los asegurados sociales a luchar? ¿Qué diferencias pueden establecer entre que sea el estado quien administre o, por ejemplo, lo que proponen los diversos organismos mutualistas?

Sigue siendo necesario que se elabore una perspectiva de conjunto sobre estas cuestiones, que proponga la modificación profunda de las instituciones existentes abriendo las mentes a soluciones aún más radicales en el cuadro de una transformación revolucionaria de la sociedad.

Los problemas que se le plantean a la MNEF[3] merecerían ser reubicados con respecto a esta carencia de perspectivas reivindicativas en un nivel más global. A menudo se discute, entre los responsables estudiantiles, sobre problemas de cogestión. Pareciera que no se ha aclarado suficientemente el carácter superficial de los problemas de la cogestión; se trata en efecto de sus aspectos administrativos. Podría decirse, paradójicamente, que lo que debería cuestionarse, en el dominio que nos preocupa, es la gestión no sólo de las instituciones de

[3] Mutuelle nationale des étudiants de France.

asistencia, de la selección, de la formación, del modo de trabajo de los agentes tratantes, sino igualmente de la enfermedad misma o, si se prefiere, de su envoltura psicosocial, en tanto que puede constituirse en un factor dominante, hasta el punto de ocultar los verdaderos problemas psicopatológicos del "drama" individual, en el sentido en que hablaba Politzer.

El mundo estudiantil está marcado por *dimensiones específicas de alienación*. El joven, sujeto o no a perturbaciones mentales, que ingresa a la universidad ve que su personalidad se modifica en función de los rasgos patógenos del conjunto de ese medio. No es, pues, absurdo considerar una acción preventiva en esta escala.

La situación de estudiante implica un modo de ser transicional, sobre los diversos planos de la maduración biológica, psicosexual, social, intelectual, política, etc. La imagen de la sociedad adulta oculta el conjunto de su campo intencional. Ésta es vivida como exterior, alienante y a la vez deseable en la medida en que es el soporte de una serie de valores económicos y de prestigio.

De nuevo encontramos aquí el formalismo del *corte* de los planos de referencia que "calibra" al estudiante a partir del rol que tendrá que desempeñar cuando "se haya recibido". Mientras tanto, no es más que una suerte de embrión, un futuro "gran rol" mal nacido, pero de ningún modo un sujeto "entero". Considerados bajo este ángulo, no podríamos separar los problemas de la higiene mental de los de la pedagogía y de la necesaria revisión de las prácticas universitarias actuales. Toda la estructura existente implica un permanente ahogo de la espontaneidad individual del sujeto joven, del surgimiento de sus vías de expresión cultural y de sus conexiones, muchas veces difíciles de captar por un adulto que se ha vuelto incomprensivo, pero a menudo inevitables para un cumplimiento armonioso de su desarrollo. ¿Cómo separar absolutamente los mecanismos de pasividad, de bloqueo escrupuloso de un neurótico declarado, sus momentos de angustia ante los exámenes, de aquellos que conocen los estudiantes "normales", y que superan, bien o mal, mediante comportamientos estereotipados como los de tragarse los libros las últimas semanas, de obsequiosidad respecto de los profesores, o de oposición sistemática?

El hecho de que la institución universitaria esté organizada de tal manera que tenga que responder a las necesidades de promoción jerárquica, tal como las definen las empresas privadas y estatales, ahoga el aspecto cultural y formador que debería ser esencial en los "años de aprendizaje". Los estudiantes que tienen que asumir las dificultades de su propio desarrollo en el contexto de una "frecuentación" de los problemas científicos, literarios y filosóficos más elaborados de la humanidad, son de hecho tratados como supernumerarios, como los parientes pobres de la sociedad. Que sean o no "hijos de ricos" no cambia fundamentalmente este status "de estar al margen".

Todo esto es muy general y relativamente fácil de entender. Pero estos problemas se encarnan en cada caso particular de una manera original que demandan ser comprendidos e interpretados por los terapeutas. Además es preciso que éstos estén conectados de una manera u otra a la realidad del medio estudiantil, y que sean sensibles y se preocupen por este aspecto de las cosas que es por cierto al menos tan importante como las demás dimensiones personales y biológicas que pueden influir en el estado de un enfermo. Las organizaciones estudiantiles deberían tener, a su manera, una "vocación terapéutica", en el sentido de que están en condiciones de reconocer y asumir, en la medida de sus posibilidades, las dimensiones de alienación del medio que representan. La higiene mental en el medio estudiantil, sería, en suma, tanto la organización de dispensarios, de BAPU,[4] de centros de atención, como la de GTU,[5] clubes de descanso, hogares, la responsabilidad de la animación de las ciudades universitarias, etcétera.

Las estructuras de organización del movimiento estudiantil están muy lejos de ser perfectas, pero en relación con la mentalidad esclerosada que reina generalmente en otras partes, representan una experiencia que no tiene que ser subestimada. No es excesivo considerar que su capacidad de formación humana, en el sentido de la aceptación de una impugnación recíproca, es ampliamente superior a la que existe en los medios médicos y psicoanalíticos, por ejemplo. Es en este espíritu que sería deseable reorientar las relaciones existentes entre el movimiento estudiantil y los diferentes técnicos que se ocupan de la higiene mental en el medio estudiantil. ¡No se trata de pedir a los médicos, psicoanalíticos, consejeros sociales, etc. que militen en el movimiento estudiantil! ¡Ni de que los militantes les den lecciones a los terapeutas! Sino de crear organismos susceptibles de aprovechar la capacidad de interrelaciones sociales que se desarrollan en el campo de la militancia estudiantil, con el fin de facilitar la constitución de equipos terapéuticos.

Los médicos y enfermeras que, en la Liberación, se abocaron a transformar algunos hospitales psiquiátricos habían vivido una especie de experiencia "iniciática" entre los scouts, en los albergues de juventud, en las JC, etc. o en los campos de concentración nazis, donde

[4] Bureau d'aide psychologique universitaire.
[5] Groupe de travail universitaire.

los problemas de estructuración, organización y defensa del medio se planteaban de manera vital. Es en la prolongación de estas iniciativas que el rostro de la psiquiatría en Francia hubo de verse profundamente modificado. Algo análogo podría producirse a partir del movimiento estudiantil, teniendo en cuenta el rol progresista que éste jugó en el último período, en particular durante la guerra de Argelia. No es inconcebible que el movimiento estudiantil llegue a formar cierto número de terapeutas que podrían ocupar el lugar, lo deseamos, de pioneros de una nuexa experiencia, más bien que factores de resistencia de un sistema antiguo. Embriones de esta creación de equipos terapéuticos existen ya en varios sitios, y sería interesante seguir y estudiar, paso a paso, sus experiencias.

No desarrollaremos aquí el hecho, por demás evidente, de que la actual campaña reivindicativa de la UNEF en favor de una modificación de las estructuras de la universidad marcha en el mismo sentido que esta perspectiva en el plano de la higiene mental, y que en cierta medida se condicionan recíprocamente. Insistimos más bien en un aspecto que es difícil exponer, carente de una ilustración suficiente en la hora actual: se trata de la asunción de la enfermedad por los enfermos mismos, con el apoyo del conjunto del medio estudiantil. A cada unidad de atención deberían corresponder especies de "clubs" de estudiantes enfermos y convalescientes, en los cuales participarían estudiantes interesados por las cuestiones psicopatológicas (estudiantes de medicina, psicología, psicosociología, filosofía, etc.). Estos clubes tendrían por finalidad proporcionar a los estudiantes un nivel de socialización que les permita salvaguardar lo esencial de sus relaciones con el medio universitario, el campo de sus estudios, diversas actividades de formación, de discusión, de distracciones, etc. Se trata de una estructura que exigiría estar estrechamente asociada a las unidades de atención. Experiencias de este tipo han sido ensayadas en otros medios y se han revelado positivas.

Podría plantearse igualmente este problema a otro nivel. Paralelamente a este sistema, y en el marco de lo que definíamos precedentemente como objetivos preventivos de las organizaciones estudiantiles, podría existir, en el nivel de las asociaciones generales o en una escala más limitada, estructuras sociales que permitieran a los estudiantes reunirse, encontrarse con sus semejantes para intentar aclarar, si no resolver, sus problemas, sin esperar que se llegue, para algunos, al punto en el que no tengan otro recurso que el de dirigirse a los organismos de atención, que en el estado actual de las cosas afrontan el serio peligro de no estar en condiciones de responder a su exigencia. Corresponde al movimiento estudiantil considerar esta

cuestión; pero me parece que no debería ignorarlo. Conocemos todas las turbaciones del estudiante que ingresa al mundo kafkiano de la universidad. Sabemos qué penoso le resultará superar solo todo tipo de dificultades e inhibiciones. La existencia de Grupos de trabajo universitarios pareciera responder a un aspecto del problema. ¿Pero son suficientes? ¿El campo de su objeto no está demasiado limitado a los problemas del trabajo universitario? ¿No deberían ser transformados de modo que respondan a una gama más vasta de necesidades? O tal vez convenga que sigan siendo lo que son y que se promuevan paralelamente organismos que respondieran a las demás exigencias, que deberían ser registradas y estudiadas, como también las soluciones que se les propusieran. Sería interesante retomar el análisis de los "ersatz" hacia los cuales se vuelcan individualmente los estudiantes: obsesión del trabajo, vagancia ociosa y culposa, rol de los bares, etcétera.

Es cierto que la instalación sistemática de especie de hogares, por ejemplo, demandaría considerables medios financieros. En consecuencia, tendría que ser formulada como una reivindicación a escala del conjunto del movimiento. Pero simultáneamente a la lucha por la obtención de los créditos necesarios podría determinarse una serie de objetivos intermedios que, desde el punto de vista de sus repercusiones en el plano de la higiene mental, tendría de entrada un gran alcance.

Quizás se nos objete que con tal orientación nos arriesgamos a caer en una perspectiva corporativista del movimiento estudiantil. Esto podría ser verdad en la medida en que tal estructuración no estuviera estrechamente ligada a la implantación en profundidad de un verdadero movimiento sindical estudiantil. No hay vacuna que garantice que no puede hacerse, a pesar de todo, "reformismo". El estado está siempre presto para tomar por su cuenta y *recuperar* las conquistas más valederas; por ejemplo la seguridad social, los comités de empresa, las casas de jóvenes, la escala móvil de salarios, los albergues de juventud, etc. Mañana, puede ocurrir lo mismo con la institución de los GTU o el salario estudiantil. Podemos pensar no obstante que la existencia de tales "hogares", que darían la posibilidad a una masa importante de estudiantes de reunirse, trabajar, discutir, distraerse, podría favorecer un reforzamiento del movimiento estudiantil. Pero esto depende, en lo esencial, del dinamismo revolucionario del movimiento, de su implantación real y de las relaciones de fuerza que se den.

Vayamos más lejos. ¿No podríamos considerar que tal estructuración del medio, realizada en amplia escala, permitiría a los estu-

diantes salir de su "gheto"? Por una parte, podrían debatir toda una serie de problemas que no encontrarán en los programas universitarios y, por otra, obtendrían los medios de entrar en relación con una serie de sectores de la sociedad de la que están separados, por ejemplo invitando investigadores, técnicos, representantes sindicales y políticos de diversas ramas y tendencias, escritores, artistas, etc. Podría igualmente tenerse en cuenta la organización de encuestas colectivas del tipo de las que fueron puestas en ejecución, en el medio escolar, por los técnicos de métodos activos, como encuentros de estudiantes con trabajadores de diversas empresas. No me cabe ninguna duda que el primer resultado de tal encuesta permitiría poner de relieve el deseo de numerosos jóvenes trabajadores de anudar relaciones continuas con los estudiantes.

La necesidad de principio de una lucha contra la segregación social que se mantiene entre los obreros jóvenes y estudiantes será fácilmente reconocida por los responsables estudiantiles, pero la dificultad se planteará, más bien, en el nivel de los medios que deben ponerse en ejecución. Sin embargo, existe una serie de posibilidades y desde ahora podrían intentarse experiencias. Mientras que el movimiento estudiantil aportaría así el testimonio concreto de su rechazo de la situación que se les crea a los jóvenes trabajadores, contribuyendo a su modificación por poco que fuera, los estudiantes, por su parte, ganarían mucho en este tipo de frecuentación. Esta perspectiva me parece igualmente coherente con la reivindicación de un subsidio de estudios que pondría al estudiante como un trabajador en curso de formación. La formación profesional, tal como está establecida para los jóvenes trabajadores, implica una imposibilidad casi absoluta de acceder a una cultura profunda. Ahí incluso, los resultados merecerían ser confrontados. Éste, felizmente, no es el caso de los estudiantes, a pesar de las pretensiones de los grupos industriales y tecnócratas de todo orden por modelar completamente la universidad a su imagen.

Encontraríamos, en otros niveles, la existencia de ese modo de alienación que la sociedad industrial impone ciegamente a los sujetos individuales los cuales no tienen otra salida que remitirse al estado de cosas existente en la producción, las instituciones, la Universidad, etc. o partir a la deriva, más o menos mutilados por los efectos de la reacción originada por su rechazo o de su imposibilidad de "integrarse". Se trata de un fenómeno que cuestiona el conjunto de las finalidades sociales, en todos los niveles, y en primer lugar el del estado. Estamos en presencia, de alguna manera, de leyes inconscientes que regulan las relaciones entre sujetos y estructuras sociales, en

Unión estudiantes/obreros

función de objetivos inherentes a la producción, en el marco de un sistema basado en la ganancia y en el poder de un estado dominado por una clase que, desde hace mucho tiempo, ha dejado de jugar un rol progresista en la evolución histórica.

Sólo el surgimiento de una estructura social que tendiera a tomar deliberadamente por finalidad la respuesta a las verdaderas necesidades de los sujetos humanos será capaz de aportar soluciones durables, puesto que no existirá el interés de ningún grupo social por cuestionarlas. Una vez más lo decimos, solamente a condición de estar ubicados en una perspectiva revolucionaria y en relación con una práctica efectiva de la lucha de clases, podrán tener un valor las "reformas" que aquí sugiero: la conciencia de su precariedad constituye incluso una garantía de que serán tomadas como una etapa de lucha más bien que como paliativo susceptible de servir de "buena conciencia" al orden establecido.

1964

LA TRANSVERSALIDAD*

La terapia institucional es un niño endeble, por lo que es conveniente seguir de cerca su desarrollo y vigilar sus relaciones, pues está rodeada de malas compañías. La amenaza mortal que pesa sobre ella no reside en una debilidad congénita, sino más bien en que todo tipo de facciones están al acecho para arrebatarle su objeto específico. Psicólogos, psicosociólogos y hasta psicoanalistas, le arrancarán algunos jirones que transformarán luego en "su quehacer", mientras que la rapacidad ministerial aguarda la oportunidad de poder "incorporarla" a los textos oficiales. Desde la última postguerra, cuántos vástagos de la psiquiatría de vanguardia fueron de ese modo tempranamente desviados de su sendero: la ergoterapia, la socialterapia, la psiquiatría de sector, etcétera.

Proclamamos en primer lugar que existe un objeto de la terapia institucional y que éste tendrá que ser defendido de todos los que intenten sacarla de la problemática social real. Esto implica, a la vez, una toma de conciencia del nivel social en su más amplio sentido, por ejemplo el de una orientación de la salud mental en Francia, y una toma de posición doctrinaria en los niveles más técnicos de las terapias existentes. En cierto modo, podemos considerar que la carencia de una concepción unitaria en el movimiento psiquiátrico actual es el reflejo de la segregación que persiste, bajo diferentes formas, entre el mundo de los locos y el resto de la sociedad. Este corte, en los psiquiatras responsables de un establecimiento asistencial, entre sus preocupaciones interiores y los problemas sociales más generales, tiende a ser transpuesto a diversos modos: desconocimiento sistemático de lo que ocurre más allá de los muros del hospital, psicologización de los problemas sociales, escotomisación de su campo intencional dentro de la institución, etc. El problema de la incidencia del significante social sobre el individuo se plantea en todo momento y en todos los niveles, y en la perspectiva de una terapia institucional no podemos hacer otra cosa que apoyarnos en él. La relación social

* Informe presentado al I. Congreso Internacional de Psicodrama, que se desarrolló en París en septiembre de 1964, y publicado en el nº 1 de la *Revue de psychothérapie institutionelle*.

no constituye un más allá de los problemas individuales y familiares, por el contrario, podemos reconocerla en todas las instancias psicopatológicas y, creemos, su importancia es tanto más grande por cuanto debemos enfrentarnos con síndromes psicóticos que se presentan bajo los aspectos más "desocializados".

Freud, cuya obra se desarrolló esencialmente en torno al problema de los neuróticos, no desconoció esta problemática, como se puede comprobar, por ejemplo, en la siguiente cita de sus *Nuevas Conferencias*: "Al estudiar las situaciones peligrosas, comprobamos que a cada período de la evolución corresponde una angustia que le es propia; el peligro del abandono psíquico coincide con el primer despertar del yo; el peligro de perder el objeto (o el amor), con la falta de independencia que caracteriza a la primer infancia; el peligro de la castración, con la fase fálica; y por último el temor del superyó, que ocupa un lugar especial, con el período de latencia. Los antiguos motivos de temor deberían desaparecer en el curso de la evolución, puesto que las situaciones peligrosas correspondientes han perdido su valor gracias al reforzamiento del yo; pero no es así como ocurren las cosas en la realidad. Muchos individuos no alcanzan nunca a dominar el miedo a perder el amor; sentirse amados es para ellos una necesidad insuperable; persisten por tanto en comportarse, en este aspecto, como niños. Normalmente, el temor del superyó no cesa nunca, porque el temor de la conciencia se revela indispensable en el mantenimiento de las relaciones sociales. El individuo, en efecto, depende siempre de una colectividad, salvo raras excepciones. Muchas de las situaciones peligrosas se mantienen a veces hasta épocas tardías, aun cuando las causas del temor hubieran sido oportunamente modificadas".[1]

¿Cuál es el obstáculo con el cual tropiezan los "antiguos motivos de temor" y qué hace que se nieguen a desaparecer? ¿De dónde proviene esta persistencia, este mantenimiento de las angustias neuróticas, puesto que han desaparecido las situaciones que fueran soporte de su génesis, aun en "ausencia de cualquier situación peligrosa"?[2] Algunas páginas más adelante, Freud reafirma la anterioridad de la angustia sobre la represión: la angustia es causada por un peligro exterior, ello es *real*, pero ese peligro exterior mismo es recordado y condicionado por el peligro pulsional interior: "de hecho, el joven teme las exigencias

[1] Freud, *Nouvelles Conférences sur la Psychanalyse*, Gallimard, p. 121-122. [Hay ed. cast.: *Nueva conferencia sobre el psicoanálisis*, Madrid, 1948, ed. Biblioteca Nueva, Tomo II, p. 828.]

[2] *Ibid.*, p. 129. [Ed. cast.: p. 830.]

de su libido; en este caso, se asusta del amor que siente por su madre".[3] De manera que es la amenza interior la que prepara el peligro exterior. El renunciamiento al objeto amado es correlativo, en el plano de lo real, a la aceptación de la pérdida del miembro, pero el "complejo de castración" no podría ser "liquidado" a través de tal renunciamiento. Es porque, en efecto, él implica la puesta en acción de un *término suplementario* en la triangulación situacional del complejo de Edipo, de manera que no habremos terminado nunca con esta amenaza de castración que reactivará permanentemente lo que Freud llama "un sentimiento inconsciente de culpabilidad".[4] El engranaje de los significantes sociales se encuentra en contacto de modo irreversible con la castración y la culpabilidad, mientras que hasta esta etapa sus status seguían siendo precarios en razón del "principio de ambivalencia" que presidía la elección de los diversos objetos parciales. A partir de allí, la instancia de esta *realidad social* fundará su persistencia en la instauración de una moralidad irracional donde el castigo encontrará su justificación sólo en una ley de repetición ciega en lugar de ser articulable en una legalidad ética. No bastará sin embargo buscar el reconocimiento, a través del imposible diálogo entre el yo ideal y el superyó, de este efecto de permanencia de la angustia fuera de las "situaciones peligrosas" actuales, pues él implica la pertenencia de esta últimas a una "lógica significante" *específica del nivel social considerado*, y que conviene analizar con las mismas exigencias mayéuticas que las del psicoanálisis del individuo.

La permanencia es la repetición, es la expresión de una pulsión de muerte. Se encubrirá la interrogación que está implicada allí, relacionándola con una noción de continuidad. Parece normal prolongar la resolución del complejo de Edipo mediante una "buena" integración a un nivel social. ¿No conviene considerar más bien que estos "efectos de persistencia" de la angustia tienen que estar articulados con esta dependencia, recordada por Freud, del individuo en relación con la colectividad? Se trata del hecho, irreversible hasta nueva orden, de que el complejo de castración no encontrará nunca una solución satisfactoria en tanto que la sociedad contemporánea persista en confiarle un rol inconsciente de regulación social. Existe una incompatibilidad cada vez más pronunciada entre la función del padre, en tanto que soporte para el sujeto de una posible mediación de las impasses identificatorias inherentes a la estructura de la familia

[3] *Ibid.*, p. 119. [Ed. cast.: pp. 826-827.]
[4] *Ibid.*, p. 149. [Ed. cast.: p.838.]

conyugal, y las exigencias de las sociedades industriales para las cuales un modelo integrador del tipo padre-rey-dios tiende a perder toda función efectiva además de mistificadora, siendo particularmente claro este hecho en las fases de regresión social, por ejemplo cuando los regímenes fascistas, dictatoriales, de poder personal, presidencial, dan lugar al nacimiento de fenómenos imaginarios de seudofalicización colectiva que desembocan en una totemización plebiscitaria irrisoria de un jefe, el que por otra parte permanece en lo esencial sin asidero real en la máquina significante del aparato económico, que no cesa por el contrario de reforzar su poder y la autonomía de su funcionamiento. Los Kennedy y los Kruschev que intentaron pasar más allá de esta ley fueron "sacrificados", aunque con un ceremonial diferente, uno en aras de los petroleros, de los defensores de la industria pesada el otro.

La subjetividad real de los estados modernos, sus verdaderos poderes de decisión, cualesquiera sean los sueños anacrónicos de los defensores de la "legitimidad nacional", no podrían identificarse con una encarnación individual, como tampoco con la existencia de un pequeño estado mayor esclarecido. Hasta ahora, éste permanece inconsciente y ciego, sin esperanzas de que un Edipo moderno pueda guiar sus pasos. Por cierto que la solución no está en confiar en una invocación y una tentativa de rehabilitación de sus formas ancestrales, precisamente en razón de que la experiencia freudiana nos lleva a plantearnos la cuestión, por una parte, de esta persistencia de la angustia más allá de las modificaciones situacionales y, por otra, de los límites asignables a tal proceso. ¿El objeto de la terapia institucional no es justamente el de proponerse llegar a la reorganización de los datos de "aceptación" del superyó, transmutándolos en una especie de nueva aprobación "iniciática", vaciando de su sentido la exigencia social ciega de un cierto procedimiento castrador con la exclusión de cualquier otro?

Lo que propondré ahora no tiene más que un carácter provisorio. Se trata de cierto número de formulaciones que me han parecido útiles para precisar diferentes etapas de una práctica institucional. Considero que conviene establecer una suerte de vías de correspondencia entre los fenómenos de deslizamiento de sentido entre los psicóticos, particularmente en los esquizofrénicos, y los mecanismos de discordancia creciente que se instauran en todas las capas de la sociedad industrial en su realización neocapitalista y socialista burocrática, tal que el individuo tiende a querer identificarse con un ideal de "máquinas-consumidoras-de-máquinas-productivas"... ¿El silencio del catatónico no es una interpretación prefiguradora de este

ideal? Si el grupo tiende a estructurarse al modo del rechazo de la palabra, ¿cómo responderle de otro modo que por el silencio? ¿Cómo modificar un poco esta sociedad de manera tal que se frene, aunque más no sea un poco, ese proceso de reducción de la palabra en el lenguaje? A partir de ahí, tomamos el partido de distinguir la naturaleza de los grupos según que se ubiquen en uno u otro aspecto. Conviene, en efecto, desconfiar absolutamente de las descripciones formales que caracterizan a los grupos independientemente de su proyecto. Los grupos con los cuales nos enfrentamos en la terapia institucional están ligados por una actividad concreta, no tienen nada que ver con los que están cuestionados, generalmente, en las investigaciones llamadas de dinámica de grupo. Vinculados a una institución, tienen de un modo u otro una perspectiva, un punto de vista sobre el mundo, una "misión" que cumplir.

Esquematizaremos esta primera distinción, que por otra parte será difícil de mantener luego, en grupos-sujetos y grupos sometidos. El grupo sujeto, o que tiene vocación de serlo, se esfuerza en influir sobre su conducta, intenta elucidar su objeto y, en la ocasión, secreta los medios de esta elucidación. Schotte[5] diría de este tipo de grupo que es oído y oyente, y que por este hecho opera el desprendimiento de una jerarquización de las estructuras que le permitirá abrirse hacia un más allá de los intereses del grupo. El grupo sometido no tiene tal perspectiva; soporta su jerarquización en el momento de su ajuste con los demás grupos. Podríamos decir del grupo-sujeto que *enuncia* algo, mientras que para el grupo sometido, "su causa es oída". Oída no se sabe dónde ni por quién, en una cadena serial indefinida.

Esta distinción no es absoluta, no constituye sino una primera aproximación que nos permite señalar el tipo de grupo con el cual nos enfrentamos en nuestra práctica. En realidad sirve como dos polos de referencia; cualquier grupo, pero especialmente los grupos-sujeto, tienden a oscilar entre estas dos posiciones: la de una subjetividad que tiene vocación de tomar la palabra, y la de una subjetividad alienada hasta perderse de vista en la alteridad social. Esta referencia nos servirá de escudo para evitar que caigamos en el formalismo del análisis de los roles, y nos llevará a plantear la cuestión del sentido de la participación del individuo en el grupo en tanto que ser parlante y a cuestionar de este modo el mecanismo habitual de las descripciones psicosociológicas y estructuralistas. Sin duda, habrá igualmente ahí un modo de retomar las teorías de la

[5] Citado, p. 46.

Psicosis y capitalismo

burocracia, de la autogestión, de los "grupos de formación", etc., que regularmente pierden su objeto por el hecho de un rechazo de carácter cientificista, a implicar allí los contenidos del sentido.

Hemos encontrado cómodo además distinguir, en el nivel de los grupos, los "contenidos manifiestos" constituidos por lo que es dicho y hecho, por las actitudes de unos y otros, las escisiones, la existencia de líderes, de candidatos a líderes, chivos emisarios, etc., y el "contenido latente" que demanda ser descifrado a partir de una interpretación de las diversas rupturas de sentido que surgen en el orden fenomenal. Definimos esta instancia latente como deseo de grupo: la que tendría que estar articulada con un orden pulsional de Eros y de muerte específico del grupo.

Freud describía la existencia en las neurosis graves de una desintrincación de las pulsiones fundamentales, cuyo problema analítico consistía en llegar a una reintrincación susceptible de hacer desaparecer, por ejemplo, una sintomatología sadomasoquista. La misma estructura de las instituciones que no tienen otra corporeidad que imaginaria exige, para intentar tal operación, la instalación de medios institucionales particulares, pero sin perder de vista que no podrían constituir otra cosa que mediaciones simbólicas que se inclinan por esencia a deshilvanarse en efectos de sentido. El objeto en juego no es el mismo que el que encontramos en la relación de transferencia psicoanalítica. Los fenómenos de captura imaginaria no pueden ser comprendidos y articulados a partir de la interpretación de un analista. El fantasma de grupo es por esencia simbólico, cualesquiera sean las imaginerías que drena en su sendero. Su inercia no conoce otra regulación que la remisión, repetida incansablemente, a las mismas impasses problemáticas. La práctica de la terapia institucional muestra que la fantasmatización individual se niega sistemáticamente a respetar la especificidad de este nivel simbólico del fantasma de grupo. Busca por el contrario incorporar y hacer suyo los datos imaginarios singulares que vienen a esconderse "naturalmente" en los diferentes roles, potencialmente estructurados por el despliegue de los significantes puestos en circulación por el colectivo. Esta "corporización imaginaria" de cierto número de articulaciones significantes del grupo, bajo pretextos de organización, de eficacia, de prestigio o también de incapacidad, de no calificación, etc., hace cristalizar el conjunto de la estructura, traba sus capacidades de modificación, le da su aspecto y su "pesadez", limita por tanto sus posibilidades de diálogo con todo lo que tendiera a cuestionar sus "reglas de juego", en una palabra reúne las condiciones de su desplazamiento hacia lo que hemos llamado el grupo sometido.

do imaginario grupal

El deseo inconsciente de un grupo, por ejemplo del "grupo misionero" de un hospital tradicional, como expresión de una pulsión mortífera, no estará probablemente en condiciones de ser evocado en el orden de la palabra y hará surgir toda una gama de síntomas. Aunque estos últimos estén de algún modo "articulados como un lenguaje" y sean descriptibles en una perspectiva estructural, en la medida que tienden a disimular el sujeto de la institución no conseguirán nunca expresarse de otro modo que en una frase incoherente a partir de la cual quedará por descifrar el objeto (totem y tabú) erigido en el lugar mismo de la imposibilidad del surgimiento de una palabra verdadera en el grupo. La puesta al día de ese lugar donde el deseo está reducido a no mostrar más que la punta de una falsa nariz no podría dar acceso el deseo mismo que, en tanto que tal, de todos modos, seguirá inconsciente y rechazará siempre aniquilarse por el sesgo de una explicación exhaustiva, según la promesa del neurótico. Pero la limpieza de un espacio, la preservación de una vacuola en la que podría ser descubierto un primer plan de referencia en esta instancia del deseo del grupo, ubicará de entrada el conjunto de la problemática más allá de las contingencias relacionales, aclarará con otra luz las "cuestiones de organización" y oscurecerá por tanto las tentativas de descripción formal y aparentemente racional; de hecho, constituirá la experiencia previa de todo intento analítico de grupo.

Desde los primeros pasos por esta vía, surgirá una distinción primordial entre la desalienación de grupo y su análisis. En efecto, el rol de un análisis de grupo no es idéntico al de una ordenación del colectivo de inspiración más o menos psicosociológico o a la intervención de un ingeniero en organización. Repitámoslo, el análisis de grupo se sitúa más acá y más allá de los problemas del ajustamiento de roles, de transmisión de las informaciones, etc. Las cuestiones claves se plantean antes de la cristalización de las constelaciones, de las repulsiones y atracciones, en el nivel de una creatividad posible del grupo, aunque generalmente éste se ahoga en sí mismo en la trama del sin-sentido que se niega a asumir, prefiriendo el grupo consagrarse al balbuceo de sus "consignas", obturando todo acceso a una palabra verdadera, es decir articulable en las demás cadenas del discurso histórico, científico, estético, etcétera.

¿En qué especie de deseo puede vivir, por ejemplo, un grupo político "condenado por la historia" si no en el de un eterno repliegue sobre sí mismo? Tendrá que secretar sin cesar mecanismos de defensa, de denegación, de represión, fantasmas de grupo, mitos, dogmas, etc. Su análisis no podrá llevar sino al descubrimiento de la

Análisis de grupo versus dinámica de grupo

naturaleza del deseo mortífero de grupo del cual son la expresión en su relación con las pulsiones históricas enterradas y emasculadas de las masas, de las clases o de las nacionalidades sometidas. Este último aspecto del análisis en el "nivel más elevado" no podría ser separado, en mi opinión, de los otros problemas psicoanalíticos de grupo, ni por otra parte de los individuales.

En el hospital psiquiátrico tradicional, por ejemplo, existe un grupo dominante constituido por el director, el ecónomo, los médicos, sus mujeres, etc., que forman una estructura opaca que impide el surgimiento de una expresión del deseo de los conjuntos humanos constitutivos de la institución. ¿Dónde puede refugiarse ese deseo? En un primer momento, la interpretación deberá dejarse guiar por los síntomas manifestados en el nivel de los diversos subconjuntos, soporte de las taras sociales clásicas, de la sedimentación de la chochera, de la agitación, de las segregaciones de todo tipo, pero igualmente por otros signos como, por ejemplo, el alcoholismo, que padece tal grupo de enfermeros, o la tontería difusa de tal otro grupo, tanto es así, según una fórmula de Lacan, que ésta también es expresión de una pasión. ¿No será por una especie de respeto por los enigmas que encarnan neurosis y psicosis que nuestros modernos guardianes de tumbas se sienten llamados a envilecerse y saludar así negativamente al mensaje de los que, implicados por toda la organización social, deberían permanecer desconocidos? Todo el mundo no puede darse el lujo, como ciertos psiquiatras, de refugiarse en formas superiores de esteticismo, significativas por el hecho de que, para ellos, ¡ningún tipo de cuestión esencial podría plantearse en el nivel del hospital!

El análisis de grupo no se propondrá por objetivo poner al día detrás de esta sintomatología una verdad estática, sino de realizar las condiciones favorables en un modo particular de *interpretación*, la que, al modo que Schotte consideraba las cosas, es idéntica a la transferencia. Transferencia e interpretación constituyen un modo de intervención simbólico, pero —insistimos en este punto— no podrían ser el quehacer de una persona o de un grupo que, para el caso, se hubiera bautizado de "analizador". La interpretación, quizás la debilidad del servicio que la dará es, si está en condiciones de reclamar, en un momento dado, justo en ese momento en que tal significante se convierta en operatorio en el nivel del conjunto de la estructura, por ejemplo la organización de un juego rayuela. Se debe ir al encuentro de la interpretación. Conviene, pues, liberar previamente a su escucha de todo prejuicio psicológico, sociológico, pedagógico o incluso terapéutico. En tanto que el psiquiatra o el

enfermero poseen una parcela del poder, deben ser considerados responsables de la limitación de las posibilidades de expresión de la subjetividad inconsciente de la institución. La transferencia petrificada, mecánica insoluble, por ejemplo la que hacen los enfermeros y los enfermos sobre el médico, la transferencia obligatoria, predeterminada, "territorializada" en un rol, un estereotipo dado es peor que una resistencia al análisis, es una forma de interiorización de la represión burguesa por el surgimiento repetitivo, arcaico y artificial de los fenómenos de casta con su cortejo de fantasmas de grupo, fascinantes y reaccionarios.

Cuña provisoria puesta ahí para preservar, al menos por un tiempo, el objeto de nuestra práctica, propongo introducir, en lugar de la noción demasiado ambigua de transferencia institucional, un nuevo concepto: el de *transversalidad en el grupo*. Transversalidad por oposición a:

—una verticalidad como la que encontramos por ejemplo en las descripciones hechas por el organigrama de una estructura piramidal (jefes, subjefes, etc.);

—una horizontalidad como la que se puede realizar en el patio del hospital, en el pabellón de los furiosos, mejor aún en el de los chochos, donde las cosas y la gente se las arreglan como pueden en la situación en que se encuentran.

Póngase en un corral cerrado algunos caballos con anteojeras regulables y digamos que el "coeficiente de transversalidad" será justamente esa regulación de las anteojeras. Comprendemos que a partir del momento en que los caballos estén completamente enceguecidos, un cierto modo de choque traumático tendrá que producirse. A medida que se vayan abriendo las anteojeras podemos imaginar que la circulación se realizará de una manera más armoniosa. Intentemos representarnos la forma de comportamiento de los hombres unos respecto a los otros desde el punto de vista afectivo. De acuerdo con la célebre parábola de Schopenhauer sobre los puercoespines que sufren el frío, nadie soportaría un acercamiento tan íntimo con sus semejantes: "Un día de un invierno glacial, los puercoespines se apretaron unos contra otros, a fin de protegerse contra el frío dándose calor entre sí. Pero, desgraciadamente incomodados por los pinchazos de sus púas, no tardaron en separarse de nuevo unos de otros. Obligados a juntarse nuevamente, en razón del frío persistente, padecieron otra vez el efecto desagradable de los pinchazos, y estas alternativas de acercamiento y separación duraron hasta el momento

en que encontraron una distancia conveniente en la que se sintieron al abrigo de todos los males".[6]

En un hospital, el "coeficiente de transversalidad" es el grado de ceguera de cada miembro del personal. Pero, cuidado: formulamos la hipótesis de que la regulación oficial de todas las anteojeras y los *enunciados manifiestos* que de ello resultan, dependen casi mecánicamente de lo que ocurre en el nivel del médico-jefe, del director, del ecónomo, etc. En consecuencia todo parece repercutir desde la cúspide a la base. Por cierto que puede existir una "presión de la base", pero generalmente es incapaz de modificar las estructuras de ceguera del conjunto. La modificación debe efectuarse en el nivel de una redefinición estructural del rol de cada uno y de una reorientación del conjunto. En tanto que la gente permanezca petrificada en sí misma, no verán otra cosa que a sí mismos.

La transversalidad es una dimensión que pretende superar las dos impasses, la de una pura verticalidad y la de una simple horizontalidad; tiende a realizarse cuando una comunicación máxima se efectúa entre los diferentes niveles y sobre todo en los diferentes sentidos. Es el objeto mismo de la investigación de un grupo-sujeto. Nuestra hipótesis es la siguiente: es posible modificar los diferentes coeficientes de tranversalidad inconsciente en los diferentes niveles de una institución. Por ejemplo, la comunicación existente "a la luz del día" en el núcleo constituido en torno del médico-director, de los internos, quizás quede en un plano muy formal, y podrá considerarse que el coeficiente de transversalidad es muy bajo. Al contrario, en el nivel del pabellón, el coeficiente latente y reprimido podrá revelarse bastante superior: los enfermeros tienen entre ellos relaciones más auténticas en relación a las cuales los enfermos puedan efectuar un cierto número de transferencias con un efecto terapéutico. Continuando con la hipótesis, podemos decir que los múltiples coeficientes de transversalidad, aunque diferentes en intensidad, no son por ello menos homogéneos. En efecto, el nivel de transversalidad existente en el grupo que posee el poder real determina inconscientemente la regulación de las posibilidades extensivas de los otros niveles de transversalidad. Tomemos el caso bastante raro, en el que existiera un fuerte coeficiente de transversalidad entre los internos: al no tener éstos por lo general ningún poder real sobre la institución, este fuerte coeficiente permanecerá latente y no podrá repercutir más que sobre un área muy limitada. De este estado de la transversalidad,

[6] Parerga und Paralipomena, 2ª parte, Gleichnisse und Parabeln, *Psychologie collective et analyse du Moi*, Payot, p. 112.

en la medida que sea posible hacer una comparación termodinámica en este dominio en el que todo se da por líneas de fuerza sociales, podría decirse que su gran entropía institucional desemboca en la absorción o en el enquistamiento de toda veleidad de su disminución local. Pero, no nos equivoquemos, el hecho de que postulemos que uno o varios grupos poseen la clave de la regulación de la transversalidad latente del conjunto de la institución no nos designa sin embargo de qué grupos se trata. En efecto, no coinciden necesariamente con las instancias jurídicas del establecimiento del cual no controlan más que su expresión manifiesta. Hay que distinguir, pues, cuidadosamente el poder real del poder manifiesto. El problema de la relación de fuerzas reales exige ser analizado: todo el mundo sabe que el estado no hace la ley en sus ministerios. Sucede igualmente que en un hospital psiquiátrico el poder de hecho escape a los representantes patentados por la ley y se reparta entre diversos subgrupos: servicio, *caïdat* cabecillas de grupos, o —¿por qué no?— club interhospitalario, asociación del personal, etc. Parece eminentemente deseable que los médicos y los enfermeros, a quienes corresponde en principio el cuidado de los enfermos, se aseguren un contacto colectivo en la regulación de lo que, más allá de la legalidad ordinaria, controla los factores susceptibles de modificar el ambiente, los intercambios, el modo de funcionamiento real de la institución. Pero esto no podría ser instituido por una reforma; las buenas intenciones en esta materia no garantizan ningún acceso a esta dimensión de la transversalidad.

Para que la pregonada intención de los terapeutas tenga un alcance más que negador, es su ser mismo, como ser del deseo, lo que debe estar interesado y cuestionado por la estructura significante en la cual están confrontados. Esto puede derivar en un cuestionamiento decisivo de toda una serie de datos más o menos establecidos: el estado ¿qué interés tiene en bloquear los créditos? La seguridad social, ¿por qué persiste en desconocer las psicoterapias de grupo? La facultad, de esencia liberal, ¿no es acaso retrógrada del mismo modo que, por otra parte, las federaciones sindicales en principio más "a la izquierda" de los problemas, por ejemplo, de categorización, de jerarquía, etc.? El sujeto de la institución, el sujeto efectivo, es decir inconsciente, el que posee el poder real, no está dado de una vez por todas. Habrá que desalojarlo en el momento que se dé una búsqueda analítica que implica a veces enormes rodeos que pueden llevar no obstante a plantearse los problemas cruciales de nuestra época.

Si el análisis de una institución consiste en fijarse por tarea abrir ésta a la vocación de apoderarse de la palabra, toda posibilidad de intervención creadora dependerá de la capacidad de sus iniciadores de existir en el sitio donde "eso habría podido hablar", según el modo de ser marcado por el significante del grupo, es decir asumir un cierto modo de castración. Esta excoriación, esta barra, este freno de sus potencialidades imaginarias remite por cierto al análisis de esos objetos que el freudismo descubrió como soporte de una asunción posible por el sujeto del orden simbólico: seno, heces, pene, etc., todos elementos separables, al menos fantasmáticamente; pero igualmente remite al análisis del papel desempeñado por el conjunto de los objetos transicionales[7] que están efectivamente articulados en la máquina de lavar, en la televisión, en una palabra en ¡la "razón de ser" moderna! Por otra parte, la colección de los objetos parciales, comenzando por la imagen del cuerpo como soporte de la identificación en sí mismo, ¿acaso ella misma no es lanzada cotidianamente al mercado, cotizada en la Bolsa oculta de los valores pseudoeróticos, estéticos, deportivos...? La sociedad industrial se asegura así el control inconsciente de nuestro destino por la exigencia, satisfactoria desde el punto de vista de la pulsión de muerte, de una desarticulación de cada consumidor-productor, y de tal manera que en el límite de humanidad podría resolverse a devenir un inmenso cuerpo destrozado vuelto a armar únicamente en el grado y en los lugares de las exigencias del Dios económico supremo. Es inútil, pues, forzar un síntoma social a ubicarse en el "orden de las cosas", pues en última instancia éste es su verdadero soporte; lo recorre como las manifestaciones de un asesino a quien se encierra en un cuarto donde no hay lavabo, cuando se lavaba las manos cien veces por día, y que desplaza su sintomatología en el pánico y en una crisis de angustia insostenible.

Sólo la puesta al día de un nivel más o menos grande de transversalidad permitirá que se desencadene, durante un tiempo (pues en esta materia todo está siempre cuestionado), un proceso analítico que ofrezca una real posibilidad a los individuos de servirse del grupo al modo de un espejo. Entonces, el individuo manifestará al grupo y a sí mismo de una vez. Si es el grupo, en tanto que cadena significante pura quien lo aprueba, podrá revelarse a sí mismo más allá de sus impasses imaginarias y neuróticas. Pero, si por el contrario, descansa en un grupo profundamente alienado, fijado en su propia imaginería deformante, el neurótico hallará la oportunidad

[7] Tomado en un sentido más general que el que le da Winnicott.

inesperada de un reforzamiento de su narcisismo, mientras que el psicótico podrá continuar consagrándose en silencio a sus sublimes pasiones universales. Que sea posible a un individuo estar insertado en el grupo al modo de ser oído-oyente y tener acceso por ello mismo al más allá del grupo que interpreta, más bien que de manifestarlo, tal es la alternativa propuesta a la intervención analítica de grupo.

La consolidación de un nivel de transversalidad en una institución permite que se instituya en el grupo un diálogo de nuevo tipo: pudiendo el delirio y cualquier otra manifestación inconsciente, en el seno de la cual el enfermo permanecía hasta entonces cerrado y solitario, alcanzar un modo de expresión colectiva. La modificación del superyó que recordamos precedentemente interviene al mismo tiempo en que un determinado modelo de palabra está en condiciones de surgir en el momento y lugar en que las estructuras sociales no funcionaban más que en el sentido del ritual. Tener en cuenta la posibilidad para los terapeutas de intervenir en tal proceso plantearía el problema de un control analítico que supondría en parte estar en sí misma resuelta una transformación radical del movimiento psicoanalítico existente, el que, hasta ahora, ni siquiera se ha preocupado por un recentramiento de su actividad hacia los enfermos reales, ahí donde efectivamente los encuentran, es decir en lo esencial en el campo de la psiquiatría hospitalaria y de sector.

El status social de médico-jefe subentiende una alienación imaginaria erigiéndola en "estatua de comendador". ¿Cómo llevarlo a aceptar y a incitar que se lo cuestione, sin verlo retroceder ante el miedo pánico de estallar en pedazos? El médico que renuncia a su status imaginario, para situar su rol en un plano simbólico, está al contrario en condiciones de operar la necesaria delimitación de la función médica en múltiples responsabilidades que implican diferentes especies de grupos y personas. El objeto de esta función se separa de la "totemización" para transferirse a diversos tipos de instituciones, relevo y delegaciones de poderes. La misma asunción de este fantasma de estallido por el médico actúa así como tiempo primordial de la instalación de una estructura de transversalidad. Su rol, ahora "articulado como lenguaje", se hallará en contacto con el conjunto de los significantes fantasmas del grupo. La transversalidad aparece como la exigencia de la demarcación inevitable de cada rol más bien que como la comedia de la existencia, correlativa de la cosificación del grupo, que cada uno representa para sí mismo y en los otros. Una vez instalado de modo durable por un grupo que posea una parte del poder legal y del poder real, este principio de impugnación y de redefinición de los roles tiene todas las posibilidades, si es aplicado en una perspectiva analítica, de repercutir en todos los otros niveles. Tal recomposición de los ideales del yo modifica los elementos de aprobación del superyó y permite la puesta en circuito de un tipo de complejo de castración articulado con exigencias sociales diferentes de las que los enfermos habían conocido precedentemente en sus relaciones familiares, profesionales, etc. La aceptación de ser "cuestionado", de ser desnudado por la palabra del otro, un cierto estilo de impugnación recíproca, de humor, la eliminación de las prerrogativas de la jerarquía, etc. todo esto buscará fundar una nueva ley del grupo cuyos efectos "iniciáticos" permitirán el surgimiento, digamos un semisurgimiento, de cierto número de signos presentificantes de los aspectos trascendentales de la locura, que hasta entonces, habían permanecido reprimidos. Los fantasmas de muerte, o bien de estallido del cuerpo, tan importantes en la psicosis, podrán ser recobrados en un contexto de calor de grupo cuando hubiera podido creerse que, por esencia, su destino era permanecer cautivos de una neosociedad que tiene además por misión exorcizarlos.

Dicho esto, no hay que perder tampoco de vista que, aun empedrada de buenas intenciones, la acción terapéutica arriesga sin embargo, a cada instante, caer en la mitología entontecedora del "nosotros". Pero lo experiencia demuestra que el surgimiento de las instancias pulsionales del grupo constituye la mejor garantía contra este peligro. Éstas interpelan a cada cual, los tratantes como los tratados, para cuestionarlos sobre su ser y sobre su destino. El grupo deviene entonces una escena ambigua, percibida en un doble plano, uno tranquilizante y protector, velo en todo acceso a la trascendencia, generador de defensas obsesivas, de un modo de alienación "a pesar de todo reconfortante", de eternidad improvisada, y el otro dejando aflorar detrás de este reaseguramiento artificial la imagen más acabada de la finitud humana, toda empresa mía está desposeída en nombre de una instancia más implacable que mi propia muerte: la de su captura por la existencia ajena, única garante de todo lo que puede llegar por la palabra. A diferencia de lo que ocurre en el psicoanálisis llamado dual, aquí no subsiste ningún recurso imaginario en el nivel de las dialécticas de los amos y los esclavos, lo que constituye, según me parece, una superación posible del complejo de castración.

La transversalidad en el grupo es una dimensión contraria y complementaria a las estructuras generadoras de jerarquización piramidal y de los modos de transmisión esterilizadores de los mensajes.

La transversalidad es el lugar del sujeto inconsciente del grupo, el más allá de las leyes objetivas que la fundan, el soporte del deseo del grupo.

Esta dimensión no puede ser puesta de relieve sino en ciertos grupos que, deliberadamente o no, intentan asumir el sentido de su praxis y de instaurarse como grupo-sujeto, poniéndose así en posición de tener que ser el agente de su propia muerte.

En oposición (relativa) a esos grupos misioneros, los grupos sometidos reciben pasivamente sus determinaciones del exterior y, con la ayuda de mecanismos de autoconservación, se protegen mágicamente de un sin-sentido experimentado como externo. Hecho esto, rechazan toda posibilidad de enriquecimiento dialéctico fundado en la alteridad del grupo.

Un análisis de grupo, que se proponga desembocar en una reorganización de las estructuras de transversalidad, nos parece del todo concebible; pero a condición de que evite las aprobaciones de las descripciones psicologizantes de las relaciones internas que tienen por efecto perder las dimensiones fantasmáticas específicas del grupo, o las comportamentalistas, que permanecen deliberadamente en el plano de los grupos sometidos.

La incidencia del significante del grupo sobre el sujeto se experimenta, para este último, en el nivel de un "umbral" de castración por el hecho de que en cada etapa de su historia simbólica el grupo posee como propio un modo de exigencia respecto de los sujetos individuales que implica un renunciamiento relativo de sus incitaciones pulsionales a "estar-en-grupo".

Hay, o no, compatibilidad entre este deseo, este Eros de grupo, y las posibilidades concretas de asunción para cada sujeto de tal experiencia, la que puede ser vivida según diversas modalidades desde el sentimiento de rechazo, incluso de mutilación, hasta una aceptación de estilo iniciático que puede desembocar en una recomposición irreversible de su personalidad. Este marcado por el grupo no es de sentido único: da derechos, un poder, a los que lo han experimentado; pero, en contrapartida, puede llevar a modificaciones en el nivel de tolerancia del grupo respecto de las separaciones-tipos individuales, y arrastrar a crisis susceptibles de cuestionar el destino del grupo en situaciones mistificadas.

El rol de analizador de grupo consistiría en sacar a luz tales situaciones y llevar el conjunto del grupo a no poder sustraerse de las verdades que encubren.

Formulamos la hipótesis de que la automutilación burocrática de un grupo-sujeto, su recurso inconsciente a mecanismos antagónicos

Poema transversal

en su transversalidad potencial, no son fenómenos ineluctables, y que dependen, en un tiempo primordial, de una asunción en su seno del riesgo, correlativo al surgimiento de todo el fenómeno de sentido verdadero, de tener que estar confrontados al sin-sentido, a la muerte, a la alteridad.

1964

REFLEXIONES PARA FILÓSOFOS SOBRE LA PSICOTERAPIA INSTITUCIONAL*

Me piden que ubique nuestra experiencia sobre la psicoterapia institucional con respecto a las ciencias humanas, sus relaciones con la filosofía, etc. Esta cuestión corresponde quizás que nosotros se la planteemos a Uds. pues nuestro objeto no es fundamentalmente de orden teórico: una justa estimación de la división del trabajo de investigación podría conducir a que les corresponde a ustedes apreciar la pertinencia y alcance de los conceptos que manejamos y su grado de coherencia respecto de otras disciplinas. Les correspondería, además, definir en qué aspecto la respuesta a tales preguntas es o no resorte de la filosofía, y lo que, a cambio, implica esto para ella. No disponiendo de tiempo ni competencia suficiente para aventurarme muy lejos en este dominio, señalaría solamente que no se trata aquí del tradicional problema de la clasificación de las ciencias, aun cuando está de moda hacerlo en las ciencias humanas.

Sobre el status de cada una de ellas, el filósofo *no puede dejar de pronunciarse*. Pero si se le exige no contentarse con estudiar desde afuera, por ejemplo, las nociones puestas en juego por la experiencia freudiana, se objetará que se sale de su campo, habrá de extraviarse en el estudio de monografías, practicará el análisis por su propia cuenta, etc. Ciertos filósofos han pensado en evitar esta dificultad preconizando el desarrollo de un psicoanálisis únicamente teórico. Esta actitud no puede sostenerse sin que implique cierto desconocimiento, hasta cierto desprecio, de los problemas concretos de la psicopatología. De hecho, esto no podría sino llevar a una disminución de la producción teórica misma. Es obvio que el campo teórico, no obstante requerir una exigencia de coherencia específica, no podría ser cortado del campo pragmático.

Paralelamente al desarrollo de las ciencias experimentales, la historia de la filosofía fue habitada durante mucho tiempo por el fantasma de la puesta al día de un "sistema" homogéneo, completo

* Aparecido en *Cahiers de philosophie*, nº 1, revista del Groupe de philosophie de la Sorbonne, y reeditado en el nº 1 de la revista *Recherches*, en 1966.

y definitivo de conceptos susceptibles de servir de referencia a todas las disciplinas científicas, etcétera.

Una vez cumplida la proeza hegeliana, este fantasma debió retomar aliento: un "tiempo de latencia" fenomenológica condujo a replantear la cuestión de saber si, al fin de cuentas, la filosofía no debería aceptar "privarse" de la idea de tener que ser, de uno u otro modo, una "ciencia de ciencias" e iniciar, en el seno de cada una de ellas, un proceso específico tendiente a hacerle desempeñar un papel de "asistencia" en todos los pasos peligrosos en que sus progresos teóricos internos corran el riesgo de confundirlas, al carecer de un refinamiento suficiente en sus instrumentos conceptuales.

No adelantaré aquí sino cierto número de puntos de referencia relativos a nuestra práctica de psicoterapia institucional para intentar explicar el tipo de problema que enfrentamos.

El descubrimiento original de la psicoterapia institucional, aquel al cual tendremos que volver siempre para ubicarnos ante las "herejías", consiste en reconocer que el lugar de existencia, por ejemplo el hospital psiquiátrico, aporta una modificación radical a todo lo que acaba por plantearse allí en cualquier orden que sea. Una técnica terapéutica, ejercida sobre el "fondo" del hospital psiquiátrico, deviene esencialmente otra. Por ejemplo, a un psicoanalista de formación tradicional no le es posible emprender curas en un servicio hospitalario sin modificar radicalmente no sólo su técnica, sino igualmente sus objetivos teóricos en materia de psicopatología, a lo que generalmente se niega. Esto es conocido, pero lo que reputamos nuevo, es que no consideramos, sin embargo, a las técnicas freudianas como imposibles dentro del hospital. No puedo enumerar (no podría hacerlo aquí sino muy superficialmente) los efectos de "transmutación" que se operan correlativamente en todo traslado de los individuos y de las técnicas en el campo psiquiátrico.[1] Para delimitar estos fenómenos, hemos considerado conveniente proponer el concepto de *objeto institucional* como objeto específico del campo técnico y científico de la psicoterapia institucional.[2]

Una vez hecho esto, nuestra intención no era la de colocarnos en la línea de las investigaciones de inspiración psicosociológica. De

[1] Una técnica psicosociológica estudiada, por ejemplo, en el marco del "laboratorio social", pierde su sentido, las leyes puestas al día se desvalorizan ni bien se intenta restituirlas en un contexto institucional.

[2] Señalemos que esta noción es complementaria de la de "objeto parcial" en la teoría freudiana y de "objeto transicional" de un modo derivado de la definición que de ella dio D. W. Winnicott (véase *La Psychanalyse*, 5, PUF, 1959).

Psicoterapia institucional: Freud cabe en el psiquiátrico

hecho, los problemas de dinámica de grupo absorben, en la práctica, bastante poco nuestra atención. La experiencia de las instituciones hospitalarias, de los "clubes terapéuticos", de las técnicas de psicoterapia de grupo, de la implantación de analizadores del colectivo, etc., nos permitió adquirir un dominio suficiente que nos dispensó, en la mayoría de los casos, de recurrir a un voluminoso y pesado material experimental; pero igualmente nos llevó a darnos cuenta de la escasa fecundidad de la hipótesis y de los métodos de la dinámica de grupo. Al recorrer cotidianamente el campo "práxico" de las instituciones vivientes, terminamos por advertir que el resorte de nuestra eficacia o de nuestros fracasos se nos escapaba, y que las referencias teóricas en boga en la Universidad por lo general sólo rozan los problemas. Muchos "autores" elaboran sus esquemas explicativos a partir de un orden causal que por ser calificado de dinámico no es por ello menos mecanicista e irreductible a toda dialéctica de la palabra humana.

Una vez dado el paso de afirmar que existe un "objeto institucional" específico en nuestra investigación, nos aguarda un precipicio teórico: el captar este objeto en el nivel de una "subjetividad de grupo" que tendremos que diferenciar según diversas "posiciones subjetivas",[3] fantasmas e ideales de grupo, mecanismos de resistencia y de superyó, de derivación, de repetición y desplazamiento, actividades compensadoras, surgimiento de una pasión de grupo, erótica o mortífera, asunción en su seno de una palabra que le permita salir de su totalización circular articulándose con el más allá del grupo y modificando sus principios de conservación tanto en el orden espacio-temporal e imaginario como en el de las cadenas significantes institucionales e históricas . . .

Así es como de un modo un tanto ecléctico nos vimos obligados a forjar, para nuestro uso *institucional*, toda una serie de nociones de orígenes diversos. . . Algunas de ellas, como el superyó y el fantasma, se adaptan sin dificultad por el hecho de las ambigüedades de la doctrina freudiana que las utiliza indiferentemente en el nivel del individuo o del grupo. Otras, como la transferencia, implican una revalorización más profunda; esta noción, en la doctrina analítica clásica, aparece, en efecto, ligada irreductiblemente a la persona y a la palabra del analista. ¿Cómo un grupo o una institución podrían ser el soporte de una relación transferencial? ¿Puede un grupo, con el mismo derecho que un psicoanalista, *interpretar* el "material", los síntomas, actos fallidos, etc. que se manifiestan en razón de un

[3] Expresión empleada por Jacques Lacan en su seminario, y retomada aquí en otro contexto.

"contenido latente" que se refiere a complejos de significación inconscientes? La cuestión es importante; aceptamos todas sus implicaciones. Incluso a riesgo de tener que renunciar a toda utilización del término transferencia fuera de su estricta "relación de diván" y condenar su extensión bajo las rúbricas de transferencias laterales (Slavson), de transferencia y contratransferencias institucionales (Tosquelles y Sivadon), etcétera.

Nada hay de extraordinario en reconocer que el grupo desempeña un rol de espejo, focaliza ciertas reacciones individuales que pueden servir de soporte para la expresión de las pulsiones del grupo, atenúa las disparidades específicas, refuerza los mecanismos de sugestión, etc. Lo repetimos, no son estos fenómenos los que motivaron, para nuestra escuela de psicoterapia institucional, la introducción de nuevos vocablos. Nuestra preocupación consiste en determinar las condiciones que permiten a una institución desempeñar un rol analítico en el sentido freudiano. Es sabido que los psicoanalistas no están en condiciones de intervenir de una manera corriente sobre las psicosis y sobre todo en el caso de enfermos internados. De manera que, desde hace algunos años, toda nuestra atención se concentró en una reevaluación de las nociones analíticas que posibilitan los medios a un colectivo terapéutico[4] de superar su rol de asistencia elemental. Plantear la cuestión de la existencia de un sujeto de grupo, de un inconsciente de grupo, que no sea reductible a una simple totalización de las subjetividades individuales, no constituye, pues, únicamente una puesta teórica, sino que tiene para nosotros una incidencia práctica considerable.

¿Cómo puede un grupo tomar la palabra, en una institución dada, en un momento de su historia, sin reforzar los mecanismos seriales y alienantes que caracterizan generalmente a las colectividades en las sociedades industriales? ¿Existe la posibilidad, en el nivel de una institución productora de asistencia, de poner al individuo en una situación radicalmente diferente de la del coloquio singular, de las impasses identificatorias correlativas al status de la familia conyugal, de las relaciones de sometimiento socioprofesionales, etcétera?

El individuo que "se dice" a sí mismo que está perturbado por el deseo que experimenta por tal o cual objeto ¿es idéntico al que hace la misma confesión a su madre, a su psicoanalista o a sus amigos? Si es cierto que la vergüenza y la culpabilidad "preceden a la existencia" al punto de llevar con más seguridad a la muerte que

[4] Dejamos a un lado aquí la cuestión muy importante de los modos de formación, funcionamiento y control de tales colectivos.

a cualquier otra pasión, hay que admitir igualmente que se trata de vergüenza y culpabilidad institucionales. Es *tal tipo* de incesto, en tal grupo, lo que me llevará a morirme de vergüenza. Pero, entonces, ¿qué soy *en tanto que individuo*, sino en mí mismo sólo una "institución", encrucijada de leyes, de defensas, de ideales, etc., subconjunto de la institución de la familia, del nivel de edad, de la clase social, etc.? Toda una tradición filosófica debió proceder por medio de inmensos rodeos para, a partir de la *res cogitans* individual, carecer en todo o en parte de la *res publica*. Si es cierto que el individuo es el soporte irreductible de la *enunciación* de la palabra, no por ello el grupo es menos depositario e iniciador de todo lenguaje y de toda eficiencia de los enunciados.

Sea lo que fuere, consideramos que la subjetividad del grupo constituye un *previo absoluto* para el surgimiento de toda subjetividad individual. Respecto a la certeza del cógito individual, el estatus de la subjetividad del grupo parece precario. Pero considerando éste bajo el ángulo de la constitución de los sistemas de valores, es decir de las estructuras simbólicas polarizadas por la existencia ajena, ella constituye la única garantía de la captación del sentido de los menores gestos y palabras humanas. El individuo enfermo va a buscar en el nivel del lenguaje tal como se habla en su entorno no sólo los medios de expresar su llamado al otro frente al sufrimiento, sino igualmente la presencia somática de éste. Si es cierto que detrás del sin-sentido sintomático existe una cadena significante y una potencial interpretación, susceptible de modificar la articulación de las parejas sobredeterminadas —síntoma y sujeto inconsciente, lenguaje y palabra, demanda y deseo, superyó e ideal del yo, personaje social y responsabilidad individual ante la historia, etc.— entonces el dominio analítico tenderá a desbordar fuera del campo de significaciones indefinidamente recentradas en la asunción del yo.

La institución tratada como un sujeto conduce a la introducción del principio de una "ordenación" del sin-sentido más allá de la sintomatología individual. La posición singular de la psicoterapia institucional reside en que su punto de partida, la asistencia a los individuos rechazados por la sociedad, o con más exactitud la asistencia a individuos cuya historia y accidentes de desarrollo han sido tales que no han estado en condiciones de encontrar su lugar, la lleva a cuestionar el conjunto de las instituciones humanas, sus finalidades proclamadas, sus definiciones de diversos tipos de individuo, de roles, de funciones sociales, de normas, etc. Sin duda esta posibilidad está ligada al hecho de que el espacio social reservado a la locura, para no decir la "reserva de locos", escapa en parte a la

Cogito de grupo : antes que el cogito individual

"racionalidad" de las instituciones reservadas para los individuos normales. Podemos allí leer mejor la significación y el destino de las sociedades industriales (del capitalismo monopolista de estado o del socialismo burocrático) en tanto que, hasta el presente, no han estado en condiciones de producir las instituciones económicas, sociales y políticas capaces de volver operatorias la palabra y la creatividad social de las masas populares, las que siguen siendo los objetos de la máquina económica.

Los hospitales psiquiátricos nos dan por cierto el mejor ejemplo de "objetos institucionales" radicalmente desviados de su finalidad social manifiesta; de hecho, esas enormes maquinarias concentracionarias refuerzan la opacidad de las perturbaciones, la soledad de los enfermos, el sin-sentido de su existencia. Generan como reacción una especie de patoplastia social[5] de las enfermedades mentales que las hace endurecerse y encerrarse en sí mismas. Alienación social que se superpone a las instancias particulares de una alienación de orden psicopatológico. Pero una justa medida de su incidencia deja entrever la posibilidad de otro status de la institución terapéutica: ésta, volviéndose sobre sí misma, tenderá no sólo a recobrar colectivamente el sentido de la empresa de producción de asistencia, a interpretar cada caso particular a través de un proceso analítico, sino igualmente, en cada una de estas oportunidades, a esclarecer los efectos de la sociedad global, en sincronía con una crítica social que pueda articularse con las otras corrientes de pensamiento y de luchas. En particular es posible que un reexamen de los datos fundamentales de la economía política de las sociedades industriales, que partiera de esta cuestión de la subjetividad social y que apuntara a ubicar el problema de la sincronización de la producción de mercancías con instituciones adaptadas a los usuarios y a los consumidores de todo tipo, permitiría salir del marco ya un tanto estereotipado de los debates sobre "la fragmentación del trabajo", el surgimiento de las "nuevas clases obreras", etc. La subjetividad de la sociedad industrial pudo ser encarnada, en una visión de ciencia ficción, en una enorme máquina calculadora definiendo en cada tipo de necesidad una respuesta, no sólo para los individuos vivientes, sino igualmente ¡para las generaciones por venir! La meditación cartesiana habría podido, en estas condiciones, enunciarse del siguiente modo: "Es verdad, pienso, pero en lo que respecta a la existencia, vale más dirigirse directamente al sujeto supremo, a esa máquina fundadora de mi deseo y productora de toda respuesta. Nunca sabría, cuando pienso ser,

[5] Según la expresión de Jean Oury.

lo que puede ser la existencia, e incluso cuando pretendo conocer que existo por el hecho de que digo pensar existir, no advierto otra cosa que una cantinela que viene de otra parte y que habla de mí con relación a toda suerte de otros *gadgets*... Nunca tendría la garantía de existir *verdaderamente*, en otra parte que en la máquina universal". Y nuestro hombre, al volante de su automóvil, en espera del resultado de su apuesta triple, o en compañía de algún otro genio maligno, se dejará persuadir lentamente que a pesar de todo, sin posibles dudas, existe, y que nadie podría probarle lo contrario, el Dios económico supremo siendo incapaz de engañarlo, prisionero como está de su universo e insensible a toda irrupción del deseo, de la mentira o de la verdad, desde la expansión de la sociedad de consumo y el uso generalizado de los neurolépticos.

El concepto de subjetividad de grupo implica que se elabore una doctrina del significante en el campo social, so pena de recaer en las metáforas sobre el alma colectiva de Jung, el "tele" de Moreno, etc., y que se plantee el problema de saber si el vaivén que esbozamos entre el psicoanálisis, la psiquiatría, las ciencias sociales y jurídicas, la etnología, la lingüística, etc., puede dispensarnos de responder a la pregunta del status ontológico de la llamada subjetividad.

En este dominio, más que en cualquier otro, no es posible dar definiciones cerradas en sí mismas. Pronunciarse hoy, por ejemplo, sobre la naturaleza del estado en la sociedad moderna, implicaría que se efectúe el análisis diferencial de sus formas actuales y de sus diversos tipos de evolución. A través de esto, se tratará de descubrir el término común, el motivo que hace que encontremos en todo momento este objeto "estado" en la encrucijada de los diversos intentos, más o menos eficaces, de instauración de organismos reguladores que pretenden mantener un desarrollo sin choques de las fuerzas productivas y neutralizar los antagonismos de clase. El estado deviene así, en tanto que objeto institucional, una máquina significante que reifica sistemáticamente los procesos sociales. Su carácter de operador de la demanda en el orden simbólico tiende a ahogar toda posible representación en el orden imaginario, es decir en el orden del deseo humano, dejando a un lado sus formas atípicas: culpables, perversas, "patológicas" o revolucionarias.

El hecho de que los sistemas económicos existentes, al no ser recuperados por una clase social capaz de superar sus propios intereses e imponer la llegada de una sociedad sin clases, estén así permanentemente secretando instituciones sociales que transforman a los individuos en engranajes de una inmensa máquina, plantea de contragolpe el problema de la asunción de la subjetividad social como

término final ineluctable del proceso de producción. ¿Es concebible la toma del poder por una fuerza social cuyas normas fueran compatibles con un mínimo ejercicio de una palabra humana auténtica? ¿Toda evolución social marcha en el sentido de un aplastamiento cada vez más pronunciado el deseo humano? ¿Cuando proponemos este concepto de subjetividad social, estamos resucitando los mitos de la redención del sujeto perdido y de su asistente, el dios muerto en lo real pero siempre conversador en los sueños? Todas estas cuestiones se plantean con tanta más gravedad cuanto que las sociedades industriales, en su carrera a los records, a la muerte, a la locura y a la imbecilidad, conservan un dinamismo tremendo.

Que existe una correspondencia cada vez más pronunciada entre la sintomatología social y los modos individuales de alienación mental es verificable en oportunidad del surgimiento de formas salvajes y espontáneas de socialidad, y en particular con la constitución de grupos de adolescentes que buscan resolver, a su modo, las impasses identificatorias inherentes a la triangulación edipiana, específicas de la crisis contemporánea de la familia conyugal. El estudio de estos procesos permitió tributar honras a los mitos de la caducidad de la "función paternal", de las fallas de la familia como "causa de todos nuestros males", etc. Carente de un ejército respetable, de una iglesia y un dios reconocido, de un orden social estable, el pasaje a la adultez ¿podría, pues, realizarse sin otro recurso que el de las drogas de la sociedad de consumo?

Tal tipo de auto, de pareja o de rol que ansío, determina el modo como se me escapa el "yo". *Yo es otro*. Pero este otro, él, no es un sujeto. Es una máquina significante que predetermina lo que deberá ser bueno o malo para mí y mis semejantes en tal o cual área potencial de consumo. Pero la única respuesta posible a este estancamiento del sujeto ¿radicará sólo en la puesta en circulación de un modelo de Padre-Presidente, totem erigido en la cumbre del estado, ante la imposibilidad de que pueda refundarse la legitimidad religiosa de un Rey radicalmente castrado por la historia? En este terreno, las construcciones teóricas de Freud como las de *Totem y Tabú* no parecen, a primera vista, que nos hicieran progresar demasiado. Y sin embargo, es hacia el freudismo, a pesar de sus mitos o quizás a causa de ellos, hacia donde tenemos que inclinarnos si queremos explorar verdaderamente estos problemas. La investigación filosófica universitaria es al respecto pobre y rígida. Ella misma incluso ha constituido una especie de sistema de resistencia a su acceso. Ni hablar de ciertas nociones cruciales como la de "pulsión de muerte" que ha sido olímpicamente ignorada; desde hace bastante

¿Donde vamos a parar?!

tiempo dichas filosofías desacreditaron nociones básicas como las de "inconsciente", de "sujeto inconsciente", consideradas como una aberración, una contradicción en los términos, un abuso del lenguaje, una desfachatez debida a un espíritu cientificista, etc. A consecuencia de los trabajos de Lacan comienza a expandirse la idea que tales nociones podrían, por el contrario, aclarar retrospectivamente las formulaciones de los filósofos que, desde Descartes a Husserl, se preocuparon de una fundación del sujeto.

Por nuestra parte, pensamos que el concepto de subjetividad de grupo se inscribe en la prolongación de la teoría freudiana. Es cierto que Freud opera, con toda inocencia, un constante deslizamiento de planos que le hace olvidar regularmente la realidad social, pero su ceguera, como un Edipo moderno, nos conduce a pistas quizás más seguras que cualquier otra. Nos legó los medios de definir la relación del sujeto con el otro fuera de las hipótesis idealistas. Mientras que Lukacs tropieza todavía con "el inconsciente de clase" y el rol de la "indeterminación" en el proceso histórico, para no salir nunca de la problemática imaginaria de la conciencia, Freud acomete de entrada la cuestión del status del sujeto que define como fundamentalmente inconsciente, es decir como escapando, en lo esencial, a las determinaciones individuales y como marcado de manera indeleble por las relaciones estructurales del grupo social y por sus diversos modos de comunicación. El paso siguiente lleva a considerar que esta subjetividad, manifestada en el nivel de la institución, posee sus leyes propias, sus "intérpretes", grupo o individuo, sus operadores, y que ella desarrolla sistemas específicos de resistencia, de desconocimiento, un cierto tipo de fantasma relativamente autónomo en relación al fantasma individual. En tanto que este último remite a un orden estructural imaginario sometido al organismo humano, el fantasma de grupo está articulado con el conjunto de los significantes y de las estructuras sociales. Es, por este hecho, el receptáculo de toda una serie de entrechoques e impasses entre el individuo y el grupo.

Si se tiene en cuenta mi advertencia de que no soy filósofo, no se me podría reprochar el hecho de no adelantar nada que no esté fundado sino en la simple reseña de reflexiones nacidas en el curso de una práctica institucional. ¡Cada problema adelantado queda en suspenso! ¿Qué es de esta cosa-sujeto que, de uno a otro individuo, se supone que encarna la palabra del grupo? ¿Desde dónde se buscará una *interpretación* en el nivel del grupo? ¿No existirá un líder cualquiera que automáticamente se haga su portavoz? ¿Cómo fundar la legitimidad de la "consigna" de un grupo particular sobre la verdad histórica? ¿La palabra y el sujeto no están acaso esencialmente "pegados" al individuo, etc.? Sólo el individuo profiere tal o cual palabra. Pero, recordemos, no solamente el lenguaje remite a la totalidad de todo lo que se dice en todos los lugares, sino también a todo lo que es articulado por el conjunto de las *máquinas económicas*. ¿Quién habla cuando el ministro de Finanzas modifica el uno por ciento de las tasas de descuento y que, hecho esto, cambia el poder de compra inmediato de los consumidores y daña millones de proyectos individuales? El ministro, sin duda, ¡nada menos que el ministro! ¿Pero quién es el sujeto de la cadena significante respectiva? ¿A través de qué eslabones comunicantes, de qué tramas de lenguaje, encontraremos la clave, la verdad de una decisión ministerial? Una palabra del ministro no remite evidentemente a la intimidad del personaje sino a las relaciones de producción y a las contradicciones que rigen las sociedades industriales; a algo que ocurre tal vez entre Moscú, Washington, Pekín, Leopoldville... ¿En consecuencia, es abusivo hablar de sujeto en el nivel de una clase o de un estado? Se objetará que no se trata de algo que es transparente en sí mismo como se supone que es el sujeto. La conciencia de sí es seguramente una garantía de ser conciencia, pero de ningún modo de ser sujeto allí donde pueda tener un *sentido* ser sujeto, es decir en el registro del otro fundado por la palabra. En el plano social las cosas están quizás mejor aseguradas. Tal grupo, partido o casta que se pretenden ser sujetos de la historia, depositarios de una misión histórica, puede no ser, de hecho, más que objeto institucional manejado desde el exterior según el grado de las circunstancias, de la conjunción de las fuerzas presentes, etc. En el orden de la subjetividad social, nada se da de antemano. Se ha repetido constantemente que los hechos sociales no son cosas, y sin embargo en principio se presentan como tales. El hecho de que puedan salir de su status de objeto no es por merced del observador humanista.

El surgimiento de la subjetividad social depende con más exactitud de la capacidad de los grupos, instituciones, clases, etc., para articular su totalización en función de los fenómenos históricos y de las leyes naturales. Toda investigación en este dominio se coloca así en una encrucijada de problemas políticos y sociales que superan en mucho el campo de una práctica específica. Allí donde se trata, por ejemplo en economía política, de ajustar el proceso del consumo al de la producción por medio de instituciones adecuadas, nos encontramos con cuestiones similares a las que hemos intentado delimitar respecto de la subjetividad social. Tal institucionalización de las relaciones de producción es, en los países capitalistas como en los países "socialistas", tratada a ciegas o en el cuadro de una planificación burocrática.

Hay que volver — siempre — a Freud

¿Cómo podrían surgir a este nivel modelos institucionales articulables con una "lógica del sin-sentido"? ¿Quién podría servir, en la sociedad industrial, de garante de la existencia humana? Las instituciones religiosas y políticas tradicionales son hoy manifiestamente incapaces. Corresponde a la investigación filosófica determinar los conceptos susceptibles de fundar un campo de referencia que garantice, por una parte, las exigencias de las ciencias objetivas y, por otra, las de las "técnicas" de la existencia humana concreta. Al no hacerse así toda una serie de construcciones doctrinales tienden a surgir permanentemente bajo todo tipo de formas: teorías del paralelismo, sistema percepción-conciencia, teorías de la forma y sus derivados estructuralistas, reflexología, sin hablar de las famosas querellas de las superestructuras sometidas a las infraestructuras, etc. La institución filosófica desempeña al respecto el rol de conservadora en jefe del museo de conceptos superados. En efecto, generalmente queda en retraso de toda innovación, como es aún común en el caso del freudismo. No es inconcebible que esta situación pueda invertirse. El problema no consiste solamente en poner en circulación nuevos conceptos para sacar de la impasse a las otras investigaciones, sino igualmente, lo que es lo mismo, recuperar decisivamente en su verdad los conceptos fundamentales de la filosofía tales como se nos presentan. Desde un determinado punto de vista, se comprueba que el pensamiento hegeliano está muy lejos de fecundar, como sería necesario, la investigación antropológica. Por esta razón, su desciframiento sistemático sigue siendo un imperativo fundamental. Por otra parte, la incapacidad del pensamiento filosófico para elaborar una doctrina de la existencia que no esté sometida al individuo, que no implique una "deducción" de la existencia ajena, y correlativamente la instauración de teorías de la intersubjetividad que conducen a una búsqueda, hasta perderse de vista, del orden social en lugar de partir de él, ha creado un considerable entorpecimiento del campo de referencia medio de los estudiantes y de los investigadores en el conjunto de las ciencias humanas. Por su lado, "la institución marxista", aquejada por la esterilidad desde hace decenas de años, tampoco las ayudó a salir de las metodologías mecanicistas. Lo repetimos, no está cuestionado sólo el ajustamiento funcional de las diversas ciencias humanas, pero sí lo está una justa apreciación del status del sujeto de la enunciación científica en su relación con el deseo individual del investigador y las pulsiones históricas con las cuales se enfrenta. Según que tal o cual terapeuta considere, por ejemplo, que su campo está cerrado, sin frontera común con las demás disciplinas, y reifique la filosofía como cuerpo extraño, definirá implícitamente

Miserias de la filosofía

el conjunto de las ciencias humanas como teniendo que permanecer sin acceso a esta subjetividad social que, según lo pensamos, está implicada en el nivel de cada subconjunto institucional. Esto nos parece aplicable incluso a las investigaciones que adoptan el aspecto más técnico. Consideramos que ninguna interpretación (de orden psicoanalítica, psicosociológica, etc.) resguarda de que se tenga que pronunciar sobre las cuestiones cruciales que plantea la historia. Ninguna "región" política es autónoma respecto de una "región" técnica o filosófica. ¿Existe una auténtica investigación filosófica que pueda resolver la existencia del sujeto independientemente de la naturaleza de la subjetividad histórica contemporánea en tal o cual situación? Postular, tal como lo hacemos, la existencia de una subjetividad social y de objetos institucionales ¿no conduciría a plantear la cuestión de la naturaleza del objeto filosófico?

¿Existe un modo de percepción filosófica que pueda permitirse con razón encerrarse en la subjetividad individual? Esta misma pregunta se plantea en el dominio de la creación artística. De su respuesta depende la posibilidad de operar una verdadera recomposición de los problemas sociales, políticos, estéticos y morales, etc., susceptibles de hacerlos salir de su disyunción actual. Si consideramos que la institución filosófica tiene que ser el *intérprete*, el gramático de las lenguas que se hablan en los diferentes campos técnicos, científicos y literarios, en las diferentes épocas, entonces quizás es posible considerar que el objeto de la filosofía se reduce precisamente a la captación de esta subjetividad social de la cual decíamos que no se presenta más que a través de contenidos manifiestos, que demandan ser descifrados e interpretados en razón de que escapan a los accidentes históricos, a las contingencias de escuela, a las especificaciones técnicas, etc. La institución filosófica se definirá en consecuencia como teniendo que recuperar una estructura de referencia, desempeñando de algún modo el rol de "analizador", por medio de una mayéutica que se refunda perpetuamente a partir de producciones conceptuales de las diversas ciencias humanas. Tendrá que reconocer previamente que el psicoanálisis tanto como la terapia institucional, la etnología, la lingüística, etc., dibujan en el vacío la necesidad de una redefinición de la investigación filosófica. Queda por saber si su institución actual será susceptible de "hablar" a partir de esta falta, o si varias generaciones y algunas crisis catastróficas serán necesarias ante de llegar a ello. ¿Llegará el día en que se estudie con la misma seriedad, el mismo rigor, las definiciones de Dios, del presidente Schreber o de Antonin Artaud, como las de Descartes o Malebranche? ¿Se continuará por mucho tiempo perpetuando la separación entre lo que sería

Un nuevo objeto para la filosofía (¿otro más?)

de resorte de una crítica teórica pura y la actividad analítica concreta de las ciencias humanas? Los daños causados por este corte en el seno de la antropología son como para compararlos con circunstancias similares a las que dividieron el mundo en dos alrededor de la cortina de hierro. ¿No está éste dividiéndose en otras muchas regiones según la naturaleza del desarrollo de los estados? . . . Y, justamente, ¿el examen de estas esquizias sucesivas del universo contemporáneo es de resorte exclusivo de los políticos profesionales, de los diplomáticos y de los periodistas especializados? Estamos bien ubicados para saber que cada individuo sufre hoy estas especies de cortes de un modo imaginario, de un modo mucho más tajante que los mitos antiguos a los cuales se refieren generalmente los complejos psicosexuales.

La investigación filosófica tendría así que preocuparse no solamente de un constante ordenamiento conceptual, sino igualmente en elaborar, sobre el "terreno", las condiciones de establecimiento y permanencia de una lógica del sin-sentido a medida de su irrupción en todos los dominios, es decir de mantener al día el registro de las posibilidades de significación de la existencia humana, aquí, ahora y en cualquier parte.

1966

LAS NUEVE TESIS DE LA OPOSICIÓN DE IZQUIERDA

(RESUMEN)*

TESIS 1: EL CAPITALISMO Y EL ESTADO

En el análisis del desarrollo del capitalismo y de la política del movimiento obrero, conviene desde un principio considerar el conjunto de los fenómenos económicos y políticos como una *totalidad estructurada*, como un todo concreto, resultado del desarrollo histórico, definido como un conjunto de *relaciones determinadas*. De esto se desprenden consecuencias teóricas esenciales: el rechazo de dividir en dos al mundo, capitalismo y socialismo; el rechazo de considerar al capitalismo como la yuxtaposición de capitalismos nacionales, de los cuales unos serían desarrollados y otros atrasados; el rechazo de considerar que este desarrollo de unos no está orgánicamente ligado al atraso de los otros.

Este punto de vista marxista tiende a desaparecer completamente en el movimiento comunista, so pretexto, por ejemplo, de que el desarrollo de las fuerzas productivas en la URSS exige un estadio superior de las relaciones de producción. Por más grande que sea la URSS, las fuerzas productivas no se desarrollan allí independientemente de las de los países socialistas, ni incluso de las del mundo capitalista. No existe un esquema abstracto del capitalismo, del cual este o aquel país constituiría el modelo que los demás tendrían que imitar. El esquema general del capitalismo no es una estructura universal a la cual se ajustarían las singularidades nacionales, sino

* Estas tesis, en un primer momento, fueron elaboradas de un modo muy condensado —algunas pocas páginas— por un grupo de militantes de la *Opposition de gauche* en ese entonces en curso de formación, para ser presentadas por J. C. Polack en nombre de la izquierda no trotskista, al VIII Congreso de la UEC (Unión des étudiants communistes) que se desarrolló en Montreuil en abril de 1965. Posteriormente fueron desarrolladas por F. Guattari para ser presentadas y discutidas en un curso de la *Opposition de gauche* desarrollado en Poissy en octubre de 1965. Los extractos presentados aquí han sido seleccionados a partir de una versión completada y desarrollada por F. Fourquet, prologada por G. Spitzer y publicada como folleto en 1966.

una estructura existente en esta diversidad misma e inconcebible fuera de ella. Esto fue lo que condujo a Trotski a criticar la concepción del internacionalismo proletario: éste no se funda en los rasgos generales del capitalismo, en su estructura abstracta, sino en su forma particular, no en la identidad de las condiciones de lucha, sino en su interdependencia.

A escala mundial es como debe ser analizada la contradicción fundamental del capitalismo entre desarrollo de las fuerzas productivas y relaciones de producción. La finalidad del capital (producción de plusvalía, valorización del capital) está en contradicción con los medios de esta valorización: el desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas, la producción ilimitada de valores de uso. La extensión del capitalismo en todo el planeta expandió una división mundial del trabajo entre las diferentes naciones, de manera que el proceso de reproducción del capital es en adelante un proceso mundial. Casi todas las mercancías son producto de varios procesos de trabajo parciales repartidos en varios países. Pero, por otro lado, el capitalismo no consigue romper el marco nacional y el estado en el interior del cual se desarrolló, que se ha constituido ahora en un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas. Cuando la división mundial del trabajo exigiría la desaparición de toda barrera aduanera, una distribución racional de los medios de producción y de consumo, y una planificación a escala mundial, el capitalismo no puede sobrevivir sino manteniendo las relaciones de producción dentro del marco nacional, gracias a la intervención del estado, convertido en instrumento de la valorización del capital.

El estado juega un papel esencial en el proceso de circulación del capital permitiendo, en particular, la aceleración de su rotación y la realización de la plusvalía contenida en las mercancías producidas. En el dominio de la distribución y en el de la producción, el estado toma a su cargo la parte del capital que obtiene sólo una baja cuota de ganancia, lo que permite, en compensación, elevar la cuota de ganancia del sector privado de los monopolios. Por múltiples vías circula el capital entre el sector público y el sector privado: *se da la fusión de los monopolios con el estado en un todo orgánico, el capitalismo monopolista de estado.* El capitalismo monopolista de estado apareció en los momentos de las grandes crisis: la primer guerra mundial, la crisis de 1929, la segunda guerra mundial. Estas tres etapas marcan una disminución considerable de los intercambios internacionales de capitales y mercancías, el cierre del mercado nacional, un repliegue de los capitales en torno al estado convertido en el salvador supremo. Éste intenta entonces reiniciar el proceso de

La escala a utilizar es la mundial

valorización del capital y de realización de la plusvalía, proceso detenido por la crisis. Pero este proceso de "nacionalización del capital" no desaparece con la crisis: persiste y se desarrolla a veces con fases de expansión correspondiente a un proceso contrario, de mundialización de las relaciones de producción y circulación.

Cada uno de estos dos movimientos implica el movimiento opuesto. El mundo capitalista no es la yuxtaposición de varios capitalismos monopolistas de estado más o menos desarrollados, sino que tal tipo de capitalismo monopolista está determinado por su ubicación en la división internacional del trabajo, implica a éste y no existe sin ella. A la inversa, la internacionalización monopolista de las fuerzas productivas implica el capitalismo monopolista de estado y no se realiza fuera de los estados, es por los estados que se realiza esta internacionalización. *Las relaciones entre los estados aparecen, pue, como la expresión y el modo de realización de la internacionalización de la vida económica en la etapa del capitalismo monopolista de estado.* Pero estas estructuras nacionales y estatales, por las cuales se efectúa la internacionalización, son justamente las que frenan esta internacionalización, constituyendo los estados precisamente los arcaísmos históricos que se oponen al desarrollo de las fuerzas productivas a escala internacional.

El mantenimiento de las relaciones de producción a escala nacional es el resultado de un compromiso. Imbuida de sus tradiciones históricas y su particularismo social, la burguesía no es internacionalista, mientras que el modo de producción capitalista tiende a serlo cada vez más. Este compromiso exige, por una parte, que la burguesía mantenga su dominación sobre el aparato de estado y, por otra, que la sociedad política organizada institucionalice e integre lo máximo posible a la clase obrera cuyas luchas se ven así decentradas en relación a los lugares de decisión reales de la economía capitalista. La centralización del capital, "la expropiación de los capitalistas en el seno del capital", son tales que la burguesía ha perdido todo el poder que le permitía acabar con las estructuras arcaicas, comenzando por el estado mismo. La burguesía tiene necesidad del estado nacionalista para sobrevivir; está prisionera de su propia realidad de clase; el límite de la burguesía es ella misma.

En resumen podríamos decir lo siguiente:

El desarrollo del capitalismo tiene su base en dos movimientos contradictorios: por un lado, mundialización de las fuerzas productivas y por tanto de las relaciones de producción; por el otro, rol cualitativamente nuevo del estado en su intervención económica (mecanismos del capitalismo monopolista de estado). La contradicción

La internacionalización se realiza en los Estados

fundamental del modo de producción capitalista (entre relaciones de producción y fuerzas productivas) se expresa como contradicción entre la estructura económica y la superestructura estatal que permite sobrevivir a la estructura. Esta contradicción va a desarrollarse de nuevo en el seno mismo del estado, presionado por un lado hacia la mundialización de las relaciones de producción, y por el otro hacia la necesidad de mantener las relaciones de producción en el marco nacional y reforzar los mecanismos del capitalismo monopolista de estado. Las relaciones institucionales son desbordadas por las relaciones económicas y tienden a estallar debido a su presión. Pero este estallido no se producirá espontáneamente. Exige la creación por el proletariado de sus propias instituciones: es decir la intervención de una *subjetividad revolucionaria*, cuyo no surgimiento histórico radica básicamente en la permanencia de las instituciones burguesas.

TESIS 2: EL CAPITALISMO Y LA ESTRATEGIA DEL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL

La historia del capitalismo es la historia de la lucha de clases. No hay que caer en el seudoobjetivismo de los análisis actuales del movimiento comunista oficial, que presenta siempre los fenómenos físicos y culturales como resultado de una necesidad mecánica que se impondría desde fuera de la lucha de clases. Método que le "autoriza" a descargar al movimiento obrero de toda responsabilidad histórica en el desarrollo del capitalismo. El capital no es exterior al proletariado, es la plusvalía producida por el trabajo del proletariado; de la misma manera, las estructuras y las instituciones del capitalismo son el resultado de la lucha económica y política del proletariado; y esto compromete directamente la responsabilidad de sus organizaciones. ...

La responsabilidad de la social democracia en 1914 es flagrante en el reforzamiento del estado y la instauración de las estructuras del capitalismo monopolista de estado. Es el resultado del chovinismo, del patriotismo y del sostenimiento de la defensa nacional. Todo ocurre como si el nacionalismo del movimiento obrero restituyera a la burguesía los instrumentos de dominación que aquélla había dejado escapar. Este proceso se repitió con regularidad en el movimiento comunista, que siempre sostuvo la idea de que el progreso continuo de las fuerzas productivas se revelaría imposible en el marco del capitalismo y desembocaría inevitablemente en una descomposición interna del sistema. Los comunistas vivieron así en espera de la

explosión de una crisis final del capitalismo. Era, pues, deber de los estados mayores de los PC ahogar toda veleidad revolucionaria susceptible de perturbar el cumplimiento de tal destino... Si es exacto que el desarrollo de las fuerzas productivas genera la expropiación de la burguesía por el capitalismo, esto no significa en modo alguno que los estados burgueses sean incapaces de secretar "mecanismos reguladores", que permitan al capitalismo superar sus dificultades de adaptación en el nivel del desarrollo de las fuerzas productivas, de las inversiones, del reparto de mercados, de los problemas monetarios, de la "planeación", de la integración de la clase obrera, etcétera.

Las corrientes modernistas militan en favor de la aceleración de la integración del proletariado en el estado y apuntan a una alianza entre la clase obrera y las fuerzas vivas del capitalismo, con el fin de neutralizar a las burguesías retrógradas y hacer evolucionar progresivamente la sociedad capitalista, mientas que los partidos comunistas fieles a la URSS dudan aún en comprometerse en esta vía. Todas las ideologías políticas proceden del mismo tipo de error, que consiste en aparear fuerzas de naturaleza diferentes: clases sociales y centros de decisión económicos o estatales. Lo que da por resultado frenar las luchas de clases en el plano internacional y paralizarlas ante los conflictos susceptibles de cuestionar el poder de la burguesía. La clase obrera, en suma, está situada ante la alternativa siguiente: o bien ir en socorro del capitalismo moderno según los deseos de los modernistas, apóstoles de la "nueva clase obrera", o bien ubicarse en la primera fila de un hipotético frente de las fuerzas nacionalistas y retrógradas, reduciendo su rol al de fuerza de apoyo al servicio de los intereses de los pequeños y grandes burgueses. En los dos casos, está condenada, en cada etapa, a perder la finalidad misma de su lucha.

¡Al igual que ayer los proletarios no tienen patria! La lucha contra el nacionalismo reaccionario es, para el movimiento comunista, una tarea primordial, inseparable de una modificación del tipo de relaciones entre el partido de vanguardia y las masas populares. En efecto, cuando los partidos comunistas hacen el juego al parlamentarismo, defendiendo los intereses nacionales, cuando fijan como objetivo la lucha contra el poder de los monopolios, no hacen sino favorecer la reconciliación de todas las clases sociales y hacen del aparato mismo del partido el único recurso político de la clase obrera. A medida que las luchas y la combatividad se agotan a fuerza de engaños, se refuerza la omnipotencia de la estructura burocrática del movimiento obrero. La táctica leninista del *statu quo*

los proletarios NO tienen patria

entre las fuerzas sociales, táctica adoptada en función de una relación de fuerzas desfavorables en el momento de la NEP, ha sido transformada, por la dictadura estaliniana, en ideología de *statu quo*. Los acuerdos de compromiso impuestos por los imperialistas al final de la guerra civil fueron transformados en filosofía de la coexistencia y de la competencia pacífica entre los estados socialistas y capitalistas. La ideología estaliniana abrió así el camino al mito reaccionario de una *defensa necesaria, por la clase obrera, del desarrollo de las fuerzas productivas nacionales, contra los "trusts cosmopolitas"*. El proletariado se hizo entonces aliado objetivo del capitalismo monopolista en sus empresas de desorganización y liquidación de las economías tradicionales; de hecho, contribuyó indirectamente a la aceleración del proceso de subdesarrollo, relativo y absoluto, de la que es víctima la mayoría de la población del globo.

En este contexto objetivo de internacionalización monopolista y de ausencia de toda estrategia internacional de las luchas del proletariado, es que el estado soviético consiguió imponer el dogma de una identidad necesaria entre sus intereses y los de las masas. Llegado a un límite, el estado soviético se convirtió en el abogado internacional de las masas ante la burguesía mundial. En realidad, este sistema está fundado en el principio del *toma y daca* con el imperialismo y del mantenimiento del *statu quo*: la burocracia soviética negociando con el capitalismo la influencia que conserva ella sobre el movimiento comunista.

La reconstrucción de una vanguardia revolucionaria que tenga por función, no de *representar* a las masas, sino de *estructurarlas*, de coordinarlas en sus luchas según una estrategia elaborada colectivamente, de transformar las relaciones de fuerza, con el objetivo fundamental de una supresión del modo de producción capitalista y de un derrocamiento de las burguesías en el poder, se vio bloqueada durante todo el período de hegemonía de la corriente estaliniana. La nueva situación internacional posterior a la segunda guerra mundial, caracterizada por la extensión del "sistema socialista" a numerosos estados de Europa, y sobre todo por la extensión fulminante de la revolución antimperialista luego de la revolución china, modificó progresivamente las condiciones que habían permitido al estado soviético imponer su hegemonía sobre el movimiento comunista internacional. Paralelamente a sus conflictos espectaculares con los partidos comunistas yugoeslavo, polaco, húngaro, etc., la URSS desarrolló nuevos tipos de relaciones con el conjunto de las organizaciones comunistas, sobre la base de una relativa independencia, negociada en

función del interés de las partes en presencia y a veces de su respectivo poder.

TESIS 3: LAS CONTRADICCIONES INTERIMPERIALISTAS

El tema de las contradicciones interimperialistas ocupa un lugar importante en la ideología actual del movimiento comunista. Pero es un tema "ideológico" por excelencia, es decir que se atiene a las apariencias de la realidad sin buscar la indagación de las causas políticas que conducen a su desarrollo.

El poder económico de los Estados Unidos es tal que aparecen como los defensores del sistema capitalista en su conjunto. Este poder se desarrolló a partir de factores particularmente favorables: inmenso mercado interior desprovisto de barreras aduaneras, abundancia de capitales y de mano de obra. La segunda guerra mundial, que arruinó a Europa, duplicó la producción industrial americana y acrecentó las reservas de los Estados Unidos al punto que se encontraron poseyendo el 80 % de las reservas mundiales de oro. La creación del Fondo Monetario Internacional consagró la supremacía del dólar como moneda de referencia. Ofreciendo capitales a una Europa desmantelada, los Estados Unidos reconstruyeron al capitalismo europeo, permitiendo a su industria, amenazada de superproducción, encontrar así salida. Surgieron como los promotores de la liberación de cambios y de los movimientos internacionales de capitales y mercancías. Se convirtieron en los agentes principales de la división internacional del trabajo. Toda la estrategia económica y política de los Estados Unidos se dirige, pues, en el sentido de la profundización y ampliación de la división capitalista del trabajo entre las naciones, lo que explica que sean sistemáticamente favorables al establecimiento de grandes mercados, en particular de un gran mercado atlántico.

Si los Estados Unidos defienden los intereses del modo de producción capitalista en su conjunto, chocan, sin embargo, con las contradicciones que resultan de la diversidad de las situaciones nacionales de las relaciones de producción, de las luchas de clases, etc., y sufren, por tanto, graves fracasos. Estos fracasos no se deben, por cierto, a una voluntad cualquiera de independencia de los monopolios, pretendidamente nacionales, sino a la imposibilidad por parte de la burguesía de acabar con la fijación nacional de las relaciones de producción (relaciones con el proletariado, la pequeña burguesía, el campesinado, etc.), porque esta estructuración nacional es necesaria para su existencia de clase.

Se ha insistido ya en la responsabilidad de las organizaciones del proletariado en este resurgimiento de la cuestión nacional en pleno siglo XX. Pero esta especie de regresión histórica termina por situar la causalidad histórica en arcaísmos tales como el estado o incluso las estructuras precapitalistas. Es un hecho que la cuestión agrícola es un obstáculo para la instauración de un gran mercado atlántico. El Partido Comunista Francés subraya la debilidad de los monopolios franceses respecto de sus competidores americanos; pero habría que ser demasiado ciego para ver que los susodichos monopolios desean el establecimiento de ese gran mercado; tienen interés en desembarazarse de una agricultura costosa que eleva el valor de la fuerza de trabajo e impide una división internacional del trabajo más racional en la producción agrícola. No es sino después de 1958 que el estado francés intenta deshacerse de ese fardo, procediendo por otra parte en el sentido de un éxodo rural acelerado desde los años cincuenta. Pero la burguesía no tiene ya capacidad histórica, la integración en el mercado mundial se produce demasiado tarde como para que no tenga que pasar obligadamente por penosos compromisos con el campesinado y el proletariado, compromisos a cuya necesidad se deben someter otros países, como Alemania, no obstante más orientada hacia el mercado mundial. *El punto central radica, entonces, en que, en ausencia de una estructuración mundial de la lucha revolucionaria del proletariado, ninguna fuerza social está en condiciones de acabar con los arcaísmos nacionales, regionales, precapitalistas, que obstaculizan la realización del ideal capitalista de una división racional del trabajo a escala internacional.*

Si el estado es el punto de confluencia entre la internacionalización del capital y la especificidad nacional de las relaciones de producción, de las luchas de clases etc., constituye entonces el lugar geométrico de las contradicciones del capitalismo. Las contradicciones interimperialistas serán tanto más acentuadas por cuanto las clases, y en primer lugar el proletariado, aisladas en el grillete nacional e incapaces de un punto de vista universal, obligarán al estado a aceptar compromisos tales que incesantemente se volverá y reducirá al marco de la nación, aun cuando se esfuerce por marchar en el sentido de la internacionalización. Que los pequeños campesinos y los pequeños comerciantes no posean una visión internacionalista no llama la atención a nadie; más extraño es la incapacidad real de la burguesía de acabar con sus estructuras precapitalistas. Pero que los particularismos nacionales de la burguesía sean sobre todo el resultado de los particularismos nacionales del proletariado, ¡esto es lo que confundiría a los estrategas comunistas! Las contradicciones interimperialistas no son más que

el reverso mistificado del fraccionamieto nacional de las luchas del proletariado, la expresión en apariencia objetiva de lo que podríamos llamar las *contradicciones interproletarias*. La división interior de la burguesía no es más que la expresión de la división del proletariado.

La explicación del misterio de estas contradicciones es la siguiente: éstas tienen una realidad efectiva, una objetividad, pero esta realidad objetiva no es absolutamente independiente de la política del movimiento comunista internacional, que es una realidad objetiva. Se reconoce aquí el mismo mecanismo subyacente en la instauración de las estructuras del capitalismo monopolista de estado: el movimiento comunista, integrándose de hecho en el sistema estructurado de las instituciones capitalistas, desarrolla una política que es parte integrante de la "realidad objetiva" de ese sistema; luego de lo cual, dando un viraje, pretende hacer el análisis teórico de esta realidad objetiva olvidando que ha contribuido, a menudo de manera absolutamente decisiva, a su existencia. Es él quien hace esta realidad objetiva inconscientemente; pero ha olvidado completamente su conciencia teórica y por tanto no logra comprenderla. El sistema de las instituciones del modo de producción capitalista funciona como un lenguaje, y el movimiento comunista, en tanto que desde hace cuarenta años ha renunciado a tomar una posición de ruptura respecto del conjunto del sistema, constituye en adelante un elemento objetivo de las reglas de su funcionamiento.

Hay que observar que la importancia que atribuimos al estado, a la política de las organizaciones comunistas, etc., en la explicitación misma de las estructuras objetivas del capitalismo plantea por sí misma la cuestión del grado de realidad del nivel institucional, del nivel de la superestructura y de sus relaciones con la estructura económica en la conceptualización marxista. El problema de la realidad de las superestructuras constituyó siempre un verdadero rompecabezas para los teóricos marxistas, incesantemente empujados a una solución de tipo hegeliano (la superestructura es la materialización de la conciencia de la clase) o una solución mecanicista (la superestructura es un puro reflejo de la estructura económica). Algunos piensan resolver la contradicción declarando a una y otra reales, pero caracterizando la superestructura como "real-ideal" y la estructura como "real-material"; lo único que demuestran es que no han superado la contradicción sino de un modo imaginario. Cuando se repite miles de veces que el estado y la superestructura tienen una "realidad objetiva", que poseen una "eficacia propia", etc., no por ello se ha adelantado un paso en la solución del problema, porque sencillamente se ha olvidado *plantearlo* correctamente, es decir en la relación

entre la realidad objetiva y la realidad subjetiva de las organizaciones del proletariado. Es tanto como decir que todos los análisis que desarrollamos indican en profundidad el problema que el marxismo revolucionario tiene que resolver a cualquier precio en el nivel de la teoría y en el de la praxis, si quiere superar efectivamente la alternativa entre el materialismo vulgar y el idealismo hegeliano, a saber: el problema del sujeto.

TESIS 4: EL TERCER MUNDO

La incapacidad del capitalismo para suprimir las estructuras precapitalistas es evidente en el tercer mundo. Lo que caracteriza al tercer mundo no es que los países son subdesarrollados, sino que son explotados y dominados. La noción de subdesarrollo es insuficiente, pues se niega a ver la vinculación orgánica entre el retraso de ciertos países y el adelanto de otros, como también se niega a considerar la ubicación de los países del tercer mundo en la totalidad orgánica de la división internacional del trabajo en el sistema capitalista. Lo esencial es, en efecto:

a) que los países del tercer mundo tienen una economía deformada (los capitales nacionales se invierten en determinadas esferas de producción, determinadas por los monopolios de los países industrializados);

b) que el intercambio desigual de las mercancías y de los capitales se analiza como una enorme sangría de la plus-valía producida en esos países en provecho del capital internacional.

De ello resulta que sólo una estrecha esfera de producción está insertada en el proceso mundial de reproducción del capital; todo el resto de la inmensa masa de los pueblos del tercer mundo está sometido a relaciones de producción precapitalistas, feudales. Por otra parte, los estados del tercer mundo, controlados por el capitalismo internacional, ven bloqueada toda posibilidad de desarrollo pues éste solidifica las estructuras arcaicas, estableciendo compromisos con las antiguas castas dirigentes a las que inunda de dólares para consolidar su posición. Esto nos lleva a a examinar la tesis del Partido Comunista Chino. Su reafirmación principal de la necesidad de las luchas revolucionarias como motor del derrocamiento del imperialismo constituye un cuestionamiento importante de las teorías reformistas de los dirigentes soviéticos que han abandonado la perspectiva de la revolución internacional. Pero, en realidad, la oposición de los comunistas chinos a la política de Kruschev y sus sucesores no descansa

3º mundo : explotados- dominados

en un análisis marxista. Surge de la comprobación empírica de la ausencia actual de luchas revolucionarias en otras partes que no sean las zonas marginales del imperialismo. Esta seudoteorización de un estado de hecho coexiste de manera ecléctica con el mantenimiento de los principios marxista-leninistas en una pureza más que nada verbal. El PCCH parece haber tomado posición, de una vez para siempre, en el hecho de que no habría que esperar, en los países capitalistas, luchas de clases que no sean otra cosa que puntos de apoyo para las luchas antiimperialistas de la zona llamada tempestuosa.

En consecuencia, el PCCH y la corriente prochina no formulan ninguna crítica teórica, no proponen ninguna estrategia internacional revolucionaria y, aunque de una manera diferente de los soviéticos, *despliegan sus relaciones internacionales según las reglas y los modos impuestos por el imperialismo* (por ejemplo, la alianza diplomática con de Gaulle). Observando de más cerca, la política del PCCH no es fundamentalmente diferente de la que practica la URSS. La misma tiene también por objetivo capitalizar y sacar partido, cuando se presenta el caso de una negociación con las potencias imperialistas de la materia viva que constituyen las luchas revolucionarias de los hambreados pueblos del globo.

En la medida en que el movimiento comunista internacional dejó que la mayoría de las luchas de emancipación se desarrollaran bajo la dirección de movimientos de liberación pequeñoburgueses, no es llamativo que se produzca el resurgimiento de toda una serie de particularismos, la supervivencia de taras coloniales bajo la forma de falsas cuestiones nacionales, que obstruyen las posibilidades de una superación de los marcos institucionales establecidos por los imperialistas y que hacen más difícil la constitución de un frente de lucha de las masas con objetivos revolucionarios.

Al justificar el carácter nacional de las luchas, al teorizar la necesidad para esos estados de una etapa intermedia, llamada de "democracia nacional", y que de hecho constituye un voluntario abandono de toda perspectiva de lucha de clases, los comunistas chinos, en este aspecto, no se distinguen de los comunistas soviéticos. Compárese, por ejemplo, la actitud del Partido Comunista Indonesio, de obediencia prochina, con la absolutamente similar del Partido Comunista Hindú, de obediencia soviética; y compruébese, en uno y otro de estos países, los magníficos resultados de su política de ¡colaboración de clases! Para los comunistas chinos, la definición de las luchas de la zona tempestuosa como motor de la lucha de clases a escala internacional es una coartada para no volverlas

Tampoco los chinos se escapan de la crítica

revolucionarias. Se sirven de esas luchas sin hacer la crítica política de su carácter *espontáneo*; se reconoce aquí el mismo mecanismo de realismo y objetivismo antidialéctico que en su análisis de la situación de la clase obrera en los países capitalistas. *La lucha de clases se caracteriza por su universalidad.* El movimiento comunista tiene que distinguirse de las luchas de carácter nacional en los países subdesarrollados, tanto más cuanto que ningún modelo socialista viable es susceptible de que se establezca en ellos. Esto es verdad no solamente para los países dirigidos por una coalición de "democracia nacional", sino también para los que están bajo la dirección de un partido comunista: los ejemplos de China y Cuba aportan la ilustración de los límites de las tentativas más significativas en la materia.

El partido chino y el soviético tienen de común el hecho de que sobreestiman el alcance de las luchas pequeñoburguesas en lo que se refiere a:

1º *su eficacia ofensiva frente al estado burgués*: desgraciadamente se ha comprobado que los Estados Unidos son capaces de recuperar su influencia en las regiones que consideran neurálgicas. Cuando esto se revela imposible, lanzan la máscara de la coexistencia pacífica e imponen, cueste lo que cueste, su solución.

2º *el alineamiento sobre objetivos pequeñoburgueses de las luchas del proletariado*: es la tesis de la unión de todas las capas antimonopolistas. En consecuencia, no es contra su enemigo real, las burguesías en el poder en cada país, que se orientan las luchas de la clase obrera y sus aliados, sino contra lo que tiende a no ser más que un símbolo para los soviéticos como para los chinos: el poder de los monopolios. ¡Como si los Estados Unidos, por ejemplo en el Vietnam, no actuaran en nombre, lugar y a cuenta del conjunto del capitalismo internacional! Hoy el Partido Comunista Francés sale de fiador de la política exterior de de Gaulle, so pretexto de que éste permitiría que avancen las cosas en favor de la paz. ¡Como si de Gaulle no actuara como abogado sutil de los norteamericanos! ¡Los imperialistas saben distribuir sus roles! Sin embargo, ¿la única manera de luchar eficazmente contra la guerra de Vietnam no sería acaso, para la clase obrera, en todos los lugares y por todos los medios, la de reforzar su combate contra cada uno de los estados burgueses, sin detenerse en las contradicciones que pueden alejarlos temporariamente del imperialismo americano?

Los chinos y los soviéticos escamotean la dificultad del derrocamiento de los bastiones del capitalismo por el proletariado revolucionario. Es, más aún que en su teoría, en el nivel de su práctica oportunista, en su defensa de reivindicaciones marginales y a veces

reaccionarias, que los líderes del movimiento comunista han demostrado que renunciaron a elaborar una estrategia revolucionaria a escala internacional. Sólo se guían por el tiempo, las circunstancias las divisiones imperialistas, la eventualidad de una guerra mundial. Esta pasividad ante el estado de hecho, el *statu quo*, ante la espontaneidad de las luchas, ante la ineluctabilidad de las impasses históricas, constituye un abandono de los fundamentos mismos de la teoría y de la práctica marxista-leninista. La sobreestimación de la capacidad de los movimientos pequeñoburgueses para llevar a cabo tareas democráticas y socialistas tiende a llegar a un desenlace lógico en la liquidación del movimiento comunista en tanto que tal (por ejemplo: el aplastamiento del Partido Comunista Irakí o la supresión de los partidos comunistas egipcio y argelino cumplida por los comunistas mismos).

Si es exacto que se puede situar el origen del conflicto chino-soviético en el estallido de la oposición entre *estrategias internacionales de estado* y pugna de intereses no especificadas desde un punto de vista de clase, entonces sólo la reconstrucción de una vanguardia comunista internacional podrá permitir superar estas contradicciones a partir de una teoría y una praxis revolucionarias evitando en las luchas sectoriales caer automáticamente en el particularismo, y ofreciendo a las masas oprimidas, objetivos y perspectivas no recuperables por el enemigo de clase.

TESIS 5: LOS ESTADOS SOCIALISTAS

El estado soviético no podría servir de modelo y guía al movimiento comunista internacional por cuanto está aprisionado en el juego de contradicciones políticas y económicas impuestas a escala internacional por el modo de producción capitalista.

La incapacidad de los estados socialistas en orientarse por la vía de la construcción de una sociedad sin clases no depende solamente de la carencia ideológica de su dirección y del modo de relación burocrática que existe entre el aparato del poder y las masas populares. En gran parte, la economía socialista se ha desarrollado en función de los datos del mercado mundial y con objetivos similares a los de la economía capitalista. Los antagonismos sociales que persisten en los países socialistas son, pues, el reflejo indirecto de las contradicciones existentes entre los diferentes tipos de sociedades industriales. La ideología de la coexistencia pacífica y de la competencia económica (esta consigna kruscheviana ya había sido formulada por Stalin) no

Estado socialista: bajo la hegemonía del M.P.C.

hace más que expresar esta aceptación de la hegemonía del modo de producción capitalista. De hecho, una cierta simetría afecta la evolución de las sociedades industriales capitalistas y socialistas; por un lado, el capitalismo y la libre empresa llevan a hacer jugar al capitalismo de estado un rol determinante, a orientarse, al menos de palabra, hacia una planificación nacional y regional, a considerar la integración de las economías nacionales y regionales en grandes mercados internacionales, a discutir los planes mundiales de ayuda a los países subdesarrollados, etc.; por otro, la URSS y sus aliados suavizan sus sistemas de planificación en el sentido de una descentralización, vuelven progresivamente a los criterios de las economías de mercado, a los de la rentabilidad de las inversiones, a la ganancia como medio de motivación individual y colectiva para el acrecentamiento de la producción, etc. Los dirigentes soviéticos parecen resignados a dar su parte a la propiedad privada y a aceptar el retorno del campesinado a formas individuales, si no ancestrales, de producción.

Las contradicciones intersocialistas no han hecho más que profundizarse. Ya en 1959 éstas constituían, en el plano económico, el telón de fondo sobre el cual el desprendimiento yugoslavo inauguró una crisis en cadena en el movimiento comunista internacional y cuyos efectos se hacen aún hoy sentir en las democracias populares. Las divergencias chino-soviéticas fueron en principio económicas: negociaciones encarnizadas con Stalin respecto de la Manchuria, sobre el tendido de líneas ferroviarias, del Sinkiang, etc. Después de la muerte de Stalin se negoció un convenio que debía aportar una ayuda económica sustancial, pero todo se diluyó cuando la gran crisis del movimiento comunista en 1956. Las divergencias tomaron, en el plano económico en particular, un cariz escandaloso, con el retiro masivo de los técnicos soviéticos, el detenimiento de los planes de desarrollo industrial, etc. Así es como el pueblo chino pagó pesadamente las divergencias ideológicas que, en el marco de un internacionalismo proletario verdadero, jamás debieron haberse presentado sobre un plano tal.

De una manera general, las relaciones económicas entre la URSS y sus aliados se establecieron siempre siguiendo el modelo de relaciones internacionales del capitalismo mundial y regidas por "la ley del más fuerte", la misma que presidió el desarrollo del capitalismo desde el siglo XIX. Los intercambios económicos se llevaron a cabo sobre la base de los precios del mercado internacional, y a menudo con tasas más desfavorables para las economías dependientes. Durante el período estaliniano, esto significó la explotación sistemática de las democracias populares. La historia contemporánea de Alemania del Este,

de Hungría, etc., sería incomprensible si no se la refiriera a esta actitud de la URSS. El resultado ha sido el reflotamiento masivo de los arcaísmos religiosos, el retorno al nacionalismo, la pasividad de las masas obreras y campesinas, una legítima desconfianza contra el socialismo, una inclinación a dejarse seducir por las realizaciones y los modos de vida de los países capitalistas...

Consideremos a título de ejemplo la crisis crónica que padece la economía agrícola de la URSS. No es según las normas socialistas que responden al principio *a cada uno según su trabajo* que se ha fijado la suerte de los trabajadores agrícolas, sino según métodos similares a los de la economía capitalista, que podríamos resumir en la fórmula: *a cada uno según su capital o a cada uno según su situación de partida.* Así es como diferencias considerables existen y se agravan entre las empresas estatales (sovjoses) más favorecidas y las cooperativas (koljoses), y por otra parte entre los koljoses ricos y los koljoses pobres. El resultado es conocido: insuficiencia de la producción, actividad cada vez más importante desempeñada por las parcelas individuales para la alimentación de las ciudades, importación de cereales, etc. Resultado final: el desaliento y hastío de una gran parte de la población soviética que, al mismo tiempo que desaprueba este régimen, condena probablemente la ideología comunista misma.

¿Tenemos que concluir, por su evolución actual, que la URSS está volviendo al capitalismo como lo pretenden los comunistas chinos y ciertos teóricos burgueses? Este problema fue planteado hace mucho tiempo por León Trotski en las páginas admirables de la *Revolución traicionada* (1936). Para él la URSS estaba empeñada en un *proceso inacabado.* En el caso en que la clase obrera rusa, apoyada por la clase obrera internacional, no consiguiese eliminar del poder a la burocracia termidoriana, ésta terminaría por constituirse en clase social. De 1925 a 1940, fecha de su asesinato, Trotski no cesó de defender la idea de que en la URSS no se había jugado nada decisivamente. Definía a la URSS como un "estado proletario" en el que el poder político había escapado de manos de la clase obrera, lo que implicaba de parte de ésta una lucha encarnizada por una "revolución política". Pero consideraba que la burocracia no se había revelado bastante fuerte como para liquidar las bases del estado proletario. Todo su análisis descansaba, entonces, sobre el pronóstico de una inestabilidad permanente y creciente de la sociedad soviética en todos los aspectos. Por cierto, ¡la evolución histórica de la URSS desde el estalinismo no se cumplió sin choques y dificultades interiores! Sin embargo, este proceso inacabado descripto por Trotski no hizo apa-

recer las alternativas que había previsto. Otros aspectos de las descripciones de Trotski, no obstante, permanecen como instrumentos incomparables para interpretar las contradicciones internas de la economía soviética, el desarrollo de su crisis actual y los proyectos de reforma en curso: en particular cuando Trotski desarrolla la oposición entre el problema de la calidad y de la creatividad técnica o cultural, y los imperativos de una burocracia y un estado que no quieren ciertamente "morir".

En tanto que los análisis de Trotski nos parecen irrefutables en el aspecto económico, las consecuencias políticas y sociales que dedujo nos parecen más problemáticas. La burocracia no ha sido derrocada, los trabajadores se han integrado a una suerte de sociedad política de compromiso y no se han encontrado ante una impasse que los habría llevado a levantarse en masa para cumplir esa famosa revolución política. La burocracia pudo cambiar progresivamente la naturaleza de su inserción en la sociedad, abandonando por etapas el sistema de la dictadura estaliniana, para pasar a un régimen donde la tecnocracia y la ideología económica tienden a remplazar a la burocracia de aparato e ideología doctrinaria de los epígonos del marxismo. No es menos cierto que una característica fundamental de esta evolución es que en su conjunto, cualesquiera sean las orientaciones y los virajes, las masas no se mueven. Si ellas no se embarcaron en la vía trotskista de la revolución política, tampoco respondieron a los llamados líricos de los kruschevianos: consagrar toda su energía a la construcción del *estado del pueblo entero*. Por otro lado, la burocracia no manifiesta ninguna intención de hacerse el hara-kiri, desarrolla por el contrario su ideología conservadora: defensa del *statu quo* en el plano nacional e internacional, renuncia a todo análisis en función de las luchas de clases, rehabilitación de los mitos pacifistas, moralismo pequeñoburgués, desinterés práctico respecto de las luchas revolucionarias que se desarrollan en el mundo, etc. Sin embargo nada permite pensar que restablezca el capitalismo en el sentido que Marx lo definió; pareciera que es capaz de adaptarse a las relaciones de producción actuales y sacar un mejor provecho.

Los dirigentes soviéticos piensan ahora en una descentralización de los poderes de decisión económica. ¿Constituirá esta reforma un paso adelante y se realizará en beneficio de los trabajadores? Es poco probable, pero las reformas tienden a una flexibilización de la planificación como una imposición de las contradicciones en las cuales se han enredado, pero no significan necesariamente el inicio de un retorno al capitalismo. La condena por parte de los comunistas chinos de la orientación actual de los economistas soviéticos que

preconizan el establecimiento de criterios de rentabilidad de las empresas, que son similares a los de la economía política capitalista, es dogmática y al fin de cuentas corre el riesgo de no dar en el blanco. Considerado desde el ángulo de una descripción formal de los mecanismos económicos, podemos admitir la necesidad de todo un sistema de cálculo de inversiones, de previsiones en materia de rentabilidad, etc. Este sistema tendría sus exigencias y su lógica propias, que no podrían ser suplantadas por consideraciones ideológicas de cualquier tipo que fueran. Pero cuando los economistas socialistas terminan por olvidar que el valor no es otra cosa que trabajo humano y social cristalizado, y que los precios, la moneda, la rentabilidad del capital, no reflejan en última instancia más que la separación entre los productores y los medios de producción, favorecen la persistencia de mecanismos del tipo de la producción mercantil capitalista en la que, por intermedio del sistema monetario y de los engranajes económicos, el trabajo social se encuentra a disposición de una categoría social minoritaria que lo utiliza según sus criterios o instituciones propias. En las sociedades industriales occidentales, es un poder de compromiso entre el capitalismo de estado, los oligopolios y la burguesía; en el sistema soviético, son las categorías sociales burocráticas estructuradas de modo original las que desempeñan una función de "regulación" en su provecho de los procesos de producción, circulación y distribución.

Si no es serio identificar globalmente las estructuras sociales de los países socialistas y las de los capitalistas, parece en cambio interesante comprobar la existencia de cierta simetría en las respuestas que unos y otros dan a los problemas económicos mundiales. La evolución actual de la URSS tiene, de algún modo, su garante en el hecho de que el estado en las sociedades capitalistas no cumple del mismo modo su función de instrumento de *dictadura* de la burguesía y que desempeña, además, un rol determinante de *integración* de las clases asalariadas, de sostén de las diferentes capas burguesas arcaicas, en una palabra de regulación relativa del conjunto del capitalismo a escala nacional e internacional. Por su lado, la política de coexistencia pacífica de la URSS tiene como correlato, en el plano económico, su integración cada vez más pronunciada en el mercado mundial. Por ejemplo, la crisis agrícola de la URSS, por las importaciones que necesita, "alivia" la crónica superproducción de los Estados Unidos; e incluso la "tensión internacional" opera en el sentido de esta simetría "programando" de modo complementario los sectores industriales pilotos que constituyen para la URSS y los Estados Unidos la producción de armamento: cohetes, bombas atómicas, etcétera.

La tarea primordial de la vanguardia revolucionaria es la de hacer cesar esta automutilación permanente que el movimiento comunista padece desde que la política estaliniana de "defensa del primer estado socialista" la impusiera. En nombre de los intereses superiores del "campo socialista y de la paz", con la complicidad del movimiento obrero socialdemócrata y comunista burocrático, en el mundo entero se han instaurado compromisos de clases y un permanente proceso de refuerzo de las estructuras del capitalismo pudo desarrollarse. Los burócratas se aprovecharon de ello para reforzar su control sobre los estados obreros. Los teóricos soviéticos dejan para las calendas la necesaria "extinción del estado" en provecho del mito reformista del "estado del pueblo entero", su procedimiento es simétrico del de los modernistas occidentales que pretenden que el capitalismo concluirá en una expropiación de las burguesías y en la instauración de una sociedad neosocialista. Unos como otros "economizan" en sus esquemas la necesidad de un control político directo del poder por los trabajadores. Eluden la dificultad en nombre del realismo, del mito de la maduración de la clase obrera, de la salvaguarda de la paz, etc., en lo que reflejan a las claras que han roto con el análisis marxista de las luchas de clases.

Sólo la estructuración de la lucha de clases en escala internacional podrá suprimir la base de toda política de estado. Dicha lucha sólo puede tener lugar de una manera realmente antagónica con las relaciones monopolistas internacionales y tendiente a su *supresión*. Esto presupone la supresión de las sociedades políticas que constituyen sus soportes en los diversos niveles de su diferenciación: en las metrópolis imperialistas, en los países subdesarrollados e igualmente en los estados socialistas burocráticos. El desarrollo del primer estadio del modo de producción socialista plantea ahora, a escala internacional, la cuestión del pasaje revolucionario al segundo estadio del modo de producción socialista por el proletariado internacional a condición de que el movimiento revolucionario recobre su cohesión y su finalidad fundamental que es conducir la lucha de clases a su realización, a saber: el derrocamiento y la destrucción de los instrumentos de la dominación de clase que constituyen los estados, y la supresión de las clases mismas.

TESIS 6: EL ESTADO Y EL MODERNISMO EN FRANCIA

La política de las organizaciones del movimiento obrero francés contribuyó de manera decisiva a la implantación de las estructuras

actuales del capitalismo monopolista de estado; permitió a la economía francesa recuperar el retraso que había acumulado desde hacía decenas de años. Durante ciento cincuenta años, la burguesía francesa se mantuvo en el poder mediante su alianza con la pequeña burguesía y el campesinado, justificando así un proteccionismo que contrasta con el libre cambio de la burguesía inglesa. En materia de inversiones, la política de la burguesía significó un retardo de las inversiones industriales a partir del fin del siglo XIX. Ciertamente, los capitales son abundantes, pero se invierten ante todo en fondos estatales y hasta en valores industriales. Además, gran parte de los capitales se coloca en fondos extranjeros. Pero además de que las tres cuartas partes de este capital colocado en el extranjero fue aniquilado por la primera guerra mundial, esta salida de capitales trajo aparejada una gran debilidad de las inversiones en Francia.

Durante la guerra, la intervención del estado (control del comercio exterior y de cambios, acuerdos con los industriales para el reparto de las materias primas, aumento de la deuda pública) constituyó un primer comienzo del capitalismo monopolista de estado en dirección a una liquidación del retraso. Pero es sobre todo la llegada al poder del Frente Popular, aportando a la burguesía el sostén del proletariado, que va a permitir el comienzo de una intervención más profunda del estado, contribuyendo de este modo a la salvación de una burguesía completamente desamparada ante la gran crisis. Hay que establecer la vinculación entre, por una parte, el hecho de que el Frente Popular restituye el poder a la burguesía y, por otra, el desarrollo de las estructuras del capitalismo monopolista de estado. El agente de este proceso es esencialmente el movimiento comunista. Reencontraremos este mismo mecanismo en la Liberación. La burguesía, quebrada en 1940, pierde el poder en 1944, es desaprobada por su colaboración, y el partido comunista, única fuerza política implantada en el país, se apresura a devolverle el poder después de haber perfeccionado sus instrumentos. Las estructuras del capitalismo monopolista de estado dan un paso adelante tal que dejan tras de sí, para algunas de sus realizaciones, otros procesos del mismo tipo en otros países capitalistas. Sectores claves de la industria, de los transportes, las comunicaciones y del crédito son nacionalizados. Más de la mitad de las inversiones son financiadas con fondos públicos. Por último, se crean las estructuras del Plan, destinadas en su origen a coordinar los sectores de base.

Si las estructuras instaladas o apoyadas por el movimiento obrero en la Liberación y utilizadas por la burguesía permitieron a ésta superar parcialmente una crisis económica y política muy grave,

El Frente Popular como salvador de la burguesía

en cambio las disparidades y los desequilibrios constituyen la característica mayor de los resultados obtenidos. La agricultura francesa no logra superar las estructuras arcaicas, los desequilibrios regionales se acentúan, las zonas abandonadas por el capital privado ven acrecentada su miseria; en definitiva, el capitalismo de estado no logra satisfacer las necesidades sociales que, por el hecho de su misma naturaleza, no pueden expresarse como demanda solvente en el mercado lo que implicaría una restructuración completa de las instituciones: vivienda, formación profesional y técnica, infraestructura sanitaria, urbanismo, etcétera.

El papel específico del estado en el desarrollo económico de Francia trajo una diferenciación particular de las ideologías económicas. Tres ideologías económicas se desarrollan en Francia:

En la extrema derecha persiste una ideología tradicionalista-burguesa. Es el liberalismo del siglo XX, que preconiza la libertad de los mecanismos económicos y financieros, el retorno al patrón oro en el plano internacional, el reajuste de las tasas de interés en función de la oferta y la demanda, y no en función de arbitrarias decisiones del estado. Este antiestatismo se matiza con un intervencionismo moderado, ya que el liberalismo económico absoluto es un absurdo en las estructuras actuales.

El modernismo, que va del gaullismo al PSU, pasando por una parte de la SFIO y los cristianos de izquierda, es partidario: 1) de la modificación de las estructuras del capitalismo en función de la evolución de las fuerzas productivas; 2) de la intervención del estado para modificar estas estructuras, resolver las crisis económicas, etcétera.

Una tercera ideología es la sostenida principalmente por el PC y una parte del SFIO. Es una suerte de tradicionalismo económico de izquierda. Esta ideología continúa esperando, sin creer en ello verdaderamente, la llegada inminente de una crisis económica catastrófica; considera como escandalosa la concentración y centralización, y defiende todas las formas arcaicas de la economía francesa.

¡Nuestra apreciación puede parecer que no encaja bien con el hecho de que fue el partido comunista quien contribuyó en la implantación de las estructuras del capitalismo de estado en 1936 y en 1945! Conviene recordar aquí hechos históricos olvidados, a saber, que al mismo tiempo que el PCF implantaba esas estructuras se esforzaba por frenar siempre su alcance, poniendo con antelación la necesidad política de una alianza con la pequeña burguesía comercial y agrícola. Justificó así su rechazo a la aplicación del programa de nacionalizaciones propuesta por un ala del Frente Popular, programa

+ ideologías económicas Francia

que se redujo finalmente a reivindicaciones inmediatas. Menos conocidas son las reticencias del partido comunista en 1945. Sin embargo, el programa de nacionalizaciones propuesto por el modernista Mendès-France al gobierno provisorio en el que figuraban los comunistas, sufrió los ataques de estos últimos. Posteriormente, Thorez y Mollet se opusieron a las reformas de los circuitos de distribución. Como se ve la política de defensa de la propiedad familiar agrícola y de los pequeños comerciantes es una línea constante del PC desde 1936.

Del lado de la burguesía, el modernismo es la ideología que expresa la aceptación del capitalismo monopolista de estado y la integración del proletariado en las estructuras de este último. El mito del estado, del servicio público, del interés general, etc., corre parejas con el mito de la unión de todas las clases que pertenecen a un mismo todo: la nación. Pero el modernismo, bajo diversas formas, penetra hondamente en las filas de la clase obrera. Si la ideología tecnocrática pura puede ser considerada como la extrema derecha del modernismo, deja a su izquierda toda una serie de matices. Los tecnócratas de izquierda hablan de la necesidad de confiar el poder a los "capaces", pero ponen más el acento en la "participación", el "diálogo", la "conciliación", el "compromiso", es decir la solución pacífica de los conflictos con el proletariado. El modernismo se niega a todo internacionalismo concreto, en tanto que acepta las estructuras de la sociedad política burguesa, arenga al proletariado a constituirse como grupo de presión integrado en el sistema y propone una intervención "progresiva" del estado dentro de las relaciones de producción capitalistas. En el fondo, pues, el modernismo del PSU no se diferencia de manera fundamental del modernismo de los altos funcionarios y de ciertos grandes patrones de "vanguardia".

Los modernistas lanzaron el tema de la *nueva clase obrera*, que no lucharía más en nombre de los mismos objetivos de la clase obrera tradicional, orientándose menos hacia las negociaciones salariales y más hacia los múltiples aspectos del proceso de trabajo y de producción. Sería la clase obrera de la época de la "sociedad de consumo". Es incontestable que la clase obrera se ha transformado, pero la formulación ideológica de estas transformaciones por los modernistas tiende a hacer de ella un nuevo mito que marcha en realidad en el sentido del refuerzo de la alienación, pues no existe una clase obrera *moderna* y una *tradicional*. Existe una sola clase obrera en el seno de la cual hay que integrar a los funcionarios, los empleados y los asalariados agrícolas. Es sobre esta unidad real que el movimiento revolucionario tiene que apoyarse, sin buscar vanas alianzas con una

los modernistas (ya los conocemos!)

pequeña burguesía moribunda. Esto no impide que *este mito de la nueva clase obrera sea operante y exprese la imposibilidad actual de una real unificación: la impotencia de los sindicatos en dar con consignas unificadoras, en plantear una imagen en la que el proletariado pueda reconocerse como totalidad.* En el movimiento sindical, los modernistas hablan de una inserción posible en los "centros de decisión", de "fisuras" en la máquina capitalista, etc. Pero el límite fundamental de tal estrategia es la aceptación del marco preestablecido del estado y de la nación. Conviene no confiar con relación a este género de "reivindicaciones transitorias"; de todos modos, su programa no podría ser elaborado más que por los interesados mismos, a partir de modos de organización más estrechamente vinculados con la realidad de la clase obrera, en el seno de lo que llamaremos "unidades subjetivas"[1] que dialoguen de una rama industrial a otra. Sin restructuración de la clase obrera por ella misma, lo que implica una concepción totalmente distinta de la relación sindicato-partido como "correa de transmisión", tales reivindicaciones transitorias corren peligro de ser vaciadas de todo contenido revolucionario y de constituirse en la justificación del reformismo más chato.

Sólo proponemos aquí una nueva formulación de los datos básicos del marxismo-leninismo, señalando que no basta a la clase obrera disponer de un partido y sindicatos revolucionarios, sino que lo decisivo es que pueda estructurarse en los marcos organizativos adaptados al nivel en que se encuentra: comités, soviets, etc., a través de los cuales podrá expresar sus deseos profundos, que darán por otra parte a las organizaciones de vanguardia el medio de apreciar en su justa medida la combatividad de los diversos sectores, su nivel de conciencia, su comprensión de las consignas avanzadas, etc. El tipo de organización "en la fábrica" constituye igualmente un antídoto indispensable a las tentaciones de los manipuleos de los aparatos burocráticos y de los dirigentes del movimiento obrero. En período prerrevolucionario, tal red de comités de base, en las fábricas, los barrios, la juventud, el ejército, constituye un embrión de doble poder, que desarrolla una suerte de legalidad proletaria de recambio cuyo alcance subversivo respecto del poder del estado lo convierte en un arma estratégica irremplazable para el derrocamiento de la burguesía.

[1] La noción de sujeto que por razones diferentes preferimos emplear en lugar de la de *conciencia de clase* no hay que entenderla en el sentido de *subjetivismo* sino en su sentido inicial, es decir en oposición a *objeto*, o en oposición, por ejemplo, a *pasividad de la base*, etcétera.

TESIS 7: LA SOCIEDAD POLÍTICA

¿El gaullismo es el poder de los monopolios? El gaullismo aparece en el momento en que la burguesía ve que se disuelven los medios de su dominación política y debe enfrentar una situación revolucionaria que amenaza su existencia de clase. El gaullismo representa una tentativa de implantación de una nueva forma de estado, un nuevo tipo de dominación política; su hazaña es haber logrado anudar una serie de compromisos sucesivos cuyos resultados no pueden ser asimilados pura y simplemente a una política reaccionaria desde el punto de vista burgués. Es cierto que en 1944 como en 1958, no es sino gracias al sostén indirecto del movimiento obrero, en el marco de la estrategia estaliniana o neoestaliniana, que de Gaulle pudo establecer tal cuadratura de los círculos en el seno de los cuales se habían encerrado las diferentes facciones de la burguesía. Es abusivo definir el gaullismo como "el poder de los monopolios", sencillamente porque *los monopolios, con o sin de Gaulle, no están en condiciones de detentar por sí mismos el poder.* No hay detrás del gaullismo ninguna fuerza social coherente.

La estrategia del gaullismo consiste en aspirar a una formación de derecha, la UNR, las otras formaciones del tipo independientes o MRP, en crear un polo de reagrupamiento que se oponga al PCF, al que se le ofrece de este modo la posibilidad de "elevarse" al rango de mayordomo de la oposición. La UNR busca constituirse como una verdadera federación de feudos, un partido descentralizado a la americana y no a la inglesa. Los compromisos se negocian, no a nivel central entre los estados mayores políticos, sino a nivel regional, municipal, sin que se pueda decir sin embargo que la UNR sea el representante exclusivo de una burguesía local cualquiera.

Los límites del gaullismo aparecen en que sus soluciones, además de presuponer la complicidad del movimiento comunista, están restringidas como toda solución burguesa a un marco nacional. El kennedismo habría podido representar una especie de gaullismo a escala internacional, pero tampoco tiene salida por el hecho mismo de que no hay solución internacional posible para el capitalismo, y que justamente es esta incapacidad para encontrar soluciones mundiales, para producir instituciones mundiales aptas para resolver los problemas planteados por el desarrollo de las fuerzas productivas, lo que condena al capitalismo como modo de producción. El gaullismo, como el kennedismo, como cualquier otra solución de este tipo, no es nada más que la expresión de una burguesía moribunda que quiere creer en sus sueños.

Función y estrategia del gaullismo

La contradicción entre el elevado grado de "madurez" de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, en Francia, y la inmadurez de la conciencia de clase del proletariado plantea el problema del Partido Comunista Francés, capital para la vanguardia de los militantes revolucionarios. Del desbloqueo de esta "supermaduración" de la revolución en los países occidentales (que deben compararse con las revoluciones "prematuras" de 1905 y de 1917 en Rusia) depende el pasaje a una etapa superior de los procesos revolucionarios a escala mundial. Si es cierto que el partido desempeñó un rol abiertamente contrarrevolucionario en ciertos períodos decisivos, ¿cómo explicar la influencia casi hegemónica que continúa ejerciendo sobre el movimiento obrero? Habría que estudiar por intermedio de qué mediaciones históricas complejas la conciencia de clase espontánea del proletariado se halla atrapada por una organización que la maniata, la esteriliza, la desvía al servicio de objetivos extraños al proletariado. Desde su nacimiento el PCF se ubicó en una situación ambigua en la que, luego del fracaso de la revolución alemana, se estableció de hecho la estrategia del *socialismo en un solo país*. El partido nacido en Tours, que aceptaba de labios para afuera las "21 condiciones" de la Internacional, había conservado las estructuras y los hombres de la socialdemocracia; no era un instrumento revolucionario. Era la elección de un PC numeroso y confuso que debía jugar para el estado soviético un papel de "peón diplomático" y contribuir a aflojar la presión de los intervencionistas en Rusia, mientras que él aportaba la garantía de la revolución de Octubre a los supervivientes de la quiebra de la socialdemocracia francesa.

Ay, el PCF!

Sería evidentemente simplista explicar lo que siguió como consecuencia de esta tara original, tanto más cuanto que el compromiso entre la Internacional Comunista y los socialdemócratas tácticamente "fusionados" no fue durable. Pero apenas la derecha fue expulsada del partido cuando a su vez, la izquierda fue vencida y excluida inmediatamente después de la muerte de Lenín, y esto en el marco de una línea política sectaria, aparentemente ultraizquierdista, pero donde sólo la violencia verbal y física servía de perspectiva. De hecho, la primer aparición de una izquierda comunista, la de los años veinte, se separó rápidamente de la vanguardia obrera, y no pudo restablecer ya nunca más el contacto. En cuanto al partido, que había consolidado, a pesar de su línea aparatosa, su influencia en el ala más revolucionaria del movimiento obrero, pudo emprender con tranquilidad el viraje a la derecha que constituía la política del Frente Popular. Pero el encuadramiento que este primer movimiento

comunista proporcionó a las principales luchas del proletariado no careció de eficacia. A pesar de su mediocridad teórica y la degradación del nivel de los militantes, el partido supo navegar entre el terrorismo ideológico (defensa de la URSS, necesidad del monolitismo) y a la vez, una institucionalización política oficial, durante los períodos de colaboración con los gobiernos, no vacilando en aliarse, llegado el caso, con fuerzas conservadoras y en recurrir a una demagogia nacionalista y chovinista, ceñido siempre suficientemente a la realidad del movimiento obrero para continuar monopolizando su expresión.

Desde hace una decena de años las bases de esta hegemonía comienzan a tambalearse. Los dirigentes del PCF se inquietan por el estallido de la apariencia monolítica del movimiento comunista internacional, pues fuera del elemento de cohesión que podía constituir la apariencia de una concertación de partidos a escala mundial, no subsiste más que una tradición, una disciplina organizativa vacía, y temas propagandísticos completamente vulnerables. Se explica así sin duda la impaciencia del PCF en condenar las herejías, su predilección por las excomuniones, sus vacilaciones en aceptar un policentrismo a la italiana.

Pero toda la historia de los grupos opositores de cualquier naturaleza muestra su desconocimiento de la amplitud de la implantación estaliniana en el movimiento obrero francés. Toda la estrategia de estos grupos consistió hasta el presente en concebir la actividad opositora como un reclutamiento de militantes, que se organiza desde el exterior. En resumen, se implantaban estructuras susceptibles, se pensaba, de encuadrar el movimiento a favor de las crisis o de las situaciones revolucionarias que verían hundirse la hegemonía del partido de a pedazos. La construcción de una "organización de cuadros" destinada a convertirse en el futuro núcleo de un nuevo partido revolucionario terminó en una actividad grupuscular estéril, como también en una caricatura de las taras de las organizaciones que se criticaban. En tanto que la oposición de izquierda continúe fluctuando entre la crítica abstracta, forzosamente dogmática, y no verificada en una política militante, y la actividad *entrista* subterránea, el monopolio político del PCF en el mundo obrero no correrá peligro.

TESIS 8: LA ORGANIZACIÓN REVOLUCIONARIA

La clase obrera no podrá modificar nunca espontáneamente las relaciones de producción capitalista ni transformar el poder del

estado respetando la legalidad burguesa. La contradicción interna reside en que la clase obrera no dispone actualmente del medio para desarrollar sus luchas en un marco diferente del predeterminado por las relaciones de explotación capitalista de los estados nacionales. En cambio, el capitalismo se procuró los medios de transferir y resolver en parte en el nivel internacional los problemas cruciales que plantean estas luchas a nivel nacional. De aquí que cada una de las luchas sectoriales del proletariado tienda a cuestionar el andamiaje internacional del capitalismo, pero dado que las organizaciones obreras redujeron estas luchas al marco del estado, están condenadas a la impotencia.

La internacionalización monopolista no es otra cosa que la inversión internacional de capitales, la cristalización de la plusvalía extraída del trabajo social del proletariado por las estructuras de explotación capitalistas. Podemos pues decir que es el fruto mismo del trabajo del proletariado, en tanto fuerza productiva, que se opone al desarrollo histórico y político del proletariado en tanto que clase. El proletariado posee efectivamente un inmenso poder, ha dejado de ser una masa de maniobra intercambiable, su vanguardia posee los medios de paralizar radicalmente la producción. Puede contribuir al surgimiento de crisis que desemboquen en situaciones revolucionarias. Esta potencialidad es de tal manera amenazante que los sindicatos han aceptado una *contractualización* y una *institucionalización* de las huelgas. Pero la revolución socialista, en los países altamente industrializados, no podrá desencadenarse sino a partir de un nuevo tipo de partido revolucionario y de un nuevo tipo de organización de masas, en las que sus relaciones recíprocas estén radicalmente modificadas. Los comunistas, hasta hoy, nunca reexaminaron científicamente las normas de organización leninistas. Algunos creyeron hacerlo y lo único que consiguieron es volver a los métodos socialdemócratas, abandonando toda perspectiva revolucionaria.

El centralismo actual de los partidos comunistas es técnicamente un absurdo. A la misma dirección —de hecho, el mismo puñado de dirigentes— se confían las tareas más complejas y múltiples de elaboración de las líneas políticas, de supervisar la organización, la prensa, las luchas sindicales obreras y campesinas, las organizaciones juveniles, etc. Afirmar la *necesidad de una descentralización efectiva de la dirección de las luchas de masas en sus diversos niveles sectoriales* no es negar el papel dirigente del partido. Sólo bajo esta condición dejarán de enredarse en los arcaísmos nacionales, regionales, raciales, corporativistas, etc., que la burguesía se esfuerza por hacer que

sobrevivan artificialmente en el marco de las relaciones de producción capitalistas. Hay que volver a la evidencia de que no existe otro medio para que un "programa transitorio" de la clase obrera pueda ser elaborado por ella misma y según los objetivos que pueda fijarse en tal momento. El papel de la vanguardia revolucionaria es el de contribuir a la unificación de las luchas, de *interpretar* cada una de sus etapas en una perspectiva de conjunto, proponer consignas que permitan pasar a un nivel de lucha superior. Para existir, para "tomar la palabra", la clase obrera tiene necesidad de un *espacio*, de un *objeto* institucional que le sea específico y a partir del cual recuperará su lugar en la trama significante de la historia. El *eslabón significante* irremplazable, es la textura de su organización, su funcionamiento interno, su expresión pública, sus métodos de trabajo, etc., todo lo que la caracterice como produciendo la ruptura radical con la ideología y las prácticas de la clase dominante. No es sino cuando haya logrado constituirse como *significando algo por sí misma y para sí misma*, que podrá significar a los otros en sus alianzas o en sus compromisos.

En los países industriales desarrollados la clase obrera estaría en perfectas condiciones de tomar la dirección del estado socialista, pero las consignas sindicales y políticas del movimiento comunista actual sólo remiten las luchas de los trabajadores a su constitución permanente en *clase social revolucionaria*, a sus particularidades nacionales. De hecho hay un reparto de roles entre la *ideología* burguesa y la *práctica* reformista: unos como otros *sociologizan* las diferentes clases asalariadas, los niveles de edad, los sexos, las condiciones tecnológicas, culturales, etc. La política que pretende reunir alrededor de la clase obrera a las capas denominadas antimonopolistas consiste de hecho en desunirlas, en dispersar su acción y en neutralizar su eficacia revolucionaria. Mientras que la investigación marxista debiera en todos los dominios participar en la elaboración creadora y formular respuestas que vayan más allá de las soluciones de la burguesía, la "investigación" del PCF, por ejemplo, se limita a un balbuceo de fórmulas vacías y de promesas imaginarias. El partido revolucionario debería profundizar los problemas económicos, sociales y culturales, y expresarlos a través de consignas, de tal manera que su práctica cotidiana no rompa nunca la *cadena histórica fundamental* en objetivos parciales y transitorios. La clase obrera no puede ni debe dialogar con la pequeña burguesía, el campesinado, los monopolios, etc., como pretenden hacerlo en su nombre los partidos comunistas. Su único interlocutor es ella misma en tanto que está marcada por su finalidad histórica que hace de ella una clase aparte, la única que

Las condiciones objetivas están dadas. Pero ¿y las otras?

no se encierra en sí misma y sus intereses particulares. Es porque la clase obrera lleva en sí misma su propia subversión, es porque puede imponer a las otras clases el fin de la división de la sociedad en clases, que el partido revolucionario tiene por primera tarea precaverla contra toda ideología exterior y, como deber, extraer todo lo que fuera de ella es portador de un rasgo de verdad. La clase obrera no puede "dialogar" consigo misma sino por intermedio de las corrientes y organizaciones que forman parte intrínseca de ella misma.

A pesar del desarrollo desigual de las luchas, hay una concordancia sobre su desenlace potencial hacia la revolución mundial. Este hecho había llamado la atención de León Trotski cuando desarrolló. a partir de una indicación de Marx, su teoría de la revolución permanente. Ninguna repetición de la historia puede ser considerada a nivel de tal o cual país. Al salir del feudalismo, el Yemen, por ejemplo, no se enfrenta con un porvenir caracterizado por el surgimiento de una monarquía burguesa, luego de una revolución "a la francesa", dejando que se desarrollen armoniosamente un capitalismo comercial, financiero, luego industrial, etc. Hoy, el Yemen ataca *directamente* a los oligopolios "cosmopolitas y apátridas", para retomar la terminología estaliniana. La etapa de la revolución burguesa está ausente, o es sólo una impostura histórica, un arcaísmo artificialmente mantenido, que permite desarrollarse a los oligopolios. El sostén de los comunistas a los Aref, Ben Bella, Sukarno, es testimonio de la misma ceguera. Y es porque la revolución social constituye, en todas las situaciones de lucha de clases actuales, la única salida posible: las *condiciones objetivas* están maduras como para que toda lucha democrática y nacional culmine en la etapa de la toma del poder por el proletariado industrial y agrícola. Pero esto no nos dispensa en modo alguno de analizar lo más claramente posible por qué las *condiciones subjetivas* no permiten considerar hoy la posibilidad de un desborde revolucionario del proletariado de las potencias industriales, afectado por una especie de "inmadurez permanente".

¿Nosotros mismos, cuando creemos "liquidar" alegremente los fundamentos históricos de la existencia de los partidos socialdemócratas y de los partidos nacionalistas de liberación, no tomamos nuestros propios sueños por la realidad? ¿Estos partidos no están bien vivos y amparados tras los poderes del estado, de los bastiones del capitalismo y de los países sometidos al neocolonialismo? Nuestra insistencia en requerir de la clase obrera que exprese y funde la verdad del partido revolucionario ¿no conduce a rehabilitar el mito del espontaneísmo y poner nuevamente de moda los temas anarquistas y populistas? Poniendo el acento en estos temas sin contrapartida, se

corre el peligro de alentar la idea de que habría una "buena clase obrera" (como el "buen salvaje" de Rousseau) cuya naturaleza inteligente, revolucionaria y pura, y cuyas inclinaciones revolucionarias serían desviadas de sus fines por los malos pastores de las grandes organizaciones. ¡No habría que dudar de que la clase obrera, en su gran mayoría, está más próxima de la representación que de ella se hacen los burócratas de todas las categorías del movimiento obrero, que de tal imaginería! Los fundamentos de nuestro cuestionamiento de los "modelos" de organización política y sindical, y de sus relaciones recíprocas inaptos a la situación real de los trabajadores en los países capitalistas desarrollados, hay que buscarlos menos en una filosofía de la libertad, o en consideraciones humanistas o psicosociológicas sobre la democracia en general, que en *el desarrollo mismo de las sociedades industriales.*

En cualquier régimen neocapitalista o socialista burocrático que sea, no se puede esperar que se resuelva ningún problema de base a partir de los modos de organización y de los tipos de institución actuales. La única salida verdadera es la instauración de una planificación a escala mundial, tanto es así que toda previsión, toda coordinación, toda elaboración y distribución de los factores de la producción y de los medios de financiación, requieren la posibilidad de realizar una concentración ininterrumpida de medios. ¿Pero qué sentido pueden tener las pretensiones de planificación del capitalismo moderno cuando se hace evidente que, por razones políticas y económicas, jamás podrá encargarse de modo racional del conjunto de las zonas "abandonadas" por el imperialismo? Lo que propondrá una planificación socialista mundial no sólo es organizar los sectores desarrollados, sino igualmente y *de la misma manera,* los sectores retrasados, arcaicos, etc. Todos esos manchones de miseria y aberraciones que carcomen a la sociedad, condenados en nombre de la "no-rentabilidad", serán recuperados a través de la realización de un plan que remodelará el espacio social internacional y el modo de vida humana.

Pero la necesidad y el deseo de los hombres, en tal momento y en tal situación, su miseria, sus angustias, sus debilidades, etc., no corresponden, en lo esencial, a este orden de racionalidad. Corresponden en principio a los hombres que están en condiciones de expresarlos y a la sociedad de remediarlos del modo más coherente y menos alienante posible. La sociedad política de la democracia burguesa no es otra cosa que el lugar de regateo de las diversas facciones del capitalismo. La sociedad política de una democracia socialista será el lugar del diálogo entre las fuerzas productivas

técnicas y científicas por una parte, y las instituciones humanas por otra, en tanto que estarán dispuestas a responder permanentemente no sólo a las necesidades materiales de cada individuo, sino también a sus profundas aspiraciones y a la exigencia de encontrar un sentido a su existencia. Aunque el progreso de las fuerzas productivas tiende a concluir en una concentración cada vez más grande, ningún organismo central podrá responder nunca a las demandas sociales diferenciadas. Aquí se plantea la necesidad de un llegar a la palabra de los diferentes sectores de la "masa", para darles el medio de expresarse en formas que no sean automáticamente asociales, inintegrables, absurdas y, al fin de cuentas, alienantes. *En otras palabras, no se trata de considerar la planificación sólo desde el ángulo de la producción, de la circulación y de la distribución, sino también de planificar la "producción de las instituciones", es decir de todas las formas de organización sociales susceptibles de servir de "garante" a la sociedad industrial.*

Una corriente con pretensión sociológica se esfuerza actualmente por demostrar que la clase obrera está también caracterizada por la ideología burguesa. A nivel del consumo, parece que sólo factores cuantitativos separan a un burgués de un proletario, pero en sus relaciones respecto a la producción, en sus modos de relación con el "encuadramiento" profesional, social, etc., en el plano cultural, ético e incluso en el inconsciente, burgueses y proletarios constituyen de cabo a rabo *dos razas distintas*. El resorte de la lucha de clases es el resultado de que la sociedad capitalista está constituida en función de necesidades particulares de una clase social moribunda. A pesar del progreso, la clase obrera nunca podrá adaptarse a esta sociedad. Si nos fijamos en la concepción del urbanismo, de los hospitales, de las universidades, de una cultura condicionada por la televisión, encontraremos esta constante: nada predispone para que pueda desarrollarse una actividad social creadora. Al contrario, todas las estructuras están calculadas para que cada individuo se reduzca a su soledad, a la serialidad social, a un gregarismo primario y para que los trabajadores accedan a diversiones "tranquilizadoras".

Las consignas del tipo: "pan, paz y libertad", se han convertido en nociones tan abstractas como los emblemas burgueses de "libertad, igualdad, fraternidad". El movimiento revolucionario puede y tiene que dar otro tipo de respuesta. Debe ubicarse en la contracorriente de la reducción de la clase obrera a una simple función de producción y consumo. Tendrá que plantear siempre con mayor relieve el rasgo común, el objetivo fundamental de la lucha, el único susceptible de darles su cohesión a los trabajadores y reconstruirlos como clase social revolucionaria. Este rasgo común, este "objeto institucional" es

el estado. La clave de la situación sigue siendo siempre y en todas partes la necesidad del derrocamiento del poder del estado. Para el PCF el denominador común de las luchas dispersas, es la hidra monopolista. Pero ésta tiene cien rostros y otras tantas respuestas que dividen a unos y otros. El único medio de unificar las luchas es la puesta al día de objetivos que den a los trabajadores la posibilidad de ajustar su tiro para que dé en el objetivo fundamental: la confiscación a la burguesía del poder del estado. En cuanto a estas cuestiones, la carencia del PCF y de la CGT es evidente. Tomemos un ejemplo: un grupo de militantes revolucionarios en el sector minero tendría que hacer frente no sólo a los aspectos organizativos y políticos de la lucha diaria, sino igualmente a la articulación de sus problemas con los del conjunto de las cuencas mineras nacionales y ramas adyacentes, a entrar en relación con los militantes de los sindicatos correspondientes en la CEE, etc. Si se tratara de la industria petrolera, una serie de problemas se plantearían con las organizaciones populares de los países productores, etc. Pero la realización de tal programa a escala nacional, regional e igualmente internacional supone que se operen profundas transformaciones en el movimiento sindical y en consecuencia en el movimiento comunista.

Se nos objetará quizás que el comité central del PCF desde hace tiempo se ha rodeado de comisiones que reúnen a los camaradas "competentes y abnegados" en todos los dominios. Compulsar los trabajos de estas comisiones aporta la mejor confirmación de la incapacidad de un estado mayor en suministrar respuestas valederas a una multiplicidad de problemas. Con una regularidad que raramente se desdice, estos "especialistas" dejan a un lado lo esencial. Pero esto es menos por incompetencia que por un "condicionamiento" a los métodos de trabajo de la dirección del partido, que hace que la menor indicación de un dirigente altamente ubicado baste para determinar una orientación e imponga la esterilización completa de toda investigación. Ocurre lo mismo con esos "ejercicios" para el congreso, que consisten en pronunciar discursos vacíos sobre temas establecidos de antemano. Nada separa estos métodos de los usados por las burguesías tradicionales. ¡Pero la vanguardia revolucionaria tiene que inclinarse por sus propios métodos de trabajo pues, lamentablemente, no tiene a menudo nada que envidiar a las grandes organizaciones! El partido revolucionario no surgirá de un milagro, es una síntesis a conquistar, no en el dominio ideológico, sino a través de la realidad de la lucha de clases. El arma nueva, el prototipo de partido del cual tiene necesidad la clase obrera para hacer la revolución en los países capitalistas no podrá ser sino radicalmente diferente

El objetivo siempre era: destruir el poder Estado

de los partidos existentes actualmente y de los que hasta el presente han existido.

La enfermedad centralista de los partidos descansa menos en la mala voluntad de sus dirigentes que en las relaciones falsas que mantienen con los movimientos de masas. El movimiento marxista no vive al mismo ritmo y no tiene el mismo tipo de comprensión de los acontecimientos que las masas. Pues bien, es primordial para uno como para los otros que se elucide permanentemente la significación de los progresos y retrocesos de la lucha de clases. Faltando lo cual una victoria como la de junio de 1936 puede trocarse en derrota. A la inversa, un desastre como el de la Comuna de París permitió a la clase obrera mundial elucidar sus posibilidades por venir. Ciertos teóricos consideran que es inevitable que el partido se transforme en una excrecencia burocrática del movimiento obrero y se vuelcan por concepciones libertarias en materia de organización. Pero en razón de la creciente integración de la clase obrera cualquier sistema institucional que se desarrolle en su seno correrá siempre el peligro de ser "recuperado" por el capitalismo.

Sólo un partido revolucionario de vanguardia, comprometido en un proceso ininterrumpido de análisis, autocrítica, autoinstitucionalización, podrá desarrollar una acción antagónica en el proceso capitalista y contribuir a mantener la autonomía "subjetiva" del movimiento obrero.

El sindicato no podría tener la misión, so pretexto de unidad a cualquier precio, de ser el "sindicato del pueblo" entero. El sindicalismo revolucionario es otra cosa que la defensa del consumidor, las cooperativas, etc. En el último período, así como el partido comunista se integró al sistema parlamentario burgués, los sindicatos tuvieron tendencia a traicionar su obligación fundamental que es la de reagrupar las fuerzas vivas de la clase obrera, de modificar sus relaciones de fuerza internas en detrimento de las corrientes reformistas y reforzar su cohesión contra la patronal. Excepcionalmente, en los períodos de grandes luchas, el sindicato aparece en condiciones de arrastrar consigo a la totalidad de la clase obrera; pero se trata de períodos revolucionarios en el nivel medio de las masas y termina inevitablemente en un reforzamiento del reformismo y de la ideología dominante.

Una política revolucionaria de masas consistiría en ayudar, por ejemplo, a la vanguardia de la juventud a procurarse los medios de elaborar *ella misma* su propia política, de formar en cada nivel sectorial sus militantes, de volverlos más aptos para tomar iniciativas que atraigan a la masa de jóvenes, etc. ¡Tales juventudes comunistas podrían existir sin el riesgo de alianzas con las otras corrientes!

Pero el manejo de esta política es inseparable de la implantación de un modo de organización muy diferente de las concepciones comunistas-burocráticas en materia de organización de masas, las que se revelan incapaces de capitalizar las diversas formas de lucha espontánea. Cierta política de unidad de acción, carente de apoyo en las masas, acarrea mecánicamente "maniobras" en la cúspide, treguas que elaboran de modo minucioso sus compromisos sobre la base del "mayor denominador común"... ¡reformista! Un último ejemplo: carente de una orientación correcta sobre la cuestión del aborto, y al mismo tiempo de un método de trabajo revolucionario, la UFF[2] se convirtió en un clan tipo "círculo cerrado", mientras que hubiera podido impulsar una campaña nacional muy importante sobre el tema de la defensa de cientos de miles de mujeres, que todos los años tienen que recurrir al aborto clandestino...

TESIS 9: LA ETAPA DEL REAGRUPAMIENTO

No entra en nuestros planes definir con precisión las líneas de acción y el modo de intervención política de una agrupación de militantes revolucionarios en la situación actual en Francia, ni considerar de qué forma y con qué ritmo tal reagrupamiento podría contribuir a que maduren las condiciones favorables para la creación de un partido revolucionario.

Nos propusimos definir en sus grandes líneas las condiciones de posibilidad de tal proyecto. En la etapa presente, los militantes revolucionarios y los reagrupamientos que pueden concretar, por deseables e indispensables que sean, no podrían pretender constituir ni siquiera el embrión de tal partido. Cuando una "corriente revolucionaria" haya comenzado a surgir y a iniciar su progreso teórico y político, cuando esté suficientemente implantada en las organizaciones de masas controladas por el PCF, cuando la crisis que atraviesa el partido haya madurado hasta tal punto que los militantes comunistas de izquierda comiencen a desligarse y manejar su propia política, las etapas posteriores podrán ser mejor vistas.

La fiebre apasionada de los grupúsculos de extrema izquierda y su ceguera no contribuyen a tal proceso. El estilo de "conspirador" de los militantes de la mayoría de los grupos opositores actuales tampoco.

[2] Union des femmes françaises.

¿Basta con decir que el objetivo será alcanzado el día en que la clase obrera haya retomado "conciencia" de su poder? En realidad, la vanguardia de la clase obrera es, en cierto modo, consciente de la impasse de sus luchas actuales. La mayoría de los obreros tiene el sentimiento de "estar dando vueltas"; sabe que las organizaciones políticas y sindicales no les ofrecen ninguna alternativa. Pero la clase obrera, en tanto que tal, no tiene a su alcance otros medios que las organizaciones existentes para expresarse y ser representada. Sin otra alternativa, las masas obreras se sienten casi obligadas a permanecer fieles a ellas: aunque no fuera más que para conservar un mínimo de cohesión y mantener una demarcación entre ellas y el enemigo de clase.

¿Bastará crear un nuevo partido y nuevos sindicatos para clarificar la situación? Los intentos de este tipo terminaron todos en un fracaso. Una organización revolucionaria tiene que estar *previamente* insertada en la clase obrera para poder "catalizar" un fenómeno de transformación y de liquidación de los organismos existentes. La naturaleza de la intrincación de éstas en el sistema política y social actual de la burguesía, y el modo como la clase obrera asume pasivamente la imagen reformista que se le propone determinan, en gran parte, los *medios a aplicar* y las *etapas intermedias* para llegar a la estructuración de una vanguardia revolucionaria que no sea sentida por las masas como un cuerpo extraño, y donde, al contrario, se reconozcan a medida que se desarrollan sus luchas. Para que un partido revolucionario se sienta dentro de la clase obrera "como un pez en el agua", no basta afirmar esta necesidad ni comenzar a desgranar un rosario de elementos programáticos. Es la conciencia misma de la clase obrera la que debe ser modificada correlativamente al manejo, por el partido de vanguardia, de una política revolucionaria, es decir de una puesta al día de *situaciones* revolucionarias y de su explotación coherente. Por lo tanto cierto número de condiciones previas deberán reunirse para que tal partido pueda crearse. La decisión histórica de su fundación no debiera ser tomada a partir de pretensiones "voluntaristas" de un núcleo de militantes revolucionarios. (Los desordenados esfuerzos para que sobreviva la vieja IV Internacional constituyen a veces obstáculos suplementarios para la construcción de tal partido revolucionario. Si ya es absurdo el querer crear íntegramente un partido revolucionario sin implantación militante de base, la misma operación intentada a escala de un partido internacional centralizado, constituye una pura y simple aberración cuyos resultados prácticos lamentables tienen por efecto opacar el aporte teórico de Trotski.)

Una cosa es abrir una perspectiva de conjunto a la lucha, analizar sus etapas posibles y sus inevitables conflictos, discutir los medios a aplicar a corto plazo, etc. Otra lanzar, aquí y ahora, el catálogo de reivindicaciones que podría "atraer" a las masas. Según el modo como un partido con vocación revolucionaria se arrogue el derecho de efectuar tal elaboración; que no será valedera *más que si es asumida de entrada por una considerable parte de la vanguardia obrera*, predeterminará cierto tipo de relación de sometimiento entre éste y las masas. (Por ejemplo, la vuelta, como si fuera natural, a la teoría del sindicato como "correa de transmisión".) Gravado con tales hipotecas, en los momentos decisivos, el partido pretendidamente revolucionario se revelará incapaz de enfrentar su cometido histórico. Para vencer esta dificultad, no basta con proclamar sus "buenas intenciones" antiburocráticas y jurar fidelidad a las normas leninistas del centralismo democrático.

Los grupúsculos revolucionarios, por su desconocimiento de la naturaleza real de este problema, tienden a refundar ideológicamente y a garantizar indirectamente las estructuras y el funcionamiento de los aparatos políticos y sindicales de las "grandes organizaciones". Carentes de una claridad y un cuestionamiento suficientes, acaban explicando la burocratización del movimiento obrero únicamente a partir de las fallas políticas y de las traiciones de sus dirigentes o en razón de circunstancias desafortunadas, generalmente descriptas a partir de una filosofía histórica, que se reducen en lo esencial a dos nociones básicas: "el período de ascenso", en que "eso surge desde la base"; y el "período de reflujo" en que los revolucionarios tienen que luchar contra la corriente.

Cuando las condiciones de su creación estén dadas, el partido revolucionario será de inmediato "reconocido" por una importante parte de la vanguardia obrera como un instrumento indispensable de su lucha. La verificación de su realidad se llevará a cabo, pues, *en el nivel mismo de la lucha de clases*. Por el solo hecho de su creación, algo habrá cambiado en la relación de fuerzas. ¡Y la burguesía no dejará de reaccionar! Desconocer la necesidad de esta "contra-prueba" es perder lo esencial de la enseñanza científica del marxismo-leninismo. La creación del partido bolchevique se cumplió en condiciones históricas dadas y a continuación de una lucha política de largo aliento en el seno de la socialdemocracia. Ella dio nacimiento a formas organizativas enteramente nuevas. El bolchevismo se desarrolló sobre la base de un tipo particular de luchas, las que en cambio vieron la modificación de sus métodos y sus objetivos. Pretender crear hoy, íntegramente y en plazos previsibles, una organización

revolucionaria del proletariado en Francia, pretender estar en condiciones de reunir en lo inmediato el primer núcleo y comenzar a definir el programa, es una perspectiva utópica que presupone una ignorancia caracterizada del marxismo-leninismo y de la historia del movimiento obrero.

Junto a numerosos factores objetivos —condiciones de las luchas sociales, crisis políticas, etc.— hay que tener también en cuenta ciertos factores internacionales que podrían desempeñar un papel determinante. El triunfo de una revolución socialista, en cualquier potencia capitalista, tendría repercusiones en cadena sobre la evolución del movimiento obrero. Así mismo, el resurgimiento de corrientes revolucionarias proletarias en los países socialistas tendría una incidencia incalculable sobre este proceso. Tendríamos que volver en detalle a analizar las posibilidades de intervención de una agrupación de militantes comunistas revolucionarios en los diferentes sectores sociales y políticos. Pero queremos hacerlo sólo a partir de la adquisición de un mínimo de resultados prácticos. Quisiéramos evitar, lo máximo posible, ocupar nuestro lugar en la ya demasiada larga lista de corrientes y organizaciones de vanguardia que no han hecho sino formular críticas y promesas, y que en realidad terminaron con contentarse con dar vueltas de un modo desolador.

Suponiendo sin embargo que la historia nos condene a sufrir semejante suerte, preferiríamos entonces, como continuación de las cosas, guardar silencio y tal vez . . . el beneficio de la duda.

1966

DE UN SIGNO A OTRO (EXTRACTOS) *

¿Una *barra*, un trazo, pueden ser tomados legítimamente como un signo mínimo? Escorias de una instrumentalidad, punta o cuchillo, cuyo movimiento delimita claramente su extensión, no pueden convertirse en un material significante sino en tanto se utilicen en otro sistema. Por sí mismas, no disponen de ningún medio de articularse de modo coherente con sus semejantes.

Un *punto*. ¿De qué se trata? ¿Cómo definirlo de otro modo que por referencia a otra cosa? Entrecruzamiento de líneas. Marcha a la deriva . . .

Una *mancha*. Una mancha de contorno indefinido prestándose a cualquier reducción infinitesimal que la imaginación quisiera hacerle experimentar, al punto de negarse a tomar en consideración toda escisi-paridad que la transformaría en una multiplicidad de manchas. En resumen, un punto.

Una mancha se encuentra con otra mancha . . . ¿Qué se cuentan? . . . Encuentro imposible. Imposible imaginar incluso que otra pretenda existir.

Admitamos sin embargo que un duende maligno las obligue a enfrentarse . . . De sus inmediatos esponsales y sin remedio resultará el aniquilamiento de su multiplicidad.

Se vuelve al pantano de la mancha.

Son manchas éstas de las que puede decirse, por convención o por indiferencia, que son una única y misma mancha. ¿Un cuaderno está más manchado cuando contiene una multitud de manchas que estando pura y simplemente sumergido en un frasco de tinta?

Dejemos que prevalezca lo manchado e impida a lo uno y a lo múltiple que no puedan significar nada por sí mismos.

* Este texto fue compuesto a partir de reflexiones de todo tipo inspiradas por el seminario del Dr. Jacques Lacan. Lo esencial de su argumento se le comunicó en forma de carta el 8 de diciembre de 1961. Está centrado principalmente en el seminario del 26 de abril de 1955 que fuera publicado en 1957, en el volumen 2 de la revista *La Psychanalyse*, bajo el título de "La lettre volée", y retomando en los *Ecrits*, p. 11. La versión completa de este texto fue publicada en la revista *Recherches*, nº 2, 1966.

Qué importa el contenido con tal que se tenga el contorno.

A menos que el universo llegue a estar bruscamente sumergido en una noche de tinta infinita.

Policía de urgencia: *cogito ergo sum*. La sirena luminosa me salva por medio de algún contorno imperfecto esperando una respuesta a mi llamado . . .

¿Dios tiene contorno?

Si él es luz, no cabrían dudas: nuestras siluetas sospechosas recibiendo los matices de su perfección.

¿Pero y si es noche cerrada?

Policía de urgencia: *cogito ergo sum*. El negocio es cosa segura. Qué interesa el contenido, se tendrá el contorno. Esto es así desde hace mucho tiempo como para que se pueda volver sobre este asunto legítimamente. Hay prescripción: un año y un día hubiesen bastado, mientras que la cosa es oída desde hace trescientos treinta años.

Estas son las manchas que dispongo alrededor del Yo bajo la esplendente mirada de Dios. Me tomaré el cuidado de no captarlas sino por su contorno: con pinzas: operación delicada que requiere una preparación fenomenológico-matemática regular . . . Me extravío. Es imposible aislar un contorno de manchas de su soporte. Es una verdad de experiencia y creo que nadie puede hacer nada ahí. Dios, ¡tal vez! ¿Pero la exigencia de su perfección lo autoriza a tener que reparar en cosas tan insignificantes como las manchas?

Un tratamiento especial para el negro de la mancha: preservando el contorno, concede una autonomía provisoria al contenido permitiéndole ser utilizado a título de simple soporte del contorno, el tiempo justo de algunas traslaciones, luego es borrado y enseguida arrojado al exterior . . .

Las cosas se plantean más o menos así: tomo una mancha, la coloco sobre otra, vacío contra vacío, sus contornos vibran, vacilan, luego se funden en un curioso retorcimiento. Esto nos permite verificar de paso la ley según la cual el vacío, a diferencia del ser, es idéntico al vacío en cualquier punto de la extensión que se lo relacione.

Con un toque suplementario de pedantismo, diremos que el espacio vacío de su intersección tiende, en los límites, a devenir idéntico a la unión de sus partes no comunes, lo que hace que esta composición de conjunto sea designada por algunos lógicos como una prolongación.

Nos hemos provisto ya de un curioso instrumento que bautizaremos *punto-signo*, y cuyas características resumo:

es único e indivisible.

—ha sido engendrado por dos manchas madres previamente tratadas por el vacío,

interior varias falsas partes, a saber:

—un antihueco, común a sus padre y madre,

—dos antihuecos distintos, uno salido de su padre, el otro de su madre,

—estos dos últimos no forman más que uno con el primero y son, además, indistintos de la extensión pretendidamente exterior.

He aquí el signo. El signo de nada. Un signo que, al no remitirse más que a sí mismo, no remite a nada. Lleva la nada en su seno. Y, por esta razón, se vincula sin dificultad con otros signos, portadores de la misma nada. Aun cuando sea imposible distinguir los unos de los otros, podrían ser delimitados en virtud de una inexistencia únicamente fundada más allá de ellos mismos.

¿Se trata siempre de lo mismo? El movimiento de lo mismo a lo mismo no está ni siquiera garantizado en su identidad. No se trata solamente de un pasaje unívoco del vacío al vacío, sino igualmente de un acento, de un resquebrajamiento del ser en este pasaje. Nada se juega en la repetición: ni el destino de la nada, ni la salvación de un sentido llegado de otra parte.

En la medida en que son, todos los puntos-signos tendrán una tendencia a chocar y a partir en todas direcciones. Pero permanecerán a merced de los efectos de sentido que los petrificarán, tal la mirada de águila de una bandada de gorriones.

Hagamos un balance de nuestras adquisiciones. Las manchas se contaminaban irreversiblemente, los puntos-signos existen por sí mismos y se los puede marcar uno por otro. Sus falsas partes internas forman un seudo-campo dejándolos tomar una ilusoria distancia pero preservándolos de la relación narcisista de aniquilamiento.

A diferencia de las manchas-puntos, una *cadena de puntos-signos* se torna posible.

Como la mancha, lo uno y lo múltiple perdían su rostro y eran remitidos globalmente a la alternativa del ser y del no-ser. Era el triunfo maniqueísta de lo manchado.

Con el punto-signo, lo interior y lo exterior no eran más que uno en la plena nada, lo uno y lo múltiple se hicieron posible en la grafía. Abre la era del significante.

Un vacío ahondado por un antiagujero. La materialidad del signo no es más que el soporte de este órgano esencial.

Dos puntos-signos se acoplan sin que resulte de ello una efusión mortal que se sabe es inevitable con las manchas. Está ya fundado el *trazo unario*. ¿Podrá articularse con otro trazo unario? ¿Se encade-

narán, por ejemplo, para constituir una línea, una pista uniforme y sin referencia, todos los puntos de la cual serán equivalentes? Salvo dos de ellos: los que indican el comienzo y el fin de la cadena. Aun cuando se pueda plantear la equivalencia de una solución de continuidad y de una circularidad en razón de esta ley que identifica el hueco de adentro y la ausencia de determinación de afuera. En estas condiciones, cualquier punto de la línea podrá ser considerado, indirectamente, como un punto tangente de un corte.

De lo que se deduce que la pasión narcisista puede expresarse tanto por la repetición circular como por la suspensión de la muerte.

¿Qué es un punto-signo sino esta circularidad, exceptuando que está recortado por sí mismo, en el corazón de sí mismo?

Estar en condiciones de marcar la alternancia y su ruptura posibilita transcribir todas las lenguas. El más y el menos, lo blanco y lo negro, etc., nos bastan por lo común para operar con los sistemas binarios. Pero, ahora, es en lo esencial del signo que nos interesamos y no sobre su utilización sistemática. Por otra parte, ¿el más y el menos no son acaso instrumentos arcaicos? Exteriores uno de otro, están separados por un claro que desempeña, sin que lo parezca, un papel primordial: oculta el signo fundamental que queremos aprisionar.

Dejemos errar a la línea y consideremos el caso en que un trazo unario compuesto de dos puntos-signos, sea cruzado por otro trazo unario. ¡Operación compleja!

Tenemos aquí cuatro puntos-signos frente a frente: cada uno vacila en aparearse con sus dos vecinos inmediatos o, en diagonal, con el de enfrente. Los cuatro se apoyan en la barra central, tal como cuando uno se apoya en la plataforma de un autobús.

Esta distribución axial alrededor de un punto que no existe provoca algunos interrogantes.

¿Es indispensable que un solo entrecruzamiento necesite el empleo de cuatro puntos-signos?

Tomemos cada caso por separado.

1) Todo punto-signo apareado a la nada axial da: nada de nada.

2) Un solo punto-signo apareado a la nada axial, y este último es inmediatamente incorporado a las reservas de nada del punto signo. Correlativamente, la nada de nada del primer caso dispone de un soporte.

3) Dos puntos-signos forman un trazo unario.

4) Tres puntos-signos se funden en un solo trazo unario, o bien logran constituir un cruce. Y si no lo consiguen con tres, no habrá tampoco ninguna razón para que lo consigan mejor con cuatro. Del

mismo modo que se debió aceptar sin discusión el "cogito" y el contorno, se admitirá por axioma que existe "el *cruce*". Por tanto con tres signos bastará.

5) Cuatro signos y más serían redundantes; todo punto más allá del tercero puede fusionarse sin inconveniente con uno de los tres primeros. A menos que se quieran obtener varios cruces.

Sabemos que el cuadrado, para funcionar como cruce, tiene que suprimir necesariamente uno de sus polos. Es como la imagen de la muerte; al menos de esa especie de muerte que concede al jugador de bridge la posibilidad de hacer su juego con el del otro; aquí el muerto será relegado sin dificultad en la nada axial.

Olvidé el caso en que se hiciera proyectar números negativos de puntos-signos alrededor del punto axial vacío. Lo dejo al examen de los lectores curiosos y con iniciativa.

Un trazo unario caracterizado por un punto signo, tal es el signo de base.

El marcado, la castración, de cualquier forma que se quiera, de la barra primitiva constituye una reduplicación en exterioridad del marcado interno del punto-signo.

Un *más* es ahora posible. Un más de tres puntos o, si se quiere, un más amputado del cuarto de sí mismo.

Ahora podremos avanzar rápidamente. Tomemos un *menos*. ¿Qué es un menos, sino un más descruzado? En suma, ¿el menos valdría menos que un más?

Entre las características esenciales de los signos, se nos dice, las más importantes son su diferenciación y sus oposiciones distintivas. No es nuestro propósito contradecir a las autoridades en la materia, sino proponer con mayor modestia un prototipo único de signo que permitiera, sólo a él, explicar toda la creación.

En búsqueda del Dios-signo.

Una intermitente luz roja en la noche señala la alternancia en el fondo de una ausencia en ninguna parte afirmada positivamente. ¡Esto podría hacer creer que en efecto lo menos es mucho menos que un más!... ¡Por cierto!

Lo vacío, la ausencia, requieren disponer absolutamente de un soporte significante específico.

Una notación binaria, de hecho, se apoya siempre en tres elementos si se toma en consideración la existencia de la separación entre los signos. Adyacente al más y al menos, el espacio es constitutivo del signo. Es el signo del signo. ¿Podríamos reducir más allá una batería significante? ¿Podríamos por ejemplo, identificar lo menos a lo más?

Sea una cadena de puntos-signos, circular o no. Intentemos marcar en ella un punto de referencia por medio de más y menos entrecruzados de tal manera que su continuidad no sea alterada por ellos. Observemos que, hasta entonces, las coordenadas de adentro y de afuera para el punto-signo, no más que las de arriba y las de abajo para una cadena de puntos, no son irreversiblemente orientables.

Constituyamos una cadena de puntos-signos entrecruzados: los puntos-signos simétricamente dispuestos en relación a una línea de base constituida por los puntos que median no simétricos representarán, indiferentemente, las alternativas "más seguido de menos" o "menos seguido de más", también los encadenamientos de "más seguido de más", o "menos seguido de menos"

Escribiremos lo más: •°• y lo menos: °•° o a la inversa.

Los tres signos de partida de la batería binaria han sido convertidos en tres nuevos elementos:

1) Un signo de base único constituido por tres puntos-signos.

2) La posibilidad de la adyacencia de dos signos de base, es decir la supresión del *signo vacío*.

3) Una regla de encadenamiento que impone que la adyacencia de dos signos de base no puede operar más que en un solo punto, no pudiendo estar cada uno de ellos inmediatamente ligado a más de otros dos signos de base, lo que hace imposible la construcción de cruces de cadena e impide todo desarrollo de redes divergentes.

El punto-signo puede estar al mismo tiempo aquí y en otra parte, distinto o aglomerado. Material bruto del signo, no es significante por sí mismo. La posición de una simetría y de una desimetría no es posible, en cualquier nivel que sea, más que en una estructura compleja poniendo en acción de entrada al menos *tres signos de base*, o sea al menos seis puntos-signos con todas las complicaciones que cada uno de ellos implica.

Una misma estructura ternaria puede servir indiferentemente para representar el punto-signo, el signo de base y una cadena de tres signos de base encerrada en sí misma. Tomados en sí mismos, cada uno de estos elementos no es nada: un solo punto-signo oscila en desequilibrio entre el ser y la nada, un signo de base amenaza aglutinar sus tres puntos-signos o de dispersarlos, y una cadena triangular de tres signos puede, en cada instante, replegarse en dos signos, en uno sólo o en nada.

No se puede especificar la naturaleza y la identidad de la estructura considerada sino a partir de la llegada de un *cuarto término* que incentiva la ley de recurrencia.

La ley, la muerte, la clausura de la indeterminación actúan retrospectivamente a partir de la existencia de este cuarto término. La combinatoria se cierra: habrá que llevarla a otra parte, siempre más allá.

Si el punto-signo permanece abierto, probablemente sea en razón de la supresión de su polo cuaternario.

El punto-signo proyecta su sistema de corte interno-externo en una dimensión cero de la extensión.

Con el signo de base, lo que funda la posibilidad de una ambivalencia del tercer polo es un eje neutro. Si la primera dimensión es francamente utilizada en la linealidad escritural, no ocurre lo mismo con la segunda dimensión cuya utilización queda caracterizada por una profunda ambigüedad.

Cuando las dos valencias de un extremo de la cadena se mueven tal como los ojos vacilantes de una oruga, optan luego por una u otra de las articulaciones posibles, es una determinación irreversible que se toma para el eslabón considerado. Provoca una modificación, una especificación, un posible nuevo sentido para el conjunto de la cadena. ¿Qué sucede entonces con la segunda dimensión? Queda circunscripta a una delgada excrecencia, a una palpitación a lo largo de una línea de primera dimensión.

¿Puede hablarse acaso honestamente de su utilización en tales circunstancias? . . . ¡En un nivel ornamental, quizás! ¡Pero reparen en lo que queda de la escritura morse!

Las series de signos de base no tienen otra alternativa, en cuanto a su enganche diacrónico, que optar, de una vez por todas, por el par o el impar. Su mundo significante se concibe, como se ve, de un modo muy diferente a las cadenas, por ejemplo, de la química orgánica. Esta prohibición que pesa sobre la segunda dimensión hay que ponerla en relación con la que soporta la primera dimensión en el nivel del punto-signo: el marcado no puede operarse allí más que en una antidimensión.

El *efecto en cadena* de los signos de base en primera dimensión es sin duda una consecuencia externa de este proceso primario en el nivel de los puntos-signos. Hay ahí una serie de exigencias conexas cuya razón se me escapa.

Quizás sea uno de los misterios de la "transversalidad" que implica que el camino más corto, e incluso el único camino, entre dos puntos, sea un tercer punto inexistente.

¿Podemos decir del deseo de ser más o menos, o de ser más por el menos, o menos por lo más, podemos decir del falo que no podría desplegarse por otra parte más que en un espacio que impide,

por esencia, toda respesta no ambigua a la demanda, no obstante inevitable, de una dimensión suplementaria?

Pero si el signo escrito permanece intrínsecamente ligado al espacio que vincula y recorta según un perpetuo movimiento de retención, ¿ocurre lo mismo con los signos sonoros? ¿En qué se apoyan éstos? ¿Son de una naturaleza tal que les basta poner en acción un espacio nulo que sería lo propio del sujeto? ¿No hubiera sido más elegante imaginar nuestro signo de base con una forma menos engorrosa que la del triángulo: una curvatura por ejemplo, la esencia de una curva? Nuestra escritura se acercó a la que utilizan los físicos para traducir en efectos ondulatorios los fenómenos de alternancia y hubiera sido, además, más propicio al ensueño... Sol recortado sobre el horizonte, cuya luminosidad se prodiga en la búsqueda de una recomposición de su perdida unidad, ligándose a otro sol recortado...

Nuevamente el signo de base deriva hacia el punto-signo: contorno cortado de una mancha. Pero cortado de dos maneras distintas e irreductibles una a la otra: cortado por arriba, cortado por abajo... cortado adentro, cortado afuera...

El corte del punto-signo y la abertura del signo de base, ternario en tanto que corte y abertura ¿no se desarrollan en el seno de esta dimensión del no-ser que se supone duplica la extensión en todos los puntos?

¿La cuarta dimensión no sería otra cosa que esta dimensión cero? ¿Podemos concebir una dimensión "menos algo" como lugar del inconsciente: ombligo del sueño, como punto de pasaje del sujeto al ser?

¿Cómo alejarse de la tentación de reificar la dimensión de la falta? ¿Cómo preservar este enlace de toda ambigüedad que constituya el vaivén entre el "no del ser" y el "no del sentido"? ¿Cómo evitar la gran reconciliación, bajo la égida del Dios-Nada, de los apóstoles de la nada y los de la Santa Trinidad?

Con las lenguas constituidas, casi no hay lugar para sorpresas: del código al mensaje, la extensión de la significación —campo civilizado por excelencia— está surcado y cuadriculado en todos los sentidos; incluso las más finas sutilezas poéticas están en trance de ser ordenadas en la implacable batería significante...

Cualquier sobredeterminación de sentido podría, en principio, articularse rigurosamente en un sistema de signos tal que pudieran ser codificadas todas las variantes posibles.

Consideremos, por ejemplo, las partes fonéticas comunes de las dos frases siguientes:

—La BORD JOLI del río.[1]

—El senador BORGEAUD LIT en su cama.

Transcribámoslas, según un sistema binario muy primitivo (en realidad simple transcripción cifrada), aplicando el código siguiente:

BOR = +
JO = + +
LI = + + +
Separación entre dos sílabas = —
Separación entre dos palabras = — —

Escribiremos la parte en mayúsculas de la primer frase:

+ — — + + — + + +

mientras que la segunda se escribirá

+ — + + — — + + +

Pero modificando el código de la siguiente manera:

BOR = + ó + —
JO = + +
LI = + + + ó — + + +
Separación entre dos sílabas = —
Separación entre dos palabras = — —

podremos leer tanto lo extraído de la primera frase como lo de la segunda (así como el de una tercera "frase" que estuviera compuesta de tres fonemas tomados aisladamente como palabras) en *un solo* y mismo texto binario:

+ — — + + — — + + +

Notemos que, en casos más desarrollados que no podemos tratar aquí, donde se hiciera entrar un cierto número de datos de intervalos en la traducción, terminaríamos en problemas de interpretación cuestionando los cortes hechos no sólo dentro de las palabras sino igualmente dentro de los grupos de sílabas, lo que abriría la posibilidad de hacerse cargo de elementos de ambigüedad de naturaleza diferente.

Nuestro nuevo código contiene cuatro + y dos — suplementarios. El hecho de que haya sido necesario agregar ahí algo para unificar las traducciones de las variantes consideradas puede ser equilibrado con la necesidad de quitar algo al punto-mancha y a los trazos unarios entrecruzados para hacerlos funcionar de un modo significante. Los

[1] Este "bord joli" no es más que una amistosa caricatura del "Pôor(d) j'e-li" de Serge Leclaire. Véase *Psychanalyser*, edic. du Seuil, p. 112. [Hay ed. cast.: *Psicoanalizar*, México, Siglo XXI, 1970, p. 113.]

La versión íntegra de ambas frases sería: La LINDA ORILLA del río, y El senador BORGEAUD LEE en su cama, pero el análisis que hace el autor obliga a mantener los vocablos en versalita en el idioma original. [N. del T.]

fenómenos de multivalencia de sentido de un texto constituido parecen, pues, no darse cuenta de la antidimensión del corte puesto en acción con los puntos-signos y los signos de base.

¡Sin embargo, tiene que existir una vía de pasaje entre estos órdenes diferentes!

El ejemplo escogido habrá parecido un tanto infantil. Sin embargo, se puede admitir que un mecanismo del género que se ha tomado como ilustración, permite articular en cadenas binarias *cualquier tipo* de ambigüedad que concierna a los ritmos, acentuaciones, entonaciones, letras, fonemas, monemas, morfemas, semantemas, astucias, chistes, etcétera.

Imaginemos a un aficionado de un género particular que, en un concierto sinfónico, ponga sólo atención en la manera de tocar el bombo, los címbalos y el triángulo. Cronómetro en mano, contabilizaría con cuidado sus manifestaciones sucesivas. No es imposible que consiga reconstruir una referencia rigurosa al texto musical, a partir de la cual un buen músico podría encontrar el título del trozo, su autor, y ¿por qué no? la trama general de su escritura . . .

Para que tal prueba pueda ser realizada con éxito, sería necesario la reunión de un número determinado de condiciones:

—que la información poseída por el músico sobre los códigos musicales en circulación sea: 1º suficientemente coherente como para permitirle descifrar un texto orquestal a partir de uno de sus subconjuntos más pobres, 2º de una extensión tal que incluya la muestra propuesta;

—que la información proporcionada por el aficionado en cuestión, tanto por su cantidad como por su coherencia relativa a la estructura del texto, sea suficiente como para que exista un margen de seguridad tal que los factores coyunturales de ruido, cansancio, oportunidad, intuición, etc., sean reabsorbidos.

¡Por supuesto que estos diversos elementos de indecisión podrían ser casi completamente eliminados remplazando la atención del músico por una calculadora electrónica! ¡Los progresos del maquinismo no terminan de asombrarnos! No tenemos idea siquiera de los trabajos de bulldozer que pronto habrán de emprenderse en los bosques del espacio literario, dejando inanimados y sin alma, e incapaces de vincularse a nuestra alma . . . a los fonemas.

La mayoría de los sistemas de transcripción continúan subestimando la codificación de una cantidad de elementos significativos que son interpretados según la costumbre o según una apreciación personal.

Es el caso, por ejemplo, de la escritura musical, que como sabemos no fue sino en el curso de una larga evolución histórica que adoptó los elementos de intervalos, silencio, ritmo, etc., y que deja aún a la tradición oral la transmisión de indicaciones esenciales en materia de interpretación.

En verdad, la empresa de la racionalidad significante no se ejerce aún hoy, con una real tiranía, más que sobre los sectores particularmente expuestos de la producción y del consumo de masa.

Pero hay muchas razones para pensar que a medida que se desarrolle la informática, los sistemas de formalización rigurosa tenderán progresivamente a imponerse en todos los dominios de la existencia humana, permitiendo a cada uno de los antiguos valores de uso un tratamiento científico y tecnológico.

El sujeto individual habrá perdido entonces completamente su derecho natural al "consumo del sentido", cuya conquista culminara con el siglo de las luces.

El problema que seguirá planteado es el de su posible remplazo, a partir de otro status de la subjetividad, en los diversos niveles familiares, político, cultural, etc., en una sociedad que haya transformado totalmente las relaciones de producción existentes en las sociedades industriales contemporáneas.

Dentro de la circularidad de los procesos de la existencia humana y de los mecanismos sociales está preservada la potencialidad de un corte y de un resurgimiento de un deseo de grupo en ninguna parte actualizado en el orden de la determinación.

La historia está sólo en apariencia saturada de causas y efectos.

La imagen del pasaje de lo mismo a lo mismo, reflejado en el espejo de un surgimiento inminente de lo mismo a lo otro en estado naciente, aumenta su inercia hasta un punto de ruptura posible de las estructuras que lo soportan.

Algo que no podría autorizar, a quienquiera que sea, esperar de lo mismo a lo mismo, que por sí mismo, pueda salir de su status especular para abrirse a un orden ternario.

La dialéctica no funciona más que a partir de su tercer término que, en verdad, es su único tiempo real, los otros dos no son sino retrospecciones de sentido.

Hay que reconocer, además, que ella no tiene la certeza y majestad que algunos le conceden. No olvidemos que es un producto perecedero intransportable. Precario e ineluctable a la vez, se burla de las futilidades, accidentes, pústulas de sin-sentido que surgen en el ancho cuerpo de las determinaciones significantes de todo orden.

Los efectos de sentido múltiple, los problemas de traducción, los gustos y colores están directamente en función de la *cantidad de la falta de determinación unívoca* propia de los diferentes sistemas de codificación —cantidad diferencial. Podríamos ubicar idealmente a cada uno de ellos en una escala en cuyos extremos se encontrara, por un lado, un sistema de transcripción absolutamente vacío donde un solo signo estaría encargado de representar cualquier cosa, y por el otro, una transcripción cifrada absolutamente rigurosa, sin dejar lugar a ningún tipo de libertad de interpretación.

El lector —individuo, grupo o máquina— no puede unificar los diferentes sistemas de lectura a los cuales está confrontado sino en tanto que diferencie y enriquezca sus claves de interpretación.

Tendencialmente, ya ninguna respuesta, ningún gesto, surgen naturalmente: cada uno de ellos implica interpretaciones en múltiples niveles.

A pesar de todas las apariencias, el crecimiento económico, considerado en un largo período histórico, no marcha en el sentido de un empobrecimiento de las baterías significantes de referencia de los individuos.

La uniformación, la mediocridad, la mezquindad que caracteriza a las sociedades de consumo no son inherentes al progreso técnico, sino a un orden social incapaz de desarrollar la producción en un marco que transforme sus propias finalidades subjetivas.

Podrá decirse del trabajo en cadena, el día que haya desaparecido, que no fue sino una etapa en que el gesto humano fue utilizado en remplazo de una articulación significante, el tiempo justo en que la máquina socio-industrial encontró por fin el medio de enunciarla, situarla, interpretarla e integrarla.

Frente a la prodigiosa expansión de las ciencias y las técnicas, la posición exigida por las colectividades humanas, en el proceso de producción, es la del sujeto.

El desconocimiento de esta exigencia es correlativo a la persistencia del antagonismo entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción inherentes a las sociedades divididas en clases y a las sociedades burocratizadas.

Las mejoras, el aumento del nivel de vida, no hacen más que exacerbar la exigencia inconsciente de una paridad subjetiva entre el objeto todopoderoso de la producción y un deseo humano sistemáticamente descalificado. Escándalo doble por la desigualdad del proceso según las posiciones respectivas de los diversos grupos sociales en el campo de las relaciones económicas.

Una prefiguración de un posible modo de reapropiación subjetiva de los significantes objetales nos la proporciona la comunidad científica. La *enunciación colectiva* de la física teórica, por ejemplo, compone y recompone permanentemente una gigantesca máquina significante donde las máquinas propiamente dichas y el significante están indisolublemente intrincados, capaces de interceptar e interpretar todas las manifestaciones teóricamente aberrantes de las partículas elementales. Estas no sólo manifiestan su incapacidad en suministrar una explicación plausible de su comportamiento sino, en casos recientes, pareciera que su posibilidad de existir depende de la empresa técnico-teórica misma.

Diferente en esto de la alquimia del deseo que prefiere desprenderse de sus objetos antes que aniquilarse, la superracionalizada significante reengendra los suyos a medida que los suprime.

Los *objetos institucionales*, producidos y mantenidos por el hecho de la hegemonía de una clase social sobre las demás, no tienen tal plasticidad: su vida y muerte no dependen de un análisis racional, sino de tensiones, de conflictos, de los que no podríamos darnos cuenta de un modo satisfactorio sin recurrir a una lógica dialéctica susceptible de integrar los efectos de sin-sentido.

Las ciencias humanas, fieles a un ideal científico perimido, hacen denodados esfuerzos para construir aparatos conceptuales que permitan aprisionar su objeto fuera de todas las turbulencias de la irracionalidad. En la práctica, sus investigadores sólo consiguen precaverse a sí mismos contra toda confrontación con las diferencias y singularidades del sujeto. Exceptuando al freudismo, estas ciencias eluden por lo general el problema de la puesta al día de una metodología que les sea específica.

Una más justa posición de escucha les daría la posibilidad de medir la incidencia radical e irreductible del hecho subjetivo en cada uno de sus objetos de investigación. Si se ha podido decir del mundo que no está matematizado, sino que sólo es "matematizable por nuestra mente a condición de tolerar en él las latitudes necesarias" (Robert Gérard), hay que admitir que a diferencia de, por ejemplo, las partículas elementales, el sujeto humano dispone de una capacidad de autorreferencia que le da la posibilidad de establecer sus propios sistemas normativos, pasar de uno a otro, evitar el que lo amenaza acorralarlo, escoger el que lo hace soñar.

Las leyes antropológicas no hallarán su certeza y coherencia con la historia sino en tanto que su axiomática deje el lugar de honor a la eventualidad, imprevisible pero siempre inminente, de su abertura a un espacio de sin-sentido y a la posibilidad para otra subjetividad

—o tercera— de prever sus golpes, de contrarrestar sus efectos repetitivos, en una palabra, de fundarlas de modo diferente.

El lector, en todo momento, puede devenir lectura. El sujeto es transferido a todos los cruces faltantes del significante. Ningún término, ni siquiera la muerte, puede estar librado a esta persecución. ¡Lo imaginario sólo puede entregarnos atados de pies y manos al sujeto tal como el mismo Dios lo hubiera hecho, aquel día, de no haber estado de tan mal ánimo!

Comparadas con un sujeto tan hondamente perverso, las partículas harán el papel de ángel. Aun cuando finjan, no se les puede hacer ningún reproche; están ahí para nada; no piden nada a nadie, y la nada que proponen es muy distinta. Son dóciles y sin segundas intenciones respecto de la ley, al menos en tanto que ésta tenga cuidado de dejarles las famosas "latitudes necesarias". En el caso de que estallara un conflicto, llevarán su espíritu de conciliación hasta escoger sus abogados en el seno mismo de la teoría que las apunta, dejando a sus contradictores que se las arreglen como puedan.

Después de todo, la comparación saca más las partículas del lado del sujeto que el individuo de un lado de un objeto cuya acepción ordinaria, realista y arcaica, es heredada de la extensión cartesiana. Aun cuando de un modo diferente al objeto del deseo humano, definido como deseo de otro, los objetos de la física teórica igualmente no están menos regidos por un principio de alteridad que les impide toda posibilidad de entrecruzarse entre sí mismos sin hacer estallar su propia identidad.

¡En resumen, no les falta más que la palabra! ¡Pero considerando el uso que hacemos de ella, quizás no sea lo esencial! Por lo menos cuando se trata de la fundación de un orden simbólico que se propone explicitar la estrategia del deseo. Una vez roto el hilo de las explicaciones causalistas de la psicología universitaria concebidas al modo del enhebrado de perlas, tal vez no está de más esperar que llegue un día en que se opere una unión entre la metodología del "Nuevo espíritu científico" y una semiología antropológica.

Más acá de su acceso al discurso, el niño no dispone sino de algunas oposiciones distintivas para ubicar su mundo y orientarse en la selva de su lengua materna. A cada elemento de su lectura corresponden, en su relación con el otro, varias significaciones equivalentes o ambivalentes. Su palabra surge en el orden de la sobredeterminación simbólica. Es sujeto de relaciones inconscientes tejidas alrededor y a partir de él.

Se constituirá en la opacidad de sí mismo y de lo ya visto sólo a partir del momento en que incorpore y reifique las ambivalencias

relacionales y lingüísticas ambientes, donde hará suya esta mala ley del grupo que da fuerza de ley a sus prohibiciones contingentes y a sus exigencias estructurales. Su verdadero nacimiento coincide con el tiempo en que, apoyándose en el orden social, cierra y suelda las fallas del sin-sentido que se abrían en este espacio desfalleciente que detectamos en la esencia del signo.

Sólo en las pruebas del deseo, del sueño y de la muerte, arriesgará de nuevo una mirada furtiva y angustiosa más allá del espejo de significaciones.

En todos estos cruces peligrosos de lo imaginario se replanteará la cuestión de la duplicidad fundamental del sujeto en su relación al significante.

Mientras que por el lado de lo real todas las lecturas, equivalentes en derecho, se relacionan a una misma textura factual, incapaz de fundar una libertad cualquiera de indeterminación, por el lado del lugar de entrecruzamiento del texto y de la escucha, la cadena significante, herida permanentemente por este principio de indecisión, sangra en el punto donde el sujeto se temporaliza.

Ninguno de estos dos aspectos podría oponerse uno al otro. Continúan en una misma prolongación. Se encuentra aquí una nueva traición de la demanda de otro espacio: la tercera dimensión es alcanzada en el momento que el comportamiento humano se cree mejor asegurado para disponer de un campo en profundidad.

No se le puede dar ninguna garantía ya que lo de adentro y lo de afuera no se invertirán, dejándolo sin recurso en los sufrimientos de la angustia y la locura.

A diferencia de la máquina, la estructura no tiene disposición de remitir al sujeto. La falta de articulaciones internas se basta a sí misma: no se abre a nada de particular, permanece sencillamente disponible en el límite de su lógica interna. Al examen del sujeto, los fenómenos estructurales oponen la inercia de la repetición o buscan vías de deformación que no los modificarían fundamentalmente. A diferencia de las máquinas y de los organismos vivientes, el principio de su transformación no está inscripto en el centro de la ley que las funda sino en una ley articulada más allá de sí mismas. Su alteridad de exterioridad no es de la misma naturaleza que la que está en la raíz de la subjetividad. El espacio que la subtiende es estéril, ninguna dimensión en más o en menos podrá serle solicitada. El sin-sentido de su cotidianeidad no es de la misma naturaleza que el del deseo. El mundo de cada uno en sí y de cada uno para sí desarrolla fantasmas mortíferos que ponen en acción una muerte que no es de la misma naturaleza que la que nos acecha en la raíz del deseo.

Una vez que la existencia humana ha sido arrojada al mercado no puede recuperarse más. Por lo tanto es legítimo intentar la creación del orden de las significaciones colectivas e individuales sobre bases económicas y sociales, y relacionar los mitos y los fantasmas con análisis estructurales de relaciones elementales del parentesco o con una causalidad psíquica inconsciente.

Queda el que nada, ni siquiera la dialéctica, podrá dar cuenta de la capacidad de un sujeto para articularse en un código a partir de otro código.

En la matriz de toda racionalidad se halla esta lógica de la alteridad en que todo puede depender de nada o de no gran cosa y donde la creación *ex-nihilo* del significante constituye el absoluto previo de toda posible inserción de un hecho o de un ser en un campo de determinación irrecusable.

La misma cadena significante informada por un niño, un adulto, un "primitivo", un artista o un matemático, despliega un conjunto de significaciones que transita cada hecho, lo modifica, lo anula, hasta lo recrea, sin garantizar su status existencial.

El ser como la nada no tienen, por sí mismos, nada que decir. El significante se pronuncia por su cuenta a partir de conjuntos totalizantes-destotalizados susceptibles de metabolizarlos en un juego indefinido de desplazamientos de una estructura a otra.

Para el signo el ser constituye el único punto de equilibrio en que la determinación puede, bajo ciertas condiciones, volver a jugar. Un fonema de más o de menos, y mi destino está ya modificado completamente. Una sola palabra sobre el amor o la muerte, y ya surgen otra lógica y otro espacio.

¿Diremos del signo que su existencia precede a la esencia de la relación intersubjetiva? Es inútil abordar esta cuestión a partir de la lógica del "ya visto", donde lo mismo tiene por misión identificarse con lo mismo, lo otro con lo otro, y en que las relaciones de lo mismo con lo otro están transcriptas en un sistema cuya primera pretensión es excluir el deseo. El sacrosanto principio del tercero excluido parece en sí mismo correlativo de la necesidad, para las cadenas significantes, de sujetar el punto-tercero del signo mínimo y desarrollarse sólo como negación y exterioridad del espacio del corte.

El signo ahoga su magia; las palabras y las frases suturan la ausencia; lo vulnerable de sus significaciones caleidoscópicas infiltra los defectos y fallas del cuerpo de las leyes naturales y humanas.

El inconsciente se asusta y se cierra. El ser-para-la estructura retoma sus derechos y uno habla, de nuevo, como si nada fuera.

Operación que necesita de la llegada del signo al lenguaje: un esparadrapo sobre la herida del deseo.

A decir verdad, al sujeto no le disgusta ser sacudido por el signo. Finge olvidar su primitiva relación con la dimensión menos uno del deseo e imita su conversión a las dimensiones visibles y audibles de la escritura y del lenguaje. Esta astucia le permite refundarse parcialmente como deseo puesto que lo conduce a la búsqueda compulsiva de una trasgresión de la ley de los signos gozando en cambio de sus efectos punitivos.

El sujeto no queda nunca totalmente prisionero de sus cadenas significantes —traslúcidas, asépticas, imputrescibles e intemporales—, no logra sentirse cómodo allí. No trabaja sino con objetos menos nobles. Su lugar predilecto es el menos que nada y, para sostenerlo, su caballero preferido, es la carne abombada, hasta un poco descompuesta.

El "yo" se burla de nada.

La palabra engañosa sólo lo seduce en su primera verdad, desde que se empecina en convertirse en engaño necesario; tomando así fuerza de ley, se abandona y consagra, por provocación... a la virtud.

Por pura casualidad, el diablo había estado apostado allí para satisfacer todas las necesidades en la materia: con sus filones agotados, tuvo que aceptar su impotencia y renunciar a su sacerdocio en un mundo que integró, desde hace muchísimo tiempo, sus efectos de variación en todos los eslabones de la vida cotidiana.

Recordamos aquí el respeto con el cual los músicos del siglo XII evitaban el "Diabolus in musica" y lo que pronto le siguió, ¡desde el Ars Nova a los dodecafonistas!

La eternidad toda en uno, cortada de raíz, en dos tiempos tres movimientos.

Tomado por el otro en el borde de mí mismo, refluyo al otro extremo de la cadena. Las coordenadas se entrecruzan. El yo por yo no era un posible milagro más que en la intimidad del otro por yo. Pero este otro, en tanto que remite a un otro por otro, a partir del cual toda referencia es imposible, me prohíbe toda seguridad en cuanto a la posición verídica del sujeto y me deja prisionero del vértigo de un eterno retorno a mis primeras efusiones con la muerte.

El sujeto sueña con suprimirse en el objeto del deseo como el signo se hunde en la nada.

El signo, decantado de su exterioridad y referido a su corte esencial, ¿es fundamentalmente diferente del sujeto deseante? ¿Tanto uno como otro no van a buscar del lado del otro una identidad prestada

que les permita, llegado el caso, diferenciarse uno de otro? Obligado a articularse para fundar una cadena significante ¿no disponen del mismo principio de inmanencia que les ahorra disolverse?

Uno y múltiple alternativamente, en un espacio que no conoce ni alternativa ni exclusiva, el signo del sujeto y el sujeto del signo se articulan de este lado del antes, del durante y el después, en la raíz misma de la temporalización.

Un pie sobre lo mismo, tropiezo con lo otro. Justo a tiempo para asegurarme una ilusoria perennidad. Una ligera presión sobre la última tecla deja tras ella una estela estroboscópica como una cinta en los rayos de la bicicleta de un conscripto de juerga.

El deseo de nada. La recolección de todo lo que no se mantiene en pie. Una aproximación de la muerte como reverso del deslizamiento de lo mismo a lo otro. Otro mundo en que la muerte hubiera escogido ser el sujeto y el sujeto ser la muerte.

Males del yo frente a la muerte. Emoción de las palabras de la muerte en el límite de la muerte de las palabras... Falo y momia, blasones risibles de la caballería de la desesperación.

Humilde y piadosa resurrección como la efusión del sujeto y del objeto parcial. A diferencia del encuentro entre el trazo unario y el tercer punto, ella presupone una irreparable fisura del campo de las demandas codificables. El sujeto acepta con una especie de indiferencia rebajarse a dimensiones que le son extrañas y dentro de las cuales se hará empaquetar y consumir en un nivel de instancias de las que luego será muy difícil sacarlo.

¿La reconciliación entre el signo y el sujeto sobre un tercer objeto no es de tal naturaleza que satisface a los espíritus más exigentes en materia dialéctica?

Nos consume el deseo de celebrar la paz sellada entre las manchas y los puntos, el ser y la nada, Dios y algunos otros personajes. Pero considerando la cosa de más cerca, no puede ocultarse su carácter de grotesca mistificación: cada uno trabaja en eso para sí —a pesar de la imposibilidad del sí— y nunca se asegura nada sino por un recurso, hasta perderse de vista, en una pseudo alteridad.

a no poder expresarse sino por su intermediario. Vimos, por ejemplo, que es imposible significar la alteridad del signo sin sacarla del

El exclusivismo de los signos es tal que la alteridad está condenada signo mismo.

Los últimos reductos de la alteridad no son más que pura serialidad.

Alternativa, falso pretexto, fuga adelante... la existencia humana, en su búsqueda de un fundamento, más que en sí misma encuentra

su salvación en el próximo, el cual, a pesar de las apariencias, nunca está auténticamente dispuesto a ponerse al servicio de lo mismo en lo mismo.

Para intentar provocar las famosas reacciones en cadena del deseo, el sujeto se arriesga al engaño: juego de tríadas más o menos míticas.

Copulados-copulantes, vamos al encuentro del ser, teniendo gran cuidado de la integridad de los soportes singulares de un universalismo cuyo Dios de la furia y de la caída, ganado por un acceso súbito de remordimientos, se supone habernos provisto a último momento.

Paraíso perdido del plan de referencias de una alteridad que no cabe en mí, de un otro por lo otro irreductible a las categorías de la identificación, de algo en la esencia del otro y del yo que impediría categóricamente la disolución de la alteridad...

Nada subsiste de esta epopeya sino una amargura indeleble y dos anillos de oro, testigos irrecusables de otro origen: el corte, preservado como concepto, y el sueño. Este matrimonio de interés del signo y del sujeto tendrá dificultad en hacernos olvidar la imposible pasión de lo mismo por lo otro. Dote del sujeto o rescate del signo, el compromiso no se negocia en una cópula exterior tanto a uno como a otro, sino tributario de cada uno de ellos para existir. Permitió la instauración de un culto pagano de íconos que tienen por misión encarnar la alteridad. Llevó a la prohibición de todo goce de lo mismo a lo mismo de lo uno por lo otro.

¡Los signos no son sinceros, ocultan sus verdaderas intenciones respecto del ser, el que, a pesar de todo, está obligado a pasar por ellos! Sólo el "yo" es capaz, en cierta medida, de desbaratar sus maniobras. Los interpela hasta el punto mismo del corte que funda su engaño: "Duende maligno, tanto como quieras, tu mentira me funda puesto que la verdad de tu incertidumbre es la única en la que puedo reconocerme".

Los signos le guardan rencor al sujeto en tanto no se pliegue a ellos sin reservas. No pierden oportunidad de hacerle sentir la poca nobleza de sus orígenes. Seguros de su empresa sobre el ser, lo desorientan en el registro del conocer. Abusan de su privilegio de ser los únicos en acceder más allá del sentido común.

Cualesquiera sean las posiciones honoríficas, los muertos experimentan un resentimiento por el hecho de su mutilación en nombre de los intereses superiores del significante.

En este punto, también el sexo está en condiciones de dar su opinión. Pero lo hace de un modo tan intempestivo que estamos obli-

gados a recordarle el respeto al orden establecido. Con él, las cosas se arreglan de una manera tan fácil que está persuadido de trabajar para el bien público. Además, no tendría de qué quejarse, ¿su semblante de eternidad no le conferiría acaso una envidiable autoridad?

Sucede a veces que locos, perversos e iluminados se identifican a las insignias del sujeto y rompen su silencio. Habiendo partido para testimoniar una verdad más allá del principio del signo, se los reencuentra más tarde o más temprano, con las tripas en la mano, y definitivamente ocupados en las cosas del espíritu.

En estas condiciones, ¿Cómo quieren Uds. que lo mismo y su semejante estén tentados de ir más lejos? Al igual que la cadena significante, renuncia a toda profundidad. ¡Apenas si se atreven a desarrollarse en más de una dimensión!

Los submundos se precipitan dentro del corte primordial del signo. Apenas presentidos, las pulsaciones de lo mismo a lo otro se detienen sobre las aristas del discurso y velan el deseo.

Nada vuelve a nada. Todo se presenta como algo. Lo verdadero queda en suspenso en la cicatriz del no-retorno. ¡Es imposible jugar el todo por la nada!

Por excepción, el sujeto será recuperado en el punto en que toda significación es vuelta inoperante, en el punto de saturación de la confusión del sentido; reino de nubes y de manchas: toda distinción es de nuevo impracticable, la impasse indaga en la duplicidad de la totalización.

Una arruga, una grieta, una vacuola en la superficie de nada, el presentimiento de la inanidad. Ni vista ni conocida, la nada reconstruye la superficie, prepara una escena y se ofrece en espectáculo por medio de fantasmas que, para alentar el deseo, despliegan un espacio imaginario en coordenadas polivalentes y desmultiplicables al infinito.

Se pudo decir del ser que estaba agujereado.

Se pensó enseguida en los trogloditas y en el gruyere.

¡Nada que ver!

En rigor, una anamorfosis sobre el gastado tema de "engaña la vista" en compañía de "engaña la muerte" (Trompe-la-mort).*

1966

* En francés "Trompe-L'œil" significan: apariencia engañosa, cosa que produce una ilusión visual; y "trompe-la-mort" significa: "persona que escapa a la muerte, que la muerte no logra alcanzar". [N. del T.]

EL GRUPO Y LA PERSONA (BALANCE DESHILVANADO)*

Tomar la palabra, después de tantos otros, sobre el tema de la cuestión social, de la responsabilidad de los individuos, de los militantes, de los grupos, etc., provoca enseguida una especie de inhibición. El campo está minado; escudados en sus posiciones militantes, una multitud de interlocutores potenciales preguntan: ¿con qué derecho? ¿por qué se mete en lo que no es de su incumbencia? ¿adónde quiere llevarnos? Por su lado, los universitarios profesionales están ahí para recordarnos la modestia, para imponer una restricción sistemática a todo tratamiento aunque sea poco ambicioso de los problemas.

Incluso no necesariamente ambicioso, sino "responsable". Se estudiará, por ejemplo, tal o cual texto de Marx, o de Freud, se lo estudiará en profundidad, se lo situará en el movimiento general de la obra y de la época, pero muy raros serán quienes acepten proseguir el examen hasta sus consecuencias actuales, en sus implicaciones, por ejemplo, en relación con la evolución del imperialismo y de los países del tercer mundo, o de tal o cual modo de pensamiento actual, etcétera.

En diferentes lugares y circunstancias, he anticipado algunas cosas; por ejemplo, hablé de los "elementos de aceptación del superyó", de la capacidad de los grupos sometidos de dar su pleno efecto al superyó individual. Intenté proponer protocolos de análisis institucional, buscando aliviar la presión de esa tenaza con mayor o menor éxito. Hoy desearía agregar algo, pero de nuevo esta inhibición... ¿Cómo tomarla? Tratar de que se exprese a medida que las ideas me vayan viniendo...

He aquí un primer interrogante: ¿qué es lo que puede hacer-*les* esto? ¿Tengo verdaderamente necesidad de exponer de nuevo, de exponerme?

La gente, los grupos que conocí, con los cuales polemicé, siguen en sus asuntos y se preocupan bien poco de esta cuestión del análisis institucional; la historia sigue su curso, los grupos tienen una ten-

* Informe de una exposición oral hecha en La Borde, en 1966, ante un grupo de trabajo, y retomada por escrito en abril de 1968.

dencia a moverse según una rutina hasta que los obstáculos externos o internos modifican de un modo o de otro su trayectoria.

Pero, por otra parte, esto no es completamente exacto: los grupos militantes con los cuales seguí vinculado, los grupos de terapia institucional y los de la FGERI,[1] no fueron insensibles a esta temática; sencillamente la toman por lo que es en definitiva, ciertas ideas sacadas de aquí y de allá de Marx, de Freud, de Lacan, de la crítica troskista, etc. Algunos piensan incluso que hay ya demasiadas cosas como para que se les agreguen otras, el tiempo del metabolismo de esas pocas ideas daría una conveniente libertad para otras reflexiones.

Pero se me ocurre que, muy por el contrario, estos temas no están suficientemente elaborados, y corremos el peligro de dilapidar y comprometer nuestro esfuerzo de reflexión colectiva, dejándonos dispersar por las corrientes de pensamiento de inspiración psicosociológica o permitiendo que nos atrapen las exigencias superyoicas de los grupos militantes puros y duros . . .

Un perseguidor puro y duro: Louis Althusser.

"La revolución proletaria también tiene necesidad de militantes que sean sabios (materialismo histórico) y filósofos (materialismo dialéctico) que ayuden a defender y desarrollar la teoría [. . .] La fusión de la teoría marxista y del movimiento obrero es el mayor acontecimiento de toda la historia de la lucha de clases y prácticamente, por lo tanto, de toda la historia humana (Primeros efectos: las revoluciones socialistas) [. . .] La filosofía representa la lucha de clases en la teoría [. . .] Una sola expresión puede resumir la función dominante de la práctica filosófica: «*trazar una línea de demarcación*» entre las ideas verdaderas y las ideas falsas. La frase es de Lenín [. . .] Toda la lucha de clases puede a veces resumirse en la lucha por una palabra o contra una palabra. Algunas palabras luchan entre ellas como enemigos. Otras palabras dan lugar a un *equívoco*: la apuesta por una batalla decisiva pero indecisa [. . .]"[2]

¡Es una advertencia a los aficionados! Sin embargo me gustaría decir las cosas según me vengan a la cabeza, sin tantas precauciones, pero ya estoy prevenido. Sin saberlo, los problemas de la lucha de clases me acechan en la esquina, tanto más cuanto que los intelectuales no tienen lo que Althusser llama el "instinto de clase". De modo que la lucha de clases podría reducirse a un enfrentamiento de clases, de expresiones, los de "la clase" y los de la burguesía. ¿Es

[1] Fédération des groupes d'étude et de recherche institutionelle. Edita la revista *Recherches*.

[2] *La Filosofía como arma de la revolución*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, nº 4, pp. 11, 13, 16, 18 y 19.

Citas de atacante . . .

en verdad tan grave decir cualquier cosa? Un grupo troskista me hace el honor de dedicarme más de la mitad de las dieciséis páginas de una de sus publicaciones para denunciar con vehemencia mis elucubraciones sobre la subjetividad de grupo. Me sentí deshecho bajo sus acusaciones: ¡pequeñoburgués, idealista impenitente, elemento irresponsable! Tus herejías teóricas amenazan engañar a los buenos militantes.[3] Se me compara con Henri de Man, es decir un colaborador de los nazis, condenado a trabajos forzados por contumaz después de la guerra . . . ¡Para qué seguir!

Hay que persistir en el camino. Mis inhibiciones, como se ve, no alcanzan a expresarse sino a instancias de enunciados exteriores, y puesto que tengo que debatirme con citas, escogeré otras, en una perspectiva salvadora: "Cada vez que se manifiesta una enérgica tendencia a las formaciones colectivas, las neurosis se atenúan e incluso pueden desaparecer provisoriamente. Por otra parte hemos intentado, con razón, utilizar con un fin terapéutico esta hostilidad entre la neurosis y la formación colectiva. Incluso aquel que no lamenta la desaparición de las ilusiones religiosas en el mundo moderno convendrá que en tanto que estas ilusiones conservaban su fuerza, constituían, para los que vivían bajo su dominio, la mejor protección contra las neurosis. Inclusive no es difícil reconocer en todas las adhesiones a sectas o comunidades místico religiosas . . . la expresión de una búsqueda de remedios indirectos contra todo tipo de neurosis. Todo esto se vincula con las tendencias sexuales directas y con las tendencias sexuales obstruidas". . .[4]

Como ven, Freud no disociaba el problema de la neurosis de lo que ha sido traducido con el término de "formación colectiva". Para él existe una serie continua entre el estado amoroso, la hipnosis y la formación colectiva. Aquí es donde retomo el aliento. Freud tal vez me autorice a decir algo y a asociar libremente sobre estos temas. Pero los perseguidores se adueñan nuevamente del micrófono: "Todo esto estará muy bien a nivel de la neurosis, hasta de la terapia institucional, pero no tienes el derecho a decir nada con relación al campo altamente responsable de la teoría del movimiento obrero, o en el campo de la lucha de clases [. . .]"

[3] *Cahiers de la Verité*, serie Ciencias humanas y lucha de clases, nº 1, gerente: Pierre Lambert: "De hecho, las teorías de Guattari y sus seguidores son en sí mismas una alienación [. . .]" pág. 16.

[4] Freud, *Essais de Psychanalyse*, «Psychologie collective et analyse du moi». Payot, 1948, p. 160. [En español, *Obras Completas*, citada, t. I, pp. 1178-1179.]

y citas de "defensores" (Freud, Marx)

El punto en el que me siento más inseguro y sobre el que los grupos militantes serán más intransigentes, es el de la subjetividad de grupo. "La producción tampoco es sólo particular. Por el contrario, es siempre un organismo social determinado, un *sujeto social* que actúa en un conjunto más o menos grande, más o menos pobre, de ramas de producción." [5] ¡Oh! claro que sé que cuando Marx habla así de sujeto social, no lo entiende en el sentido que yo le he dado, con un correlato de fantasmatización, con todo un aspecto de creacionismo social que intenté esquematizar en la "transversalidad" Pero, de todos modos, me complace reconocer que este resurgimiento de la subjetividad ya no pertenece más al "joven Marx".

Véase cómo este pequeño juego de citas se refleja en un registro inconsciente. Bastó que los anunciara para que el espectro de la culpabilidad se aleje, estatua del Comendador víctima de las intemperies, y bueno, en adelante diré algo por mi propia cuenta. No es mi intención la de fundar teóricamente, con las instancias de lo inconsciente, la articulación intrínseca de los procesos históricos. ¡Para mí es algo muy cercano, muy evidente! La trama misma de mi existencia más íntima está hecha de acontecimientos de la historia contemporánea, por lo menos de la que me ha dejado sus huellas de diversas formas. Mis fantasmas están modelados por el "complejo de 1936", por ese libro maravilloso de León Trotski que es *Mi vida*, por todas las elucubraciones extraordinarias de la Liberación, sobre todo las de los albergues de juventud, de los grupos anarquistas, UJRF, por los grupos troskistas, por las brigadas yugoeslavas, y luego toda la epopeya de la "oposición comunista", el XX Congreso del PCUS, la guerra de Argelia, la de Vietnam, la izquierda de la UNEF, etc...

Y sin embargo, también me gusta mucha esa especie de intimidad de un Descartes en búsqueda de un punto de apoyo en sí mismo; me atrae toda esa literatura ultraintimisma, Proust, Gide; soy un apasionado por Jarry, Kafka, Joyce, S. Beckett, Blanchot, Artaud (así como Fauré, Debussy, Ravel). ¿Pero entonces? Estoy cortado en dos, la cosa está clara: pequeñoburgués, he flirteado con esta o aquella corriente del movimiento obrero guardando dentro de mí, como posesión propia, toda una pertenencia a la ideología de la clase dominante. Si Althusser hubiera pasado por allí, se hubiera producido la decantación y acaso me hallara en las apretadas filas de los productores de teoría, esos agentes indispensables de toda revolución social. Desde allí se puede recomenzar desde el principio. La angustia

[5] Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (borrador), t. I, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, p. 6.

se perfila de nuevo. ¿Hablar en nombre de qué? ¿No soy acaso nada más que uno de esos aborrecibles agentes de la ideología universitaria, de la ideología burguesa, que quieren tender un puente entre las clases y contribuir así a la integración de la clase obrera en el orden burgués?

Otra figura bienhechora: también admiro mucho a Sartre. Esto se vuelve casi difícil confesarlo. Admiro a Sartre no tanto por la coherencia de su aporte teórico, sino al contrario, por todos sus zig-zags, todos sus errores, toda su buena fe en el error, desde *Los comunistas y la paz* y *La náusea* hasta su intento de integrar la dialéctica marxista en la totalidad de la corriente filosófica, un fracaso sin duda alguna. Admiro a Sartre por la razón misma de su fracaso; me parece que se lanzó en medio de exigencias contradictorias que lo atormentaban, quedando allí atrapado; que no resolvió ningún problema pero no cayó nunca en la elegancia del estructuralismo o en las verdades dogmáticas del pensamiento de Mao Tsé-tung. Los tropiezos de Sartre, sus ingenuidades o su vehemencia, tienen para mí un enorme valor. Y ya estoy rodando por la pendiente: el humanismo, la salvaguardia de los valores, etcétera.

Por supuesto de que a condición de que el inconsciente individual y la historia no se comuniquen entre sí, la topología de la cinta de Moebius, tal como Lacan lo puso de relieve, no sea una vía de paso de uno a la otra... Plantear esta cuestión es para mí un artificio, puesto que estoy persuadido —la experiencia de las neurosis graves y las psicosis lo indican de una manera formal— que más allá del Yo el sujeto estalla por los cuatro puntos del universo histórico; el delirante se pone a hablar lenguas extranjeras, alucina la historia: los conflictos de clase, las guerras, se convierten en los instrumentos de la expresión de sí mismo.

Acaso todo esto sea verdadero en el nivel de la locura, ¡pero la historia, la historia de los grupos sociales, no tiene nada que hacer con esta locura! Incluso ahí se reconoce mi profunda irresponsabilidad. ¡Si por lo menos me contentara con una inspección de los diferentes campos fantasmáticos en los que me siento más seguro! Pero entonces estaría condenado a un vaivén sin salida y tendría que reconocer que no he hecho más que padecer las coacciones exteriores inherentes a cada una de las situaciones que me dejaron sus huellas. ¿No habrá tras mis diferentes opciones de ser-para-la-historia, ser-para-tal-o-cual-grupo, ser-para-la-cosa-literaria, una búsqueda de ciega respuesta a lo que no tengo otro medio de designar que por el-ser-para-la-existencia, el-ser-para-la-angustia?

El niño, el neurótico, cada uno de nosotros mismos se aleja en principio de la comprensión de sí mismo, la toma de palabra individual sólo es posible en el contexto del discurso del otro. Retomemos nuestra lectura de Freud en el punto en que la dejáramos: "Abandonado a sí mismo, el neurótico se ve obligado a sustituir sus formaciones sintomáticas por las grandes formaciones colectivas de las que está excluido. Se crea su propio mundo imaginario, su propia religión, su sistema quimérico, reproduciendo de ese modo todas las instituciones de la humanidad bajo un aspecto desfigurado que refleja la notable contribución que aportan a ese trabajo las tendencias sexuales directas".[6] El discurso construido por los grupos de jóvenes a los cuales adherí, el discurso construido por las organizaciones del movimiento obrero con los que me enfrenté en los años cincuenta, el discurso filosófico de la universidad burguesa, el discurso literario, etc., cada uno de ellos presentaba su propia coherencia y axiomática, y exigía de mí que me "plegara" buscando captarme. Al mismo tiempo, esos intentos de captación sucesivos me fragmentaban de hecho. Pero, por otra parte, esta fragmentación no era, en un plano imaginario, sino un primer esbozo de una adhesión más profunda. Al dejar la lectura de una novela, otro mundo se abría ante mí, por ejemplo en los hogares de los albergues de juventud, otro mundo también en la acción militante, etc. Una especie de polimorfismo con las implicaciones más o menos perversas caracterizaba así mi comportamiento. Diferentes organismos sociales de referencia esperaban de mí que tomara una decisión en uno u otro sentido, y que me labrara un rol identificable, ¿pero identificable por quién? ¿Por un intelectual, un militante? ¿Por un revolucionario profesional? Tal vez, pero también con este enunciado en el horizonte: "¡Serás un psicoanalista!".

Sin embargo, hay que señalar que estos niveles diferentes no deben colocarse en el mismo plano. Cierto tipo de iniciación de grupo permite especificar una señal predominante: una práctica militante real en un contexto social reificado produce un efecto de corte, lejos del sentimiento de pasividad que provoca la participación en las instituciones habituales. Tal vez después me encamine a considerar que, por mi parte, había en ello la inducción de cierto activismo, la ilusión de una eficacia, de una fuga hacia adelante... No obstante, creo que los que han hecho la experiencia de la militancia en tales organizaciones juveniles, organizaciones de masas, en el partido

[6] Continuación de la cita de Freud, *Essais de Psychanalyse*, Payot, p. 160. [En cast., *Obras completas*, cit., p. 1179.]

Quien ha sido miembro de un grupo-sujeto: ¡se le nota!

comunista o en los grupúsculos, *nunca serán como los demás*. Poco importa aquí el criterio de eficiencia en la realidad; ciertos tipos de acción, de concertación, reflejan una ruptura con procesos sociales habituales, y sobre todo una ruptura con los modos de comunicación y de efusión heredados de la familia.

He querido esquematizar esta separación, esta diferencia, mediante las nociones de *grupo-sujeto* (el grupo que se propone recuperar su ley interna, su proyecto, su influencia sobre otros) y *grupo-objeto* (que recibe de otros grupos sus determinaciones). Hay en esto algo que cuestiona, en parte, la distinción entre el intelectual y el trabajador manual, una mínima posibilidad de hacerse cargo del deseo de un grupo, por más "militante" que sea, una posibilidad de salir del determinismo inmutable cuyos modelos se encuentran en la estructura familiar conyugal, en la organización del trabajo en las sociedades industriales (en lo que hace a los salarios y la jerarquía), en el ejército, la iglesia, la universidad.

El pequeño grupo de militantes es un objeto desligado de la sociedad; su proyecto de subversión en general no tiene ninguna aplicación inmediata, salvo en casos excepcionales como en la acción de Fidel Castro, o de los guerrilleros de América Latina. Toda la finitud de la historia está en su horizonte, todo es posible, incluso si en realidad el universo permanece opaco. Es algo por el estilo lo que se observa en la pedagogía institucional y en la psicoterapia institucional. Aun en las situaciones imposibles, que están bloqueadas, uno se esfuerza en manipular los engranajes institucionales, de intervenir en este o aquél de estos elementos; las instituciones adquieren una especie de plasticidad, al menos en el nivel de la representación del campo intencional.

Fidel Castro, ante cientos de miles de cubanos, no vacilaba en hacer la guerra a lo que llamaba "el organigramismo" o la planificación por arriba. Hay algo que se cuestiona en las llamadas sociedades socialistas en su conjunto. Cierta concepción de la institución, que llamaría a-subjetiva, implica que el sistema y sus ajustes se hagan en función de una finalidad exterior, de un sistema teleológico. Hay un programa que cumplir, es posible cierto número de opciones, pero se trata siempre de responder a tal o cual demanda en materia de producción, entendido esto en un sentido amplio, puesto que puede ser la producción tanto de espectáculos, de enseñanza, como de bienes de consumo. La producción de la institución queda como un subconjunto de la producción. Es un residuo; algo que evoca lo que Lacan llama el objeto *a*. ¿Cuáles son las leyes que rigen la formación

de las instituciones? ¿No existirá un problema general de la producción de instituciones?

Podríamos decir que las revoluciones producen instituciones; los crujidos creadores que desencadenó la revolución francesa constituyen un ejemplo en este sentido. ¡Pero atención a la Revolución con mayúscula! Las cosas sucedieron por medio de ajustes sucesivos, ya que todo proyecto rector era verdaderamente abstracto e inaplicable, como se puso de manifiesto, por ejemplo, con las constituciones sucesivas elaboradas por la revolución francesa. Sólo con la historia del movimiento obrero desde Marx en adelante asistimos a la construcción de un *proyecto consciente* que apunta a la creación de modelos institucionales no utópicos para la modificación de la estructura del estado —en la perspectiva de una declinación futura del estado—, para la puesta en marcha de un poder revolucionario, la instauración de organismos políticos y sindicales intentando ajustarse, al menos en principio, a las exigencias de la lucha de clases. Hay que señalar que los problemas organizativos a menudo produjeron, en realidad mucho más que las divergencias ideológicas, fracciones, luchas enconadas, escisiones; y con el leninismo, la cuestión organizativa se transformó en primordial. Muy a menudo la discusión de la línea, de los significados y la significación, sólo servían de máscara a lo que en verdad estaba en juego en el nivel del significante organizativo, y esto hasta en los menores detalles: ¿quién habrá de tener el control de esta o aquella instancia? ¿Cómo se articularán los sindicatos y el partido? ¿Cuál será la función de los soviets?

Hay sin duda un problema general de los procesos subjetivos de los "grupos de ruptura" en el conjunto de la historia, pero por el momento contentémonos con centralizar la noción de grupo-sujeto en el nacimiento de los grupos revolucionarios.[7] Son grupos que, en particular, ligan estrechamente, o intentan hacerlo, sus opciones en materia organizativa y las programáticas revolucionarias. Hay en ello, en el plano histórico, un acontecimiento creador que fue ahogado por la hegemonía del estalinismo en la URSS y en la Internacional comunista. Aun hoy, la mayoría de las corrientes revolucionarias plantean los problemas organizativos en el marco donde fueron formulados hace cincuenta años, por Lenin. Por el contrario, el imperialismo parece haber encontrado los medios de secretar soluciones institucionales relativas, que le permiten sortear sus conflictos más catastróficos. Este fue el caso de la crisis de 1929, con el New Deal,

[7] Sería interesante, en particular, aplicar esta noción a las herejías religiosas populares.

como después de la segunda guerra mundial con la organización de la "reconstrucción" y el reordenamiento de las relaciones internacionales. Por cierto que no se trata sino de soluciones parciales, realizadas según un procedimiento metodológico del tipo de ensayo y error, sin ninguna dirección, ni política coherente, formulada por el imperialismo dominante. Empero, a nivel de la producción, esto permitió al imperialismo seguir en la delantera con amplitud por sobre la capacidad de creación institucional de los estados llamados socialistas, en los que hasta hoy no se ha plasmado ninguno de los grandes proyectos de reforma desde 1956. ¡Y en este campo lo esencial es la diferencia! Ya desde la época del primer plan quinquenal la URSS importaba para sus fábricas esquemas productivos del capitalismo. Todavía hoy, tanto en el campo tecnológico como en el industrial, la organización productiva e incluso la organización interna de las empresas son, en gran medida, tributarias de los modelos instaurados por el capitalismo. Más aún, asistimos ahora a la importación, en la URSS o Checoeslovaquia, de modelos de consumo masivo de automóviles. Todo ocurre como si la estructura planificada de los estados socialistas no fuera capaz de hacer surgir una forma original de creatividad social que responda a las pulsiones de los diferentes grupos sociales. La situación era muy diferente luego de la revolución de 1917 y antes del acceso al poder del estalinismo termidoriano. Aun cuando a nivel de las amplias masas los soviets degeneraron rápidamente, hubo, en un cierto número de sectores delimitados, algunos años de extrema creatividad: cine, arquitectura, pedagogía, sexualidad, etc. Incluso el freudismo comenzaba a experimentar cierto desarrollo. El año 1917 estuvo cargado con un tremendo poder de Eros de grupo. Y continúa y continuará por mucho tiempo ejerciendo su poder; inmensas fuerzas de creatividad social se liberaron en ese entonces, expandiendo los campos de investigación en todos los dominios.

Quizás nos encontremos en vísperas de un nuevo proceso revolucionario que reemplazará a este período oscuro, pero aún estamos muy apegados a la cotidianidad de la historia como para captar su pujanza. Los notables fenómenos de burocratización que surgieron en el partido bolchevique o en el estado soviético con el estalinismo, me hacen pensar en esos procesos neuróticos que son tanto más violentos cuanto más exigentes son las pulsiones subyacentes. La dictadura estaliniana nunca hubiera podido tomar una forma tan excesiva de no haber existido la corriente de expresión social más rica que haya habido en la historia sobre la cual ejercer su represión. Conviene tener en cuenta igualmente que el voluntarismo de la

de grupos-sujetos, nodal
de U.R.S.S.

organización leninista y su sistemática desconfianza respecto de la espontaneidad de las masas, le hizo sin duda menoscabar las posibilidades revolucionarias representada por los soviets. Por otra parte no hubo en verdad teoría de la organización soviética en el leninismo; "todo el poder a los soviets" no fue más que una consigna transitoria; los soviets fueron rápidamente centralizados en la medida que los bolcheviques conservaban el control absoluto del poder, habida cuenta de la escalada en la ofensiva contrarrevolucionaria tanto en el interior como en el exterior. Los únicos objetos institucionales que han permanecido predominantes son el poder del estado, el partido y el ejército. Los sistemas de descentralización organizativa creados en el curso de la lucha clandestina por el partido bolchevique desaparecieron por imposición del centralismo. La Internacional fue militarizada por las buenas o por las malas, las diversas organizaciones simpatizantes del bolchevismo tenían que aceptar las absurdas "21 condiciones"; enormes fuerzas revolucionarias en el mundo se veían así desalojadas arbitrariamente de su campo social originario; ciertas organizaciones comunistas no pudieron levantar cabeza jamás. (El movimiento comunista, en particular, ni siquiera fue capaz de implantarse y organizarse en vastos sectores de lo que hoy se llama el tercer mundo, sin duda para señalar que se trata de un "mundo aparte".)

El mismo esquema organizativo (partido-CG-BP-secretariado-secretario general-, organizaciones de masas, correas de transmisión del partido, etc.) causa los mismos estragos en el conjunto del movimiento comunista internacional. Un mismo tipo de superestructuras de carácter militante, puesto en una perspectiva insurreccional, se considera que puede responder a las exigencias organizativas de un estado socialista fuertemente industrializado. Hay algo absurdo que genera las peores perversiones burocráticas. Como el mismo puñado de hombres cree que puede dirigir todo a la vez, los organismos estatales, los de la juventud, de los trabajadores, de los campesinos, la creación cultural, el ejército, etc., ninguno de los engranajes intermedios posee la menor autonomía como para elaborar su propia línea de acción, incluso si esto da lugar al surgimiento de contradicciones con tal o cual corriente y enfrentamientos cuya resolución no dependerá de un arbitraje superior.

¡Nunca el ideal internacionalista cayó tan bajo! Como reacción, los movimientos prochinos claman por una vuelta a la ortodoxia estaliniana revisada y corregida por Mao Tsé-tung, pero a decir verdad, no vemos cómo resolverán estas cuestiones fundamentales. A fines del siglo XIX, un militante era alguien que se había formado en

la lucha, que había sabido romper con la ideología dominante, que podía soportar lo absurdo de la vida cotidiana, las humillaciones de la represión, hasta la muerte, porque no dudaba que cada golpe dado al capitalismo era un paso adelante hacia la conquista de una sociedad socialista. A ese tipo de revolucionario lo encontramos hoy en otro contexto, el de la guerrilla, cuya descripción extraordinaria nos fuera dejada por el Che Guevara en su testamento.

El estilo político o sindical de las organizaciones comunistas actuales carece, en general, de personalidad. El burócrata vive la política y el sindicalismo a través de una desordenada serie de expedientes; a menudo su presencia es sentida como un organismo extraño en la empresa, no obstante que sus camaradas reconozcan por otra parte lo justificado de su función dirigiéndose a él —en su demanda— como quien se dirige a un servicio público. Existen excepciones, incluso muy numerosas. Hay verdaderos militantes de masa en tales organizaciones, pero precisamente el aparato partidario desconfía de ellos, los mantiene sujetos, y a su tiempo termina por quebrarlos o busca excluirlos.

Siempre han sido las masas las que crearon las nuevas formas de luchas; ellas fueron quienes "inventaron" la organización soviética; fueron ellas quienes formaron los comités de huelga de brazos caídos; quienes inventaron las ocupaciones de 1936... El partido y los sindicatos están sistemáticamente a la zaga de la creatividad de las masas; y no sólo a la zaga, sino que desde la hegemonía estaliniana se han opuesto a cualquier forma de innovación. Piénsese en el rol desempeñado por los comunistas en la Liberación, cuando hicieron entrar en el marco estatal, por la persuasión pero también por la fuerza, todas las nuevas formas de lucha y de organización que habían surgido. Ello engendró los comités de empresa, que no tienen ningún poder, la seguridad social, que no es sino una forma de salario diferido, manipulado por los patrones y el estado, y un medio de integración de la clase obrera.

Se dirá que la clase obrera no puede esperar mucho de una "restitución" de tales procesos subjetivos, que tiene la necesidad de constituirse en un ejército disciplinado, un ejército de militantes, etc. Pero, sin embargo ¿su aspiración no es acaso la de darle un sentido tangible a sus actividades, a sus luchas, etc.? Para retomar ciertas nociones que sólo anticipé provisoriamente, diría que la *organización revolucionaria se ha desligado del significante del discurso de la clase obrera* en favor de una totalización cerrada en sí misma y antagónica a la expresión de la subjetividad de diferentes subconjuntos y grupos, de esos grupos-sujetos de los que hablaba

Marx. La subjetividad de grupo no encuentra entonces otros medios para expresarse que en una fantasmatización que la limita a la esfera de lo imaginario. Ser obrero, ser joven, es ya participar de cierto tipo de fantasma de grupo, el más deficiente. Ser militante obrero, militante revolucionario, es lograr desprenderse de ese campo imaginario para articularse en la textura real de una organización, es situarse en el prolongamiento de una formalización abierta del proceso histórico. En suma, el *mismo texto* de análisis de la sociedad y sus contradicciones de clase se prolongaría a la vez en el texto de una elaboración teórico-política y en la textura de la organización Una doble articulación establecería así tres niveles: 1) los procesos espontáneos y creativos de las masas; 2) su expresión organizativa; 3) la formalización teórica de sus apuestas históricas y estratégicas.

Al no recuperar esta doble articulación el movimiento obrero oscila sin darse cuenta en la ideología burguesa del individuo. En efecto, el grupo no es una simple adición de un cierto número de individuos; el grupo no conoce directamente la articulación del "yo" al "tú", del cuadro a la base, del partido a la masa. El grupo-sujeto no se encarna en un individuo portador de una representación que le permitiría hablar en su nombre. En principio es un proyecto que se apoya en una totalización provisoria y que produce una verdad en el desarrollo de su acción. A diferencia de Althusser, el grupo-sujeto no es el teórico que produce conceptos; produce significantes, no significación; produce la institución, la institucionalización, no el partido y la línea; modifica el sentido general de la historia, no pretende escribirla; interpreta la situación, y esclarece en su verdad el conjunto de formulaciones que coexisten sincrónicamente en el movimiento obrero. Hoy la verdad del FNL y de la RDVN esclarece el conjunto de las posibilidades de lucha que existen contra el imperialismo, pone al descubierto el sentido del período de coexistencia pacífica, desde los acuerdos de Yalta y Postdam. Hoy, la lucha de las organizaciones revolucionarias en América Latina cuestiona el conjunto de las formulaciones del movimiento obrero y el conjunto de las teorías sociológicas que recorren el pensamiento burgués. Y, sin embargo, el Che Guevara, Ho Chi Minh, los dirigentes del FNL, no son productores de conceptos filosóficos; es el acto revolucionario que se transforma en palabra, interpretación, fuera de una estructura de lectura y de examen de conjunto de lo que se dice y se hace. ¡Lo que no quiere decir que no se tenga el derecho de decir algo! Al contrario, se puede decir con tanta más libertad lo que se quiere pusto que ello no es tan grave; ¡lo esencial reside en el nivel del hacer! ¡Y *decir* no siempre es *hacer*!

Esto pone en el tapete un problema general: ¿hay otra cosa que no sea una producción de significado? ¿Acaso todo el análisis de *El capital* no pone de relieve el hecho de que detrás de todo *proceso* de producción, de circulación y consumo, existe un orden de producción simbólico que constituye la trama misma de toda *relación* de producción, de circulación y de consumo, y de todos los órdenes estructurales? Es imposible separar la producción de tal o cual bien de consumo y la institución que soporta esta producción. Y esto vale igualmente para la enseñanza, la formación, la investigación, etc. La máquina del estado, la máquina de represión, producen la *antiproducción*, es decir significantes que están ahí para obstruir e impedir el surgimiento de todo proceso subjetivo de grupo. Creo que no hay que concebir la represión, la existencia del estado o la burocratización, como algo pasivo, inerte; más bien habría que considerarlas de una manera dinámica; así como Freud habla de procesos dinámicos que soportan la represión, también aquí hay que comprender que, como la odisea de un "justo retorno de las cosas", las burocracias, las iglesias, las universidades, etc., desarrollan toda una ideología y una fantasmatización represiva destinadas a oponerse a los procesos de creación social en todos los campos.

La incapacidad del movimiento obrero para analizar las condiciones de producción de las instituciones y su función de antiproducción, lo condena a cierta pasividad ante las iniciativas tomadas por el capitalismo en este ámbito. Tomemos como ejemplo la universidad y el ejército: en la universidad puede creerse que no se trata sino de la transmisión de mensajes, transmisión del conocimiento burgués; de hecho, sabemos que ocurren otras cosas y que se realiza todo un modelado de los individuos según las imágenes reguladoras y las funciones claves de la sociedad burguesa. En el ejército, lo que sucede a nivel de la palabra es más bien pobre, al menos en el ejército tradicional. Pero cómo se explica que el estado otorgue tantos créditos para el reclutamiento de las promociones anuales, nada más que para enseñar a la juventud el paso militar; evidentemente no se trata sino de un pretexto; a lo que se apunta es a formar, a ajustar los individuos unos en relación a los otros y en función de una finalidad claramente explicitada: la disciplina. No es un asunto de simple aprendizaje de las técnicas militares, entonces, sino de la implantación de un mecanismo de subordinación a un orden imaginario. Podríamos tomar los mismos ejemplos en las sociedades llamadas primitivas: para ser íntegramente un miembro del clan hay que reunir cierto número de condiciones; hay que pasar exitosamente las ceremonias de iniciación, es decir de captación social, por la efusión

con una imagen totémica primordial, por ejemplo, y por el desarrollo de un sentimiento de pertenencia al grupo. De hecho, tras la representación racionalista que se pueda tener de los fenómenos de grupo, en las sociedades capitalistas subsisten siempre mecanismos imaginarios subyacentes de este tipo.

El movimiento obrero parece particularmente desprovisto como para localizar tales mecanismos; relaciona los procesos subjetivos con fenómenos individuales y desconoce lo imaginario que constituye no obstante la textura misma de toda la organización y la consistencia de las masas. Para acceder a una comprensión de los grupos sociales habría que desprenderse de cierta visión racionalista-positivista del individuo (y de la historia). Habría que ser capaz de captar las unidades subyacentes en los fenómenos históricos, los modos de comunicación simbólica propias de los grupos (que a menudo no disponen de un modo de palabra contractual), los sistemas que permiten a los individuos no perderse en las relaciones interindividuales, etc. Esto me recuerda un grupo de pájaros migradores: ¡tiene su estructura propia, su representación en el espacio, su rol, su trayectoria, que están determinados sin la reunión de un comité central; ni la elaboración de una línea justa! De un modo general nuestra comprensión de los fenómenos de grupo es deficiente. Las sociedades primitivas son colectivamente mejores etnólogos que las misiones que se les envía para su estudio. La pandilla de jóvenes que se organiza espontáneamente en los barrios no hace ningún reclutamiento, no establece ninguna cotización interna a pagar; de lo que se trata aquí, es de un sistema de reconocimiento y de organización interna. La organización de tal colectivo no remite sólo al orden de la palabra, sino ciertamente a esas formaciones imaginarias, subyacentes a la constitución de todo grupo, y que en mi opinión son algo fundamental, básico respecto de todas sus demás finalidades. Pienso que no podemos captar completamente el progreso, la actitud, la vida interna de un grupo si no se capta la temática y los roles de su "teatralización" fantasmática. Hasta ahora, el movimiento obrero no actuó nunca sino por una aproximación idealista a estas cuestiones. No existe una descripción de las características particulares, por ejemplo, de la clase obrera que produjo la Comuna de París, ninguna descripción de su imaginación creadora. Los historiadores burgueses nos presentan disparatadas características del tipo "los obreros húngaros eran valientes", quedándose siempre en un análisis formal, cerrado en sí mismo, de los diferentes componentes de los grupos sociales, como si nada tuvieran que ver con los problemas de la lucha de clases y la estrategia de las organizaciones, sin tener

Necesario: análisis fantasmas grupo

en cuenta que las leyes que rigen las formaciones imaginarias de grupo no son de la misma naturaleza que las leyes contractuales, las que hacen por ejemplo que se constituya una sociedad de responsabilidad limitada, o que se forme una asociación sometida a la ley de 1901 . . . No se puede relacionar el conjunto de fenómenos imaginarios de grupo con un sistema de deducciones poniendo en juego únicamente motivaciones perfectamente explicitadas en el plano racional. En ciertos momentos de la historia aparecen pulsiones reprimidas, todo un orden imaginario, que puede traducirse entre otras cosas por fenómenos de identificación colectiva en un líder (por ej. el nazismo). El "yo" individual demanda *dónde* está la imagen, esa imagen identificadora que hará que todos seamos de la "pandilla de los fierabrás" antes que de la "pandilla de Jojo"; Jojo es ese tipo, el moreno que tiene una moto, podría ser otro, cualquiera que poseyera las características requeridas por las formaciones imaginarias de ese grupo particular. De un modo similar los grandes líderes de la historia sirvieron como punto de apoyo a lo imaginario social. Cuando Jojo, o Hitler, dice a los demás: "Sean Jojo, sean Hitler", no se trata de lo que hablan menos sino de lo que ponen en circulación como tipo de imagen que se estampará en el grupo: "A través de ese Jojo, nos reencontramos". ¿Pero quién dice eso? ¡Justamente nadie, porque si lo dijera, dejaría de serlo! En el nivel de la estructura imaginaria de grupo ya no encontramos esta función del lenguaje, esta constitución del "yo" y del otro a través del lenguaje, la palabra y un sistema de significaciones. Tenemos de entrada una suerte de congelación, de masificación; *esto somos nosotros*, los otros son otra cosa, y en general menos que nada, no hay ninguna comunicación posible. Hay una territorialización imaginaria, una corporización fantasmática del grupo que empasta a la subjetividad. Siguen luego todos los fenómenos de desconocimiento, racismo, regionalismo, nacionalismo, todos esos arcaísmos que han escapado totalmente a la comprensión de los diferentes teóricos de la cosa social.

Malraux decía en una oportunidad por televisión, con mucho fervor, que el siglo XIX había sido el del internacionalismo, mientras que el siglo XX era el del nacionalismo. Podríamos agregar sin forzar las cosas: del regionalismo, y del particularismo. En algunas grandes ciudades norteamericanas, cruzar de una calle a otra, es como cambiar de tribu. Sin embargo, la universalidad de los significantes científicos no hace más que acentuarse; la producción se mundializa cada día más; cada avance teórico es conocido por los investigadores de todos los países; llegado a un límite, podríamos pensar que una sola supermáquina informática pueda responder a las necesidades de miles de

investigaciones particulares. Hoy, todo se comunica en el campo científico; ocurre lo mismo en la producción artística, literaria, etc. Pues bien, eso no impide que se asista a ese encogimiento general, fuera de lo real, en el campo de lo imaginario y bajo sus formas más regresivas. Los dos fenómenos son complementarios: es cuando se da un máximo de universalidad que se experimenta la necesidad de volver a un máximo de singularidad, nacional, regional. Cuando más "descodifica", "desterritorializa" el capitalismo según su *tendencia*, más busca suscitar o resucitar territorialidades artificiales, códigos residuales, según un movimiento que contraría su propia tendencia.

¿Cómo captar esas funciones imaginarias de grupo y sus variaciones? ¿Cómo desprenderse de esta pareja implacable: universalidad maquínica - singularidad arcaica? Nuestra distinción entre dos tipos de grupos no es un corte absoluto. Decimos que el grupo sujeto se articula como un lenguaje y se articula en el conjunto del discurso histórico, mientras que el grupo-objeto se estructura de un modo espacial, con una forma de representación específicamente imaginaria, que es el soporte de fantasmas de grupo; pero, en la realidad, se trata más bien de dos funciones, que incluso pueden aparecer conjuntamente. En el centro de un grupo pasivo puede surgir un modo de subjetividad que desarrolle todo un sistema de tensiones y toda una dinámica interna. A la inversa, cualquier grupo-sujeto conoce fases de entorpecimiento en el nivel imaginario, que implicarían, para evitar que quede prisionero de sus propios fantasmas, que la subjetividad sea recuperada en un sistema de interpretación analítica. Tal vez pudiéramos decir que el grupo-sujeto representa permanentemente un subconjunto potencial del grupo-sujeto,[8] y para hacer de contrapunto a las formulaciones de Lacan, agregar que no existe nada más que un objeto institucional parcial, desligado, que pueda servirle de soporte.

Tomemos otros dos ejemplos:

—El hospital psiquiátrico es una estructura completamente sometida a los diferentes órdenes sociales que los soportan: el estado, la seguridad social, etc. Fantasmas de grupo se constituyen en torno del presupuesto, de la enfermedad mental, del psiquiatra, del enfermero, etc. No obstante puede crearse localmente, en un servicio, un objeto desligado que provoca una modificación profunda de esta fantasmatización. Este objeto puede ser, por ejemplo, el club terapéutico. Supongamos que este club es el objeto institucional (el objeto "a"

[8] Sería un modo de permitirle escapar de la paradoja de Russell, es decir no reificarlo como conjunto totalizante.

de Lacan tomado a nivel institucional) que permitirá enganchar un proceso analítico. Veremos que la estructura analítica, el *analizador*, no es el club terapéutico mismo, sino algo que está suspendido de este objeto institucional, que en otra parte he designado como *vacuola* institucional. Podrá ser, por ejemplo, un grupo de enfermeros, psiquiatras o enfermos, quienes constituyan esta estructura analítica, vacuólica, campo de lectura de los fenómenos inconscientes, y que hará existir por un tiempo a un grupo-sujeto dentro de la estructura masiva del hospital psiquiátrico.

—Segundo ejemplo: el partido comunista. Puede estar, así como sus organizaciones de masas (sindicatos, organizaciones de juventud, de mujeres, etc.), completamente manipulado por el conjunto de las estructuras de un estado burgués y servir como un elemento de integración. Se puede incluso, de cierto modo, considerar que el desarrollo de un estado capitalista moderno exige la existencia, para el reordenamiento de sus relaciones de producción, de organizaciones de este tipo, o sea un encuadramiento de los trabajadores por los trabajadores mismos. La destrucción de las organizaciones obreras españolas después de 1936 retrasó considerablemente el despegue del capitalismo español, mientras que las diferentes formas de integración de la clase obrera promovidas en los países que conocieron frentes populares en 1936 y frentes nacionales en 1945, permitieron al estado y a las diferentes organizaciones sociales surgidos de la burguesía, readaptarse y secretar neoestructuras, modelar nuevas relaciones de producción favorables al desarrollo del conjunto de la economía capitalista (salarios diferidos, negociaciones contractuales, etc.). Como se puede ver, pues, de cierta manera, el objeto institucional sometido que representa para la clase obrera el partido comunista y la CGT favorece la renovación de la estructura capitalista.

Pero por otra parte, y habría aquí que hacer una referencia topológica compleja para dar cuenta de él, ese mismo objeto institucional pasivo y manipulado indirectamente por la burguesía puede hacer que surjan en su seno procesos de subjetivación. En todo caso, esto es incontestable en un nivel microscópico, en las células del partido y en las secciones de la CGT. El hecho de que la clase obrera, cuando despiertan sus pulsiones revolucionarias, persista en leerse, en reconocerse en este proceso de grupo sometido crea tensiones, contradicciones que, aun cuando no aparezcan súbitamente a la superficie (en la prensa, en las declaraciones oficiales de los dirigentes, etc.) no dejan de producir menos un registro de subjetivación estallada pero real.

Un fantasma de grupo no debe ser confundido con un fantasma individual, o con una suma de fantasmas individuales o con el

da chispa del grupo-sujeto sueta en cualquier parte

fantasma de *un* grupo particular.[9] Cada uno de los fantasmas individuales remite al individuo a su soledad deseante. Pero puede ocurrir que tal o cual fantasma, que se origina en un individuo o en un grupo particular, se convierta en una especie de moneda colectiva,[10] que entre en circulación y sirva de soporte a la fantasmatización del grupo. Asimismo, como lo señalaba Freud, se pasa del orden de la estructura neurótica al estadio de la *formación* colectiva. El grupo puede organizar, por ejemplo, sus fantasmas alrededor de un líder, de un campeón, de un médico, etc. El elegido desempeña el rol de una especie de espejo significante en el cual se refleja la fantasmatización colectiva. Se puede pensar que tal individuo burócrata o caracterial va al encuentro de los intereses del grupo, mientras que en realidad su persona y su acción son interpretadas sólo en la medida del grupo. Esta dialéctica no tendría que estar limitada al plano imaginario. De hecho, el corte entre el *ideal totalitario del grupo* y los diferentes procesos fantasmáticos parciales crea las escisiones a partir de las cuales el grupo puede ser capaz de salir de su representación imaginaria corporizada y espacializante. El proceso que, en el nivel del dominio individual, parece sobredeterminado y cerrado por el complejo de Edipo, transpuesto en el nivel de la fantasmatización del grupo abre, por el contrario, posibilidades de una transformación revolucionaria. En efecto, la identificación con las imágenes privilegiadas del grupo no siempre es fácil, los emblemas del grupo remiten a pulsiones narcisistas y mortíferas que es difícil delimitar. ¿Los fantasmas individuales se corporizan y se transfieren al grupo, o es a la inversa? Podríamos decir también que fundamentalmente no tienen otra corporeidad que la del grupo, y no es casual que se vuelva hacia su "propio cuerpo", ficción alienante y ridícula, fundamento de un individuo acorralado por la soledad y la angustia en una sociedad que, precisamente, desconoce y reprime el cuerpo real y el deseo. De cualquier modo que sea, esta corporización del fantasma individual en el grupo, o este enganche del individuo en el fantasma de grupo, *transfiere* al grupo el efecto virulento de esos objetos parciales —objeto "a"— que Lacan describió como objeto oral, anal, la voz, la mirada, etc., gobernados por el conjunto de la función fálica, y que constituyen un umbral de realidad existencial infranqueable para el sujeto. Pero la fantasmatización de grupo, por su lado, no conoce parapetos similares a los del sistema pulsional

[9] Aquí radica la diferencia entre nuestra concepción del fantasma *de* grupo y la de Bion del fantasma *del* grupo.

[10] Y, a la inversa, ¿el fantasma individual no es una moneda individualizada de formaciones fantasmáticas colectivas?

libidinal, es remitida a equilibrios homeostáticos provisorios e inestables. Ahí la palabra no puede actuar verdaderamente como mediación del deseo. Trabaja por cuenta de la ley. El grupo opta por el signo y el emblema antes que por el significante. El orden de la palabra oscila en la consigna. Si según la fórmula de Lacan, la representación del sujeto es el producto de un significante que se relaciona con otro significante, la subjetividad de grupo por su parte se orienta más bien hacia la escisión, la *Spaltung*, en el desprendimiento de un subconjunto que pretende representar la legitimidad de la "totalidad" del grupo.

Vale decir que este proceso sigue siendo fundamentalmente precario. Tiene una tendencia que remite más a los fenómenos de estallido o de falicización imaginarios que a un discurso coherente. En esta perspectiva, además de la distinción entre fantasma individual y fantasma de grupo, se pueden distinguir también varios órdenes fantasmáticos de grupo: por una parte, los fantasmas de base, los que dependen del carácter de sometimiento del grupo, y por otra, los fantasmas transicionales que están ligados al proceso interno de subjetivación que corresponde a las diferentes transformaciones del grupo. Desembocaremos en la distinción de dos tipos posibles de objetos: las instituciones constituidas y los objetos transicionales.[11] En el primer caso, la institución no se plantea el *problema* del objeto institucional, sino que está atormentada por él; ¡la Iglesia tiene su Dios y ni piensa cambiarlo, una clase dominante detenta el poder y no se pregunta si conviene entregarlo a otra! Al contrario, en el segundo caso, un movimiento revolucionario, por ejemplo, se plantea el problema de saber si no comete errores, si no debe transformarse completamente, ajustar su tiro, etc. Es cierto que el conjunto de los objetos institucionales de una sociedad estancada evoluciona no obstante, pero esta evolución no está asumida. Un mito reemplaza a otro mito, una religión a otra, y esto puede arrastrar a una guerra sin cuartel y terminar en un estancamiento absoluto. Un sistema monetario o económico fracasa, la mala moneda rechaza a la buena, se reemplaza el dinero por el patrón-oro y se termina en convulsiones económicas. Ocurre lo mismo cuando ya no camina más un matrimonio; ha sido construido sobre la base de un contrato cuya naturaleza es, después de todo, similar a la de un contrato bancario, y toda evolución es imposible. Se puede cambiar de contrato divorciándose, pero es sólo un procedimiento jurídico que en el fondo no arregla nada. De hecho, se corta el eslabón más débil, se cortan los chicos

[11] Véase p. 109, n. 2.

en dos sin reparar en las consecuencias imaginarias. ¡En cambio, cuando un partido revolucionario cambia de teoría, eso no se constituirá, en principio, en un drama o en una guerra de religión! El orden de la palabra intentará sin embargo ajustar las formulaciones antecedentes con las nuevas formulaciones.

La promoción de un modo de análisis e intervención en lo imaginario de grupo (incluido en los sistemas familiares) implicaría tener en cuenta precisamente esos fenómenos imaginarios. Tomemos un ejemplo más: generaciones de mineros trabajaron en la mina y la tomaron como una religión; un día, los tecnócratas llegan a la conclusión de que el carbón que extraen ya no es más "rentable"; por supuesto no se considera para nada el hecho que se liquida, que se destruye completamente a los mineros de cierta edad, diciéndoles a unos: "les daremos la jubilación anticipada", y a los otros: "Crearemos una FPA".[12] Ocurre lo mismo en África, en América Latina o en Asia, donde razas enteras han vivido durante miles de años con un modo particular de organización social y se ven aplastadas por la intrusión de un sistema capitalista que sólo se interesa de la manera más eficaz de cosechar algodón o caucho... Se trata de casos extremos, pero que forman la prolongación de una multitud de situaciones: la de los niños, de las mujeres, de los locos, de los homosexuales, de los negros, etc. Despreciando o desconociendo tales problemas imaginarios de grupo se concluye en catástrofes cuya reacción en cadena nunca se mide de modo suficiente.

El análisis del objeto institucional consistiría en guiar lo imaginario de una estructura a otra, un poco a la manera de como sucede en el reino animal en época de muda. Ir de una representación de sí mismo a otra, quizás con crisis, pero al menos con una continuidad. Cuando el animal cambia de piel, sigue siendo el mismo, mientras que en el orden social, cuando se arranca la piel, se rompe lo imaginario y se demuelen generaciones. Cuando el grupo está cortado, cuando desconoce sus dimensiones imaginarias, cuando no tiene contacto con estos fenómenos imaginarios, desarrolla en él una especie de *función esquizofrénica*: los mecanismos imaginarios de la identificación y del yo actúan con tanta más libertad, con tanta más autonomía, cuanto que la función de la palabra como enunciación colectiva se ve destituida en favor de un ordenamiento estructural de enunciados asubjetivos. Mientras que el grupo discurre en el vacío sobre sus finalidades, disfrutando a lo grande de las identificaciones como en un esquizofrénico cuya palabra está despegada, cortada de la

[12] Formation profesionelle des adultes.

representación corporal, y en quien lo imaginario, liberado de lo real, puede funcionar por su cuenta hasta la alucinación y el delirio. Del mismo modo un grupo alucina y delira sus formaciones imaginarias. Para interpretarlas, estará obligado a recurrir a actos irracionales, gesticulaciones, conductas suicidas, argumentos de todo tipo hasta que las mencionadas formaciones puedan siquiera encontrar un medio, un sesgo para presentificarse a sí mismas y manifestarse en el nivel de la representación.

Decía al principio que el inconsciente está en contacto directo con la historia. Pero eso bajo ciertas condiciones. El problema fundamental del análisis institucional puede plantearse del modo siguiente: ¿es absurdo pensar que los grupos sociales puedan superar la contradicción entre un *proceso de producción* que refuerza los mecanismos de alienación de grupo, y un *proceso de elucidación* del sujeto de conocimiento y del sujeto inconsciente, proceso que suprime todos los días un poco más los fantasmas catalizando los recursos a Dios, al cientificismo y a toda otra forma de un sujeto que se supone conocer? Dicho de otro modo, ¿el grupo puede asumir al mismo tiempo sus finalidades económicas y sociales permitiendo a los individuos conservar un cierto acceso al deseo y cierta lucidez en cuanto a su destino? O bien: ¿puede plantearse el grupo el problema de su propia muerte? ¿Un grupo con vocación histórica es capaz de programar el término de su misión; el estado: su declinación; los partidos revolucionarios: el fin de su pretendida misión de dirección de masas, etcétera?

Esto nos lleva a subrayar la distinción entre el *fantasma de grupo* relativo a grupos sometidos, y el *fantasma transicional* relativo a grupos-sujetos. Hay una fantasmatización que puede manifestarse en sociedades estancadas bajo forma de mitos, y en sociedades burocratizadas bajo forma de roles, con todo tipo de argumentos fantásticos: "Cuando tenga 25 años, seré oficial; luego coronel y finalmente general, me condecorarán a mi retiro, y luego me moriré..." Pero el fantasma de grupo es algo más, implica una referencia suplementaria que no se centra en un objetivo particular, en una inserción social particular del individuo. "Estoy en el ejército francés desde hace mucho tiempo, el ejército francés existe desde siempre, es una cosa eterna, por tanto si me mantengo en esta jerarquía, participo un poco de esa eternidad, lo que me simplifica bastante las cosas desde el momento en que me domina el miedo pánico de reventar o cuando mi mujer me trata de imbécil. ¡Después de todo, soy suboficial principal!". El objeto institucional subyacente en la fantasmatización del grado militar ("no soy un cualquiera") sirve para desplegar un

A cada grupo su fantasma

conjunto de referencias de una consistencia homosexual que pone a disposición del organismo social una masa relativamente homogénea y ciega, que esquiva todo interrogante sobre la vida y la muerte, agente de todas las represiones, dispuesta a torturar, a bombardear a las poblaciones con napalm, etc. La temporalidad de la institución en el plano imaginario es así una especie de soporte implícito de la negación y de la finitud de la muerte en el plano individual. El capitalista que reúne varios trusts bajo su dirección se apoya también en ese "sentimiento de eternidad". En la cúspide de su jerarquía cumple para sus subordinados una cierta función sacerdotal que ritualiza la eternidad y conjura la muerte. Es el siervo del Dios-Capital. Ante la angustia, ante el temor del deseo, el individuo se aferra a su oficio, a su rol familiar, etc., que funcionan así como soportes fantasmáticos alienantes. En el grupo sometido, el fantasma oculta las verdades esenciales de la existencia y sin embargo no preserva menos, por la dialéctica de los significantes, de los objetos parciales y sus cruzamientos con cadenas de orden histórico, la posibilidad de un surgimiento de la verdad.

¿Un grupo cuyas funciones imaginarias "funcionaran bien" produciría esos fantasmas transicionales de un grupo-sujeto? Por ejemplo, en La Borde, cuando un grupo tiene el sentimiento de que marcha bien, de hacer "algo", las tareas más ingratas toman un sentido totalmente diferente, incluso si se trata de un trabajo tan fastidioso como el de desempedrar una calle o trabajar en la cadena. En ese momento, la posición respectiva de unos en relación a otros, sus características específicas, su estilo particular, su modo de hablar, etc., toman otro sentido, la gente se conoce mejor, se interesan en ellos, etc. En un servicio psiquiátrico donde se consigue imponer —pero esto nunca dura mucho tiempo— un proceso analítico apuntando a estas funciones imaginarias, se puede suprimir lo que había de inhibidor o amenazador en la diferenciación de los roles; cada uno se convierte en uno "de la casa" con lo que, a pesar de todo, ello implica de trasfondo particularista o folklórico. ¡Tan absurdo como puede parecer este folklorismo, no impide que ese "sentimiento de pertenencia" pueda devenir operatorio! Sucede de hecho que un chico, para aprender a leer o no orinarse en su pantalón, tiene que ser reconocido como si estuviera "en su casa" o "en la nuestra". Si franquea ese umbral, se reterritorializa, sus dificultades no se plantean más en términos imaginarios, se reconstituye en el grupo y consigue dejar a un lado la obsesiva pregunta: "¿Cuándo llegaré a estar *ahí*, a estar en ella, a estar "en su casa [. . .]"? En tanto no lo consiga, su búsqueda compulsiva le impide hacer cualquier otra cosa.

Este pasaje al límite de lo imaginario me parece que es la cuestión fundamental de la constitución de todo organismo de administración que no sea tecnocrático, de todo organismo de participación de masas en cualquier cosa que no sea mórbidamente racionalista . . . No se trata de una categoría en sí: estas formaciones imaginarias, si no se exploran analíticamente, se mueven en el sentido de pulsiones mortíferas. A partir del momento en que me pongo contento por adherir a la sociedad de jugadores de bolos, puedo decir que estoy muerto, de cierta forma de muerte, la que lleva en sí la eternidad de las sociedades de bolistas. En cambio, si un grupo me permite producir un cortocircuito en su acción con una problemática abierta a la revolución, si ese grupo me presentifica que la revolución no me salvará la vida, ni me dará nunca solución a cierto tipo de problemas, sino que su función en un sentido es justamente impedirme escapar de esta problemática, entonces, con toda seguridad, las formaciones imaginarias transicionales de ese grupo me permitirán avanzar.

La reivindicación revolucionaria no está esencial ni exclusivamente situada en el nivel de los bienes de consumo, abarca igualmente una consideración del deseo. La teoría revolucionaria, en la medida que mantiene sus reivindicaciones únicamente en el nivel del aumento de los medios de consumo, refuerza indirectamente una actitud de pasividad en la clase obrera. No es con referencia al consumo que hay que perfilar una sociedad comunista, es una relación al deseo y a la finitud humana. El racionalismo filosófico, que domina como un superyó el conjunto de las formulaciones del movimiento obrero, favorece el resurgimiento de antiguos mitos de un más allá paradisíaco, la promesa de una efusión narcisista con lo absoluto. Los partidos comunistas se "supone que conocen" científicamente la posibilidad de una organización que satisfaga las necesidades fundamentales del individuo. ¡Hay algo de abusivo! Una planificación social puede concebirse en el nivel de la organización productiva, aun cuando plantee numerosos problemas que no han sido resueltos, pero no podría pretender encontrar *a priori* respuestas en el nivel de las finalidades deseantes de los individuos y de los grupos-sujetos.

Todo esto para decir y repetir que las vías de la verdad son y seguirán siendo singulares . . . ¡Pienso que esto podrá interpretarse como que anticipo un llamado al "respeto de los valores humanos" y otras fruslerías! Se comprenderán las cosas de ese modo porque conviene, porque evita buscar otra cosa para desprenderse del asunto. Dirán: "Éste parece que no se recuperó del todo de su paso por el PC y los grupúsculos. ¡Tenía que haberse quedado!" Sin temer el ridículo, insisto en afirmar que la apuesta es otra. En prin-

cipio está en la esencia de las mismas luchas revolucionarias. No en el papel, sino en las luchas reales, en los montes y otras partes. O recaemos en los esquemas postestalinianos y nos rompemos las narices o encontramos otra vía y salimos a flote.

Pero además hay otras cosas. ¡Cosas mucho menos graciosas que las de saber si nos podemos arreglar o no con el burócrata de servicio y el deseo! O bien el movimiento obrero revolucionario y las masas retoman la palabra a partir de *agentes colectivos de enunciación* que les garanticen —en tanto que un trabajo analítico sea una garantía— no retroceder frente a los golpes de las relaciones de antiproducción, o bien todo irá de mal en peor. Está claro que la burguesía del neocapitalismo contemporáneo no es una neoburguesía y no conseguirá serlo: sin duda es la más idiota de todas las burguesías que haya secretado la historia. No encontrará nada decisivo para dejar de serlo. Intentará emparchar las cosas, pero siempre demasiado tarde y superficialmente, como es posible ver en el caso de los grandes proyectos para ayudar a los "países en vías de desarrollo" como púdicamente dicen sus expertos.

Todo es sencillo: si nadie interviene por algún lado, esto terminará con toda seguridad yendo muy mal, y en la medida que existan fallas mil veces más profundas que las que agrietaron el edificio antes de 1939, tendremos que sufrir otros fascismos mil veces más espantosos.

1966

LA CAUSALIDAD, LA SUBJETIVIDAD Y LA HISTORIA*

I. LA HISTORIA Y LA DETERMINACIÓN SIGNIFICANTE

Los malentendidos sobre la subjetividad histórica provienen de que insensiblemente se tiende a plantear la cuestión de un sujeto —para negarlo o para afirmar su existencia— en tanto que sujeto de la enunciación de los discursos y de los hechos relevantes de la historia, antes que considerarlo sencillamente como sujeto de enunciados tal como se nos presentan. El sujeto de la historia existe indiscutiblemente; es el sujeto que está constituido y permanece prisionero de las estructuras repetitivas, de las cadenas significantes replegadas en sí mismas. La clase obrera deviene, por ejemplo, como la subjetividad alienada, la clase de las palabras de la clase. Es decir la clase de los enunciados que, en un campo de enunciación histórica dado, produce significaciones por medio de términos como "clase", "lucha de clases", esa clase que debía llevar en sí misma el destino histórico de la supresión de la división de la sociedad en clases. Aún más, en una época y en una área dadas es una cierta forma de articular la palabra misma, un cierto reforzamiento del acento tónico que se desliza detrás de la primer oposición constitutiva de la expresión: *la* CLA*se*. La expresión misma se apoderó de la clase. No se articula, en el movimiento obrero, del mismo modo una "clase de escuela" y el término clase empleado familiarmente como abreviación de "clase obrera".

* Informe que sintetiza las exposiciones y los elementos de discusión que provocaron. Las dos primeras exposiciones fueron presentadas a la "comisión teórica de la FGERI. En octubre de 1965, una docena de grupos que trabajaban en las perspectivas del análisis institucional se federaron a la FGERI. Reúnen aproximadamente unos 300 psiquiatras, psicoanalistas, psicólogos, enfermeros, educadores, maestros, profesores, urbanistas, arquitectos, economistas, cineastas, etcétera.

El CERFI (Centre d'étude, de recherche et de formation institutionnelles), miembro de la FGERI, edita la revista *Recherches* y *Cahier de recherches*: además, el CERFI, establece contratos de estudios especializados con diversos organismos públicos y privados (en el campo del equipamiento, de la cooperación, de la salud, de la formación, etcétera).

Existe así, de una manera específica en cada corriente de pensamiento, un código metonímico iniciático que determina la significación de "Partido", de "Viejo", o también del "44", etc.[1] Partamos ahora, si se prefiere, de un pasaje del seminario de Lacan, el primero de 1965-1966: "Es bastante decir de paso que, en el psicoanálisis, la historia es una dimensión distinta de la del desarrollo y que es una aberración intentar reducirla a ésta. La historia se despliega a destiempo del desarrollo. Punto del que la historia como ciencia tiene que aprovechar, si quiere escapar a la influencia siempre presente de una concepción providencial de su curso".[2] Por mi parte llamo historia a lo que Lacan llama desarrollo. La historia de la que habla, es la que ni siquiera se toma la molestia de ser dialéctica, es la historia captada a nivel de la subjetividad en el corte de la enunciación. Así considerado, el significante no tiene historia, no está en el tiempo, pertenece al orden de la estructura en tanto que en un cierto nivel no hay nada que decir de él; es un material ahistórico de sin-sentido constitutivo de significaciones históricas: puro efecto de corte o de resonancia, accidente contingente que se proclamará a posteriori como habiendo sido el primer término de una serie . . .

¿Hay que concluir de esto que el tiempo estalla en tantas temporalidades particulares como niveles de manifestaciones existen, en tantas temporalidades específicas en cada nivel de las relaciones de producción, de la economía, de la historia (en el sentido habitual), etc.? Miles de temporalidades ligadas a miles de regiones históricas, científicas y técnicas, pero todas rítmicamente organizadas por los latidos inmóviles y silenciosos de un puro orden significante, estructura cristalina colocada fuera de la historia y de la cual constituiría su fundamento; una especie de nueva infraestructura que surge después del fracaso de la que se cargó sobre las espaldas del marxismo y que se había convertido ya en muy gastada. Es la operación Althusser: se nos ofrecen tantas temporalidades como querramos, pero que cada uno se las arregle para encontrar una sincronía. No se la encontrará nunca. Es un truco que permite a los althusserianos ser estalinianos en política, kantianos en filosofía, lacanianos en psicoanálisis, etc. ¿Y dónde está el falo, el "punto de capitonado", entre los diferentes niveles? Es Althusser mismo, asistido por sus semejantes, son los sacerdotes de la pura teoría, los últimos garantes de la cientificidad de los conceptos . . .

[1] El "Viejo": Lenin, Stalin, Trotski; el "44", la calle Le Peletier en París: sede del Comité Central del Partido Comunista.

[2] Lacan, *Ecrits*, p. 875. [Ed. cast.: *Escritos I*, México, Siglo XXI, 1971, pp. 359-360.]

¡Es muy elegante hacer así estallar la historia dejando una porción en manos de los epistemólogos especializados! ¡Pero en todo esto la historia está perdida! Entiendo la historia como sujeto; la que hacen los hombres, la que articulan y memorizan. Hay un límite más allá del cual no se puede ir en la desrealización de la historia; existe un realismo residual de la historia; esta realidad inexpugnable es el hecho contingente de que son los hombres y nadie más quienes la hacen y la hablan; y cualesquiera sean sus fallas y méritos, esos hombres están en la realidad. Sus enunciados se aceptan o se rechazan, pero si se los acepta, es preciso admitir también sin reservas el principio de un realismo histórico que no se puede cortar en pedazos. El materialismo histórico no implica de ningún modo que se haga realismo con el tiempo mismo. ¡Es algo muy distinto! ¡Que el sistema de enunciados constituya un objeto histórico real no significa que el tiempo sea una cosa!

El hombre, un tanto gratuitamente, hace su comidilla con la temporalización; parece consumirla a voluntad; pero una vez que está hecha, no se puede retomar su contingencia, puesto que se vuelve obligatoria para todos. Ocurre lo mismo con el capital, que es por cierto una categoría facultativa a la cual podrían escapar, por ejemplo, las economías marginales o las planificadas . . . ¡Y, sin embargo, no puede afirmarse que el capital esté en la naturaleza! ¡Y aún cuando lo estuviera, habría que admitir que no siempre lo estuvo! Lo que no impide que se esté dentro como un elemento, aire o agua . . . El sujeto y el significante funcionan de la misma forma. No hay en la naturaleza significante ni significado fuera de una relación con el sujeto; el sujeto es un corte significante productor de enunciados, comenzando por los que denuncian la presencia del sujeto de la enunciación. El círculo corre peligro de cerrarse. Es la tentación estructuralista. Considerando que el sujeto no remite más que al otro —espejismo de la intersubjetividad—, mientras que el significante sólo remite el significante —espejismo de una lingüística aún en pañales— cortado de toda realidad, se funda de este modo un sujeto inconsistente —simple operador simbólico— y un tiempo significante que, de hecho, no es más que un tiempo lógico. El sujeto sólo está para marcar el compás de una partitura significante que no podrá intervenir nunca en la realidad. Lo real y la historia se han convertido en tributarios de un orden simbólico eterno de los que están definitivamente cortados y que los anula esencialmente.

La subjetividad y el significante han adoptado una posición de reversibilidad; la praxis humana no tiene nada que hacer con esta pura subjetividad; secretamente se la remite a un estricto orden de

determinación causal, solapadamente rehabilitada bajo la máscara de la estructura.

Lacan, al contrario, siempre insistió en la desimetría profunda que caracteriza al sujeto en su relación con el significante. Así como se inutiliza una cinta de Moebius cortándola a lo largo, es imposible separar al sujeto del significante sin reificarlo. El sujeto y el significante no mantienen relaciones de oposiciones distintivas. El sujeto es tributario de su relación con la residualidad, del objeto "a" para asegurar su *status*, y por este hecho queda marcado, señalado por un rasgo que lo desclasifica como puro significante, y alienado en la condición deseante bajo la especie de objetos parciales que lo desimetrizan cargándolo con un peso de realidad. Así está obligado a balancearse íntegramente en su pasión mortífera de supresión en una estructura pura e ideal.

Incluso la idea misma de una destotalización que viniera a animarlo, desde dentro de la estructura, y a hacerlo vivir está marcada por el fantasma de la totalidad, de la cosa totalitaria. En realidad, existen dos modos de hacer uso del significante. Ya sea que se haga una especie de categoría universal como la extensión o la duración, y es, entonces, la astucia de un nuevo idealismo que, de hecho, revela el descubrimiento lingüístico del significante, que está inseparablemente ligado al signo en su relación al sentido y a la realidad social. Ya sea que se considere con Lacan que el significante es el tamiz a partir del cual los efectos del inconsciente podrán ser localizados, algo así como una cámara de Wilson [3] donde lo que es profundamente no simetrizable, no recuperable, pueda no obstante quedar grabado (lapsus, olvidos, actos fallidos, sueños, transferencias, *acting out*, etc.).

Volvemos pues a la idea de que el significante interviene en la historia en el momento que ésta no progresa. En cierto sentido la historia no tiene nada que ver con el significante. Es cuando cae en el sin-sentido que se plantea el problema del sujeto, es decir de una producción y una representación del corte subjetivo, a partir de un despliegue "suplementario" del orden significante. La serialidad, la repetición, ponen en acción cadenas significantes, pero no son cadenas abiertas, son significados, son bloques cosificados de significante. La repetición es la muerte, es el significante congelado, no es el significante, es la neurosis tomada sin cesar en los mismos circuitos. El significante no surge en tanto que tal sino a partir del momento en que

[3] Cámara de condensación que permite materializar las trayectorias de las partículas electrizadas.

Contra los diversos "estructuralismos"

el sujeto irrumpe, cuestiona todo y restablece una enunciación, un trabajo del significante como expresión de un sentido, de un posible corte en un orden dado, como ruptura, revolución, llamado a una reorientación radical.

Es abusivo postular las cadenas significantes de tipo lingüístico fuera de un corte subjetivo, de realizar el significante (o bien el capital) como fundamento objetivo de las maquinaciones del mundo capitalista en cuyo seno vivimos. El corte revolucionario, en tanto que ruptura de la historia-desarrollo, es el momento privilegiado de la existencia del significante. La relación de la historia tradicional y del significante se resuelve en la repetición; la historia se resuelve en la estructura, se vale del significante, lo explota, se le enajena, lo encierra. En lo fundamental, escapa al significante y al acontecimiento. O entonces se habla de un significante que existiría sin sujeto. ¡Teorema indecidible! Es como si se insistiera en llamar música a una partitura que, por una razón cualquiera, nos fuese totalmente imposible ejecutar. Signos sobre el papel. ¿Diremos que si le prendemos fuego lo que se quema es la música? Un significante que no funciona, que no es articulable en ninguna trama real de enunciación, hablando con propiedad, no podría existir como significante.

Esto no impide a los ideólogos producir la historia tal como se fabrica pasta dentífrica. La gente tiene necesidad de este cierre del circuito de la ipseidad, de esta posesión ficticia en la facticidad, en el "se" y la mala fe. Hay que agarrarse de algo. Es el equivalente, en el nivel social, de lo que le ocurre al sujeto deseante con el objeto parcial. Entonces toman la delantera las leyes de la totalización, de la Gestalt, de las buenas y malas formas, los valores bipolares, las determinaciones retroactivas y prospectivas, el deseo de eternidad como negación infantil del tiempo. Así el sujeto se hace *tener* en lugar de *existir*. Se hace *tener* por el otro serial, por la tutoría fonemática y escritural de la palabra plena, se hace alienar en cadenas sociales pretendidamente significantes, pero que no sacan su fuerza de ley y la fascinación mortífera que ejercen más que del simple efecto de estructura que presentifican. Si el sujeto deja de ser corte del significante, deja de ser a secas; es el reino del sometimiento al significado, es decir de lo que ocurre al nivel de los otros, al nivel de los enunciados y del "se dice"... Del significado no hay otra cosa que sacar que lo imaginario. Se ubica en la Gestalt, se identifica con el orden de la razón. Incluso después de decirle mierda a la razón, al significado, a los valores, se produce una grieta, se desencadena una metástasis, una contra-producción imaginaria tiende a neutralizar el corte. Al mismo tiempo que, por ejemplo, se sube por las ruinosas

O sea: historia

escaleras del edificio zarista, conglomerado de feudalismo, industria moderna y residuos de despotismo asiático, en un sentido inverso las mismas escaleras perfilan otro itinerario: los soviets obreros se disuelven en la inmensa masa de un campesinado cuya inercia, sin el contrapeso de una fuerte burguesía, parece sacar su poder de resistencia de las tradicionales comunas aldeanas eslavas —el mir— no enfrentadas nunca verdaderamente por ningún poder del estado: entonces la inmensa masa del pueblo ruso venera a un Lenin momificado y adora a Stalin como a un Dios.

Entre la historia revolucionaria como corte significante y la historia-desarrollo como significado, hay que optar: si se quiere tener un pie en cada lado, lo más seguro es que nos rompamos las narices (véase Kerenski, los kadetes, los mencheviques, etc.). Pero nunca se termina de optar, hay que retomar incesantemente la elección desde cero. El significado siempre es la misma cosa, es la repetición, la muerte, el hacerse cagar. Es bajo la condición de ser cortado y recortado sin cesar en el nivel del significante que puede ser radicalmente modificado. Es como si se cambiaran los tipos de una máquina de escribir hasta que al final se termina por leer una cosa totalmente diferente de lo que se escribe. Esto es la revolución, la historia verdadera. Ha ocurrido algo. Cualquiera que hubiese llegado a Rusia en 1916 y que la dejara en 1918 advertiría que la gente no está en el mismo lugar. Esto se lee en el significado. Los periodistas escribirán, por ejemplo, que "en los hipódromos ya no se ve a nadie", que "el Palacio de Invierno no tiene el mismo aspecto"..., pero no se trata de esto: lo que ha cambiado completamente es el sentido de todas las significaciones, es decir algo que se ha producido en el significante.

La historia, si no es la historia de la repetición, es decir la historia antihistórica, la historia del "diga-cuántos-fueron-los-reyes-de-Francia", se convierte en la búsqueda de la incidencia del corte significante, la captación del momento en que todo sucumbe. Pero este corte significante es tan difícil de descifrar como el contenido latente de un sueño a partir de su contenido manifiesto: ¿Qué es lo que está roto allí dentro; qué cadenas supuestamente significantes han sido desgajadas y reorganizadas según otros esquemas? Si el significante no es localizable, y todo efecto que recae sobre él cuestiona su estructura, es posible admitir que lo que ha cambiado tiene que ser identificable en el orden lingüístico, ¡pero esto no es en modo alguno una exclusividad! Ciertamente que no se habla del mismo modo e incluso si siempre se dice "buen día amigo", no es *el mismo* amigo luego de que se ha matado al zar, el objeto mismo

Historia "de verdad": un corte significante

ha cambiado, puesto que no está tomado en la mismas relaciones de articulación significante, en las mismas constelaciones significantes de referencia: la del otro sexo, del otro nivel de edad, de la otra raza, de Dios.

En ciertos períodos todo parece sucumbir: las cadenas significantes estructuradas pierden el control, los acontecimientos se inscriben "en lo real mismo" según una semiótica de corto plazo, incoherente, absurda, en espera de la reestructuración de un plan de referencia "estructurado como un lenguaje". Así es como las baterías significantes del mundo antiguo estaban quebradas, expuestas irreversiblemente a merced de los conflictos apasionados que agitaban al puñado de sus dirigentes supremos, maduros para ser convertidos a los nuevos misterios de un culto asiático. Aunque desde un punto de vista racional el imperio romano pudo dar la impresión de ser una construcción resistente, en realidad era una sociedad incapaz de secretar por sí misma respuestas institucionales, las diastasas que le hubieran permitido superar fisuras de consecuencias cada vez más graves a medida de su expansión y de una integración siempre precaria de etnias fusionadas. En este aspecto, los cristianos llevaron la mejor parte: se constituyeron en los campeones del renacimiento de la cuestión nacional, pero el pretendido progresismo de su Dios de amor, de su hombre universal y de su pasión masoquista, como reverso provisorio de un mesianismo mortal, fue la expresión de un inmenso retroceso. Un paso dado hacia atrás sin llegar a las conquistas de los grandes imperios egipcios, mesopotámicos y chinos, inmensas máquinas que consiguieron de un modo u otro concretar el inicio de las primeras civilizaciones, con la invención de la escritura, las innovaciones técnicas, la división del trabajo a nivel de millones de personas, etc. De mal en peor, se pasa así de los griegos a los romanos para concluir con los imperios cristianos. ¡Famosos "milagros" en efecto! En cada momento la pulsión de muerte marca puntos irreversibles. Cualesquiera sean las regresiones en el orden de las técnicas y de las instituciones, en todo momento la técnica militar registra y sistematiza lo esencial de las adquisiciones: la utilización de la espada de hierro, la caballería, etc. Cada nuevo despegue de la civilización arrancará conservando partes más o menos vetustas del edificio anterior, mientras que la máquina militar iniciará un proceso ininterrumpido de innovaciones, punto de partida de la maquinización y militarización ulteriores del trabajo en las sociedades capitalistas.

Los griegos como saqueadores recuperarán la escritura, cierta representación de la ciudad, una reminiscencia de imperio bajo forma de confederación... mientras que los romanos, grandes consumidores

De romanos a cristianos

de exotismo griego y egipcio, tendrán más bien una tendencia a comportarse como yankees en todas partes por donde pasen. Los cristianos, como buitres, se arrojaron sobre los restos del imperio buscando asegurarse su hegemonía (piénsese en el estremecimiento de asco de un Juliano). Pero ellos llevaban en sí los gérmenes envenenados de todos los arrianismos, de todos los anglicanismos por venir, incapaces como eran de hacer que el imperio franqueara los límites de una universalización sobre la cual tenía que apoyarse hasta su supresión final.

Sigamos diciendo las cosas como se presentan y sin precaución, tomemos ahora el ejemplo de lo que hoy ocurre en el viraje histórico de las relaciones entre la URSS y los Estados Unidos. Como se sabe —ya Trotski lo señalaba en *La Revolución traicionada*—, los rusos nunca dejaron de importar de Occidente su modelo tecnológico. Pero, desde el kruschevismo, importaron también sus modelos económicos. De hecho, el burocratismo soviético fue siempre incapaz de aceptar el desarrollo de los cortes subjetivos que llevaba en sí la revolución rusa. Hasta ahora ha resistido el desencadenamiento de cualquier proceso de institucionalización que, sin llegar a cuestionarlo, hubiera sido comparable al que permitió transformar el capitalismo occidental luego de la crisis de 1929 en capitalismo de estado. (¡Es cierto que con la ayuda irreemplazable de las organizaciones socialdemócratas y comunistas!)

Es evidente que no es importando modelos libidinales —tal como están obligados a aceptar el ingreso en su medio del jazz y las modas occidentales— que los burócratas soviéticos podrán salir de la impasse fundamental en la que se encuentran, ¡a saber, que todas sus historias sobre los planes quinquenales no le interesan a nadie, que las masas cagan en ellos y que todo el mundo se enmierda! No sólo no inician el comienzo de un proceso de institucionalización, al importar fábricas de automóviles completas, sino que al contrario, transplantan tipos de relaciones humanas profundamente extrañas al socialismo, una jerarquización de funciones tecnológicas específicas de una sociedad fundada en la ganancia individual, una separación entre la investigación y la industria, entre el trabajo intelectual y el manual, un modo alienante de consumo de masa, etc. Cosas éstas que a veces están relativamente neutralizadas en el marco de la podredumbre capitalista —el burdel de la pequeña empresa y la carroña individual—, pero que, llegado el caso de este trasplante masivo, adquieren un efecto mucho más nocivo desarrollándose en una red burocrática que no dispone de mecanismos "reguladores", de timbres de alarma como son, para los capitalistas, la opinión pública y el juego de

De rusos tecnócratas-enmerdados

mercado... No es por tanto sólo las fábricas de automóviles lo que se importa, sino también formas superactivadas de neurosis sociales. La monstruosidad de estos trasplantes es tal que se puede descontar que se transformarán en portadoras a corto plazo de cortes significantes radicalmente revolucionarios, allí donde Trotski sólo pensaba en una simple "revolución política" para barrer las excrecencias burocráticas de un estado que él consideraba como fundamentalmente sano y que insistía en definir como un "estado proletario".

El corte significante, pues, no es sólo algo a esperar de los efectos lingüísticos, y a menos que se aceptara caer en un realismo del significante y evitar los problemas hay que admitir que también éste puede resolverse en un escándalo o escribirse con los pies en el sentido en que se dice de la gente que salen de un congreso dando un portazo, que "votan con sus pies"... El significante puede ser portador también de su efecto de corte en registros estructurados a partir de *una o de otra sustancia*.[4] Los dirigentes soviéticos actuales continúan careciendo de este corte significante cuando importan sus modelos de los Estados Unidos, de un modo exactamente igual al del zar que pensaba construir —a pesar de la debilidad de la burguesía rusa— una industria moderna tomando prestado de Francia sus capitales y sus ingenieros.

En el fondo, se saldría de la impasse estructuralista a partir del momento en que se considerase que un efecto de sentido no tiene resonancia en el nivel del significado sino en la medida en que sus potencialidades subjetivas son liberadas, ni bien hay una ruptura en el significante. Un sistema fonológico tanto como cierto tipo de relaciones de producción, uno y otro encerrados en sí mismos, ocultan potencialidades subjetivas. Escondido tras la estructura, a la espera, el corte maquínico es sujeto en conserva, tiempo en batería. En tanto que la estructura no se mueva, el sujeto no se *produce*. Algún día, por ejemplo, la oposición *b/t* dejará de funcionar. O bien habrá de ser la oposición entre el amo-patrón y el aprendiz —ese aprendiz que habrá emprendido su vuelta de Francia y su obra maestra— que dejará de funcionar para dar lugar a la noción homogénea de cantidad de trabajo especializado. La destrucción de tal oposición es comparable a la oposición de dos significaciones como *bête/tête* (bestia/cabeza). Lo que se destruye no es la oposición en el nivel de la forma del contenido entre *bête* y *tête*, sino la oposición en el nivel

[4] Lo que implica una concepción del signo mucho más próxima de la glosemática de Hjelmslev que de la sintagmática; véase Hjelmslev, *Prolégomènes*, Edit. Minuit. [Trad. cast.: *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1971.]

de la *forma de la expresión*, entre la *b* en tanto que explosiva y la *t* en tanto que atenuada. Pero si *bête* y *tête* dejaran de ser discernibles en la expresión verbal y escrita, ¡es fácil pensar que esto podría tener algunas consecuencias imaginarias! Y es en principio a este nivel inconsciente que la historia se trama y que surgen las revoluciones.[5]

Por supuesto que, ¿habrá que precisarlo?, estas oposiciones propuestas a título de ejemplo no hay que tomarlas al pie de la letra. Las oposiciones económicas, las que constituyen la axiomática fundamental de un sistema de relaciones de producción, es decir algo que no tiene gran cosa que ver con la letra y la literatura, caen no obstante bajo este mismo corte de leyes significantes, de repeticiones, de impasses estructurales mortíferas, y también rupturas necesarias, revoluciones en acecho...

A partir de esto es como se puede considerar una causalidad en el orden de la lucha de clases. Aunque el movimiento revolucionario se niegue a reconocerlo, es también sobre el plano de la subjetividad y del significante que desarrolla su intervención, dedicándose a hacer surgir otros cortes significantes, una trasmutación subjetiva, cuando, en un sistema dado, la burguesía persiste vanamente en articular oposiciones de todo tipo —y no solamente las del estilo *bête/tête*—, incluso cuando ya no funcionan ni en el nivel de la producción inconsciente, ni en el de la producción económica. Así los términos de la lucha de clases —la clase de las palabras de la clase— quizás vean modificados su acento y sus articulaciones fundamentales, mientras que los que continúen profiriendo sus enunciados sin respeto de esta nueva sintaxis inconsciente caerán fuera del corte subjetivo revolucionario a la orden del día, reificarán la lógica histórica —lógica de sin-sentido— y terminarán muy a pesar de ellos en el estructuralismo...

El sujeto, en tanto que factor de corte, está ausente; lo que persiste en la existencia, es el Yo; en tal sentido, es tan absurdo hablar del sujeto de la historia como del sujeto del yo. Tomemos un niño en su desarrollo: "Yo soy esto, aquello". Luego una brusca ruptura: se plantea el problema del sujeto. El yo infantil había permanecido envuelto en un sistema identificatorio tal que el sujeto, el agente secreto de la situación, no era hasta ese entonces sino un falo imaginario —el niño para su madre como fruto, y qué fruto, del

[5] Véase la noción de "situema" introducida por Claude Poncin: "Essais d'analyse structurale appliquée à la psychothérapie institutionnelle", tesis, Nantes, 1962, a publicarse en *Recherches*.

padre—, falo prisionero del vientre de la que se designa ser la madre para el que se designa ser el niño, aún indiferente por cierto tiempo al simbolismo de esas designaciones, demasiado ocupado en hacer funcionar todas sus pequeñas máquinas parciales. Todo habría podido continuar así si esta famosa madre no hubiera aceptado, en cierto modo, un cierto guiño de un cierto carnicero. ¡Y ya está todo cuestionado! La inscripción de este sencillo suceso da en el blanco y produce la matriz de los acontecimientos, del desarrollo, de la historia en grande y de todas aquellas que son pequeñas y sucias.

Entonces se ha vuelto inevitable la cuestión de un remodelamiento estructural de la persona del niño, y quien dice estructura dice principio de cierre, despegue e intrusión de la pulsión de muerte, corte entre el yo y el sujeto, entre la realidad y el placer, entre la praxis y el goce, entre el significante y el significado, entre la potencia de la enunciación y la impotencia de los enunciados. La verdad ahora revelada es que el sujeto y el yo no habían coincidido nunca. Eso no planteaba demasiados problemas. Pero ahora es oficialmente intolerable. Es la fragmentación ante el espejo. Con el nuevo régimen todo esto tiene que cambiar, cueste lo que cueste la ilusión tendrá que ser producida para una posible unión entre el sujeto y el yo en la ambigüedad del status del individuo y de la persona. Mito de la totalidad, mito totalitario.

El sujeto esquizo, en verdad, permanecerá en segundo plano, será el sujeto del inconsciente, clave oculta de las enunciaciones reprimidas, corte potencial de cadenas significantes "capaces de todo", incluso de liberar la energía de las fieras, los locos y otros presos que producirán sus estragos en los jardines ordenados de lo consciente y del orden social. Esta subjetividad no tiene por qué rendir cuenta ni ante la ley ni ante la historia. El sujeto y la muerte no están en la historia; no existen de manera que puedan ser localizados, no están en ningún lado. ¿Cuándo se está muerto? ¿Cuándo se nace? ¿Cuándo se vive? ¿Cuándo se muere? ¿Y después de muerto? ¿Cuándo? Siempre se está muerto, si existe un concepto de muerte. Antes mismo de haber nacido, ya que no se puede pensar en existir fuera de la muerte. La historia es el reverso de la muerte. En un sentido, es tan absurda una como otra. Hacer la historia —hacer historias— es dejar de producir muerte, es disolver por todos los medios la potencia ilusoria de las estructuras en tanto que éstas dan consistencia a enunciados, sin embargo carentes de sentido, sobre la historia y la muerte.

II. EL CORTE LENINISTA[6]

La historia, en el sentido con que se la entiende habitualmente, se resuelve en el orden de la determinación; y a condición de no caer en las simplificaciones a las que nos tienen acostumbrados los estalinianos, el materialismo histórico continúa siendo el único método valedero. Pero al determinismo dialéctico escapa una dimensión que actúa como contrapunto del principio mismo de la determinación. Es la paradoja, por ejemplo, de una institución como el PCF, cuya política está íntegramente determinada por el juego de las relaciones económicas y sociales del capitalismo monopolista de estado, prisionero del gaullismo, tributario de la política exterior de la URSS, etc. Aspectos que, sin embargo, no deberían ocultar el hecho de que continúa existiendo, en Francia, una vía revolucionaria que depende en parte de la evolución de la crisis interna de este partido. Tomemos otro ejemplo: en Cuba, hace diez años, podía pensarse que todo estaba ya resuelto... el brusco corte del castrismo cuestionó todo y abrió, por cierto tiempo, una serie imprevisible de acontecimientos. No quiero decir que algún día sea posible en Francia un movimiento castrista, sino solamente sugerir que, en ese orden de contra-determinación, es posible que se dé todo un campo de intervenciones subjetivas y de sacudimientos revolucionarios. Decir esto no implica en modo alguno que se trate de causas necesarias, sino sencillamente de que existen posibles rupturas de la causalidad histórica.[7]

Pensemos ahora en la intervención de los bolcheviques entre febrero y octubre de 1917. Ella consistió en impedir la evolución natural de las cosas: se atravesaron ante lo que hubiera debido "normalmente" producirse luego de una catástrofe nacional de tal envergadura: algo así como una unión sagrada de centro izquierda, a la espera de que volvieran días mejores permitiendo que los partidos tradicionales se hicieran del poder. Los bolcheviques *interpretaron* la desbandada militar, económica, social y política como una victoria de las masas: la primera victoria de la revolución socialista. Corresponde a Lenin el haber tenido la audacia de sostener en esta dramática situación para Rusia la intransigente teoría del "derrotismo revolucionario". Precisemos por otra parte que la política de los bol-

[6] Informe de un comentario del libro de Isaac Deutscher, *Trotski*, edit. Juillard, publicado en la revista *Critique*, junio 1971.

[7] "Pues, que esto no disguste a los filósofos, la realidad no se une a lo posible en la necesidad, sino que esta última es la que se une a lo posible en la realidad" (Sòren Kierkegaard, *Tratado de la Desesperación*, N.R.F., p. 95).

El corte: contra la historia, contra la determinación

¡Y acabo de ver

cheviques, durante este período, se movió enteramente alrededor de Lenin y de su brusca toma de conciencia de que la revolución socialista se había convertido en el objetivo inmediato, dado que la debilidad de la burguesía rusa la hacía incapaz de consolidar su poder. Para Lenin la cuestión era enfrentar una situación totalmente imprevista. Hasta ese entonces, había combatido duramente a los que habían predicho que tal proceso de desbordamiento sería ineluctable (o sea Trotski y los defensores de la "revolución permanente"). Fue tarea de Lenin convencer a su propio partido; y, en definitiva, fue por una especie de golpe de fuerza contra su propio comité central que pudo imponer esta orientación en las conocidas "tesis de abril": la movilización inmediata del partido y de las masas para la toma del poder.

Las consecuencias de este viraje y del corte que significó en el partido bolchevique fueron considerables. Algunos militantes de primera línea como Zinóviev y Kamenev se opusieron con todas sus fuerzas y por todos los medios a esta nueva vocación hegemónica del partido. La desesperada energía que pusieron en combatir lo que para ellos no era más que una tentación peligrosa, podría hacer pensar incluso que tenían quizás una especie de presciencia histórica de los días futuros del estalinismo, del degeneramiento que seguiría del ideal comunista ante los ojos de las masas, y en consecuencia de la grave herida al movimiento marxista revolucionario en su totalidad.

Pero ni Lenin ni Trotski estaban dispuestos a perder tiempo con tales presentimientos. Por primera vez después de quince años se ponían de acuerdo: había que arremeter de cabeza contra esta brecha y, por una suerte de voluntarismo colectivo, obligar a que la historia tomara nota de este irreversible corte revolucionario proletario y esto a pesar de la debilidad del proletariado ruso y sin preocuparse de las consecuencias, ni incluso, de los posibles efectos de boomerang. La hora de la primera revolución socialista *debía* sonar. Luego esta brecha fue reparada, la pujante intervención bolchevique fue debilitada; algunos pretenderán que la causalidad histórica de las relaciones de fuerza nunca perdió verdaderamente sus derechos en esta oportunidad, que este famoso corte significante —el corte leninista— no es más que un engaño y que la historia se rige, en última instancia, por las mismas leyes que las de la naturaleza o, más bien, por aquellas que la imaginación positivista le concede.

Y, no obstante, este corte aún marca nuestro destino histórico, tanto por lo que nos aportó en el plano teórico y la actualización operada en la eficiencia de la lucha de clases (que hasta entonces

"Octubre"!

permanecían relativamente hipotéticas), como por sus límites, sus rasgos contingentes, las cicatrices y taras que nos legó y que todavía seguimos padeciendo por nuestra incapacidad para superar sus efectos de repetición. Todo el problema consiste en saber de qué modo es oportuno que volvamos a tales momentos de la historia, hasta qué punto es necesario analizar las contingencias de todo tipo que dejaron sus huellas, y al mismo tiempo determinar el peso relativo que tendrá para nosotros el acontecimiento cotidiano en nuestro propio accionar militante.

Se puede pensar que es preferible atenerse a un cierto nivel de generalidad, limitar por ejemplo el análisis de la "recuperación" del bolchevismo a la simple causalidad histórica de las relaciones de fuerza en presencia, y contentarse con desarrollar los temas clásicos según los cuales era ineluctable que fuera así, habida cuenta del fracaso de la revolución alemana, de la traición de la socialdemocracia europea, del cansancio de las masas, etc. Puede pensarse también en otra forma, más compleja, que no se negará a atravesar niveles tradicionalmente separados, que buscará articular entre sí determinaciones económicas, demográficas, sociológicas, inconscientes, etc. Nada, entonces, de querer hacer prevalecer un plano significante por encima de otro: el rol del hombre o bien el de la economía . . . No, seguir de cerca las ramificaciones significantes, las encrucijadas, los cortes, los ramales, las repeticiones, los retrocesos . . . Del crisol de tal investigación, donde el trabajo del historiador y del economista se mantuvieran en una articulación constante con la elaboración de biografías psicoanalíticas, estudios lingüísticos, etc., quizás saliera una nueva promoción de analistas militantes que contribuiría a que el marxismo se desprendiera por fin de la enfermedad mortal que lo paraliza, la de la generalidad.

Para volver a la revolución de octubre, convendría profundizar, sin temor de perderse en detalles a primera vista sin importancia, lo que fueron las circunstancias y el contexto del *corte leninista*. ¿Qué complejas redes de significantes pusieron a los bolcheviques en condiciones de hacer estallar los "diez días que conmovieron al mundo"? ¿Qué obstáculos se levantaron y los hicieron asistir impotentes al monstruoso reflujo del estalinismo, que iría a desfigurar la revolución, paralizar y sabotear decenas de movimientos revolucionarios durante los siguientes décadas?

En principio habría que admitir —sin que esto signifique restarle méritos— que desde muy temprano, casi desde el inicio de la revolución, los bolcheviques se revelaron incapaces de asumir, en lo que atañe a su política fundamental y sus principios éticos, la

¿Qué les pasó de pronto a los bolcheviques?

conducta de las masas. En esa fase paroxística de octubre de 1917, el aparato del partido —ayer todavía modesta formación clandestina— tuvo que hacer frente a las consecuencias de este desastre generalizado y al bloqueo imperialista; tuvo que construir un embrión de estado —acosados entre las necesidades del "comunismo de guerra" y la promesa de una desaparición futura del estado proletario—, tuvo que formar apresuradamente un ejército revolucionario, pero que por imperativos técnicos (por lo menos así vivieron ellos los acontecimientos) se vieron precisados a integrar, en el estado mayor, con oficiales del viejo ejército zarista, y a recurrir a los métodos militares clásicos. A ese mismo aparato del partido correspondió —siempe según las concepciones en vigor— la misión de coordinar estratégicamente e incluso elaborar tácticamente las luchas revolucionarias en el mundo . . . Así es como improvisó, a partir de núcleos, fracciones dispersas, incluso sin tener el acuerdo formal del partido de Rosa Luxemburg, una nueva Internacional, mientras que la socialdemocracia europea estaba lejos de haber hecho madurar la crisis que atravesaba. En fin, el aparato estaba en todas partes, se sentía responsable de todo . . . La concepción que los bolcheviques tenían de las relaciones entre las masas y la vanguardia implicaba que el partido revolucionario —de hecho el aparato— tomara la delantera en toda circunstancia, hablara en nombre de las masas, las dirigiera, etcétera.

Tales apreciaciones exigirían análisis profundos referidos a las diversas "regiones" organizativas, políticas, teóricas y éticas del bolchevismo. Podría partirse de una idea que me parece innegable, y es que si bien el puñado de "viejos bolcheviques" conscientes de su misión no se dejó, salvo excepciones, marear por los éxitos, contribuyó no obstante, por la necesidad de la propaganda y de la cohesión del partido, a que se desarrollara una fantasmatización colectiva de gran poder que, en los recién llegados al aparato, adquirió a veces proporciones de megalomanías. El partido estaba investido de una especie de vocación mesiánica, era el designado por la historia para juzgar, en todas las materias, sobre lo verdadero y lo falso, para seleccionar a los buenos y a los malos militantes, etc. Habría que tener en cuenta igualmente las concepciones mecanicistas que reinaban en la intelligentsia de la época, como lo testimonia, por ejemplo, esa imagen detestable, que aún envenena al movimiento obrero contemporáneo, como es la de "correa de transmisión", modo según el cual las organizaciones de masas estaban consideradas como teniendo que insertarse entre el partido y las masas, a fin de que las consignas justas pasaran de uno a las otras.

y después, cayeron en la megalomanía

El partido leninista no estaba preparado mucho mejor que los otros —y sobre todo menos en el plano teórico— para aceptar y alentar un proceso original de institucionalización, como fue en sus comienzos el desarrollo de los soviets. Que se tratara luego de sindicatos, organizaciones de juventud, de mujeres, etc., no significaba salirse verdaderamente del estilo tradicional. Ninguna innovación institucional pudo desarrollarse largamente. Los soviets, al día siguiente de la toma del poder, fueron liquidados.

En definitiva, el resultado terminaría siendo la eliminación, luego la persecución de todas las oposiciones, y esto mucho antes de la muerte de Lenin (prohibición de los socialistas revolucionarios de izquierda, de los anarquistas, de la Oposición Obrera, de las fracciones en el partido, etc.). De hecho, el resultado, en ausencia de un contrapeso popular, fue el crecimiento canceroso de las tecnocracias políticas, policiales, militares, económicas, etc. A la militarización del Ejército Rojo por Trotski debía seguir su proyecto de militarización de los sindicatos y de la puesta en acción de un sistema de trabajo forzado, todo esto trabajosamente argumentado a partir de consideraciones casi delirantes, como la que consistía en definir el trabajo servil del feudalismo como un "fenómeno progresista".[8] Correspondería a Stalin plasmar en la realidad todas estas lindezas y para colmo, militarizar el partido, el estado y la III[a] Internacional. El resultado fue, ya desde 1921, la Comuna de Cronstadt, universalmente desconocida y calumniada . . .[9]

Fue así como Trotski, convertido en leninista por la fuerza de la revolución, perpetuamente escindido en sí mismo, llegó a aplicar, con una feroz rigidez, un bolchevismo caricaturesco, una línea exactamente inversa a la que él había seguido como líder del soviet de Petrogrado en 1905 y 1917. Sólo que, a diferencia de Lenin, cuando invertía su línea, era como si la teoría cesara para él de conectarse con la realidad, o que se conectara solamente *después* del acontecimiento por lo que su actividad literaria tenía por función restablecer una sincronía retroactiva. Lo cierto es que se convirtió en el hombre de las situaciones imposibles; estaba literalmente poseído por la "disciplina de hierro", los mecanismos reglamentarios, el sentido de la "representatividad" llevado hasta el teatralismo, cuando no hacía mucho había sido uno de los más virulentos denunciantes del peligro de

[8] Isaac Deutscher, *Le Prophète armé*, París, Juillard, p. 659. [Trad. cast.: *Trotsky*, México, Era, 1969, t. I, p. 458.]

[9] Véase la traducción de los 14 números de las *Izvestias* de Cronstadt en *La Commune de Cronstadt*, ed. Bélibaste; y *Ni dieu ni maître*, ed. de Delphes, p. 556.

un "sustitucionismo político" que afirmaba ser inherente al centralismo leninista. Sus exageraciones fueron sin duda la consecuencia de que no había sido sino un adherente de reciente data al leninismo; hostigado por los "viejos bolcheviques", terminó haciendo los mayores esfuerzos centralistas. Por otra parte, y de un modo general, tenía tendencia a ser exagerado en todo. El mismo Lenin se vio en la necesidad de señalar al respecto, en su testamento, luego de un elogio sin ambigüedades, esa "exagerada confianza en sí mismo" y ese "empecinamiento, igualmente exagerado, por el aspecto puramente administrativo de los asuntos". . .

Lenin, menos teórico, o en todo caso menos literario, y tal vez en razón de un contacto no tan directo sobre las masas como Trotski, no conoció nunca tal desgarramiento entre la teoría y la práctica. Cambiar de opinión, modificar una línea política, no parecía plantearle grandes problemas. Todo en él estaba dirigido al objetivo a alcanzar; sin desconocer, ni mucho menos, la diplomacia y los compromisos, en el fondo los asuntos personales no contaban para él, comenzando por los de su propia persona. Toda su historia política atestigua esta actitud, pero ella tal vez sea particularmente significativa en lo que concierne a lo que llamaría el *momento del corte leninista fundamental*, el de julio de 1903, hacia la finalización del II. Congreso del POSDR.[10] ¡Y, sin embargo, aparentemente, lo menos que podría decirse, es que las cosas no se habían desarrollado sobre bases políticas y teóricas límpidas!

La escisión estalló como un "trueno en medio de un cielo sereno" según una expresión de Trotski.[11] En apariencia las cosas se desarrollaban a la manera de los clásicos arreglos de cuentas entre los grupúsculos. En el espíritu de los cincuenta y ocho delegados reunidos en Londres (de los cuales solamente tres, reparemos en ello, eran obreros), luego de verse obligados a dejar Bruselas a causa de la persecución policial, se trata antes que nada de consolidar la construcción del partido. Todo se desencadenó por la definición de quién es miembro del partido, sobre una divergencia referida a *dos renglones* en un parágrafo de los estatutos, luego la discusión se extendió al número de miembros del comité de redacción de *Iskra*: por razones de eficacia —ocultando sin duda segundas intenciones

Trotski y Lenin

[10] Partido Obrero Socialdemócrata Ruso.

[11] Isaac Deutscher, *Trotsky*, t. I, p. 88. Cfr. la reciente traducción y la excelente introducción de Denis Authier, del *Rapport de la délégation Sibérienne* que Trotski redactó inmediatamente después del congreso, ed. Spartacus, Librería La Vieille Taupe; véase igualmente, *Nos tâches politiques*, ed. Pierre Belfond.

políticas—, Lenin deseaba que se redujera a tres miembros... Fue a partir de este tipo de cuestiones que estalló en pedazos el frágil equilibrio que había sido mantenido, mal que bien, por los grupos fundadores del Partido socialdemócrata ruso. Ciertamente, todo venía incubándose desde mucho tiempo antes: las divergencis con los "economistas" —quienes, digámoslo de paso, reunían a lo esencial de los militantes obreros del partido— fueron objeto de ardorosas polémicas, el obsesivo temor de cierto número de intelectuales del partido a pecar de revisionistas los llevaba a exagerar desmesuradamente el riesgo, después de todo imaginario en el contexto objetivo de Rusia, de una separación entre el trabajo dentro de las empresas y la acción política.

Surgió también esa discusión nociva que iría a desembocar en la exclusión del Bund: el racionalismo de los dirigentes les impedía comprender los votos de los militantes judíos intentando conservar un mínimo de identidad organizativa; ¡bien sabe Dios, sin embargo, cuán precaria era la condición de los trabajadores judíos en la Rusia de esa época! La dirección del partido destacó a Trotski para que se encargara de esta cuestión: la violencia de sus intervenciones le valió el sobrenombre de "garrote de Lenin"... Pero se torna imposible retomar aquí como convendría el detalle de todos estos problemas. En resumen, el engranaje era irreversible: ruptura entre Martov y Lenin, luego entre Lenin y Plejánov, más tarde entre Plejánov y Trotski... todo adornado con invectivas definitivas y rompimientos que durarían años. Y, sin embargo, fue sobre este mal teatro, con este psicodrama aislado, que se puso al día una nueva batería significante, proviéndose una nueva axiomática del movimiento revolucionario del que en gran parte somos aún tributarios.

Lo que allí estuvo en juego ha sido repetido hasta el cansancio, por lo demás. Muchos enunciados se petrificaron y se separaron definitivamente de sus situaciones enunciadoras. Puestos en posición de enunciados dominantes, su función tendió pronto a controlar toda enunciación de ruptura. Actitudes, todo un estilo "bolche" profesional, una afición perversa por la ruptura principista, ligada a una gran flexibilidad táctica rozando a veces la duplicidad, se lanzaron al mercado de la subjetividad militante. Estoy persuadido que los fonéticos, fonólogos y semánticos, lograrán encontrar en este acontecimiento la cristalización de algunos rasgos lingüísticos, de ciertos modos —siempre los mismos— de machacar fórmulas estereotipadas, cualquiera sea la lengua de donde la hayan tomado, y que siguen siendo el quehacer de muchos militantes de hoy. Una nueva variante

de lengua militante universal —"lengua especial", ¡oh, cuánto!— nació en ese teatro un tanto absurdo; dio formas a un mensaje en ruptura y consistencia a un código antirrevisionista, anticentrista, etcétera.

Creó igualmente un campo de inercia que debía limitar pesadamente la capacidad de apertura de los militantes revolucionarios formados en tal escuela, justificándolos en una ciega complacencia respecto de las consignas incisivas, y llevando a la mayoría de ellos a desconocer la función del deseo: para sí mismos en principio, en el proceso de su propia burocratización, según un estilo por otra parte nuevo; para las masas después respecto a las cuales desplegarán una actitud de dominación y desprecio, ese sentimiento de rencor del militante que sabe todo *a priori* y que rechaza sistemáticamente oír otra cosa que no sea la línea. ¡Droga militante, engaño sadomasoquista! El deseo de las masas está compuesto sin duda de una voluntad de luchar, pero también de un conocer que no coincide necesariamente con esa línea trazada por el partido, línea demasiado esquemática, que ignora en demasía lo imprevisto de las situaciones y las relaciones de fuerzas singulares; línea sin goce. No es que las masas en sí mismas sean anarquistas, sino que quieren combatir por sí mismas, según su ritmo, según el gusto y placer que experimenten, sin perjuicio de dirigirse a los aparatos cuando se encuentren desorientadas por alternativas indecidibles, o bien sencillamente cuando lo otro ya no les interese.

A partir de este corte fundamental, ya está lanzada la máquina leninista en su derrotero; le corresponderá a la historia darle contornos y consistencia, pero su código fundamental está, por así decirlo, fijado. Y, en definitiva, la cuestión que está planteada, es la de saber por qué otro tipo de máquina —si es que tuviera que haber una— podría ser reemplazada, que sea a la vez más eficaz y menos perniciosa para el deseo de las masas. Por supuesto que no pretendo que este corte de 1903, y sólo él, es el que ha atravesado la historia del leninismo y del estalinismo hasta el maoísmo; las cosas han evolucionado, se han modificado según las situaciones... Digo simplemente que los significantes fundamentales, los cortes claves, hicieron su entrada en la historia con este acontecimiento. Además, sólo hay en ello una hipótesis de trabajo que exige ser examinada en detalle, reformada, ¡hasta desplazada! No se trata sino de ilustrar sumariamente una posible dirección analítica. Esta reserva no es un puro formulismo, insisto en ello, pues no es cuestión de proceder con los mitos vehiculizados por el movimiento revolucionario contemporáneo

como lo hacen, por ejemplo, los psicoanalistas con los mitos antiguos a los que toman como una referencia absoluta y que pretenden encontrarlos idénticos a sí mismos, en todos los estadios y regiones de la fenomenología del inconsciente.

Lo que precisamente debería ser puesto al día, es el hecho de que cada período queda prisionero, mientras una *interpretación* revolucionaria no haya esclarecido las cosas, de mitos *históricamente definibles*. Empecé con el "complejo bolche", también habría podido considerar el "complejo de 1936" con sus variantes de frente antifascista, frente nacional unido, frente popular, hasta el mito vacío y desteñido de la "alianza de todo el pueblo", que desvía la lucha antimperialista. Ésta vez las cosas se vincularían, siempre desde el punto de vista de la determinación de un corte fundamental (en relación con el precedente), con un proceso que se resolvió en la cabeza de los burócratas estalinianos cuando simularon el desarrollo de un congreso de la Internacional, en 1935 (el VII Congreso), luego de la toma del poder por parte de Hitler, el incendio del Reichstag, etc. Al no poder ocultar por más tiempo el fracaso de la orientación seguida desde 1929, Dimitrov se convirtió en el paladín del abandono oficial de los procedimientos sectarios del célebre "tercer período" para anunciar una política exactamente inversa, que tenía que terminar por hacer caer al conjunto del movimiento comunista en el peor de los oportunismos, y por supuesto siguiendo la política de Moscú. Ésta se hundiría, como se sabe, a raíz del pacto germano-soviético, y concluyó negociando con el imperialismo la disolución de lo que no era nada más que una ficción de Internacional.

De este "complejo del Frente Popular" quedó igualmente otro aspecto idealizado, que podría ser ilustrado ya sea por la silueta extenuada del militante de las brigadas internacionales a su regreso de España, para quien la amargura, del fracaso hacía enmudecer el interrogante sobre la inmensa e incomprensible traición . . . , ya sea por la imaginería color de rosa que dejaría huellas en varias generaciones, la del "espíritu de la Resistencia", los días posteriores a la Liberación, desengañados de las ilusiones anteriores a la guerra, del pacifismo, de los mitos del retorno a la realidad, expresión de un desconocimiento sistemático de la dureza de las luchas de clases y de las trampas imperialistas.

Dejo a un lado la cuestión de saber si una práctica revolucionaria podría o no desprenderse de toda alienación en tales formaciones imaginarias colectivas que marcan, de algún modo, el signo de los tiempos, pero que también pueden paralizar, inhibir, incluso hasta

pervertir a las masas.[12] Esta cuestión sería lo mismo que determinar cuáles podrían ser las condiciones de posibilidad de un surgimiento de *grupos-sujetos* capaces de dominar suficientemente su propia fantasmatización para reducirla al estado de *fantasmas transicionales* —es decir marcados por una finitud histórica asumida— haciendo que el grupo se abstenga de enredarse en los *fantasmas de grupo* dominantes y de transformarse él mismo en *grupo dominado*. Quisiera insistir aquí en la idea de que un procedimiento analítico, en este dominio, no tendría que considerar solamente los enunciados históricos tal como nos fueron dados, sino también los modos de constitución y funcionamiento de los agentes de enunciación.

Volvamos a esas pocas decenas de delegados al II Congreso del POSDR. Eran manifiestamente incapaces de mirar de frente y decirse toda la verdad, y esto tal vez en razón de que la verdad los envolvía por todas partes. Llegará el día en que sea permitido hablar del principal de ellos, de Lenin, sin que se deba correr el riesgo de ser insultado por los cuatro costados, procurando explorar una fase de su existencia que fue por cierto uno de los puntos de origen del corte fundamental que constituye el leninismo; quisiera hablar de esa ruptura en su vida que fue, en la primavera de 1887, la ejecución de su hermano mayor Alejandro, principal responsable de un intento de asesinato del zar Alejandro III. Louis Fischer ha mostrado claramente, en su biografía de Lenin,[13] cómo la historia oficial desfiguró las posiciones de los dos hermanos. Para los estalinistas, todo es muy sencillo: por un lado está el terrorista narodnik, y por el otro el joven marxista que, a la muerte de su hermano, formula el siguiente juramento: "Es preciso actuar de otro modo, esta no es la vía correcta [. . .]"

En realidad, hasta esta etapa, Volodia —el futuro Lenin, quien no tenía entonces más que diecisiete años— no estaba de ningún modo comprometido en la vía revolucionaria de su hermano. Por otra parte, no se llevaban bien. En tanto que Volodia se apasionaba por el ajedrez y por Turgueneiev, Alejandro traducía Marx al ruso, estudiaba *El capital* y dirigía un grupo de militantes que se proclamaba perteneciente tanto a la "Narodnaia Volia" como al grupo marxista de Plejánov. ¡Bien lejos se está, pues, de las versiones estalinianas! Alejandro, al negarse empecinadamente a pedir clemencia al zar, se consti-

[12] Isaac Deutscher, retomando un análisis del nazismo hecho por Trotski, habla de "esta neurosis política de millones de gente empobrecida (que) dio al nazismo su fuerza y empuje" (*Trostsky*, t. III, p. 131.)

[13] Louis Fischer, *Lénine*, Christian Bourgois, 1966. [Hay ed. cast.]

tuyó en una figura legendaria entre los revolucionarios rusos. Sólo después de la muerte de su hermano, Volodia se interesará por sus ideas y tendrá en un principio las mismas posiciones simpatizantes respecto de los narodniks. Y si bien posteriormente se transformó en su enemigo encarnizado, toda su vida Lenin se verá tachado por los socialdemócratas legalistas como proclive al terrorismo y a las formas organizativas clandestinas.

Tenemos ahí pues un corte totalmente *real* y que trastocaría por completo el porvenir del brillante estudiante... Habría que remontarse sin duda alguna a este punto para captar la diferencia primordial, irreductible, de la relación con lo real —más allá de cualquier enunciación teóricopolítica— de un Lenin y, por ejemplo, de un Trotski.

Trotski era otro mundo: desgarrado igualmente, pero marcado por un corte menos aprehensible, que se inscribe más bien en el orden imaginario; hay suficientes razones como para pensar que, durante toda su vida, su condición originaria de judío lo condujo a la búsqueda de una vinculación, de una legitimación, sin perjuicio de correr el riesgo de una identificación masiva con la imagen dominante. ¿Su seudónimo no era acaso el nombre de uno de sus antiguos carceleros de la prisión de Odesa, que firmó a la ligera sobre un falso pasaporte cuando se evadió de Irkutsk en 1902? ¿Podemos esperar, sin irritar susceptibilidades ni despertar el racismo estaliniano, que llegue el momento en que el análisis histórico se detenga mucho más sobre este interrogante de Isaac Deutscher: "En el transcurso de esta riesgosa evasión ¿esta identificación con el antiguo carcelero contemplaría satisfacer, en el fugitivo, una inconsciente necesidad de seguridad"? [14]

Puede que así dispongamos de mejores instrumentos para interpretar hechos en apariencia tan aberrantes como el *motivo* dado por Trotski para rechazar, poco después de la victoria de Octubre, la proposición que le hacía Lenin de que asumiera la presidencia del primer gobierno de los soviets, a saber, de que él era... judío. O bien podría superarse la interpretación sumaria de Deutscher cuando considera como simples celos el que Trotski se negara a ocupar en otra oportunidad la vicepresidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo, que desde abril de 1922 hasta su muerte Lenin le suplicó que aceptara para contrabalancear el peso de Stalin a la cabeza del aparato del partido.[15] Inhibición matriz seguida de otras, numerosas,

[14] Deutscher, *op. cit.* t. I, p. 64.

[15] *Ibid.*, t. II, pp. 45-46 y ss. Los estalinianos, no ahorraban ningún tipo de calumnia, calificaron este rechazo de Trotski... ¡de "insulto a Lenin"!

que harían que Trotski se negara, como un nuevo Hamlet, a tomar la ofensiva contra Stalin, a pesar de la insistencia de Lenin inmovilizado en su lecho de muerte. Sólo se lanzará a una violenta lucha contra la burocracia mucho después de la muerte de Lenin, y, no obstante eso, solamente cuando la situación haya alcanzado tal grado de putrefacción que de tal enfrentamiento sólo sea posible esperar la muerte.

Si es cierto que apuestas de esta gravedad constituían el argumento potencial del teatro del II Congreso del POSDR, anunciándose en la prolongación de las cadenas inconscientes que se desplegaban, se comprende que sus actores se hayan vuelto de repente un tanto locos, enceguecidos por verdades históricas amenazantes e inclinados a refugiarse en modos estereotipados de defensa, en actitudes prefijadas.[16] Dejando a un lado a Lenin, quien, por el contrario, parece haber salido reforzado del enfrentamiento y con más determinación que nunca de terminar con todo un estilo de relaciones en la socialdemocracia. Él mismo escribía, sin embargo, inmediatamente después del congreso de Potresov: "Y ahora me pregunto ¿cuáles son las razones por las que nos enfrentamos como enemigos mortales? Cuando recuerdo los acontecimientos y las impresiones de este congreso, me doy cuenta de que he actuado a menudo de un modo irascible *estúpidamente*, y estoy dispuesto a reconocer mi culpa ante cualquiera, si es que puede llamarse culpa a algo que ha sido provocado por la atmósfera, las reacciones, las respuestas, las luchas, etcétera." [17]

Pero, sin poner en duda la sinceridad de tal intención, es posible pensar que en el fondo no se hacía ninguna ilusión sobre las posibilidades de unir lo ya roto. Para él, una etapa estaba franqueada. Cierto es que antiguos camaradas podrían volver a lo que consideraba como la mayoría del partido, pero ello ocurriría sobre las bases del nuevo centralismo, sin que en ningún momento las mismas fueran cuestionadas. De hecho, los militantes que desde un principio no estaban formalmente afiliados a la fracción leninista refluyeron hacia esa especie de unión incoherente que constituiría el menchevismo. De ellos muchos salieron definitivamente quebrados del enfrentaminto; Martov, por ejemplo, ayer militante de primera fila, que arrastrará

[16] Se puede trasplantar aquí lo que Lacan dice del drama subjetivo del científico que tiene que realizar una crisis teórica mayor: ese drama "tiene sus víctimas, de las que nada hacen pensar que su destino se inscribe en el mito de Edipo"... salvo cuestionar, precisa más adelante, el mito mismo.

[17] Deutscher, *op. cit.* t. II, p. 85, nota 36.

su ambivalencia más allá de Zimmerwald y de octubre de 1917, hasta su muerte en el exilio en 1923...

Si es posible considerar que desde esta época las opciones fundamentales del leninismo estaban cristalizadas, no ocurrió lo mismo con las otras corrientes de pensamiento. Era como si las alternativas presentes estuvieran siempre buscando sus personajes, encarnándose con cierta plasticidad ya en uno ya en otro. El teatro militante de 1903 estaba aún lejos de transformarse en esa inmensa máquina devoradora de hombres en que se convertiría la Rusia post-revolucionaria, donde un proceso fabricado, un teatro acondicionado de otro modo, anunciaría a unos y otros lo que tendrían que ser de una vez por todas para la historia oficial y lo que nunca habrían sido. En el punto donde nos encontramos Stalin, hombre sin fallas, no había llegado aún a ser el prototipo y el líder de un pseudo-bolchevismo maniqueísta y sádico... Trotski no era todavía el personaje cuya voz se trataría de acallar, antes de asesinarlo; calumnias y mentiras tenían como efecto, sobre todo, impedir cualquier posibilidad de enunciación verdadera de los estalinianos, condenándolos por una especie de mecanismo paradójico a retomar palabra por palabra, si bien con cierto desfasaje en el tiempo, fuera de su contexto y disimulándolos, los enunciados trotskistas sobre economía, política internacional, etc. Kámenev y Zinóviev no eran aún los centristas y los traidores definitivos que desde siempre no habían hecho sino esperar su hora... Agreguemos también que Lenin mismo estaba muy lejos de encarnar el personaje puro y rígido, partidario de un centralismo intransigente, tal como una historia bastante simplista nos lo ha transmitido. En verdad, en 1903, el centralismo estaba en el aire, incluso estaba de moda en la socialdemocracia: ¿acaso el mismo venerable Plejánov no era centralista, y el joven Trotski no se ufanaba de sus éxitos oratorios siendo aún más centralista que Lenin?

Todo lo que aquí decimos, un poco desordenada y aproximativamente, es con el fin de ilustrar la idea de un corte del tipo que en 1912 debía oficialmente dividir a la socialdemocracia rusa en partidos irreconciliables —con todas las consecuencias que esto tuvo sobre el desarrollo de la revolución—, que tal corte pudo estar contradeterminado, mucho tiempo antes, *Nachträglich* —según la expresión de Freud— y en niveles muy diferentes de los que tradicionalmente nos ofrecen las proyecciones de la historia, en particular en el detalle apenas recordado aquí de lo que llamaría la "representación militante", que en sí misma incluso no es otra cosa que la manifestación de insignificantes inconscientes, de enunciaciones potenciales, de ruptu-

ras creadoras, referidas a sustancias aún insignificantes y productoras de efectos subjetivos que atraviesan sincrónicamente toda la serie histórica considerada.

Es como si la historia no dispusiera, para recuperar su diacronía, más que de puntos de apoyo contingentes al modo de esos cortes actualizados, más o menos inconscientemente, por los *agentes colectivos de enunciación* que son los grupos-sujetos, en este caso, para el período contemporáneo, los grupos militantes. Sin duda se reprochará a tales formulaciones el rechazo de la causalidad histórica prefiriendo a cambio la "pequeñez de las cosas"... Y en tal sentido es cierto, puesto que de esto es de lo que se trata. ¿Hasta dónde las masas están dispuestas a sacrificarse por las "cosas grandes" y decididas a asumir sus tareas históricas fundamentales? ¿Bajo qué condiciones aceptarán "unirse como un solo hombre" para construir una inmensa máquina de guerra del tipo de la que barrió con todo ante sus ojos en 1917? La primera condición —en cuyo defecto la pulsión de muerte llegará a autonomizarse a escala colectiva— ¿no consistiría en que tengan la garantía de que en el camino no se desprecie precisamente esa "pequeñez de las cosas" que para ellas constituye la sal, la vida y la fuente de su deseo? Recordemos aquí solamente la gigantesca e interminable embriaguez de los días siguientes a la toma del poder en Petrogrado... y la consternación de los dirigentes bolcheviques. ¡Ciertamente, había algo de mortífero en este asunto, pero podría decirse también que se tienen los festejos que se merecen!

El deseo, la subjetividad, en este nivel de cristalización colectiva, es algo que permanece necesariamente próximo a las masas y que no puede sino mantener relaciones mediatizadas con objetos históricos fundamentales, los que siguen siendo profundamente programáticos y abstractos en el momento que son enunciados. El análisis, como actividad revolucionaria, es algo que contribuiría a tender un puente entre estos órdenes desajustados, entre lo que ocurre y lo que se dice, o bien lo que no ocurre y no se dice, en el orden de la plena palabra, en el seno de los estados mayores militantes de hecho o de derecho, todas cosas que condicionan, desgraciadamente en gran medidas, las posibilidades de expresión de las masas, sumadas a su capacidad de autorrepresión mortífera en materia de innovación, de espontaneidad y de deseo. Digamos a título de referencia y sin que nos extendamos mucho más, que el objeto de tal análisis sería la localización e interpretación de los coeficientes de transversalidad relativos a las diferentes regiones sociales consideradas.

y las delante masas

III. INTEGRACIÓN DE LA CLASE OBRERA Y PERSPECTIVA ANALÍTICA[18]

A partir de 1936 se inició una transformación de la sociedad política francesa que desembocó en una integración de las organizaciones de la clase obrera en el sistema capitalista.

Al principio, las cosas se desencadenaron en situaciones coyunturales, en crisis dramáticas, pero progresivamente el movimiento obrero se integró al orden legal, cualesquiera sean las protestas, por otra parte cada vez más tímidas, que sus portavoces esgrimieran al respecto. "El espíritu de lucha de clases" tenía que disminuir mucho más aún entre los militantes comunistas en el contexto ideológico de la coexistencia teóricamente pacífica entre los regímenes e, implícitamente, entre las clases. En los hechos —si dejamos a un lado las declaraciones de principio de los congresos anuales— quedó perfectamente en claro que los movimientos reivindicativos continuarían aislados de todas las salidas políticas que pudieran poner seriamente en peligro al capitalismo. Ya en 1936 y en 1945, cuando las relaciones de fuerza permitían avizorar la posibilidad de ir mucho más lejos, fueron las fórmulas de integración de la clase obrera las que predominaron entre los dirigentes comunistas y las que terminaron por reanimar al capitalismo e incluso reforzarlo.

Con el kruschevismo se inicia una nueva etapa, la socialdemocratización de hecho de los partidos se convierte en una ideología de derecho. No se puede reconocer explícitamente que los partidos comunistas se han convertido en los buenos y leales servidores del capitalismo, pero en razón de consideraciones sobre el interés nacional, la unión de todo el pueblo —incluidos los pequeños capitalistas—, es obvio que son los ministros comunistas quienes serían los mejores gerentes de un capitalismo de "izquierda", gerentes que sobre todo no intentarán cambiar nada en lo fundamental, como se ha podido comprobar con la reconstrucción de la economía nacional, del ejército francés y de la Unión francesa bajo el tripartidismo de la Liberación. El hecho de que el PCF, muy por detrás del Partido Comunista Italiano, ensaye ahora presentarse con un rostro más liberal, aceptando la idea de que un pluralismo de partidos pueda instaurar el socialismo, etc., ¡no podría tener ninguna incidencia sobre el asunto! Es tanto más liberal, para los días siguientes a la revolución, por cuanto está menos decidido que nunca a intervenir en ella.

[18] Informe de una exposición presentada durante un curso de la Opposition de gauche en Bièvres, Pascuas de 1966.

integración organizaciones obreras

Nos encontramos, pues, ante un proceso que conduce no sólo a la degeneración de toda la vida política de la clase obrera, sino de rechazo de toda vida política en general, si sigue siendo cierto que la lucha de clases es su resorte fundamental. Cada vez que se cree discutir de política, es decir de algo que podría cuestionar el poder político, lo que se consigue es sólo organizar una pseudo-participación, una consulta de los usuarios, para llevarlos a "interesarse" en cuestiones del nivel de vida, de la normalización de los procesos económicos, de ajustamiento al nivel regional y nacional, de las inversiones y de los flujos de mano de obra, del consumo, etc., todo esto manipulado en realidad por los tecnócratas y los *lobbies*.

La burguesía puede favorecer tanto mejor esta despolitización puesto que los centros más importantes de decisión económica no son localizables en los marcos nacionales existentes ya que se han desplazado hacia otras entidades imperialistas y oligopolistas, que sin embargo no coinciden con los "grandes mercados" del tipo de la Comunidad Económica Europea. Estas encrucijadas internacionales y cosmopolitas del capitalismo son focos de despolitización —en el sentido de la política de estado tradicional—, con una estrategia económica fundada en el mantenimiento de la ganancia sin respetar las fronteras nacionales, sino calculando a largo plazo sus "aperturas" hacia el Este y los países del tercer mundo con la esperanza de integrarlos también a ellos. Nos hallamos de este modo frente a una evolución general de las sociedades industriales que tienden a liquidar toda necesidad de una sociedad política.

La sociedad política burguesa fue indispensable para hacer frente a una etapa de la lucha de clases, pero en la medida que las clases obreras, por medio de sus organizaciones, tienden a neutralizarse, asistimos a la desaparición de cualquier perspectiva de toma de poder revolucionario de las masas. Y cuando los modernistas claman en favor de un gobierno de izquierda, no sólo no temen la eventualidad de una participación comunista, sino que la desean: y es porque tienen la certidumbre de que no hay que esperar ningún riesgo de desborde del PCF, y que por el contrario, los comunistas serán más eficaces que los CRS para contener un eventual movimiento de las masas.

Todo esto es bien conocido, y esta referencia puede parecer un tanto formal cuando se trata de introducir la cuestión de la validez o no de una actividad analítica en el nivel de los grupos políticos. Nos es preciso sin embargo, en mi opinión, volver a partir de allí, comprendiendo que la "traición" del PCF no es otra cosa que un intento desesperado de un organismo tradicional por mantenerse en

despolitización

el contexto de relaciones de producción que se han modificado radicalmente, lo que hubiera tenido que implicar una transformación radical de los métodos, de la línea y de las consignas de la "belle époque" del Frente Popular. En lugar de ello, el PCF insiste, cueste lo que cueste, en reanimar el mito moribundo de un frente unido con los socialistas, con los presuntos representantes de las proclamadas capas antimonopolistas, de las clases medias, de los cuadros, etc. Por supuesto, que todo esto no goza de ninguna credibilidad y no interesa a nadie salvo a los profesionales de la farsa electoral. Se trata de una actividad de superficie sin ningún alcance político real, pero cuya eficacia, en cambio, es cierta en el nivel de los sindicatos cuyos cuadros se han convertido en los verdaderos operadores de la integración de la clase obrera.

En estas condiciones el PCF está indudablemente mal colocado para combatir los mitos de la sociedad de consumo, puesto que de hecho es incapaz de proponerles la menor alternativa. Frente a él, los grupúsculos izquierdistas representan indiscutiblemente un intento por mantener los temas fundamentales de una política revolucionaria autónoma de la clase obrera. Pero lamentablemente lo único que nos presentan es el espectáculo de su fracaso. La "travesía del desierto" que unos y otros han hecho del PCF a los grupúsculos nos habrá enseñado por lo menos que ningún medio militante actual escapa a la carencia teórica y práctica total, caracterizada por el hecho de que la problemática que los mueve ha perimido en un término medio de ¡cuarenta años!

Cuando el PCF tiene que analizar "objetivamente" una situación, es para justificar el oportunismo más chato, el abandono de los conceptos fundamentales del marxismo, aquellos que permitirían articular las luchas actuales en una perspectiva de conjunto que no sería ilusoria. Cuando los grupúsculos defienden un programa revolucionario, es a despecho de las realidades actuales, su visión está íntegramente deformada por el tamiz de su ideología.

Así es como, a pesar de todo, el PCF y sus organizaciones siguen siendo los únicos que conservan un mínimo de contacto con la realidad social. Es un aparato cuya misión parece ser captar el reformismo latente de la clase obrera. Pero, a diferencia de Lenin, que había analizado la naturaleza de este reformismo, el PCF se dedica a adaptarse e incluso a colocarse a la cabeza de cada una de sus etapas, como se pone de manifiesto con su política dirigida a los cuadros. ¿Podemos considerar de un modo razonable que este aparato sea un "analizador" del inconsciente social de la clase obrera? ¿Podemos considerar, por simetría, que los grupúsculos sean en la actualidad los

y además: los grupúsculos

únicos en encarnar el mandato histórico, que corresponde a la clase obrera, de dar a luz por medio de la lucha de clases una nueva sociedad en que éstas sean suprimidas?

Los invito más bien a considerar que este punto de ruptura entre dos modos de subjetividad social —la subjetividad obrera reformista, más o menos canalizada por el PCF, y la subjetividad revolucionaria, más o menos encarnada por los grupúsculos— podría constituir el punto a partir del cual se planteara la cuestión de una actividad analítica, de la puesta en adyacencia de organismos con vocación analítica en los grupos profesionales y en los grupos políticos. La experiencia de la oposición de izquierda y de la FGIERI nos puso en mejores condiciones de apreciar las dificultades y los riesgos que implica tal proyecto. En particular el de socavar, mucho mejor de lo que podrían hacerlo el PCF y el PSU los mitos modernistas: la entrada en escena de la famosa "nueva clase obrera", la ocupación silenciosa de los "centros reales de decisión", la promoción de la "investigación interdisciplinaria", a la que agregamos para caracterizar nuestra originalidad: "y si es posible basada en un trabajo de masas . . .". ¡Todo esto es muy bonito y, en resumidas cuentas, anda bastante bien! ¿Pero a dónde nos conduce? Podríamos hacer el cálculo, como lo haría un grupúsculo, de que en uno u otro momento decidiremos cambiar bruscamente de orientación definiendo, para la FGERI, bases políticas claras, e intentando recuperar todo o parte de este movimiento en una perspectiva revolucionaria.

Todo es posible ciertamente, pero mientras mantengamos un pie en el reformismo, siguiendo las huellas del PCF, y el otro en un dogmatismo distorsionado como el de los grupúsculos, conviene pensar que nuestros éxitos en la FGERI no lograrían hacer progresar la conformación de una vanguardia revolucionaria y la salida del movimiento obrero de su estancamiento actual. Desde hace años persistimos en constituir un grupo, y esto sin ninguna razón valedera para la lógica ordinaria de un militante clásico. ¿Qué es lo que hacemos? ¡Discutimos, deambulamos de aquí para allá! Desde hace bastante tiempo tuvimos que dejar de existir para integrarnos individualmente, según cada una de nuestras economías libidinales, en los diferentes grupúsculos de tradición histórica, o bien retornar al PCF o vegetar en el PSU, aguantando cochinadas o "forjándonos pretextos" . . .

Así, la problemática abierta se volvió a cerrar: "era demasiado complicado, no era para ahora, no habríamos sido comprendidos por los obreros". Quizás hayamos quedado aprisionados en este punto purulento de la contradicción: mantener mal que bien esa especie de pretensión analítica —esos operadores analíticos— que, lo más

cerca posible de las masas y sin dejar de plantear los problemas políticos fundamentales, se propone superar el corte, pernicioso, entre lo político y lo sindical. Lo que se traduce, para nosotros, en esos intentos de cabeza de puente entre un análisis en adyacencia de las masas y una praxis revolucionaria para derrocar al capitalismo.

Del lado de la clase obrera, de la juventud, de los estudiantes, la realidad consiste en referirse permanentemente a la producción, a las mercancías, a los resultados, a los índices, a los diplomas, etc. (En este nivel, sabemos que una empresa crítica como la de FGERI es posible y eficaz.) Por otro lado, sus únicos recursos son las organizaciones esclerosadas que pretenden representarlos, pero que de hecho los sustituyen. Es la manifestación, de carácter sociológico, de una conservación por inercia de objetos institucionales carentes de toda sustancia, pura repetición de una rutina burocrática y de una red de palabra vacía.

Con el mismo título que el aparato patronal o el aparato de estado, esos objetos institucionales vacíos son también instrumentos de alienación de la clase obrera, ellos son los que contribuyen a mantenerla alejada de su misión histórica, de su verdad revolucionaria. Ninguna varita mágica, ningún programa revolucionario, podrá disolver dichos objetos, puesto que constituyen los engranajes esenciales de las relaciones de antiproducción. A su respecto todos los comportamientos de prevención son posibles, como la constitución de camarillas trotskistas, la política de entrismo... pero no conseguirán nada. Al contrario, los continuos fracasos de tales tentativas no hacen más que asignarles una especie de justificación indirecta: "Como ven, nada es posible fuera de la Iglesia, por más podrida que esté [...]". Las organizaciones estalinianas y socialdemócratas son sentidas, por quienes la integran, como una especie de necesidad maléfica, y desde este punto de vista, la primer cosa de la que tendríamos que estar persuadidos, es que el derrumbe de tales edificios y la transformación de los grupúsculos izquierdistas, implican el despliegue de referencias conceptuales nuevas, la producción de nuevas formas de organización, de la cual la combinación corriente tal como nos la ofrece el mercado actual del marxismo-leninismo ¡no podría darnos siquiera una idea!

Es el desconocimiento, por parte de la vanguardia revolucionaria, de los procesos inconscientes coalescentes a los determinismos socioeconómicos lo que ha dejado a la clase obrera indefensa ante los mecanismos modernos de alienación del capitalismo. En esta trama del inconsciente social es donde arraigan las organizaciones burocráticas supuestamente representativas de la clase obrera. En tanto esta vanguardia siga desguarnecida, desorientada, sin contacto con estas estructuras de neurosis social, de la que el burocratismo no es sino un síntoma, no existe ninguna esperanza de ver, como por un milagro, que estas estructuras mortíferas se deshagan. El "liberalismo" kruscheviano, lejos de constituir un paso adelante y desembocar en un debilitamiento del burocratismo interno, parece, por el contrario, reforzarlo bajo la máscara indulgente, hasta play boy, de los jóvenes dirigentes que se arrojan a la escena.

El capitalismo lleva en sí ese cáncer burocrático en la medida en que, precisamente, es incapaz de superar sus contradicciones institucionales fundamentales. Allí donde ayer existía la necesidad de una república radical-socialista, es preciso ahora un encuadramiento de los medios de producción, y especialmente de los flujos de mano de obra. En la medida en que los organismos de la clase obrera no sólo caen en la trampa por la política de participación, sino que además no vislumbran claramente la salida de este estancamiento ni inician ningún proceso de institucionalización revolucionaria del tipo del doble poder, no es posible esperar gran cosa de las luchas por venir.

El bolchevismo representó cierto potencial de intervención contra el burocratismo socialdemócrata, pero hoy las cosas son muy diferentes: se trata de saber por qué medios se puede eludir, disipar, destruir esos miasmas participacionistas que intoxican progresivamente a la clase obrera. El que su eficiencia se refiera, en lo esencial, al orden de lo imaginario, no atenúa en nada el peligro que representan. ¡Al contrario! Sus carencias teóricas no impidieron al leninismo poner el dedo en ese mecanismo que hace que la clase obrera, librada a sí misma, tienda a deslizarse hacia el tradeunionismo, digamos hacia el primado de la demanda sobre el deseo. Pero la solución leninista de un corte político, del deslindamiento de un objeto institucional, máquina de conciencia y de acción compuesta únicamente de revolucionarios profesionales, si convenía —la historia lo demostró— en una situación catastrófica como la de 1917 en Rusia, no podía dar a la clase obrera los medios de tomar el poder en los regímenes capitalistas altamente desarrollados, es decir en los sistemas donde el poder no está concentrado en una oligarquía identificable —las "doscientas familias"— sino en los nudos de una red infinitamente más compleja de relaciones de producción, ya se trate de cualquier elemento de la economía mundial o del menor de nuestros gestos cotidianos.

De cualquier manera que sea, el leninismo nos legó una dirección de reflexión para explorar lo que he llamado, a falta de otra

expresión mejor, la "castración de grupo", el "corte leninista",[19] es decir la incidencia del surgimiento de grupos-sujetos en las relaciones humanas corrientes. ¿Qué ocurre cuando una máquina tan sólida como el partido de Lenin entra en acción? Todo el juego habitual está ya falseado. Parafraseando a Arquímedes, Lenin pedía que se le diera un partido y movería a toda Rusia. ¿Y ahora, para nosotros, cuál es el tipo de máquina revolucionaria que pueda hacer saltar por los aires a todos estos bastiones del burocratismo y provocar la revolución? No es a ciegas como encontraremos la respuesta. El problema teórico a analizar sigue en pie. Tenemos que disponer de medios para demostrar teóricamente, para interpretar exhaustivamente, lo que son esos mecanismos de identificación de los asalariados con los dispositivos de los explotadores, lo que son los resortes de la continuidad del PCF, de la CGT etc., porque a pesar de la repugnancia que les inspiran, los trabajadores se dirigen a ellos . . . Fuera de esto, la vanguardia revolucionaria misma se verá envuelta en los mecanismos repetitivos de los cuales es víctima la clase obrera.

La mentalidad sindical e integracionista está profundamente fijada en las mentes. Se espera que los problemas se planteen en la urgencia, en el escándalo. De hecho, se espera del patrón o del ministro "que asuma sus responsabilidades". Nunca se cuestiona verdaderamente la legitimidad de su poder. ¿Cómo llegar a dar con una política analítica que abra una brecha y conquiste puntos de apoyo extrasectoriales para consolidarse? "Que todos se reúnan, y discutan libremente poniéndose, en tanto que sea posible, fuera del golpe, no confiando en las componendas [. . .]" ¡No hemos encontrado gran cosa en realidad! Pero este descentramiento, esta ruptura de la enunciación, ¿no es acaso lo que constituye la esencia del corte de lo político en su diferencia con la demanda? ¿De otra política, de una política de alteridad, de una política revolucionaria?

El trabajo que se hizo hasta ahora en la FGERI no tiene que ser sobrestimado. En lo esencial sólo alcanzó a sectores poco marcados por el estalinismo, y además sectores relativamente protegidos por el capitalismo (enseñanza, urbanismo, sanidad, etc.). Digo relativamente porque las cosas evolucionan, y porque el status respectivo de las clases medias y de la clase obrera también evoluciona, no hacia la conformación de una "nueva clase obrera", sino hacia una clase obrera integrada a una *nueva situación* que tenderá a absorber al conjunto del sector terciario.

[19] La "transversalidad" no es, después de todo, otra cosa que un intento de análisis del centralismo democrático.

Tomemos, por ejemplo, el sector de la psiquiatría en el que hemos podido apreciar directamente la carencia de las federaciones sindicales para definir un programa reivindicativo coherente para los enfermeros psiquiátricos. Como se sabe, esta profesión sufre profundas modificaciones por el hecho de la evolución de las técnicas médicas e innovaciones institucionales. De cómitres que eran, los enfermeros tienden a convertirse en técnicos altamente calificados que pueden llegar, en el futuro, a suplir en una gran parte el rol que estaba tradicionalmente reservado al psiquiatra (política de sector, visitas a domicilio, etc.). Pero los sindicatos no quieren oír hablar de todo esto. Para ellos lo único que cuenta es la defensa de las conquistas adquiridas. Nada de cuestionar por ejemplo el sistema de "tres por ocho"[20] que paraliza la organización de la vida en la institución; defienden a pie juntillas una jerarquía absurda y rechazada por la mayoría del personal. Rechazo que se hace extensivo también a ciertos dirigentes federales que, en otros tiempos, fueron enfermeros y están ahora completamente fuera del medio. Un intento de intervención —la organización amigos del personal— nos demostró que en ese nivel los burócratas difícilmente encontraban una respuesta, aparte de —lo que no han dejado de hacer— la calumnia y la amenaza de exclusión de la CGT: "Uds. son gaullistas, Uds. actúan contra los sindicatos, Uds. no tienen el derecho de pasar por encima de sus direcciones [. . .]". Sólo se pedía el derecho de reunirse y discutir acerca del trabajo olvidando las categorías, los diplomas, se invitaba también a los jefes de distrito, a los burócratas, a los psiquiatras, a los internos, el personal de servicio, etc. En algunas semanas, más de quince hospitales tenían su asociación, se dio un comienzo de federación, de encuentros nacionales, de visitas interestablecimientos, de intercambios y una comunicación increíble sobre lo que verdaderamente ocurría en los servicios. La federación CGT, poniéndole precio, consiguió liquidar este movimiento. Pero algo quedaría en las cabezas.

Por cierto que tal empresa, cuyos efectos analíticos no pueden ser impugnados —sería preciso, para demostrarlo, examinar las cosas en los detalles—, reconocería en sí misma sus límites por el hecho de su aislamiento, por la ausencia de una coordinación que permita descubrir su impacto político y teórico a una cierta escala y establecer una mejor relación de fuerzas para defenderla. Anular localmente el aparato es una cosa, pero otra es el de neutralizar el conjunto de su

[20] Relevo de tres equipos diferentes en veinticuatro horas para el mismo servicio.

la CGT contra Movimiento enfermeros

desarrollo. Es evidente que tal trabajo no podría ir muy lejos partiendo de experiencias de este tipo, o incluso de intervenciones mucho más sostenidas como la que llevan a cabo, desde hace años, los camaradas del grupo Hispano.[21] Sólo una interacción compleja de numerosas intervenciones sería susceptible de culminar franqueando ese umbral en el que caemos por lo regular. Pero, hay que repetirlo, los grupos de investigación e intervención analítica que se consigue implantar, con mayor o menor éxito, en diversos sectores, corren el peligro de ilusionarnos demasiado mientras no puedan multiplicarse los grupos del tipo Hispano, es decir trabajando en sectores claves de la producción.

Pienso que es conveniente seguir siendo leninista, al menos en el punto preciso de que no hay mucho que esperar de la espontaneidad y de la creatividad de las masas para implantar de *manera perdurable* grupos de carácter analítico, si es que puede considerarse como leninista el sustentamiento de la opinión de que el objetivo actual ya no es la promoción de un partido altamente centralizado, sino la construcción de un medio para las masas a efectos de tomar el control de su destino.

El análisis, en última instancia, consistiría en detectar los indicios de contaminación del capitalismo en todas sus zonas secretas de "recaídas". Una política revolucionaria supondría algo que desgajaría la demanda, la comprensión "natural" de las cosas, y esto a partir de las situaciones más sencillas, la revolución "productora de historia" a partir de acontecimientos que, según el sentido común, no valen la pena, historias de domésticas y escobillones, la humillación cotidiana de una jerarquía abusiva . . . Es de un modo progresivo, pero también por atajos fulgurantes, como se pueden superar tales situaciones hasta significantes claves del poder capitalista. Esta transición es también una transformación, pues el pasaje a lo político marca un corte: *el concepto político no reside en la prolongación simple de la demanda.*

El análisis de la demanda es como un ácido que desoxidara lo acontecimiental para afinar su filo, de manera tal que pueda abrir la subjetividad social al deseo, y que además, no cesara de inyectar la singularidad, lo imprevisto, hasta el sin-sentido en la coherencia del discurso político. Desde este punto de vista, el análisis no conoce un término; es lo que constituye su diferencia con un programa cerrado en sí mismo. ¡Si no es la "revolución permanente" será el "análisis interminable"! El concepto político está perpetuamente cuestionado por el trabajo analítico, siempre a refundar *ex nihilo*;

[21] *Ouvriers face aux appareils*, Maspero, 1970, p. 266 y ss.

Demanda → deseo : análisis interminable

el trabajo analítico lo virginaliza permanentemente, manteniéndolo no obstante a cierta distancia de la adhesión sin reservas. ¡Nada hay tan peligroso como confiar en la promoción de una pretendida cientificidad del concepto político, que podría ser obtenido por un tratamiento filosófico apropiado! Nunca existirá una seguridad absoluta en este ámbito.[22] Los conceptos teórico-políticos aparentemente bien ordenados por sí mismos no podrían garantizar una praxis revolucionaria coherente. El racionalismo mórbido, tomando prestada la máscara de una relectura científica de Marx, puede conducir a las mistificaciones y a los desvíos políticos más espectaculares. La pulsión de muerte que vehiculizan tales tentativas les aseguran por otra parte un cierto éxito entre muchos militantes que no se han recuperado aún de la caída de los ídolos y dogmas estalinianos. No es predicar el oportunismo buscar la ubicación exacta de la teoría, es decir en el orden simbólico y no en la eficiencia real inmediata. Quiérase o no, el conocimiento político quedará en el límite de la vacuola analítica. A la inversa, esta vacuola es —tiene que ser— acosada por todas partes por la praxis revolucionaria. El análisis en el ámbito social no es concebible sino porque sus enunciados constituyen el hecho de una enunciación y de un corte político en acto.

Sólo un grupo comprometido en una praxis revolucionaria puede funcionar a título de vacuola analítica, adyacentemente a los procesos sociales, sin vocación hegemónica, sin otra pretensión que la de hacer avanzar la verdad por senderos en los que por lo común nunca se interna. Sólo una actividad analítica que se perfile en el fondo de una praxis revolucionaria podría pretender una verdadera exploración del inconsciente por la sencilla razón de que el inconsciente no es otra cosa que lo real por venir, el campo transfinito de potencialidades ocultas por cadenas significantes abiertas, o que esperan abrirse y ser articuladas por un agente real de enunciación y efectuación.

Es lo mismo decir que los cortes significantes, incluidos los más "íntimos", y por qué no el de la pretendida "vida privada", podrían revelarse como nudos decisivos de la casualiidad histórica. ¿Vaya uno a saber si la revolución que nos espera no declinará sus principios a partir de algo enunciado por Lautréamont, Kafka o Joyce? ¿La caída

[22] En ningún otro tampoco, pero no es ésa la cuestión. Como escribe Lacan: "Una ciencia económica inspirada en *El capital* no lleva necesariamente a emplearla como poder de revolución, y la historia parece exigir otros recursos que el de una dialéctica predicativa" (*Ecrits*, p. 869. [Ed. cast.: p. 354]).

de los regímenes imperialistas y de los llamados socialistas no se realiza acaso por medio de instituciones y arcaísmos como por ejemplo los de la familia y el consumo? Vaya y pase que la ganancia se adhiera a la piel del capitalismo como una túnica de Nessus, pero ¿cómo aceptar que envuelva también a los descendientes de la Revolución de Octubre?

Estos bloques y rupturas potencialmente revolucionarias se producen de un modo sincrónico en todas las etapas de la fenomenología del sujeto y de la historia. A escala internacional irreversibles contradicciones resquebrajan el equilibrio mundial a medida que los regímenes sociales existentes manifiestan su impotencia para promover un sistema de relaciones internacionales que les permita expresar diplomáticamente y mediatizar las rupturas significantes, los puntos de detención singulares de la historia contemporánea. Estos "accidentes" han sido llamados: la *larga marcha*, que debía terminar en la toma del poder (contra la opinión de Stalin) de los estalinianos en China; el *titoísmo*, consecuencia de la toma del poder por la Resistencia Yugoslava, aún a pesar de los acuerdos de Yalta firmados por Stalin; la *lucha del* FLN *argelino*, que a pesar de sus comienzos precarios, terminó no obstante con el hundimiento del colonialismo francés, al menos bajo su forma clásica; las novelescas locuras de los *revolucionarios cubanos*, clavando una espina mortal en el corazón del sistema estratégico del Pentágono... Accidente del mismo modo, o más bien un artificio, como el trasplante de una colonia israelí que, en corto plazo, constituyó un factor de revolucionarización del pueblo árabe, en tanto que poco faltó para que Max Nordeau [23] lograra que se aceptara por parte de los sionistas el principio de implantación de la "nueva patria" judía... ¡en Uganda!

En la actualidad, es la *guerra de Vietnam* lo que domina la escena mundial: ella nos ofrece el espectáculo de una escalada ininterrumpida de la prepotencia y barbarie americana. Pero el origen de este conflicto no fue sino local. Los sucesos se precipitaron a partir de la revuelta de una minoría nacional y de las sublevaciones espontáneas contra el fascismo de Diem, y aquí también la jerarquía del partido estaba en contra de la insurrección y por el respeto de los acuerdos de Ginebra...[24] Luego se convirtió en una verdadera guerra que hoy moviliza medios gigantescos y referida a una encrucijada crucial: sí o no, ¿un pequeño pueblo decidido a luchar hasta la muerte por su libertad puede enfrentar impunemente al imperialismo? ¿Hasta qué punto puede rechazar alinearse en una u otra política de los "dos grandes del socialismo"? ¿Finalmente podrá el Pentágono negociar un compromiso con Moscú y Pekín, o tendrá que resignarse ante las exigencias de un gobierno que se oculta en la sabana? ¿Cuáles son los límites de semejante escándalo? ¿Tendremos que asistir al aplastamiento de tal precedente anunciador de un posible hundimiento de los "dominó" asiáticos?

[23] Poco, es una manera de decir, ya que Max Nordeau debía hacerse asesinar ¡por un guerrillero de Herzl!

[24] Wilfred Burchett, *Vietnam, la seconde Résistance*, N.R.F., 1966.

Por desgracia, la poca premura con que los dos "grandes" en cuestión acuden en socorro del pueblo mártir permite en cierto modo augurar que terminarán por sentarse alrededor de una mesa con los americanos para arreglar las cosas a espaldas del pueblo vietnamita. Pues bien, incluso si esto sucediera, ello no dejaría de significar que la historia tiene que tomar nota de que lo que jalona actualmente lo esencial de su curso no son los "grandes problemas" debidamente establecidos por los estados mayores y los diplomáticos, sino las incontenibles irrupciones revolucionarias que hacen fracasar las previsiones y estrategias de los bloques en presencia.

Los socios estalinianos y socialdemócratas del imperialismo dejarán progresivamente de *representar* a los pueblos oprimidos y a las masas explotadas para negociar en su nombre. Progresivamente... pero sin embargo nada decisivo se ha producido aún de modo que logre frenar la máquina infernal del "sustitucionismo". El proceso que restituirá a las masas revolucionarias un dominio directo de su destino histórico apenas si ha comenzado. En tanto todo se mantenga como ahora no queda sino esperar que estas atroces carnicerías, como las de Vietnam, las de Indonesia —del mismo modo que la de la Comuna de París—, continúen aportando el testimonio del monstruoso estancamiento en el cual está enredado el movimiento revolucionario internacional. Alabar los méritos del heroico pueblo vietnamita no tiene que ocultarnos la verdad: este holocausto tiene mucho de sacrificio, su monstruosidad es simétrica del carácter criminal de la política de los estados mayores del movimiento obrero internacional que deja en el aislamiento la lucha del pueblo vietnamita, tal como ayer lo hiciera con la lucha de la República española...

Pido al menos que la lección sea aprendida, que, por tal costo, la verdad sea enfrentada, a saber que es preciso recomenzar todo de cero, que hay que orientarse de otro modo, que debe terminarse con una época perimida de la estrategia y de la teoría del movimiento comunista.

IV. VIETNAM 1967 (EXTRACTOS)[25]

En Vietnam, el imperialismo americano procuró demostrar que era capaz de imponer su ley y sus métodos cuando y donde lo quisiera. Movilizó sus enormes recursos económicos y humanos para alcanzar tal objetivo. Aceptó comprometer su pretendido prestigio de "gran nación-hermana protectora del mundo libre". El *statu quo* penosamente mantenido desde la segunda guerra mundial se encuentra perturbado. El pueblo vietnamita se lanzó con cuerpo y alma a la lucha contra la agresión. Su heroísmo y su inteligencia no tienen parangón en la historia. Combate por su supervivencia, por su independencia nacional, su unidad y su soberanía. Es consciente que su causa es igualmente la de la emancipación de las clases oprimidas y las naciones dominadas. La opinión pública francesa, por su parte, considera en conjunto que tiene poco que ver con este conflicto. Y, sin embargo, los intereses del pueblo vietnamita se vinculan fundamentalmente con los de los trabajadores, intelectuales y todos los que sufren la amenaza de que en el futuro se refuercen los diversos modos de represión utilizados en las sociedades capitalistas, incluso las más modernas. ¿Será preciso recordar aquí que la defensa de la verdad está en la raíz de toda lucha emancipadora: las formas más sutiles y eficaces de alienación son las que parecen evidentes, aquellas de las que no se llega a tomar conciencia sin mediación y que impregnan la cotidianidad misma de la existencia?

Así es como una especie de comportamiento colectivo de prevención terminó en un verdadero "desconocimiento sistemático" de la naturaleza real del drama que se desarrolla en Vietnam. Hasta cierto punto es posible pensar que los más lúcidos no escapan completamente a estos mecanismos. Hay allí, pensamos, una importante cuestión que exige ser elucidada. Opinamos, en efecto, que la salvaje agresión americana contra un pueblo del tercer mundo no tiene que ser considerada como la manifestación aberrante de un "accidente histórico" sin ninguna otra significación. Esta pesadilla exige ser interpretada en una perspectiva de conjunto. Con ella se inaugura un

[25] Este texto debía servir de introducción a un importante número especial de *Recherches*, dedicado a las consecuencias de la agresión americana en el Vietnam y en el conjunto de los países del Sudeste asiático. El voluminoso informe, a cuya confección se había consagrado a grupos de trabajo compuestos por especialistas y militantes, no pudo aparecer en razón de los acontecimientos de mayo de 1968; el retraso que sufrió su impresión hizo que quedaran desactualizados los artículos más importantes y sus participantes se dispersaron.

nuevo "viraje" de la historia. En otros términos, pensamos que no es solamente en tanto que ciudadano o militante de tal o cual organización como tenemos que tomar posición respecto de lo que ocurre en un sitio tan lejano, sino también en tanto que tenemos una investigación específica que llevar a cabo en diferentes dominios de las ciencias humanas.

Con la guerra de Vietnam en los Estados Unidos se refuerza una ideología de la raza dominante, con sus correlatos de puritanismo, sus mitos exterminadores del "objeto malo": todo lo que es distinto, lo que pretende escapar o escapa de hecho al *american way of life*. Los peores actos de barbarie diariamente cometidos por el cuerpo expedicionario americano, las tropas fantoches de Saigón y sus aliados, son metódicamente rechazados de la conciencia de una opinión pública moldeada por las "máquinas de información". Se vuelve a pensar en el fascismo. Es cierto que el hitlerismo se desarrolló en un contexto completamente diferente. Pero esto no es ningún impedimento para que reflexionemos sobre el proceso de putrefacción moral que conoce la nación más poderosa del mundo, dejando a un lado las minorías activistas que luchan contra la corriente sin haber obtenido hasta el presente resultados decisivos. Freud, después de Marx, nos dio el medio de comprender mejor esta función de desconocimiento y defensa de la ideología. Las relaciones de producción de las llamadas sociedades de consumo están articuladas de tal modo que las clases dominantes tienen una influencia creciente sobre las determinaciones inconscientes de los individuos. Los modos de vida e información, las instituciones, todo nos predispone a aceptar desordenadamente los sistemas de coerción de cualquier naturaleza y un dominio cuasi absoluto de los engranajes económicos. En cambio, asistimos al hecho de que estas sociedades de consumo son cada vez más generadoras de perversiones colectivas del tipo de las que no hace mucho conocimos con el nazismo, con la guerra de Argelia hace poco y ahora con la guerra del Vietnam.

¿De qué modo tal drama —la expresión está tomada como un eco de la acepción politzeriana— se inscribe en el fundamento de la existencia de cada uno? ¿Qué forma de repercusión inconsciente puede tener en las instituciones con las que estamos en relación? ¿De qué manera el estudio de tales acontecimientos políticos y sociales puede influir en las diferentes ciencias humanas? ¿En qué condiciones las estructuras sociales, en apariencia más o menos cerradas en sí mismas, están dispuestas a abrirse a un proceso analítico que implique una puesta al día de nuevas formas de subjetividad social y de un hacerse cargo de la historia?

El desciframiento psicoanalítico ha querido desconocer que los objetos amorosos o de repulsión, los modelos identificatorios, en sus relaciones más íntimas con el sujeto, están en contacto directo con los procesos históricos, y excluye de entrada de su campo de elucidación determinismos inconscientes de una importancia primordial. En el nivel del sujeto inconsciente, la verdad es indivisible: la distinción entre la vida privada y los diversos niveles de la vida social no tiene ninguna perspectiva; en estas condiciones, la eficiencia de los sistemas de valor no depende del grado de conciencia que se ha podido tomar por medio de la educación, la información y la cultura. Así es como la violencia ha adquirido sus "derechos" en el curso de la historia, como ha elaborado sus evangelios e incluso su jurisprudencia internacional. El fascismo produjo de ellos una forma inédita y estremecedora. La agresión americana de hoy aporta otra. Tenemos cierta tendencia a tranquilizarnos, a desconocer la originalidad de tal proceso, a convencernos de que las cosas terminarán por arreglarse en definitiva, las reglas del sentido común pueden más, la nación americana no se inquieta... De hecho, parece claro que este tipo de razonamiento procede de uno de esos mecanismos de defensa que evocamos y que se constituyen para proteger el sueño de la colectividad. ¿Ese rechazo a tomar seriamente en consideración toda perspectiva histórica que se perfila en un horizonte desconocido e inquieto, esa tendencia irreprimible a referir todo nuevo acontecimiento a un sistema imaginario de reminiscencia histórica tendrán que ponerse a cuenta de lo que Freud describió en el registro de la pulsión de muerte? La buena conciencia racionalista y progresivista no acepta abordar esta dimensión del problema. Los más militantes entre nosotros están especialmente expuestos a un optimismo *a priori* en cuanto a la evolución de las sociedades industriales.

Un simple repaso de la historia reciente presenta, sin embargo, numerosos indicios de la incapacidad del modo actual de relaciones internacionales para hallar un punto de equilibrio. ¿Pensamos acaso que es imposible alguna estabilización en tanto los países del tercer mundo permanezcan en un estancamiento económico desesperante? El mito, ayer universal, de la "coexistencia pacífica" —piénsese en el "espíritu de Bandung"— está vacío de sentido: no se trata sino de una coexistencia de hecho entre las potencias industriales dominantes; el destino de las naciones pobres sólo es tomado en consideración en función de su importancia estratégica y económica, y de su vasallaje neocolonialista. Las relaciones de producción capitalistas no han conocido en lo esencial modificaciones decisivas; los estados socialistas se han revelado como incapaces de imponer otra

ley internacional como no sea la de la jungla; el estado líder del imperialismo mundial consagra sus esfuerzos a reajustar las relaciones de fuerza en su provecho y en la estructuración de un sistema de "gendarmería" internacional. De nuevo se ha terminado con esta otra "postguerra" que podría ser simbólicamente representada por esos organismos internacionales cuya misión de arbitraje tendría que permitir garantizar una paz perpetua. Otro sistema de valores, aún en búsqueda de su legitimidad, está en trance de sucederle: piénsese, por ejemplo, en esa increíble noción de "derecho de sucesión" que ahora parece natural y que puede justificar cualquier forma de agresión. Ante esta evolución, las consignas tradicionales de lucha antimperialista carecen de sentido; los análisis, las estrategias propuestas por la izquierda clásica están en contradependencia de las del imperialismo, en la medida que él mismo ha absorbido toda una parte del propio bagaje ideológico de sus adversarios. Todo sucede como si los socios respetaran las reglas del juego, incapaces como se encuentran de dar con las palancas de una transformación verdadera de las relaciones de producción a escala mundial. El Che Guevara, en su último mensaje, hablaba de la trágica soledad de Vietnam. ¿Pero no es igualmente trágica la soledad de las clases oprimidas en el seno de las sociedades opulentas? Habría que considerar también la secreta y paradójica desesperación de los revolucionarios occidentales, su sentimiento de impotencia ante esta influencia económica creciente que consigue que los trabajadores acepten sin chistar su destino, e incluso hace que lo deseen en toda la medida de su repugnante trivialidad. Considerando las cosas por contraste, la soledad heroica del pueblo vietnamita, su creatividad, la riqueza de las relaciones sociales que ha tejido a través de su lucha, la originalidad de los organismos puestos en acción por el FNL, aparecen como un verdadero canto de esperanza.

LA CONTRARREVOLUCIÓN ES UNA CIENCIA QUE SE ENSEÑA*

La acción específica del Movimiento 22 de Marzo no tiene que vincularse al enfrentamiento directo con el poder estatal, al descubrimiento de formas violentas. No fue la gota que hizo desbordar el vaso, el catalizador, etc. A pesar de lo que piensa cierto número de personajes sociologizantes, la "sociedad de consumo" no ha reducido para nada las potencialidades de violencia en la sociedad actual. Sencillamente éstas estaban reducidas, parcializadas, integradas.

La acción específica del 22 de Marzo fue la de haber desbaratado *políticamente* los métodos de canalización de las instituciones estatales, sindicales y del partido.

"Normalmente", cuando la policía impide el paso a un edificio como la Sorbona, se negocia, se desconcentra, se protesta, se hacen mociones. "Normalmente" hay gente en el lugar que forma parte del juego en esta negociación: representantes de la UNEF, de los sindicatos, los elegidos, etc. Esta vez el mecanismo no actuó. Coudray, en su texto, parece considerar que las masas de trabajadores —aparte de una vanguardia de jóvenes— son en lo fundamental cómplices de la burocracia sindical. De hecho, no tienen solución de recambio a su alcance. La ocupación de las fábricas siguió a la ocupación ilegal de la Sorbona y de los otros edificios públicos.

La carencia de interlocutores válidos del movimiento estudiantil produjo como resultado que muchos obreros rechazaran el protocolo de acuerdo de Séguy.

Hoy, los maniáticos del "período ascendente" y del "período descendente" han decretado el repliegue general y comienzan a contar sus tantos, de allí sus llamados a la disciplina, a la organización, a las perspectivas a largo plazo . . . Pero, de hecho, el movimiento de lucha no está de ningún modo en retroceso. Busca nuevos medios y nuevas armas. Los grupúsculos que pretenden "capitalizar la vanguardia" evidencian un comportamiento, al fin de cuentas, semejante al de

* Este artículo y el siguiente aparecieron en *Le Journal de la Commune étudiante* ed. du Seuil, p. 511 y 598. Fueron tomados de la *"Tribune du 22 mars"* junio 1968.

perros guardianes de las burocracias sindicales. Quieren canalizar un movimiento en los marcos organizativos que han dado prueba cabal de su fracaso. Se ve ya el nuevo florecimiento de la ideología reaccionaria de la organización piramidal, el CC, *el* BP, el secretariado, el partido de vanguardia, las organizaciones de masa como "correas de transmisión", etcétera.

Una forma original de organización revolucionaria se busca a sí misma a través de la lucha e igualmente en el esfuerzo por hacer fracasar las maniobras de los "veteranos especialistas" de la organización revolucionaria, los que pretenden disponer de un capital ideológico, de un conocimiento absoluto, de los cuales las masas tendrían que esperarlo todo. La conducción de los comités de acción por estos militantes esclerosados, que se revelaron incapaces de comprender la lucha en su desarrollo, que en varias oportunidades, y bajo pretextos diversos, inventaron desviarla, significaría una *desorganización* y, a corto plazo, un retroceso.

El 22 de marzo no sólo no debe ceder al chantaje de la integración supuestamente "centralista democrática" de los comités de base, sino que debe defender el derecho de que los comités permanezcan independientes de cualquiera de las estructuras que pretenden dominarlos.

Federar a los comités de base sólo podría tener sentido en una etapa ulterior, cuando llegue el momento de constituir una de las estructuras de toma del poder en el nivel regional y nacional. Por ahora, los comités de base llevan a cabo su acción al modo de la guerrilla; querer unificarlos antes de tiempo redundaría con toda seguridad en una paralización. Otra cosa es la estructura de coordinación que deja abierta la posibilidad de una plena extensión de los comités y sobre todo de una libertad de expresión, de una creatividad en la base, que es el arma esencial del movimiento revolucionario.

5 de junio de 1968

AUTOGESTIÓN Y NARCISISMO*

" Autogestión ": un concepto (?) peligroso

La autogestión como consigna puede servir para cualquier cosa. De Lapassade a de Gaulle, de la CFDT a los anarquistas. ¿Autogestión de qué? Referirse a la autogestión en sí, independientemente del contexto, es una mistificación. Se convierte en algo así como un principio moral, el solemne compromiso de que será en sí mismo, por sí mismo, que se administrará lo que es de sí mismo de tal o cual grupo o empresa. La eficacia de tal consigna depende sin duda de su efecto de autoseducción. La determinación en cada situación del objeto institucional correspondiente es un criterio que debería permitir clarificar la cuestión.

La autogestión de la escuela o de una universidad está limitada por su dependencia objetiva del estado, por el modo de financiación, por el compromiso político de los usuarios, etc. No puede ser sino una consigna de agitación transitoria y que en definitiva corre el riesgo de crear bastante confusión si no está articulada en una perspectiva revolucionaria coherente. La autogestión de una fábrica, de un taller, está expuesta también a ser dominada por la ideología reformista psicosociológica que considera que el dominio "interrelacional" tiene que ser tratado con técnicas de grupo, por ejemplo el *training group* entre los técnicos, cuadros, patrones, etc. (Para los obreros, tales técnicas son demasiado "caras".)

Se "impugna", en lo imaginario, la jerarquía. De hecho, no solamente no se toca nada, sino que se le encuentra un fundamento modernista, se la disfraza con un estilo y una moral rogeriana o con cualquier otra. La aplicación de la autogestión en una empresa implica el control efectivo de la producción y de los programas: de inversiones, de organización del trabajo, de relaciones comerciales, etc. En consecuencia, una comunidad de trabajadores que "optara por la autogestión" en una fábrica tendría que resolver numerosos problemas con el exterior. Lo que sería perdurable y viable sólo si este exterior estuviera también organizado como autogestión. Una sucursal de correos aislada no viviría mucho tiempo con la autogestión, y, de hecho, el conjunto de los engranajes productivos se interpenetran a la manera de centrales telefónicas. Las experiencias de autogestión durante las huelgas, el funcionamiento de sectores productivos de una fábrica *para responder a las necesidades de los huelguistas*, la organización del aprovisionamiento, de la autodefensa, son experiencias indicativas muy importantes. Demuestran las posibilidades de superar los niveles reivindicativos de las luchas. Indican una vía de organización de una sociedad revolucionaria durante un *período transitorio*. Pero es evidente que no podrían aportar respuestas claras y satisfactorias a los tipos de relaciones de producción, a los tipos de estructuras adaptadas a una sociedad que haya expropiado los poderes económicos y políticos de la burguesía en una economía desarrollada.

El control obrero plantea de hecho problemas políticos fundamentales puesto que afecta a objetos institucionales que cuestionan la infraestructura económica. Un aula universitaria autogestionada es una solución pedagógica excelente sin duda alguna. Una rama industrial directamente controlada por los trabajadores plantea inmediatamente todo un conjunto de problemas económicos, políticos y sociales a escala nacional e internacional. Si los trabajadores no se hacen cargo de estos problemas de una forma que supere los marcos burocráticos de los partidos y sindicatos actuales, la autogestión económica pura corre el riesgo de transformarse en un mito y concluir en estancamientos desmovilizadores.

Hablar de autogestión política es igualmente una fórmula que sirve para todo y que además es tramposa, la política es fundamentalmente ajustamiento de un grupo en relación a otros grupos en una perspectiva global, explicitada o no. La autogestión tomada como consigna política no es un fin en sí mismo. El problema consiste en definir, en cada nivel de organización, el tipo de relaciones, de formas que deben alentarse, y el tipo de poder a instituir. La consigna de la autogestión puede convertirse en una pantalla si sustituye masivamente las respuestas diferenciadas por los niveles y los sectores diferentes en función de su complejidad real.

La transformación del poder del estado, la transformación de la administración de una rama industrial, la organización de un aula, la impugnación del sindicalismo burocrático son cosas totalmente diferentes que tienen que ser consideradas de un modo separado. No sería nada raro que a la consigna de la autogestión, que se reveló justa en las luchas de impugnación de las estructuras burocráticas en el plano universitario, se la apropien los ideólogos y políticos reformistas. No hay una "filosofía general" de la autogestión que la haga

* Véase nota de p. 242.

aplicable en todas partes y en toda situación, en particular en las que se refieren al establecimiento de un doble poder, de la instauración de un control democrático revolucionario, de una perspectiva de poder obrero, de la aplicación de sistemas de coordinación y regulación entre los diversos sectores de lucha.

Si no se efectúa a tiempo un esclarecimiento de alcance y límites de la autogestión, esta "consigna" viciará su contenido con concepciones reformistas y será rechazada por los trabajadores en provecho tal vez de otras formulaciones de tipo "centralista democrático" que rápidamente serán tomadas por la dogmática del movimiento comunista.

8 de junio de 1968

EXTRACTOS DE DISCUSIONES: FIN DE JUNIO DE 1968

PRIMERA PARTE

F. . . . Admitiendo que se le pueda decir a las masas que están "estructuradas como un lenguaje", podríamos considerar igualmente que lo que es expresión consciente de las organizaciones está estructurado como una neurosis. De todos modos, lo idiota es esta noción de masa, que es preciso destruir.

F.F. Lo verdaderamente impresionante la noche de las primeras barricadas, el 10 de mayo, es que la estrategia de las barricadas, la estrategia de la defensa, no era en modo alguno racional; se puede decir incluso que todo lo irracional que se podía hacer se hacía inmediatamente. Apareció un elemento fantasmático, pero surgió justamente como abarcando en masa la totalidad de los individuos que se encontraban allí. Quisiera hablar de toda esa tradición mítica del proletariado francés desde la Comuna: las barricadas, la bandera roja, la bandera negra, la *Internacional*. . . Era sumamente evidente que no se trataba de una minoría de anarquistas o de troskistas que retomaran el estandarte de los temas tradicionales de la clase obrera, sino de una "captación masiva" inmediata y brutal. Dos horas antes, nadie lo pensaba, no había nada preconcebido, y de golpe la "multitud" ya estaba estructurada, no sobre bases organizativas al modo clásico, sino sobre bases puramente fantasmáticas.

A raíz de esto es que llegamos a la idea de que una organización jerarquizada es incapaz de expresar la racionalidad de los procesos económicos. El esbozo que trazas de las "unidades subjetivas", para retomar la expresión de las *Nueve Tesis*, articulándose unas a otras en una relación de palabra, no habría que interpretarlo como una especie de racionalidad simbólica que fuera actualmente reprimida, y que solamente apareciera en la superficie. Pienso que la función de las unidades subjetivas es precisamente la de expresar la irracionalidad, es decir permitir la expresión de los elementos fantasmáticos tan irracionales como el que se manifestó en el curso de la noche de las barricadas. Me parece que el fantasma, ya no a escala individual, sino

fantasmas grupo: única vía racionalidad inconciente

digamos a escala de la historia, es la única forma de expresión de la racionalidad de los procesos inconscientes, incluidos los económicos.

P. La expresión "irracionalidad" no me gusta porque vista desde otro ángulo, la fase de las barricadas, justamente con todos sus aspectos institucionales, se incribía en un proceso extraordinariamente racional, en el sentido de la racionalidad de lo inconsciente. Quizás fuera irracional respecto de cierto procedimiento insurreccional, pero cuando vemos la manera en que ello se articulaba con un procedimiento de revelación, de autopedagogía, de autoformación en un reconocimiento de las instancias represivas bajo todas sus formas, uno piensa que un procedimiento de ataque por reducidos comandos de tipo maoísta —pequeñas guerrillas callejeras— hubiera podido significar aquel día el fin del movimiento. Tal cosa habría bloqueado completamente las posibilidades de una progresión de tipo fantasmático (las masas estuvieron en posición de ser atacadas y no de ser atacantes.) Es muy importante que esta fase haya sido respetada. Geismar, en su discurso durante la construcción de las barricadas, tuvo intuiciones geniales. Dijo: ('Hicimos barricadas, pero nada más; evidentemente, si son atacadas, habrá que defenderlas'). Creó una situación fantasmática eminentemente dialéctica. Finalmente, los progresos de una cierta exigencia, de cierta conciencia política entre los manifestantes estaban subordinadas al despliegue de cierto nivel de represión por parte del estado. Las barricadas representaban una situación estratégica, un modo de posible interpretación, la posibilidad de develar este aspecto represivo. Una estrategia ofensiva habría sido completamente precipitada y habría cercado al movimiento. Pienso que en todo ello hay una racionalidad y no algo irracional, es una racionalidad de otro orden.

F. En efecto, no pienso que sea necesario quedar atrapado en una alternativa entre racionalidad, por una parte, y fantasmatización como expresión irracional por la otra. ¡Cosas completamente racionales pueden surgir a través de los fantasmas! La contribución del freudismo consiste en demostrar que existe también una superracionalidad del lado del fantasma, del acto fallido, del lapsus, del sueño, del síntoma, cuya razón descubre el análisis. Pero, a escala de las masas, tal desciframiento no puede efectuarse sino a partir de la acumulación de cosas que se resolverían solamente con individuos y pequeños grupos. La trasgresión se refiere a cadenas significantes prestablecidas, constitutivas del conjunto del sistema.

Pasado cierto límite, el individuo y el pequeño grupo son cuasi manipulados por la historia. Los significantes históricos trabajan por su cuenta apoyándose en ellos. Ateniéndonos a las declaraciones de Cohn-Bendit y de Geismar durante la noche del 10 de mayo, podía pensarse que se esforzaban en evitar el desencadnamieno de las peleas, en particular el encuentro retardatario de Cohn-Bendit con el rector para ponerlo en guardia contra el peligro de una posible agravación de la situación. La lógica de la situación pasó por encima de esas vacilaciones. La actitud incluso de Cohn-Bendit en la Bastilla, prisionero de la cabeza oficial del séquito grandioso, y sus denodados esfuerzos por evitar que los burócratas dispersaran la manifestación, tuvo un resultado distinto.

En el primer caso, la trasgresión partió de la base, de la exasperación de los estudiantes, del poder del mito de las barricadas; en el otro caso fue el respeto, de la mayoría de los manifestantes, del acuerdo convenido entre los dirigentes con el PC, lo que prevaleció y bloqueó la transgresión. Al fin de cuentas, el poder del mito del "gran partido", del "partido de la clase obrera", de las grandes centrales obreras... En el primer caso. Cohn-Bendit y Geismar no eran más que frágiles portavoces que hablaban ante el micrófono; en el segundo, se trataba de representantes designados por sus organizaciones que habían concluido acuerdos, que supuestamente eran responsables de la conducción de las operaciones...

En los comienzos del 22 de Marzo, durante su breve existencia de productor de fantasmas transicionales, sus ocasionales portavoces tenían que rendir cuenta aunque al mismo tiempo nadie haya podido pretender verdaderamente "representar" el 22 de Marzo. Nadie estaba en verdad designado para transgredir o no la ley común. No era la economía del individuo y de las personas lo que caracterizaba las decisiones, sino un consentimiento colectivo que se desprendía a pesar del peso de las personas. ¡Durante esta fase, era imposible que uno fuera "más izquierdista" que otro! Nadie podía cometer ningún "exceso" porque todas las iniciativas estaban permitidas y porque, de todas maneras, nadie estaba obligado a moderarse "en nombre" de una disciplina interna, nadie tenía por qué buscar el justo medio para mantener la cohesión del grupo. Lo excepcional en el 22 de marzo no es que un grupo haya podido realizar su discurso al modo de la asociación libre, sino que haya podido constituirse en "analizador" de una considerable masa de estudiantes y de jóvenes trabajadores.

Otra transgresión —esta vez por duplicidad— fue el hecho, siempre dentro de este primer período, de que Cohn-Bendit y Geismar hicieran creer a las autoridades que efectivamente eran los

portavoces del movimiento. Es indudable que nunca lo desearon, pero de todos modos las cosas evolucionaron de tal forma que, incluso si ese hubiera sido el caso, los problemas ya no podían plantearse en esos términos. Cualquiera que hubiera decidido ir a negociar con un rector habría hecho el ridículo sencillamente. Incluso los simulacros de representatividad terminaron por estallar cuando Cohn-Bendit salió de circulación. Todos los mecanismos reguladores habían estallado. Los grupúsculos se precipitaron en el vacío dejado por la falta de decisión del 22 de Marzo para enfrentar la situación a escala nacional. El PCF aprovechó para desencadenar su campaña contra los izquierdistas, los irresponsables, las "bandas de Geismar"...

Por su parte, el mismo 22 de Marzo se había transformado en un grupúsculo; su libre expresión interna, su creatividad se desdibujaban tal vez en razón de una brutal toma de conciencia de sus "responsabilidades históricas". Pienso que lo que se dio allí fue algo que hace mucho tiempo propuse con el término de transversalidad: cierta abertura o cierre de la aprobación colectiva de las cargas superyoicas, una modificación de los datos edipianos habituales del complejo de castración, algo que restituye al grupo una potencia colectiva en detrimento de las inhibiciones individuales, una atenuación del miedo a ser maltratado, a ser asfixiado, en razón de una transgresión que se ventilan al nivel de las cadenas significantes inconscientes. Es ese mismo sistema de transgresión que alcanzó —relativamente— a la noción de propiedad, mediante las ocupaciones, a la noción burguesa de persona con las interpelaciones, el tuteo sistemático, la falta de respeto por los objetos venerables como la Sorbona, la COT, etcétera.

A partir de un punto nodal de transgresión las otras capas se contagiaron, y esto tanto en el orden social como en el de otras regiones de la subjetividad. La escena primitiva de esta transgresión se desenvolvió sin dudas en Nanterre, cuando algunos les dijeron a los profes: "Cállate, nos estas jorobando, deja hablar a los demás", o cuando le dijeron a Juquin que se largara, cuando se burlaron públicamente de su ministro o cuando invadieron los locales administrativos... Los primeros adoquines eran adoquines perdidos... Asimismo fue el abandono de esta técnica de subversión, la pérdida del humor y una vuelta de los grupúsculos, lo que marcó la declinación del poder real del 22 de Marzo. Recuérdese la seriedad que aterrorizaba a los presidentes de sesiones de las AG del 22 de Marzo cuando fueron transferidas a París, ¡el resto de humor que aún quedaba en acción era tan sólo una mueca! Los grupúsculos que antes de mayo eran casi inexistentes en Nanterre habían salido a la

superficie, o inconscientemente habían teledirigido a sus antiguos militantes.

Uno de mis amigos —particularmente exaltado en las barricadas— se desesperaba por persuadir a los estudiantes de que eligieran a Fouchet como presidente de la UNEF por "los servicios rendidos a la Causa Revolucionaria"... ¡No era nada serio todo esto! Sin embargo estaba colmado de ideas sobre la organización de desfiles con catafalcos, festejos en la calle, etc. Nada que ver con los servicios de orden de la UNEF, todavía una monumental estafa; nunca la UNEF en tanto tal hubiera sido capaz de reunir más de diez militantes para semejante engaño, ¡todo no pasaba de un montón de policías y cretinos! Los policías apelando a la UNEF para poder penetrar, una interiorización de policías, el temor de hacer mal, de no ser comprendidos, la desaprobación de los katangueños... y, en el fondo, el respeto a la ley y a la propiedad privada; dejando a un lado, a título simbólico, los bienes de consumo como el automóvil y la ocupación de los *lugares públicos*. Hay que señalar que si, en 1936, hubo una ruptura de los significantes de la propiedad privada con la ocupación de las fábricas, en 1968 se resolvió en sentido inverso: los obreros ocuparon las fábricas para protegerlas contra el exterior. La consigna de huelga activa es decir, de utilización de las fábricas para reforzar el potencial de las luchas de los huelguistas y los revolucionarios, fue muy eficazmente obstaculizada por los bonzos sindicales. Había que ver a esos burócratas del IPN y de la RTS[1] defendiendo su "instrumento de trabajo" contra una minoría favorable a los intrusos izquierdistas...

Una vez paralizados los significantes universitarios, correspondía a los reformistas y a los revisionistas prolongar la neutralización de las otras cadenas contaminadas... el resultado no se hizo esperar. Pero esta huelga activa, esta autogestión que se exigía para las fábricas ¿cómo es que nunca tomó cuerpo en la Sorbona y en las facultades? ¡En lugar de esto se dio ese espectáculo folklórico risible y desolante que en nada podía favorecer la unión entre los estudiantes y los obreros que se aventuraban en los locales! Transgresión, luego re-inhibición...

[1] Institut pédagogique national de la rue de Ulm-Radio-Télévision scolaire, en Ivry. La decisión de ocupar la IPN fue dispuesta por los docentes de la FGERI reunidos en asamblea general. Los situacionistas del "Comité pour le maintien des occupations" adhirieron en un momento posterior a esta ocupación, así como los docentes de la región parisina y una parte del personal del establecimiento.

P. Esta transgresión es, en efecto, de tal modo nodal que no concierne solamente al "discurso social", sino que apunta también al tipo de organización de todos los grupúsculos. En mi opinión, es con la historia de la mixtura en las ciudades universitarias que comenzó todo. Me parece que la primera transgresión, la transgresión originaria, ocurrió en los dormitorios. Si luego no cuajó en otra parte, en Antony, en Nantes ni en Niza, fue porque el Partido o los grupúsculos eran fuertes. Se sentían inquietos porque tal tipo de reivindicación representaba una amenaza contra sus propias organizaciones. Era la transgresión generalizada. El estado de desorganización grupuscular de Nanterre permitió que el fenómeno surgiera con suficiente libertad para que, en un momento dado, representara una real transgresión. Los muchachos en la ventana del pabellón de mujeres, significaban las primeras ocupaciones; el significante "ocupación" fue simultáneo de una transgresión de carácter sexual que significó el punto de partida de un lenguaje. La transgresión apuntaba a tal punto a las organizaciones, cualesquiera fueran, que sólo pudo tomar cuerpo precisamente allí donde éstas no existían.

M.R. Me pregunto por qué estalló todo en Francia, y no en Berlín o en Inglaterra que eran lugares donde se habían dado luchas importantes. Pienso que el Partido representó un factor de transgresión suplementaria. En Francia presentaba un obstáculo mucho más grande.

J.P.M. Hace un año, en Roma, el partido comunista reaccionó inmediatamente ante las manifestaciones estudiantiles, no como el PCF, sino dando a la juventud comunista la consigna de integrar a todos los muchachos que participaban de la manifestación, dialogar con ellos, recuperarlos. Y esto significó la completa paralización del movimiento.

F. Si hubiéramos tenido un Leroy y una corriente proitaliana en la dirección del partido francés, quizás nos encontráramos hoy con un gobierno Mendès-Mitterand, los estudiantes hubieran sido recuperados en una super UJRF,[2] etc. En mi opinión, la recuperación tuvo dos tiempos: la manifestación de Denfert-Rochereau (el 13 de mayo), y la manifestación de los gaullistas. ¡Era el mismo séquito! A partir

[2] Unión de la jenneusse républicaine de France: organización juvenil creada durante la Liberación por el PCF para romper el movimiento unitario de la juventud que existía en ese entonces.

del momento en que el Partido podía probar que era capaz de absorber todo ese mecanismo, estaba todo perdido: ya estaba confirmado en su misión de "interlocutor valedero" en la persona de Séguy. Pero la actitud más repugnante y lastimosa es la de la JCR que se puso al servicio del orden y la disciplina. Todo el mundo quedó inhibido ante la majestad de la cosa reunificada. ¡Algunos adoquines en la Prefectura podían todavía agriar esta hermosa fiesta religiosa! El 22 de Marzo estaba desesperado. Nadie tomaba iniciativa alguna. Desbordado, incluso localmente, esa manifestación de un millón de personas podía ser un desastre para el Partido y, quizás, hacer temblar al régimen. En lugar de esto, todos cayeron en la trampa: "Nada de líos, la Clase obrera, con una C mayúscula, nos seguirá . . . ¡Hay que ser prudentes y educados!."

Por supuesto, en cierto número de empresas, el movimiento se desarrolló sobre bases revolucionarias, pero en todas partes donde el Partido y la CGT controlaban las cosas, ¡era nada más que para desalentar las luchas! Las negociaciones de los izquierdistas para entrar, "por favor señor delegado", en las fábricas, los cortejos simbólicos ante Citroën y Renault, todo esto fue una mistificación asqueante. ¡Es como si los estudiantes negociasen con la policía! Y todo el mundo, desde la FER hasta la UJCML, se puso a afirmar, con la autoridad de "viejos conocedores": no es por el Barrio Latino por donde pasa la cosa, es por la clase obrera. Como si tuvieran vergüenza de ese desvío de la historia, ¡como si nunca hubiera tenido que pasar por los estudiantes! ¡Mientras que precisamente si todo había podido pasar *también* en otra parte, es porque había comenzado por los estudiantes! Para esos grupúsculos embrutecidos es como si hubiera sido vergonzoso pensar que los obreros hayan podido ponerse en movimiento siguiendo a los estudiantes, es decir a pequeñoburgueses, etc. ¡En suma, una infracción a la moral de clase!

P. Esto ya era característico antes de las barricadas, durante la manifestación de Saint-Denis. Para la UJCML no ir allí era cometer un acto pequeñoburgués que divergía de la revolución. Fueron efectivamente a Saint-Denis, donde no había nada, ninguna huelga . . .

F. En Flins, alcé a muchachos muy jóvenes: ¿De qué se ocupan? Somos estudiantes. ¿Estudiantes de qué? Dudan. Bueno . . . en la Sorbona. Eran unos obreros muy jóvenes, quizás aprendices. No era para farolearse que se hacían pasar por estudiantes, era porque no podían mantener la dignidad de ir e incorporarse sino considerándose como estudiantes.

De la transgresión a la re-inhibición

L. Ahora en Flins, cuando se les pregunta a los chicos: "¿Qué quieres ser cuando seas grande?" responden: "estudiante".

F. Antes cuestionábamos la noción de masa, ahora es la de clase. Al fin de cuentas, si dejamos de hablar de clase sociológica, la clase obrera ha sido encarnada esencialmente y representada por quienes luchaban en el Barrio Latino. La clase obrera se reconstituía progresivamente a través de esta lucha. Antes, había fábricas, sindicatos, una clase obrera henchida de ideología pequeñoburguesa, manipulada por las organizaciones. La clase obrera, si no se la toma como dato sociológico, estadístico o electoral, no es algo que se encarne como conciencia de clase permanente.

L. Se produjeron fenómenos de transgresión espontáneamente: hubo tipos que robaron papel en las empresas para nosotros, mientras que para la CGT eso era impensable.

P. En los comienzos del partido bolchevique, existía una institucionalización del robo. Stalin era precisamente el encargado de organizar los comandos...

F. Uno se ríe, pero en los temas del movimiento obrero de hace cien años, el derecho a la pereza, los atentados individuales, la "recuperación", la violencia, etc. eran totalmente cosa adquirida para la conciencia de la clase obrera. No había en ello vergüenza alguna, al contrario, sencillamente sólo era materia de discusión la eficacia de los procedimientos. La perspectiva legalista se consolidó verdaderamente en 1936. Ya en la II Internacional se hacía una crítica sistemática a los atentados individuales, en particular de los grupos terroristas en Rusia. Pero esto provenía sobre todo de los reformistas, porque los atentados individuales desorganizaban mucho. Más tarde, los atentados individuales fueron condenados por los estalinianos, si bien se continuó practicándolos contra los "izquierdistas" de la época, durante la guerra de España, durante la Resistencia, etcétera.

SEGUNDA PARTE

F. Sin duda hay que interpretar a la inversa el sentido que habitualmente se da a la huelga del 13 de mayo: es el despliegue de un sistema de resistencia ante la falla inconsciente abierta por las primeras luchas, la búsqueda de una normalización fantasmática —la huelga

general, es algo que ya se conoce, y se sabe cómo termina— por no haber encontrado una normalización institucional a la crisis. Luego de la transgresión revolucionaria, la búsqueda de un mínimo de normalización. Pero la hemorragia fue fuerte, se tornó preciso poner en la balanza no solamente a decanos como Grappin y los CRS, sino más aún, ¡toda la máquina estatal y a de Gaulle mismo!

Esta hemorragia significante era absolutamente imprevista, ningún movimiento revolucionario estaba en condiciones de enfrentarla. Esto quizás explique el que se recurriera apresuradamente a los viejos mitos de la revolución francesa y de la Comuna... En 1936, la huelga con ocupación había representado una real transgresión, y fue recuperada por el gobierno del Frente Popular. En mayo, se cuidaron de llegar a tales niveles. Todo se resolvió sordamente cuando la CGT consiguió que se liberaran amablemente a los directores secuestrados, y de modo sorprendente, cuando los obreros se hicieron cómplices, hay que decirlo, de su burocracia, al aceptar que la fábrica no se abriera a los militantes de afuera, estudiantes y otros.

El movimiento huelguista contribuyó finalmente a apagar al movimiento revolucionario canalizándolo por caminos ritualizados. A partir de allí se dio una especie de atontamiento de las fuerzas revolucionarias. ¡Estaban alegres porque Cohn-Bendit había desfilado con Séguy!

En el fondo, lo más significativo, fueron fenómenos como los de Flins y Sochaux: se dio allí un enfrentamiento directo con el poder de un modo completamente original. Es posible pensar en una continuación de este tipo de enfrentamientos, e incluso desarrollar, partiendo de los mismos, nuevas formas de luchas. Si la huelga general no se hubiera desencadenado tan rápido, a destiempo, tal vez otros bastiones revolucionarios como Flins y Sochaux hubieran podido desarrollarse adquiriendo la importancia de las luchas revolucionarias del Barrio Latino. Se habría abandonado de ese modo cierta fraternidad revolucionaria puramente aparente, con respeto por el "instrumento", el aislamiento de la fábrica respecto al exterior, etcétera.

En Flins y Sochaux, la CGT y la policía estaban enloquecidos; denunciaban en común a los "elementos incontrolables". Había que contenerlos costara lo que costase. Sobre todo que esos malos ejemplos no se propagaran; los desórdenes del Barrio Latino eran ya suficientemente enojosos como para que se tolerara su extensión a otros importantes sectores de la clase obrera. El prejuicio en favor de la unidad sindical jugó en contra del desarrollo de las formas de luchas salvajes, y en el fondo la cuestión pendiente es la de saber cómo una organización revolucionaria podría secretar sus medios de

Contra transgresión, ritualización

autodefensa, no solamente contra la policía, sino ante todo contra ella misma, contra la interiorización de su propia represión. En esto se fundamenta la cuestión de los comités de acción que no sean específicamente sindicales ni políticos, sino las dos cosas a la vez, y capaces además de servir como lugar vital para los militantes.

J. Me parece que en Flins las cosas no estaban tan claras como lo afirmas. No había allí iniciativa, no se participaba en la determinación de los objetivos políticos, más bien se era el brazo armado de la clase obrera, en suma los katangueños de los obreros.

F. La cuestión no radica quizás en saber si existían objetivos comunes, o si los estudiantes en Flins eran usados como katangueños. Estoy en pro, como tú, de que haya elementos heterodoxos, activos, como elementos de disyunción del sistema. Es muy importante que hayan sido tolerados, y sobre todo que se hayan volcado a la lucha. Pero, incluso si en Flins la acción no la hubieran llevado a cabo los katangueños ¡eso no cambiaría nada! En el sistema imaginario de castas en el que vive la gente, y que está diferenciado al infinito, un movimiento insurreccional, un movimiento revolucionario estudiantil permanece igual encastado en lo imaginario, aun cuando se lo mire con simpatía. Es decir que la huelga crea una situación que hace decir a los obreros: "Si hay que hacer la revolución, somos nosotros quienes la haremos y no Uds. los estudiantes. La prueba está en que hicimos la huelga general con ocupación de fábricas [. . .]"

Mientras que en Flins era muy diferente. Hubo una especie de *melting pot*, en el cual se tenía a la vez a la población local que tomó partido, a las autoridades y a las instituciones locales impotentes para resolver los problemas y además a los obreros que hasta entonces disponían nada más que de organizaciones tradicionales. Allí se dio un acontecimiento: en tanto que en todas partes se había rechazado la posibilidad de un diálogo significante, esta vez se produjo un encuentro en el terreno mismo de las luchas obreras. Es la diferencia con las barricadas: los obreros iban a las barricadas *de los* estudiantes, es importante pero relativamente menor, puesto que aparecían como individuos desplazándose en el terreno de los estudiantes, mientras que los estudiantes se desplazaban en el terreno de Flins; esto modifica completamente la situación. En mi opinión, esto es lo que obra directamente en el orden significante, no es la amplitud de la lucha o de sus resultados, sino el hecho de que algo se ha roto —como en la mutación de una religión primitiva— y algo distinto se ha abierto.

Para que semejante fenómeno se reproduzca sería preciso que los grupúsculos mismos rompieran la ideología que les impide acceder a esta dimensión imaginaria de las luchas. Los lambertistas en Saint-Nazaire seguramente habrían estado en contra de tal movimiento. Se los oye desde aquí: ("Los estudiantes no irán [. . .] las células estudiantiles no tienen que mezclarse con los grupos obreros") etcétera.

J. Luego de la "bolchevización" del partido, en 1928-1930, las células estaban moldeadas de otro modo: un intelectual, por ejemplo, era enviado a una célula de ferroviarios, nunca se lo enviaba a su propia imagen. Ahora la sección de una fábrica está separada de otra, y cada fábrica cerrada respecto de otra, el conjunto de fábricas está separado del campo, la cadena continúa así hasta el infinito.

Está también el plano vertical: la jerarquización. Todo surgió a partir de lo que escucharon los trabajadores jóvenes, luego pensaron en lo que se desencadenó en la universidad: el hecho de que profesores y estudiantes hayan ido juntos, que se insultara a Grappin, que la autoridad fuera negada . . . ¿De dónde parte esto en la clase obrera? Parte de gente que no tiene la palabra, los jóvenes y los no sindicalizados, los que no están ni ahogados ni cristalizados. Todo lo que ocurrió es un fenómeno de lenguaje, un problema de toma de palabra.

F. Si hubiera habido otros medios para hacerse oír habría sido preciso denunciar a la huelga general y decir: "Vuestra huelga, no hay nada que hacer en tales condiciones, en modo alguno es eso lo que queremos. No solamente hay que hacer flamear la bandera roja, encerrar al patrón, no sólo hay que ocupar la fábrica, sino mucho más, hay que ponerla en funcionamiento, servirse de ella como bastión para investir el barrio, hacer venir a las familias, organizar la actividad, la autodefensa, etc." Esto sí hubiera sido interesante, algo así como desarrollar cierto prototipo de lucha obrera.

F.F. En HS fueron algunos compañeros quienes nos exigieron ir para intervenir enfrentando a los m-l delante de la fábrica. Nos dimos cuenta rápidamente que un enorme número de obreros, incluso muchos desconocidos por los compañeros, estaban contra el aparato de la CGT. Todos los que estaban allí delante de la fábrica exigían que se pudiera discutir "institucionalmente", por así decirlo, es decir *dentro* de la fábrica. Se estableció un compromiso sobre el anexo de la fábrica, el local del CE. Se entró pues; la reunión era presidida por

el presidente del comité de empresa, había una treintena de estudiantes y también tipos desconocidos. Comenzaron a hablar con una violencia y una intensidad que literalmente enloquecieron a los tipos del aparato. Al día siguiente, lo mismo, pero en esta oportunidad se anticiparon y prácticamente monopolizaron la palabra, consiguieron transformar lo que aparecía como una posibilidad de diálogo entre obreros en un diálogo entre los representantes obreros —es decir ellos, los del aparato— y los representantes estudiantiles. Los m-1 y algunos compañeros del 22 de marzo entraron en el juego de este reconocimiento de representatividad, si bien al final los tipos del aparato pudieron decir: "Se acabó, hemos discutido bastante, y se ha dejado hablar a todo el mundo". Era un momento decisivo. Sentíamos en conjunto que había que fundamentar e imponer la continuación de todo en un lugar donde los obreros mismos cuestionaran al aparato de un modo violento. Pero se había acabado, los tipos del aparato dijeron: "Hay que dar un paso hacia atrás para poder atacar de nuevo". Y nos encontramos como antes: los estudiantes delante de la fábrica, etc. Todo fue ensayado; los campesinos venían a discutir con los obreros, pensamos que esto desencadenaría algo de tipo iniciático... Era espantoso, la transgresión estaba ahí, bastaba provocarla para que todo el mecanismo se pusiera en marcha...

J. ¿Qué es lo que permite que esto se inscriba en la realidad? Discutir durante días como lo hacen los m-1 no sirve para nada, no es más que una parodia de transgresión.

Hay una cosa que los m-1 no pueden comprender, y la JCR menos aún: ¿dónde se ubica el 22 de Marzo? En una oportunidad, nos propusieron "una coordinación de los movimientos de masa"; pero no, no somos un movimiento de masa. ¿Una "coordinación de las vanguardias" entonces? No, no somos una vanguardia. ¿Pero dónde están Uds.? No estamos en ninguna de esas dos categorías. Finalmente propusieron el concepto de "vanguardia espontánea". Está bien que avancen así, buscando definirnos, es importante en el nivel de su evolución. Pero queda por hallar el concepto aún: *lo que permite la palabra, o el fomentador de actos de transgresión.* La policía, de hecho, lo comprendió. Luego del interrogatorio a un compañero, resultó para ellos que el más peligroso era el 22 de Marzo.

F. Se había elaborado una categoría como la siguiente: el grupo analítico interpretando, en un momento dado, la situación; bajo cualquier forma; de *acting out*, de provocación... Si los compañeros de HS hubieran funcionado como grupo analítico y no como grupo vanguardista oposicional, habrían analizado en principio su propio miedo, su propio terror ante una transgresión.

TERCERA PARTE

P. Cuando redactamos las *Nueve Tesis* intentábamos ubicarnos respecto de dos problemáticas esenciales: la denuncia de la falsa problemática del enfrentamiento chino-soviético, y la refutación de la estrategia de la coexistencia pacífica y de la estrategia china. Un segundo grupo de tesis abordaba el problema más general de las oposiciones dentro del Partido y de los grupos controlados por el Partido. Y el capítulo que ahora sería más interesante, es decir el de la organización revolucionaria, es justamente el que se hizo relativamente a la ligera. Sería conveniente reescribir las *Nueva Tesis* destacando este aspecto.

F. Pienso sobre todo que habría que volver a situar cierto número de ideas con relación al conjunto de los problemas que hemos tratado: crisis del movimiento comunista internacional, problemas del tercer mundo, de la guerra de Vietnam, y vincularlos a los problemas de mayo en Francia. Esto para evitar de nuevo ese juego oscilante que hace que todos se precipiten en un análisis de los temas como los de la autogestión y otros similares, así como, durante la guerra de Argelia, los tipos se dedicaron a hacer un análisis del tercermundismo, etcétera.

La concepción de conjunto de las "tesis" descansaba efectivamente en una visión relativamente pesimista de las posibilidades revolucionarias en los países capitalistas desarrollados, no obstante ciertas aperturas. Se había criticado la concepción tradicionalista del partido, y también las modernistas. El tercer análisis político particular se refería a los grupúsculos de extrema izquierda, y contenía también un cuestionamiento de la línea china que aún no había lanzado la revolución cultural. En suma, para volver a la óptica que se tenía en aquel momento —esa es la característica de las tesis, su límite— se demostró por una parte el estancamiento en el cual permanecían todas las organizaciones políticas y sindicales, sin caer en el análisis modernista. Pero apenas si se había esbozado la idea de que toda una serie de contradicciones fundamentales en la sociedad francesa y los diferentes países capitalistas no estaban resueltos, en particular no se tuvo en cuenta la noción de *crisis generalizada*, la crisis económica no siendo más que un aspecto que podía propagarse

a otros. Además, decíamos que en razón del carácter ficticio de los intentos de conformación de grandes mercados, las crisis se agravarían: se había analizado el Mercado Común como una falsa solución desde el punto de vista económico, puesto que obviamente el porvenir de la economía europea —en el plano económico y tecnológico— depende no sólo de la conformación de un gran mercado, sino de la constitución de unidades de producción extremadamente poderosas.

En resumen, fuimos más bien timoratos respecto a las perspectivas revolucionarias a corto plazo, y continuábamos, sin decirlo del todo, considerando a la guerrilla opositora a las organizaciones del movimiento comunista como una suerte de antesala... Quizás esté exagerando un tanto, pero es mucho mejor exagerar en la crítica.

A partir del abandono del esquema de una clase obrera pura, sólida y consciente que arrastra tras de sí mecánicamente a todas las otras capas, habría quizás que establecer la ecuación siguiente: lo económico, al fin de cuentas es el resorte mismo de la subjetividad. Es precisamente la falla en el nivel económico que desembocará, no por graduaciones sucesivas de reivindicaciones y tomas de conciencia, sino de golpe, en el cuestionamiento de las perspectivas de lucha, en la perspectiva de una existencia radical diferente. Hay allí un punto de unión que se debe intentar captar entre el freudismo y el marxismo. Cuando la gente es embrutecida por la llamada sociedad de consumo neurotizada a escala social, el razonamiento tradicional consiste en pensar que están efectivamente embrutecidos y que son cómplices del sistema porque sacan provecho de ello y porque la elevación de su nivel de vida interviene efectivamente en su nivel de conciencia. Mientras que en realidad, a medida que hay una elevación de la alienación, de la integración, por la invasión de cierto tipo de objetos de consumo, la contradicción se acentúa y quiebra la subjetividad inconsciente, pero esta vez no como sujeto individual, sino como sujeto de grupo que a través de un ideal colectivo, a través de los fantasmas de grupo, postula, reivindica, una subjetividad institucional como única salida posible.

Lo que llega a la conciencia es la imbecilidad, la televisión, la apuesta triple, el reformismo. Pero detrás de esta capa constituida de sobrecarga de la represión, de participación, de denegación, hay otra potencialidad, en el nivel de los significantes claves. No es una potencialidad que consistiría en hartarse, en demandar aún más consumo (todo esto corresponde a los mecanismos de resistencia), es por el contrario un "poder", una potencialidad de cuestionamiento de los esquemas institucionales en el nivel familiar, en el nivel de las

relaciones de grupo, de la rama industrial, en el nivel nacional, etcétera.

Lo que es muy interesante desde un punto de vista sintomatológico en el movimiento de mayo, es que, mientras que desde 1936 toda la ideología oficial y del movimiento obrero formó sistemáticamente a la gente en el marco de una defensa de la nacionalidad, los significantes internacionalistas resurgieron naturalmente, sin que ello produjera ninguna dificultad a nadie. Esto demuestra que los esquemas inconscientes y sus referentes institucionales resurgieron en completa ruptura. ¡Los muchachos habían escrito a máquina la letra de la *Internacional* para leerla luego, lo que muestra bien a las claras que no la habían aprendido en sus grupúsculos! Dicho de otro modo, si se retoma esta idea: quienes están más cerca de los cortes en el campo económico, puede decirse por hipótesis que son, en el plano inconsciente, los mejor colocados para dar una interpretación justa de la "revolución institucional", con todo el aspecto mítico que ello puede tomar, es decir la impugnación masiva de lo que Medam llamó "la revolución para la producción".[3]

Pero hay una profunda carencia en el movimiento obrero cuando se trata de encontrar lo que podría ser una fórmula institucional viable. Es claro lo que se juega con los comités de acción que se convierten en la "organización de masa" hipotética de una hipotética organización de vanguardia: ¿cómo podrían estos comités de acción mantenerse si se centralizan, etc.? Hay un desbarajuste absoluto en la actual etapa. Si se encara el problema en el nivel en que lo pretenden algunos, es decir de un modo psicosociológico (cómo arreglar esto para que se comunique...) se corre el peligro de dar vueltas a su alrededor durante mucho tiempo. De hecho, la fórmula institucional está en la prolongación de lo que sería una solución en una escala económica más desarrollada. Para decirlo de otro modo, ¿cómo el automóvil, la circulación por ejemplo, podría funcionar en Europa en la lógica del desarrollo de las fuerzas productivas y en el respeto, en lo posible, del interés y del deseo de las partes en presencia?

Hagamos una hipótesis utópica: el funcionamiento de este sector productivo estaría asegurado gracias a la existencia de una especie de partido comunista del automóvil, al menos europeo, que en tanto que tal, entraría en diálogo, en contradicción, con otro partido comunista de la siderurgia. Sindicato-partido completamente integrado. Es decir, en una perspectiva socialista europea articulada a

[3] "A propos de la circulation monetaire", *Recherches*, nº 1.

los conjuntos socialistas en los países del tercer mundo, habría negociación con, por ejemplo, un partido del algodón, otro partido de masa internacional. En tal momento, podría pensarse que el ajustamiento de los diversos aspectos reivindicativos, de los aspectos institucionales locales, internacionales, en todos los niveles, puede concluir así en una regulación de las diferentes relaciones de inversión, de normas, de fijación de precios, de distribución, de salarios, de formación, etcétera.

En la actualidad la regulación se cumple en lo esencial mediante mecanismos de ajustamiento ligados al capital y a las políticas de estado. Se cumple según una regulación ciega con las subjetividades sociales correspondientes. Sólo una subjetivación, a escala de las ramas industriales articuladas en grandes mercados, permitiría desembocar en una planificación que fuera más eficaz en sus finalidades sociales y más rentable incluso en el plano económico.

En la medida en que el poder no pertenezca a la única clase que tiene vocación de proponer un modelo institucional, una respuesta subjetiva a las fuerzas productivas, los modelos institucionales existentes son los que subsisten y se imponen arcaicamente. Por ello es que la concepción del modelo de organización, la axiomática de la organización de lucha de la clase obrera, no hay que buscarla en un estudio intrínseco de la misma, sino a partir de la capacidad potencial de una clase obrera revolucionaria para responder a la exigencia inconsciente de una revolución institucional, de manera tal que un retorno a la organización embrionaria que se da en las luchas de clase inmediatas le permita esclarecer y abrir sus perspectivas a más largo plazo.

De hecho, me sorprendí en el 22 de marzo por el apasionamiento experimentado por los grupos que iban al campo y por las entregas de aprovisionamiento a las fábricas: instintivamente, con mi pasado grupuscular, pensé en la ergoterapia, en el boyscoutismo. ¿Pero por qué no? Había que hacer algo que diera una ilustración inmediata de *otra cosa*. Poco importa el lado ridículo: lo importante es proponer cierto modelo de acción que apunte global y aproximativamente a la masa de trabajadores de la empresa y que sobre todo sea una especie de ilustración, de *prefiguración significante* cuasi inconsciente de lo que podría ser un cierto tipo de relaciones entre el campesinado y tal o cual rama industrial. En fin, ¡otro campesinado y otra clase obrera! No estaba de ningún modo formulado por los miembros del 22 de Marzo, pero finalmente, en el inconsciente de los protagonistas del intercambio, me parece claro que era de esta cadena significante de lo que se trataba.

EL ESTUDIANTE, EL LOCO Y EL KATANGUEÑO*

El sismo institucional del mes de mayo no dejó de alcanzar también al mundo de la psiquiatría. Algunos de sus efectos han dejado huellas persistentes: cuestionamiento de la jerarquía en ciertos servicios, surgimiento de colegios de psiquiatría,[1] separación de la enseñanza de la psiquiatría y de la neurología, etc. Pero, por desgracia, pareciera que todo se hubiera vivido mucho más a la manera de un traumatismo que asimilado e integrado a la teoría y a la práctica.

La corriente de la "psicoterapia institucional" estaba en principio mejor preparada para comprender tales acontecimientos, ya que su característica residía precisamente en una voluntad de no separar nunca el análisis de la enfermedad mental de su contexto institucional y social, y correlativamente realizar un análisis institucional a partir de los desciframientos de los efectos imaginarios, simbólicos y reales de la sociedad sobre los individuos. Sin embargo, es una obligación reconocer que esta corriente, aún cuando no permaneció ajena a los acontecimientos, sólo participó de un modo marginal. Pensamos que es como consecuencia de una cierta inmadurez teórica y de una atadura a los arcaísmos de la profesión médica: neutralidad, apoliticismo, etcétera.

Surgida de la crisis de la universidad, la revolución institucional de mayo planteó rápidamente problemas a escala de toda la sociedad; tomó de cierto modo desprevenido a los que no habían encarado estos problemas sino a nivel de su hospital o de su sector de higiene mental.[2] Esta evidente inhibición de los promotores de la psicotera-

* Informe presentado al III Congreso Internacional de Psicodrama, Sociodrama y Terapia Institucional, en Baden, septiembre 1968, y publicado en *Partisans* ("Garde fous") nº 46, febrero-marzo, 1969.

[1] Organismos regionales de impugnación de la enseñanza oficial, de los cuales algunos en Nantes, Marsella y en la región central, reúnen a la vez enfermeros, psiquiatras, psicólogos, etcétera.

[2] Con el término sector, se alude a las instituciones y equipos extrahospitalarios que en principio tendrían que responder a las necesidades, en materia de higiene mental, de una población de 70.000 habitantes (hospitales de día, dispensarios, residencias, talleres protegidos, ubicaciones familiares, visitas a domicilio, etc.). Véase el número especial de *Recherches*: "Programmation, architecture et psychiatrie", junio 1967.

pia institucional no tendría que ocultar el hecho de que la problemática que le fue inherente, durante el último decenio, estaba potencialmente "conectada" a fenómenos sociales extraordinarios como los que hemos vivido. Desde 1962 hasta 1966, gran número de ellos habían comenzado a estudiar los problemas específicos de higiene mental en el medio estudiantil, a pedido de la Mutuelle nationale des étudiants y de la UNEF. En el curso de numerosas discusiones con los dirigentes estudiantiles se habían expuesto cuestiones de un orden más general, concernientes a las características de tal medio, la carencia de las instituciones universitarias, lo absurdo de los métodos pedagógicos, los proyectos de constitución de grupos de trabajo universitarios, de clubes pedagógicos, el funcionamiento de las oficinas de ayuda psicológica universitaria, etcétera.[8]

La corriente de psicoterapia institucional que en aquellos momentos sólo gozaba de una audiencia muy relativa en los medios psiquiátricos, debía por el contrario hallar una recepción importante en los responsables estudiantiles de este período. Se nos ocurrió pensar que el medio estudiantil padecía los efectos de la segregación social de un modo tal vez comparable al que se puede observar, desde hace mucho tiempo, en el mundo psiquiátrico. Teníamos el presentimiento de hallarnos en la intersección de "ambientes residuales" no integrables por la máquina estatal tecnocrática.

A diferencia de los psiquiatras y psicoanalistas clásicos, consideramos que existe una interacción fundamental entre los problemas psicopatológicos individuales y el entorno social, profesional y político. Los problemas planteados en el nivel del movimiento estudiantil podían ser encarados, pues, de dos maneras: ora como fenómenos aberrantes o marginales, ora como síntomas anunciadores de una crisis social mucho más importante, hecho éste que un cierto número de ellos había ya intuido. Luego, otros militantes se acercaron a la dirección del movimiento estudiantil, no tan preocupados por estas cuestiones, y progresivamente la corriente de la psicoterapia institucional fue tomando distancia respecto de esta problemática sobre la cual tal vez no sea inútil volver ahora.

Habíamos insistido entonces sobre el rol de los *fantasmas de grupos*, en tanto que pueden marcar la inserción particular de las diferentes generaciones en la sociedad y su articulación unas en relación a otras. Por ejemplo, el fantasma de los "veteranos del 14-18" era un eco del de los bolcheviques de 1917, los fantasmas de la

[8] Véase *Recherches universitaires*, enero 1964, dedicado a estas cuestiones, y nuestro artículo aquí reproducido, pp. 78-91.

nueva "belle époque" de 1936 y de la guerra de España, los del nazismo, luego los de la Liberación, de la guerra fría, etc. ¿No convendría considerar el correspondiente fantasmático de las barricadas de mayo a partir del hecho de que la generación que actuó de soporte ha sido al mismo tiempo la del olvido de las atrocidades francesas durante la guerra de Argelia y la de la condena militante, en un contexto de unanimidad tradicional, de la agresión norteamericana en el Vietnam?

Las contradicciones sociales no se reflejan en las masas como un problema teórico: están inscriptas en un orden imaginario, masificadas en alternativas simplificadoras, y es a través de una fantasmatización de grupo que se presentifican las pulsiones sociales de muerte o las perspectivas de progreso (las "ciudades futuras", el "mañana que canta", etc.).

Desde el fin de la guerra de Argelia se hizo manifiesto que un gran número de estudiantes se encontraban en búsqueda de una reconversión militante, de una perspectiva movilizadora que les permitiera salir, aunque no fuera más que en un plano imaginario, del ghetto universitario. De 1963 a 1966, las corrientes de izquierda que tomaron la dirección de la UNEF habían intentado orientar al movimiento estudiantil hacia una conciencia de los problemas del medio ambiente estudiantil en tanto tal. La cuestión del control estudiantil se había planteado a nivel de las estructuras de la universidad y en el nivel pedagógico. Los estudiantes se veían compelidos a tomar conciencia de la especificidad de su condición, de su rol en la sociedad, de sus responsabilidad respecto de la producción, de la lucha de clases, etc. (Recordemos que la primera ocupación que se intentó de la Sorbona data de febrero de 1964.)

El poder estatal se dedicaba entonces a sabotear sistemáticamente todo lo que iba en esta dirección (rechazo del diálogo con la UNEF, a la que se le retiraba toda subvención, en provecho de la FNEFQ. El movimiento obrero, por su parte, manipulaba o desconocía pura y sencillamente al movimiento estudiantil (liquidación de la UEC por parte del PCF, control por el PSU de la secretaría nacional de la UNEF). Las corrientes de izquierda de la UNEF se dispersaron, la organización se vació progresivamente de todo contenido y correspondió a un escaso número de grupúsculos de izquierda la continuidad de asegurar un mínimo de actividad política en este ambiente.

Esta situación tuvo dos consecuencias: el abandono de todo verdadero programa de transformación de la universidad y el retorno a un cierto desconocimiento de los problemas específicamente estudiantiles.

dos fantasmas de grupo

todo sustentado en esquemas de explicación política que remitían siempre al nivel de la sociedad global y a las relaciones internacionales, con lo que esto implica de formalización dogmática y organización sectaria y burocrática. Pero no obstante esto daba a un cierto número de estudiantes, aunque más no sea el medio de formarse políticamente, de ampliar su visión de las cosas y evitar el empantanamiento. Lo cierto es que los militantes y los profesores que habían intentado desarrollar una forma original de comprensión psicosociológica del ambiente estudiantil, vieron completamente liquidada su influencia (Millebergue, Lapassade, Bourdieu, Passeron, etc.).

El comienzo de la reconversión militante sólo pudo operarse con la organización de luchas de masas contra la agresión americana en Vietnam y la actividad de solidaridad antimperialista con los movimientos revolucionarios de Asia, África y América Latina. En tal oportunidad se asistió al desarrollo de una forma de movilización de nuevo carácter, que implicaba un compromiso militante en todo momento como fue el caso, en particular, de los comités Vietnam de base. Pero ese problema internacional, en el cual Francia no estaba directamente afectada, sólo podía alcanzar a una minoría de vanguardia. La lucha contra la agresión americana no tenía, por las fuerzas de las cosas, más que un alcance metafórico; sólo daba una respuesta muy distante a la angustiosa problemática que se cernía diariamente sobre la masa de estudiantes que erraban sin perspectiva en un mundo absurdo.

Nanterre, a comienzos de 1968, es el resultado, el símbolo de esta quiebra general, tanto de la política gubernamental como del sindicalismo estudiantil. La arquitectura de la cosa ofrece ya el clima: una simple visita de los lugares hace estallar la angustia. Ese campus es la imagen misma de un mundo estudiantil cortado del resto de la sociedad, separado del mundo del trabajo y, como para marcar mejor la cosa por contraste, esta universidad está precisamente situada en el corazón de una de las más antiguas municipalidades comunistas.

En ese lugar fue donde se produjo una ruptura subjetiva, singular y radical, que se encarnó a través de "acciones ejemplares". La juventud de Mayo desplegó a partir de allí una actividad imaginaria considerable que proponemos registrarla bajo lo que llamaremos los *fantasmas transicionales*, esos fantasmas que se vuelven sobre la realidad a través de una actividad proyectiva —hay que decirlo— cuyo alcance supera en mucho la simple pedrada. La ejemplar acción de los militantes del 22 de marzo en Nanterre se instauró al modo de una interpretación por parte de gente que estaba en condiciones de transferencia, o digamos que conocía íntegramente el asunto, el

Breve historia situación universitaria

asunto que el ministro aconsejaba a Cohn-Bendit de ocuparse, a guisa de respuesta a las cuestiones que se le planteaban sobre problemas sexuales en el ambiente estudiantil.

A partir de Nanterre se desarrolló una cadena significante, una ininterrumpida escalada terminó en el cuestionamiento del conjunto de la sociedad francesa, y sus repercusiones fueron igualmente considerables en el plano internacional. Los dos tipos de poder dominantes: el poder del estado y el poder de las organizaciones obreras se vivieron amenazados en sus bases, surgió un nuevo enfoque sobre una crisis latente concerniente al conjunto de las sociedades industriales. Durante un tiempo, el poder mismo quedó pasmado, estupefacto; el efecto sorpresa había sido total y sin duda tal momento ya no se repetirá nunca más, pues la burguesía advirtió la dimensión de tal fenómeno y ahora se ocupa de secretar sistemas represivos y antitoxinas de todo tipo. Hay allí, fenomenológicamente, una característica del surgimiento revolucionario: aparece algo que la víspera era completamente impensable; la imaginación está liberada, aspira a tomar el poder. ¿Era un delirio? ¿Cómo interpretar la vuelta de temas ya enterrados hace tiempo? En este punto es donde podría volverse operatorio este concepto de fantasma transicional. Permite un modo de representación de lo que, por esencia, no es representable: el corte radical, otro posible estado de cosas, una diferencia absoluta. Los temas "anarquistas" que habían sido reprimidos por la fantasmática bolchevique: las barricadas, la fraternidad, la generosidad, la liberación del individuo, el rechazo de toda forma de jerarquía y coerción, la exaltación colectiva, la permanente poesía, el sueño, parecían definitivamente enterrados e imposible de que resurgieran como no fuera por una suerte de regresión o de infantilismo colectivo. "Esos pobres cchicos no eran en suma más que incomprendidos, mal queridos, se construyeron y vivieron una suerte de psicodrama [...]". No había que preocuparse demasiado, se estaba sólo ante un proceso de autocuración, el medio más seguro al fin de cuentas, para que mañana se lograra una mejor integración. Sin duda hay algo de esto en la "comprensión" de los tecnócratas del estilo Edgar Faure.

La metodología psicoanalítica podría conducirnos a considerar las cosas de otro modo. ¿Ese retorno de lo reprimido de antes del bolchevismo no es el síntoma de que los medios de defensa secretados por el conjunto de la sociedad no están ya en condiciones de responder a sus pulsiones profundas?

Se ha establecido algo así como una complicidad, de larga data, entre la socialdemocracia con las organizaciones comunistas, por una parte, y el poder estatal, por otra. Hemos visto que sin el socorro de

los fantasmas transicionales de Nanterre

las organizaciones sindicales el gobierno gaullista y las patronales nunca hubieran podido dominar la situación; hubiera bastado que la huelga de los ferroviarios se prolongase o que una verdadera huelga de la EDF se hubiese desencadenado para que las fuerzas de represión se hubieran visto completamente paralizadas y asistiéramos a un conflicto revolucionario irreversible. Todos los engranajes institucionales que fueron los de la sociedad francesa, digamos desde 1934, para tomar una fecha correspondiente a un viraje importante del Partido Comunista Francés, revelaron su insuficiencia. Para descifrar esta quiebra inmensa, los militantes revolucionarios no disponían más que de sistemas de formalización imperfectos. Gran número de grupúsculos había elaborado, es cierto, su esquema de explicación, pero era siempre programático y sólo tocaba a una minoría de militantes. En estas condiciones, esta carencia de los conjuntos institucionales fue sentida y expresada, en lo esencial, de un modo imaginario. Por esto se tomaron las decisiones necesarias. Una inmensa masa de jóvenes, pero también de obreros, docentes, intelectuales, se expresó a su modo, por medio de actos, de luchas ejemplares, por el resurgimiento de temas históricos, por el cuestionamiento de la sociedad de consumo en una suerte de fiesta, incluso hasta de potlach referido selectivamente a los automóviles, etc. El carácter de arcaísmos que pudieron tomar ciertas formas de lucha o de modos de organización correspondía al hecho de que no existía otro recurso que el de las formulaciones y de las imágenes antiguas como material significante de situaciones nuevas.

La evolución de las fuerzas productivas puso al día, de un modo cada vez más imperativo, un modelo particular de individuos productores y consumidores de la imagen de sí mismos. Es decir que esta imagen se convierte en un engranaje esencial de la máquina económica misma. Por este hecho, la legitimidad de "la existencia de sí" pasa menos por instituciones como la familia, el oficio, el grupo social, la iglesia, la patria, y mucho más por el lugar ocupado en las estructuras económicas. El rol primordial que desempeña el consumo, como elemento regulador de la producción, supone la previa determinación de una imagen estereotipada de todos los tipos de individuo como modelo normalizado. Pero, de un modo antagónico, esas mismas fuerzas productivas requieren cada vez más "factores humanos". Es menos la fuerza de trabajo lo que especifica al trabajador de la sociedad contemporánea que la calidad de su trabajo y su posición estructural en el instrumento de producción. Lo que cuenta, digámoslo brevemente, es la producción de significante, y la producción de significante es inseparable de la producción de unidades subjetivas,

es decir de *producción de instituciones*. La contradicción reside en que las fuerzas productivas tienden, por un lado, a dominar a los individuos mediante modelos estereotipados y, por otro, a requerir (con la organización del trabajo, la formación profesional, las innovaciones tecnológicas, el reciclaje, la investigación, etc.) la producción de unidades subjetivas cada vez más elaboradas.

La institución precedía a la producción en el tiempo en que era la institución la que legitimaba la existencia a través de las corporaciones, la jerarquía, la religión, etc. Esas instituciones no estaban articuladas en la producción del mismo modo que hoy; heredaban en general su estructura de relaciones de producción anteriores al período del capitalismo, y algunas de ellas permanecían todavía con huellas de la época feudal. (Fueron estas últimas por otra parte a las que apuntaba el movimiento de Mayo: el orden de los arquitectos, el de los abogados, el de los médicos, etc.) Las instituciones legitimantes seguían existiendo por sí mismas, como fundamento del orden establecido; participar de este orden era una cosa en sí, el Orden era el soporte de deseos inconscientes particulares y cuya expresión podía traducirse por un juramento o por emblemas como la toga, la cátedra, etc. La revolución industrial, al contrario, tiende a hacer que la *máquina de producción preceda a la institución*; la máquina se ha convertido en el soporte por excelencia del sujeto institucional. La revolución industrial tiende a expropiar las instituciones, a vaciarlas de su contenido metafísico. Solamente la evolución de las máquinas productivas y de las estructuras de referencia económica no es captada directamente por la conciencia. Las clases sociales continúan bañándose en una suerte de medio natural imaginario; están siempre en búsqueda de una estabilidad fantasmática; resulta de ello un desajuste cada vez más pronunciado en relación a las transformaciones de las fuerzas productivas. Cierta representación clásica de la nación o de la clase obrera no tiene hoy otro soporte que los políticos, los militantes y las organizaciones que, como un clero, continúan encarnando el garante fantasmático. El diputado que, "en conciencia" declama en nombre del interés general mueve a risa. Pero también el militante que busca fundar la legitimidad de su acción presente por su participación en la Resistencia o por su fidelidad a cierta imagen que él se hace de la clase obrera. Tan ridículo como sea, el "teatro militante" que animan los dirigentes de las diversas boutiques políticas no dejan de constituir el mundo oficial de la representación, inevitable y coactivo. Existen felizmente ambientes residuales, tales como los estudiantiles o el mundo pisiquiátrico, que han resistido a la integra-

ción general. Ambos ocupan por otra parte una posición particular respecto a la producción significante.

En el mundo universitario, la producción de significantes está cada vez menos dominada, cortada de la sociedad: esto es especialmente visible en el ámbito literario y artístico. La producción de una auténtica investigación es difícilmente consumible puesto que cuestiona al orden social. La esencia del consumo masivo consiste, por el contrario, en deformar la verdad, evitar el cara a cara con el sujeto, con el deseo, con la singularidad. Llegado a un límite, la posición de los estudiantes y de los universitarios en relación a la producción significante se acerca a la de los enfermos mentales. La neurosis, la locura como soporte sufre una represión permanente. Freud, por haber descubierto la función de verdad del síntoma, debió defender su obra contra una inmensa empresa de recuperación. El objetivo era y sigue siendo la locura, definirla de tal manera que no amenace para nada la buena conciencia cotidiana. El problema se le plantea, en mi opinión, a los militantes revolucionarios que, por un desvío u otro, están concernidos por la locura, la neurosis, la delincuencia y, cada vez más por la juventud, por la infancia y la creación, para aceptar el alcance sintomático del desvío como medio de interpretar el conjunto del campo social. El problema no es, pues, aceptar pasivamente la singularidad de la condición del intelectual o del loco y verla reducida al orden de lo general, sino al contrario, leer el mundo moderno a partir de la singularidad de su posición subjetiva. Paradójicamente, cuando las instituciones de la sociedad capitalista contemporánea responden cada vez menos a la necesidad de desnudar la angustia del sujeto deseante, cada vez más alimentan con una vitalidad artificial a su fundamento más arcaico. La cuestión nacional, el regionalismo, el racismo, el culto de la familia, experimentan una renovación extraordinaria apoyándose en los inmensos medios publicitarios. Sin embargo, sólo se trata de un recurso precario, sin verdadero alcance en el nivel inconsciente. Es muy claro, por ejemplo, que el internacionalismo de hecho de las fuerzas productivas vuelve completamente absurda la política patriótica de un de Gaulle. En la misma línea de esta reencontrada atracción por la familia, la provincia o la patria, se halla el culto del individuo. Recuperar la verdad del sujeto no es necesariamente valorizar el rol del individuo. Querer descubrir el sujeto de la hidra social, no significa llegar a soluciones individuales. En el plano del urbanismo, por ejemplo, la alternativa a los grandes complejos no es fatalmente el pequeño chalet individual. A la serialidad yoica de los individuos tomados en conjunto, convendría oponer la articulación significante

Estudiantes, locos: al margen

de los sujetos inconscientes y de los *grupos-sujetos* que pueden marcar una ruptura en los procesos de identificación.

En este sentido, el Movimiento 22 de Marzo en sus comienzos puede ser considerado como el prototipo de un grupo-sujeto: todo ha dado vueltas alrededor de él sin que se haya constituido en una totalización que lo encerrara y ofreciera como contacto a los otros movimientos políticos. El Movimiento 22 de Marzo se esforzó en interpretar la situación, no en función de una perspectiva programática fijada en el curso de sucesivos congresos, sino a medida que leía la situación en su desarrollo diacrónico. La actitud del poder estatal, de la policía, le enviaba bajo forma de mensajes invertidos lo que convenía articular. El Movimiento 22 de Marzo se negó a encarnar en sí mismo la situación, no fue sino el soporte que permitió a las masas operar la transferencia de sus inhibiciones. La ejemplar acción de este grupo de vanguardia abrió el camino, rompió con las prohibiciones, abrió paso a una comprensión, a una articulación lógica nueva, sin fosilizarla en una dogmática.

Sin duda es la primera vez que un movimiento de carácter político ha integrado en este punto elementos psicoanalíticos. Los límites con que tropezó en este campo ciertamente son imputables a las limitaciones mismas de la teoría psicoanalítica, o al menos de la que más o menos está uno impregnado. El culto a lo espontáneo, cierto naturalismo, procede sin dudas de un masivo retorno a la angustia ante lo desconocido; es lo que ha dado al partido comunista, a los grupúsculos y al movimiento mismo, la posibilidad de una localización más tranquilizante del fenómeno, a saber, el conformismo anarquista. Todo contribuyó a cerrar la cuestión. Y, sin embargo, no caben dudas de que el porvenir del movimiento obrero depende de su capacidad para integrar cierta cantidad de elementos localizables en la teoría freudiana. De nada vale denunciar al burocratismo de las organizaciones tradicionales si lo único que se hace es relacionar la causa del mismo a tal o cual error estratégico o táctico, a tal o cual viraje de la historia del movimiento obrero. De hecho, es toda una lógica significativa la que conduce al piramidalismo organizativo en el que las organizaciones de masa, los militantes de base, el partido, el comité central, la secretaría política, el secretariado, son considerados en una articulación serial no dejando ningún lugar a la auténtica expresión de las masas y de los individuos. Una economía libidinal de carácter homosexual impregna por lo general a las organizaciones militantes y les impide todo acceso verdadero al Otro, pudiendo ser ese Otro, tanto el joven, la mujer, como otra raza, otro pueblo. *El piramida-*

22 Marzo: Ps-A y política

lismo de las organizaciones políticas no es más que el garante de la organización social dominante.

La solución no hay que buscarla en las recetas psicosocicológicas; la alienación, en el nivel del grupo, probablemente no sea reabsorbible en tanto tal. Ningún psicoanálisis de grupo podría "asistir" a un grupo. Pero lo que parece haber sido esbozado en la instauración de los comités de acción, es que se ha vuelto posible una especie de actividad analítica al nivel de las masas mismas. Esta actividad analítica no está concebida como el medio de abordar un objeto desligado de la masa y que se consideraría por lo demás como su vanguardia, sino como un sistema de interacción permanente, acompañando la expresión de las masas. Los militantes estudiantiles que se trasladaron a Flins estuvieron en condiciones de integrarse a las luchas de los obreros y de la población sin ser considerados un cuerpo ajeno. La actividad analítica del grupo no tenía por fin el ajustamiento de los individuos al grupo, sino más bien hacer que el grupo, como estructura opaca, no sustituya a la problemática significante del movimiento de masas; ella corta la cadena significante para abrirla hacia otras potencialidades. La actividad del grupo militante no está allí para dar una respuesta hecha de antemano, para atiborrar de logos una demanda supuesta, sino al contrario, para profundizar la problemática, para descubrir la singularidad de cada etapa del proceso histórico. Es por lo que precisamente el Movimiento 22 de Marzo pudo preservar, durante todo un período, el mensaje singular del que era portador y que pudo ser oído en medios y países tan diferentes. (El temor a un movimiento similar debió precipitar, por ejemplo, muchas cosas en Checoslovaquia.)

El dilema, en el ambiente psiquiátrico, a menudo está planteado en términos de transformación interna del hospital, o de intervención preferencial en el sector; habría que establecer quizás una simetría entre este fantasma de una revolución dentro del asilo y el otro que sostendría la legitimidad de la "revolución en un solo país". Por el contrario, toda una corriente anglosajona de psiquiatría social, de "antipsiquiatría", se propone hoy intervenir sobre la sociedad para reabsorber, de alguna manera, el trastorno psiquiátrico en el seno del campo social, reduciendo así la alienación mental a la alienación social. Volvemos siempre al mismo punto: a la locura se la considera como un escándalo, conviene negarla y reprimir todas sus formas de manifestación. Los psiquiatras y el conjunto de trabajadores de la psiquiatría tienen, por cierto, mucho que hacer para transformar, humanizar, abrir sus instituciones. Pero tal vez su verdadera responsabilidad haya que situarla más allá. Su particular inserción en

este medio residual los pone en condiciones de impugnar radicalmente el status y la metodología de las ciencias humanas, de la economía política y del conjunto de referentes institucionales en tanto que estructura de desconocimiento de las posiciones subjetivas de todas las categorías de irrecuperables —los "katangueños" de todas partes— y prototipos, en ese sentido, del militante revolucionario auténtico, tanto como del "hombre nuevo" de la sociedad socialista por venir. La psiquiatría y las ciencias humanas parecían tener que estar, por definición, cortadas del ámbito político; otra psiquiatría articulada en otra política, por el estilo de la que se ha visto surgir en el mes de mayo, quizás pueda encontrarse en el futuro en la prolongación de una y otra.

1969

MÁQUINA Y ESTRUCTURA*

La distinción que proponemos entre máquina y estructura no tiene otro fundamento que el uso que haremos de ella: consideramos que se trata de un "artificio de escritura" del tipo de los que nos vemos obligados a introducir en el curso del tratamiento de un problema de matemática o bien de un axioma que puede ser puesto en duda en una etapa u otra del desarrollo, o aún de esta suerte de máquina de la que trataremos aquí.

De forma deliberada, pues, ponemos entre paréntesis la circunstancia de que una máquina, en la realidad, no es separable de sus articulaciones estructurales e inversamente, que cada estructura contingente está constituida —es lo que querríamos establecer— por un sistema de máquinas, por lo menos por una máquina lógica. Si en un primer momento nos parece indispensable hacer resaltar esta distinción, es para aclarar la localización de las particulares posiciones de la subjetividad en su relación con el acontecer y la historia.[1]

Digamos de la estructura que ella posiciona sus elementos mediante un sistema de emisiones de unos en *relación* a los otros, y de tal manera que ella misma pueda estar *relacionada* como un elemento de otra estructura.

* Exposición inicialmente destinada a la Ecole freudienne de París, 1969. Publicado en *Change*, nº 12, ed. du Seuil.

[1] Retomando las categorías introducidas por Gilles Deleuze, la estructura, en el sentido en que la consideramos aquí, habría que ubicarla en el nivel de la generalidad caracterizada por una posición de intercambio o de sustitución de los particulares, mientras que la máquina correspondería al orden de la repetición "como conducta y como punto de vista que concierne a una singularidad no permutable e insustituible" (*Différence et répétition*, P.U.F. 1969, pág. 7). De las tres condiciones mínimas que determina Deleuze para una estructura en general, tendremos en cuenta sólo las dos primeras:

1º Son necesarias por lo menos dos series heterogéneas una de las cuales estará determinada como significante y la otra como significada.

2º Cada una de estas series está constituida por términos que sólo existen por las relaciones que mantienen unas con otras.

La tercera condición, "las dos series heterogéneas convergen hacia un elemento paradójico que es como su diferenciante", habría que relacionarla, al contrario, exclusivamente al orden de la máquina. (Ed. de Minuit, 1969, 63). [Trad. cast.: *Lógica del sentido*, Barcelona, Barral, 1970, p. 72.]

Estructura (Deleuze)

El hecho subjetivo cuya definición no excede aquí ese principio de determinación recíproca está incluido en la estructura. El proceso estructural de totalización destotalizada contiene al sujeto, no tolera perderlo sino cuando está en condiciones de recuperarlo en el seno de otra determinación estructural.

En cambio, la máquina permanece excéntrica, por esencia, al hecho subjetivo. El sujeto en ella siempre está en otra parte. La temporalización penetra la máquina por todas partes y no puede situarse en relación a ella sino a la manera de un acontecer. El surgimiento de la máquina marca una fecha, un corte no homogéneo en una representación estructural.

La historia de la tecnología está fechada por la existencia, en cada época de un tipo dado de máquina, la historia de las ciencias aflora en el presente, en cada una de sus ramas, en el lugar en que cada teoría científica puede ser tomada como máquina y no como estructura, lo que remitiría al orden de la ideología. Cada máquina es negación, asesinato por incorporación de la máquina que reemplaza. Potencialmente, mantiene el mismo tipo de relaciones con la máquina que le sucederá.

La máquina de antes, la de ahora y la de mañana no mantienen relaciones de determinaciones estructurales: sólo un proceso de análisis histórico, el recurso a una cadena significante extrínseca a la máquina, digamos un estructuralismo histórico, permitirá recuperar globalmente los efectos de continuidad, de retroacción y de encadenamiento que es susceptible de representar.

El sujeto de la historia, para la máquina, está en otra parte, en la estructura. A decir verdad, al sujeto de la estructura, considerada en su relación de alienación con un sistema de totalización destotalizada, habrá que relacionarlo más bien con un fenómeno de "yoidad", el yo está aquí opuesto al sujeto de lo consciente en tanto que responde al principio enunciado por Lacan: un significante lo representa para otro significante. El sujeto inconsciente en tanto que tal estará del lado de la máquina, digamos *al lado* de la máquina. Punto de ruptura de la máquina. Corte más acá y más allá de ella.

El individuo en su relación con la máquina fue descripto por sociólogos a lo Friedmann en una relación fundamental de alienación. Esto es exacto sin dudas si se considera al individuo como estructura de totalización imaginaria. Pero la dialéctica del maestro artesano y del aprendiz, los grabados de Epinal sobre la "vuelta de Francia de los oficios", etc., han perdido todo sentido a la vista del maquinismo moderno que, en cada etapa tecnológica, requiere de sus especialistas que se formen a partir de cero. ¿Pero, justamente, ese

regreso a cero no hay que situarlo en el principio mismo del corte esencial que marca el sujeto inconsciente?

La iniciación en el oficio, la cooptación en la corporación no pasa por mediaciones institucionales, por lo menos del tipo de las que respondían a un principio que habría podido ser enunciado así: "El oficio precede a la máquina". Con el capitalismo industrial la evolución espasmódica del maquinismo corta y recorta el orden existente de los oficios.

En este sentido, la alienación del trabajador en la máquina lo expulsa fuera de todo equilibrio estructural, lo transfiere, con una máxima proximidad, a un sistema radical de corte, digamos de castración, que le quita todo descanso, toda seguridad "yoizante", que le niega la legitimidad de un "sentimiento de pertenencia" a una corporación.* Las órdenes profesionales que aún subsisten, como las de médicos, farmacéuticos, abogados, etc., no son sino los residuos de relaciones de producción anteriores al capitalismo.

Es cierto que este corte es insoportable; también la producción institucional se dedica a ocultar sus efectos mediante la implantación de sistemas equivalentes, de sucedáneos, cuyo garante ideológico no es localizable únicamente del lado paternalista fascistizante, con sus consignas sobre el trabajo, la familia y la patria, sino también en el seno de los diferentes refritos de socialismo (incluido los que puedan parecer más liberales, como Cuba por ejemplo), con su apología oprimente del trabajador modelo y su exaltación de la máquina, cuyo culto funciona como el de los héroes antiguos...

Frente al trabajo de la máquina, el trabajo humano ya no es nada. Digamos más bien que es el trabajo del "nada", como específico del trabajo moderno, al menos tendencialmente, el trabajo del *feed back*: apretar un botón rojo o negro en función de tal o cual tarea programada en otra parte, el trabajo humano no es más que el residuo todavía no integrado del de la máquina.

El trabajo del obrero, del técnico, del científico, será absorbido, incorporado a los engranajes de la máquina de mañana, el movimiento repetido ya no ofrece garantía ritual. No es posible identificar la *repetición* del movimiento humano —"el gesto augusto del sembrador"— con el del orden natural en tanto que fundamento del orden moral de las cosas. La *repetición* del movimiento no funda un "ser-para-la-profesión". El trabajo humano moderno no es sino un *subconjunto residual del trabajo de la máquina.* El movimiento humano

* La expresión francesa es *corps* de métier, que el autor subraya con intención. [N. del T.]

yo - estructura / sujeto - corte - máquina

residual es sólo un proceso adyacente y parcial del proceso subjetivo secretado por el orden de la máquina. De hecho, la *máquina está instalada en el centro del deseo*, el movimiento humano residual no constituye más que el *lugar de marcado* de la máquina en la totalidad imaginaria del individuo (véase función del: [I - a] de Lacan).

Todo nuevo descubrimiento, por ejemplo en el ámbito de la investigación científica, atraviesa el campo estructural de la teoría al modo de una máquina de guerra, lo perturba y lo modifica hasta trasformarlo radicalmente. El investigador mismo es arrastrado por las consecuencias de este proceso. Su descubrimiento lo sobrepasa por todas partes, arrastra a su paso ramas enteras de investigadores y estremece al estado anterior del árbol de implicaciones de las ciencias y de las técnicas. Incluso en el caso de que un descubrimiento sea bautizado con el nombre de su autor, el "efecto" considerado, lejos de "personalizarse", tiende, al contrario, a hacer de ese nombre propio un nombre común. El problema que se plantea es saber si esta desaparición del individuo en relación a su producción es algo que tenderá a generalizarse en los demás órdenes de producción.

Si es cierto que esta subjetividad inconsciente, en tanto que corte superado de una cadena significante, está desplazada fuera del individuo y de las colectividades humanas, hacia el orden de la máquina, no por ello es menos *no representable* en el nivel específico de la máquina. Es un significante desligado de la cadena estructural inconsciente que funcionará a título de *representante* de la representación de la máquina.

La esencia de la máquina, es precisamente esta operación de *desligamiento de un significante* como representante, como "diferenciante", como corte causal, heterogéneo, del orden de las cosas estructuralmente establecido. Es esta operación que anuda la máquina al registro de doble faz del sujeto deseante y de su status de raíz fundadora de los diferentes órdenes estructurales que le corresponden. La máquina, como repetición de lo singular, constituye un modo, e incluso el único modo posible, de representación unívoca de las diversas formas de subjetividad en el orden de lo general en el plano individual o colectivo.

Si consideráramos la cosa en un sentido inverso, "a partir" de lo general, nos crearíamos la ilusión de un posible apoyo en un espacio estructural preexistente al encuentro contingente del corte por la máquina. Esta cadena significante "pura", "básica", especie de paraíso perdido del deseo o de los "buenos viejos tiempos anteriores al maquinismo", podría entonces ser considerada como metalenguaje,

referencial absoluto que puede ser siempre producido en lugar de un acontecer contingente o de una marca singular.

Llegaríamos así a situar indebidamente la verdad del corte, la verdad del sujeto, en el nivel de la representación, de la información, de la comunicación, de los códigos sociales y de todos los otros modos de determinaciones estructurales.

La voz, como máquina de palabra, corta y funda el orden estructural de la lengua y no a la inversa. El individuo asume, en el plano de su corporeidad, las consecuencias del entrecruzamiento de las cadenas significantes de todos los órdenes que lo atraviesan y lo desgarran. El ser humano está tomado en el entrecruzamiento de la máquina y de la estructura.

Los grupos sociales no disponen de tal superficie de proyección. No disponen más que de modos de desciframiento y de localización sucesivos y contradictorios, aproximativos y metafóricos, a partir de diferentes órdenes estructurales, por ejemplo de intercambios, de mitos, etc. Cada ruptura producida por la intrusión de un fenómeno de máquina se encontrará así unida a la instauración de lo que llamaremos un *sistema de antiproducción*, modo representativo específico de la estructura.

Es vano decir que la producción corresponde al orden de la máquina: el acento está puesto aquí sobre su carácter de corte subjetivo como rasgo distintivo de todo orden de producción. Se trata así de disponer de un medio de localización evitando el pasaje mágico de un plano a otro. Se trata de relacionar, por ejemplo, *al mismo* sistema de producción lo que se opera en el orden de la industria, en el nivel del taller o del cuarto de estudio, y lo que está en cuestión en la investigación científica, hasta en el orden literario, poético, onírico, etcétera.

La antiproducción consistirá, entre otras cosas, en lo que se ha puesto bajo el registro de las "relaciones de producción". La antiproducción buscará realizar una especie de reequilibrio imaginario, no necesariamente en el sentido de la inercia y del conservatismo, puesto que también ella puede llevar a la generalización, en el seno de un área social dada, de un nuevo modo dominante de relaciones de producción, de acumulación, de circulación, de distribución, o de cualquier otra expresión superestructural de un tipo nuevo de máquina económica. Su modo de expresión imaginario es entonces el del fantasma transicional.

Volvamos al otro extremo de la cadena, al plano de la producción onírica. Identificábamos la antiproducción con la elaboración de un contenido manifiesto del sueño, por oposición a las producciones

latentes articuladas en las máquinas pulsionales que constituyen los objetos parciales. El objeto "a", descripto por Lacan como raíz del deseo, ombligo del sueño, también irrumpe en el seno del equilibrio estructural del individuo al modo de una máquina infernal. El sujeto se encuentra disminuido en sí mismo. A la medida del corte que el objeto-máquina "a" modula en el campo estructural de la representación, se escalonan para él registros de alteridad que se posicionan de modo específico en cada etapa del proceso. La fantasmatización individual corresponde a ese modo de localización estructural por medio de una lengua singular, articulada en las instancias repetitivas de las "maquinaciones" del deseo.

La existencia de este objeto-máquina "a", irreductible, inasimilable a las referencias estructurales, ese "mismo para sí mismo" que sólo se relaciona con los elementos de la estructura al modo del corte y de la metonimia, concluye en que la representación de sí mismos por medio de las claves del lenguaje sólo conduce a una impasse, a un punto de ruptura y de apelación a una alteridad repetida. El objeto del deseo descentra al individuo al borde de sí mismo, en el límite del otro; encarna la imposibilidad de un refugio absoluto de sí mismo en sí mismo e igualmente la imposibilidad de un pasaje radical al otro. El fantasma individual representa ese imposible deslizamiento de los planos; es en esto que se deslinda de la fantasmatización de grupo que no dispone de puntos de amarre del deseo en la superficie del cuerpo, de esos puntos de llamados al orden de las verdades singulares como son las zonas erógenas, las zonas límites, de pasaje y adyacencia.

El fantasma del grupo *superpone* los planos y los intercambia, los sustituye. Está condenado a dar vuelta alrededor de sí mismo. Este efecto de circularidad lo lleva a determinar zonas de estancamientos, de prohibiciones, de *vacuolas* infranqueables y todo un "no man's land" del sentido. Tomado en el campo del grupo, el fantasma remite al fantasma al modo de una moneda de cambio, pero de una moneda sin patrón corporizado, sin punto de consistencia que le permita ser relacionada, aunque fuera de un modo parcial, a otra cosa que a una topología que muestre únicamente el orden de lo general. El grupo —en tanto que estructura— fantasmiza el acontecer a través de un perpetuo e irresponsable vaivén entre lo general y lo particular. Tal líder, tal víctima propiciatoria, tal escisión, tal amenaza imaginaria sentida por el otro grupo es el *equivalente* de la subjetividad del grupo. A cada acontecer, a cada crisis, es sustituible otro acontecer, otra crisis que inaugura otra secuencia, ésta también marcada por el sello de la equivalencia y de la identidad. La verdad de hoy será

"relacionable" a la de ayer en función de una reescritura siempre posible de la historia. La experiencia psicoanalítica, la puesta en marcha de la máquina psicoanalítica, actualiza la imposibilidad, para el sujeto deseante, del mantenimiento de tal sistema de homología y reescritura: la trasferencia no desempeña aquí sino un rol revelador de la repetición, funciona, a la inversa de un efecto de grupo, al modo de una máquina.

El sistema pulsional del grupo, por no poder engancharse a la máquina deseante —los objetos "a" relacionados con la superficie del cuerpo fantasmático—, está condenado a multiplicar los modos imaginarios de localización. Cada uno de ellos está estructurado en sí mismo, pero permanece en correspondencia equívoca en relación con los otros. El hecho de no disponer de este elemento diferenciante del cual habla Gilles Deleuze los condena a un perpetuo sistema de deslizamiento. El corte ha caducado, no es localizable más que *entre* los planos estructurales. El corte ya no es asumido en su esencia. La carencia de un modo singular de localización de estructuras tiene por efecto volverlas "traducibles" unas en relación a otras, desplegando así una suerte de *continuum* lógico indefinido, especialmente satisfactorio para los maníacos. La identificación de lo semejante, el rastreo de la diferencia, se operan en el nivel del grupo según una lógica imaginaria de segundo grado. Es la representación imaginaria del otro grupo, por ejemplo, la que funcionará como máquina posicionante. En un sentido, es un exceso de lógica que la reduce a un *impase*.

Este cara a cara de las estructuras pone en marcha una máquina loca, más loca que el más loco de los locos, representación tangencial de una lógica sado-masoquista donde todo es equivalente a todo, donde la verdad es siempre excéntrica. Es el reino de la irresponsabilidad política, es el orden de lo general cortado radicalmente del orden ético. El último término del fantasma de grupo, es la muerte en sí, la destrucción sin soporte, la supresión radical de toda verdadera localización, un estado de cosas donde la cuestión de la verdad no solamente ha desaparecido desde siempre, sino que nunca existió, aunque fuese a título de problema.

Esta estructura de grupo representará aquí el sujeto para otra estructura como fundación de una subjetividad empastada, opaca, "yoizada". Mientras que, para el individuo, era el objeto del deseo inconsciente lo que funcionaba como sistema de corte o de máquina, en el nivel del grupo son los subconjuntos contingentes y transitorios del grupo, u otro grupo, los que asumirán esta función. El campo de equivalencia estructural así desplegado tendrá, pues, por función

fundamental ocultar, suprimir toda irrupción de un objeto singular representado ya sea *en el aspecto del sujeto humano*, por el deseo inconsciente, ya sea *en el aspecto más general de las cadenas significantes inconscientes*, por el corte operado por el sistema cerrado de las máquinas. El orden estructural del grupo, el de la conciencia, el de la comunicación, está así rodeado por todas partes por esos sistemas de máquinas sobre las cuales no tendrá nunca contacto, ya se trate de los objetos "a" como máquina inconsciente del deseo, o de los fenómenos de ruptura relacionados a las máquinas de diferentes géneros. La esencia de la máquina, como hecho de ruptura, como fundación utópica de este orden de lo general, *desemboca en la imposibilidad de distinguir el sujeto inconsciente del deseo del orden mismo de la máquina*. Más allá o más acá de toda determinación estructural, el sujeto de la economía, el sujeto de la historia, el sujeto de la ciencia, tropiezan con este mismo objeto "a" como corte fundador del deseo.

Una estructura que funciona como sujeto para otra estructura, sería por ejemplo el caso de la comunidad de negros, en los Estados Unidos, que representa la individualización de un orden blanco de las cosas. Cara a cara opaca, absurda, indescifrable para una conciencia modernista. Una problemática inconsciente cuestiona el rechazo de una alteridad más radical que estará unida, por ejemplo, a un rechazo de la alteridad económica. El acontecimiento del asesinato de Kennedy "representa" la imposible localización de la alteridad económica y social de los países del tercer mundo, como lo atestigua el fracaso de la "Alianza para el progreso", la empresa de destrucción de Vietnam, etc. Convendría señalar aquí los puntos de unión y continuidad entre la economía libidinal y la economía política.

En tal o cual etapa de la historia aparece una focalización del deseo en el conjunto de las estructuras; proponemos su localización bajo el término general de máquina, ya se trate de un arma nueva, de una nueva técnica de producción, de una nueva axiomática religiosa, grandes descubrimientos, como por ejemplo, el descubrimiento de las Indias, el de la relatividad, la Luna, China, etc. Para hacerles frente, la antiproducción estructural se desarrolla hasta su propio punto de saturación, mientras que el corte revolucionario igualmente, por su lado, desarrolla en contraposición otro campo discontinuo de antiproducción tendiente a reincorporar el insoportable corte subjetivo, todo lo que hace que persista en escapar al orden antecedente. *Digamos de la revolución, del período revolucionario, que es el tiempo en que la máquina representa a la subjetividad social para la estructura*, y esto a *la inversa de la fase de opresión, de estan-*

Máquina - Revolución / estructura - estancamiento

camiento, en que las superestructuras se imponen como imposible representación de los efectos de la máquina. El referente común a esos tipos de escrituras al nivel de la historia sería el despliegue de un espacio puro del significante donde *la máquina representaría al sujeto para otra máquina.* Pero no podríamos continuar diciendo entonces de la historia, como lugar del inconsciente, que está "estructurada como un lenguaje", dejando de lado que no existe forma escritural posible de tal lenguaje.

Es imposible, en efecto, economizar el discurso histórico real, el rasgo contingente que hará que tal etapa, tal significante, esté representado por tal acontecimiento, o tal grupo social, por la irrupción de un individuo, de un descubrimiento, etc. En este sentido, deberíamos considerar que los arcaísmos históricos, por principio, son los lugares de elección de la verdad; la historia no procede según un proceso continuo, los fenómenos estructurales se despliegan según secuencias particulares para expresar y marcar las tensiones significantes inconscientes hasta su punto de ruptura, punto singular de discontinuidad localizable en la triple dimensión de la exclusión, de la insistencia y de la amenaza. Los arcaísmos históricos expresan la reiteración del efecto estructural en lugar de su debilitamiento.

Si André Malraux pudo decir del siglo XX que es el siglo de las naciones por oposición al XIX que habría sido el del internacionalismo, es porque el internacionalismo, por no disponer de una expresión estructural adecuada articulada en las maquinarias económicas y sociales que lo "desgastaban", se encerró en el nacionalismo y mucho más aún en el regionalismo y en las diferentes formas del particularismo que hoy se desarrollan, incluso en el seno del movimiento comunista pretendidamente internacional.

La cuestión de la organización revolucionaria consiste en la implantación de una máquina institucional cuyos rasgos distintivos serían una axiomática y una práctica que le garanticen no replegarse en las diferentes estructuras sociales y muy especialmente en la estructura estatal, piedra angular aparente de las relaciones de producción dominantes, aunque ya no corresponda más a los medios de producción. La trampa imaginaria, el señuelo, consiste en que nada parece articulable hoy fuera de esa estructura. El proyecto revolucionario socialista, que se había fijado como fin la *toma del poder político del estado*, identificado como soporte instrumental de la dominación de una clase sobre otra, como la garantía institucional de la posesión de los medios de producción, cayó en el engaño. Se ha estructurado a sí mismo como un engaño a medida que este objeto, que se impone en la conciencia social, ya no correspondía a las pulsiones

económicas y sociales. El estado tal como lo conocemos está ahora completamente descentrado respecto de los procesos económicos fundamentales. La institucionalización de "grandes mercados", la perspectiva del surgimiento de superestados, derrumba tal engaño, del mismo modo que el proyecto del reformismo modernista de un control "popular", progresivo de los subconjuntos económicos y sociales... La consistencia subjetiva de la sociedad, tal como se articula en todos los niveles económicos, sociales, culturales, etc., no es actualmente localizable y no dispone sino de equívocas traducciones institucionales. Pudo comprobarse durante la revolución de mayo en Francia, donde la única aproximación a una auténtica organización de las luchas sólo surgió merced a la experiencia balbuceante, tardía y tan combatida, de los comités de acción.

El proyecto revolucionario, como maquinación de una subversión institucional, tendría que revelar tales potencialidades subjetivas y, en cada etapa de las luchas, prevenirlas contra su "estructuración".

Pero tal recuperación permanente de los efectos de máquina sobre las estructuras no podría bastarse a sí misma con una única "práctica teórica". Implica la promoción de una praxis analítica específica en adyacencia a cada nivel de la organización de las luchas.

Tal perspectiva, a cambio, permitiría situar la responsabilidad de los que, por una razón u otra, están en posición de articularse a la letra del discurso teórico en el lugar que marca la lucha de clases en el centro del deseo inconsciente.

1969

REFLEXIONES SOBRE LA ENSEÑANZA COMO REVERSO DEL ANÁLISIS*

I. ARGUMENTO

La enseñanza del psicoanálisis, consistiría en hacer saber que, en lo que atañe al ejercicio de la verdad, estamos, de cualquier manera, siempre de más. Siempre más tarde o más temprano,[1] el "saber" del analista, como dispositivo del goce —que, en estos tiempos, "prospera bastante"— interfiere toda interpretación, masifica, cortocircuitiza, intersubjetiviza la transferencia.

Digo "hacer saber", para señalar la diferencia con "estar al corriente". Porque, por supuesto, en la práctica, los analistas se ponen rápidamente al tanto gracias a los neuróticos mismos. Incluso es, en mi opinión, un rasgo de delimitación entre la formación y la enseñanza. Bien o mal educado, un analista se vuelve rápidamente prudente, ¡y por unos cuantos años! Es una cuestión de interpretación, no hay más que portarse bien ¡Esto tiene tendencia a marchar solo! Su interés consiste en mezclarse lo menos posible si no quiere afrontar el riesgo de una impugnación que, en nuestros días, puede llevar ¡Dios sabe adónde! (Recuerden ese pobre analista al que se arrastró por medio de un magnetófono hasta las columnas de *Les Temps Modernes.*)

Para la formación, pues, es todo sencillo, uno se las arregla como puede. Para la enseñanza, en tanto esté Lacan, el porvenir es auspicioso. Ninguno de los numerosos intentos para hacerlo callar, desde el comienzo de su carrera, no han logrado desalojarlo, y esto nos hace creer que tiene que ser inmortal... Y experimentamos una suerte de sensación de eternidad colectiva del que cada uno se aprovecha a su manera.

* Comunicación presentada al Congrès de l'Ecole freudienne de París, el 17 de abril de 1970, y cuyo tema estaba centrado sobre la enseñanza del psicoanálisis. Publicada en *Lettres de l'Ecole freudienne de Paris*, nº 8, enero 1971.

[1] Véase función del "uno en más", "uno sin más", "uno todavía", "uno demasiado"... Lacan, *Ecrits*, "Situación de la psychanalyse", 1956, p. 480.

Hay que reconocer en principio que las variadas "tomas de palabra" de las diversas "alas" de Lacan no han sido muy concluyentes. ¿Cómo explicar, en estas condiciones, que Lacan pareciera estar identificado siempre con esas extrañas máquinas que dio a conocer con el nombre de "cárteles"?[2]

No conozco que se haya rendido ningún informe respecto de su funcionamiento. ¿Pero quizás no existan verdaderamente? ¿De qué se trataba exactamente? De una panacea singular, de una mayéutica del "uno en más"... Para ver más claro propongo marcar las diferencias de funcionamiento del "uno en más" en la formación y en la enseñanza (la performance y la competencia). De un "uno en más" a otro, si no forman dos, quizás forman "a".

Cuando se es dos, en apariencia, el analista + el analizando, el "uno en más", hay que contarlo más bien como menos. El analista se reduce tendencialmente a la poco envidiable condición de encarnar al objeto "a", y no hallará mucha ayuda en la evocación de sus maestros o en una recopilación de su saber.

Pero cuando se es cuatro o más ([3 + 1] + 1) todo cambia.

El saber sobre una verdad sin miedo ni tacha, quiérase o no, retoma entonces sus derechos. ¡Estamos "entre colegas", y entonces eso circula, el objeto "a"! ¡Con un poco de costumbre, siempre se lo puede remitir calladamente al ojo —o a otra parte— de su vecino!

A través de la bruma de mi recuerdo, creo distinguir que el cartel, ¡era propuesto justamente para evitar todo esto! Una propedéutica del "uno en más". Entonces, el trabajo del cártel podría ser el reverso topológico del trabajo analítico, un desciframiento sin sentido, un "nuevo archivismo". ¡Nada de transferencia en el cártel, sobre todo no lateral y menos aún jerárquica! Ni bien se presiente la transferencia en el compartimiento, se la aplasta, al modo de esos agentes de los ferrocarriles chinos durante la gran campaña de exterminación de moscas.

En el fondo, el prototipo del cártel es el seminario de Lacan en su origen arqueológico de antes de Saint-Anne,[3] cuando, me imagino, estaba todavía solo o poco menos. Un personaje, algo así

[2] Grupos de trabajo internos en la EFP, en cuyo acto de fundación (junio del 64) Lacan precisó que se compondrían de "tres personas al menos, cinco como máximo, siendo cuatro la cantidad más justa. *Más una* encargada de la selección, de la discusión y de la salida reservada al trabajo de cada uno" (*Annuaire* EFP, 1965.) De hecho los "cárteles" existentes están lejos de esa cantidad y de esa fórmula.

[3] El primer seminario semanal del Dr. Jacques Lacan se realizó en el hospital Saint-Anne.

como un Descartes, rompe con toda la charlatanería, para atenerse al texto. Aquí, al texto de Freud. Pero, para el cártel, podría ser además un texto teórico, un estudio clínico, un "control"...

En suma, la enseñanza del psicoanálisis sería algo que Lacan consiguió solo (sólo con 300 personas en una sala), pero que hasta ese día careció de grupo.[4] Una escuela que estaría compuesta de cárteles, únicamente de cárteles... de trabajo. ¿Era ésta la idea? De trabajo, es decir nada de trabajo analítico, o si se prefiere, un análisis al revés. Se acabaron los remilgos, los "en cuanto a mí", las imaginaciones de todo pelo, un retorno sin ida, siempre un retorno al texto, a la letra de las cosas.

Soñamos con lo que podría ser un congreso de la Ecole en que se diera cuenta de tal tipo de actividad.

Hagamos más nítida aún la distinción. En lo que refiere al análisis, el deseo, el objeto "a", sobre el hilo de un discurso siempre dispuesto a deslizarse de una a otra articulación: monemático, imaginario, fonemático, simbólico...

En cuanto al cártel: una máquina de lectura que ya no quiere conocer el saber como goce del otro, que —perversión a la enésima potencia— se propone atrapar el mencionado saber, ya no más por la cola sino por la letra en su sustancia misma. Pero qué peso, nosotros, pobres apóstoles, tendríamos respecto de la solitaria perversión, fanática, de un Lacan, por la referencia transfinita, el libro raro, incluso hasta, creo, la letra de molde, la justificación y ¿quién lo sabe? el olor de la tinta.

De a dos, seríamos como los Bouvard y los Pécuchet. De a tres, sería el Edipo, lo cual no es bueno, ¡es bien sabido!

A partir de cuatro pues, el cártel, y más allá, la Escuela. Todo un programa. La enseñanza sería esta perversión de la letra *sobre el fondo de una escuela* por mediación de los cárteles.

Por un lado, el análisis, la carrera loca del objeto "a", el enfrentamiento fantomático el "uno con más", la producción de otra subjetividad. Por el otro, un trabajo diferenciante del "uno con más", una desubjetivación de relaciones, una despersonalización de los analistas, en el sentido en que se habla de una personalidad fuerte, de un yo fuerte, etcétera.

Esta "desimaginificación" de la enseñanza, que implica una vigilancia continua para romper con los espejismos de la profesión

[4] "*Scilicet*: tú puedes saber, tal es el sentido de este título. Puedes saber ahora que he fracasado en una enseñanza que durante doce años sólo se dirigió a psicoanalistas [...]" Tales las tres primeras líneas del nº 1 de *Scilicet*, la revista de la EFP.

(el sillón del analista cuyo encanto nos fuera descripto durante un congreso), lo abriría hacia otros horizontes. Qué queda hoy de las castas y de las clases, de sus marañas fantasmáticas, de las vías y medios nuevos para la apropiación del trabajo excedente... ¡y qué sé yo! Hacia qué pendientes podría llevarnos esta búsqueda de contacto al pie de la letra del decir y de lo escrito psicoanalítico actual.

Hace mucho tiempo, era en mayo de 1968, una interpelación social, hábilmente esquivada por los psicoanalistas, apuntaba de manera torpe y confusa, pero no obstante apuntaba, a una contribución potencial del freudismo a la revolución social. ¿Corresponde recordar aquí todavía que mucha gente de la extrema-extrema-izquierda se estruja el cerebro pensando en la vieja cuestión de la construcción del partido revolucionario? ¿Cómo evitar que un grupo no focalice como un placer la perversión del saber —los militantes, los cuadros— no sojuzgue, no aplaste la "verdad sin el saber" de las masas?

Cómo evitar que el "uno con más" del partido, de la organización, no obture toda producción institucional, toda toma de palabra verdadera "¡en la base!".

"Que se abran las bocas": Esta frase oída en nuestras últimas sesiones resuena —quizás sólo yo la he oído así— como la que Maurice Thorez lanzaba, creo que en 1936, a un partido cerrado, amordazado, fascinado, pervertido, viviendo sólo por delegación y a partir de los hechos y gestos de sus jefes. Ciertos tonos, cierta mala fe, ciertas maniobras dentro de la Ecole me hacen pensar en el estalinismo; ¿hay que decir estas cosas?

En el fondo ¿no es acaso alrededor del mismo problema que dan vuelta la Ecole y los movimientos revolucionarios?

Decir, por ejemplo, que la enseñanza del psicoanálisis tiene que ser diferente de una enseñanza universitaria, no es decir nada todavía sobre lo que tendría que ser dentro de la Escuela y ¿por qué no? ¡en la Universidad o en cualquier otra parte!

¿Qué condiciones tienen que darse para que un organismo como la Ecole pueda funcionar, para sus miembros y para afuera, como una máquina de desciframiento analítico, sin una falsa asimilación con la relación psicoanalítica? ¿Pero esta pregunta no tiene un alcance más general? ¿No interesa a todo intento, que no fuera tontamente sociológico, de desciframiento de un segmento social, cualquiera sea, de la familia conyugal al oligopolio, de una etnia "primitiva" al estado?

El uno-en-más, también en los partidos

Correlativamente, ¿no llegaríamos a considerar que un tercer sistema de articulación institucional tiene que ser necesariamente desplegado para autorizar una justa localización de los diversos modos de fantasmatización? ¿Puede concebirse desarrollar una enseñanza que, para retornar a la letra —lo que Oury llamaba la "enseñanza positiva"—, para rechazar toda "perversión paradogmática", instaurara una escena "a ras del significante" donde podrían actuar y reducirse los fantasmas de grupo de donde vinieran, tal como yo lo enunciaba sobre el "estalinismo" en la Ecole . . .?

¿Qué garantías exigía la Ecole para no terminar encerrándose en sí misma, ofreciéndose a los demás sólo como sujeto supuesto del saber psicoanalítico, encarnación de un goce supremo, mientras que en realidad no es más que el lugar en que cada cual se alimenta a escondidas con el goce de estar en un "grupo de avanzada", detrás de un Maestro? Goce, por otra parte, poco exigente sobre los medios: un encuentro a cada tanto, grupos inconexos de "lectura de Lacan", ningún boletín de información.

Por no haber instaurado una estructura radicalmente distinta a la del grupo corporativo, a la de una sociedad de amigos, ¿o qué sé yo? del grupo de presión, la Ecole se prohíbe toda enseñanza, al margen de la de Lacan, *que no sea la de la Escuela*, desarrolla una pedagogía del mimetismo, difunde trucos sobre el análisis, reanima, a partir de las filas lacanianas —y esto es lo que en particular me parece sumamente grave—, el modelo cribado de una transposición de la relación analítica verdadera con una interpretación de los grupos, de las instituciones, hasta de la sociedad . . .

La cuestión de la enseñanza se reduciría finalmente a la definición de las condiciones de una producción significante más allá del seminario de Lacan, más allá del goce de estar sobre sus huellas, a la implantación, a la articulación y al control de los cárteles en la Ecole.

II. COMENTARIOS

Deseando que pueda entablarse rápidamente una discusión, mejor que retomar mi texto introductorio, prefiero partir de lo que Nassif nos propuso, para intentar articularlo con mi propósito. En primer lugar, en pocas palabras y excusándome de los malos tratos que le daré a sus textos, lo que de ellos he retenido: si no lo comprendí mal, el *discurso psicoanalítico* —que "produce de inmediato" el objeto "a"— se encontraría articulado en el *discurso de las ciencias* por mediación del *discurso del analista*, pero a condición de que sea des-

hecha esa operación específica del *discurso universitario* que consiste en hipostasiar un sujeto bajo el saber.

El psicoanalista, para llevar a cabo su trabajo de verdad sobre el saber indecidible de los nombres propios, hallaría apoyo de este modo en un discurso del psicoanálisis, discurso constituido de manera tal que este saber no pueda ser nunca "capitalizado en provecho del archivo" y de la "función del autor", sino por el contrario, que pueda constituirse como otro borde del corte constitutivo de la ciencia, perpetuamente dividida como está entre lo que debe balancear de sí en lo real como lo "imposible de un discurso dado" y esta función de autor rechazado hacia el orden simbólico, que experimenta una suerte de "desrealización": nombre propio en la tercera persona, nombre de nombre.

Teniendo que "dar cuenta de todos los cortes" de "conocer todas las metáforas", la institución psicoanalítica —institución de todas las demás instituciones— no tendría, según Nassif, que privilegiar ningún concepto. El trabajo de la cura sólo es un cribado de todo lo que se vincula con el fantasma, incluso el de la teoría freudiana, un cribado del discurso de las ciencias "hechas para que la cuestión del deseo no se plantee nunca o para que el saber psicológico al cual se la remite permita eludirla" (*Lettres de l'Ecole*, marzo 1970, p. 17).

La función específica de ese *discurso del análisis*, adosada como está al *discurso psicoanalítico* productor de un "contra-discurso", de "otro discurso", podría compararse así al de una esfinge apostada en las puertas del jardín de las ciencias, encargada de vigilar los riesgos de contaminación ideológica por medio de una especie de contador Geiger anti-nombre propio, puro índice de los acontecimientos, negándose a saber nada de ellos como no sea su repetición.

¡Para los psicoanalistas, esto constituiría un enorme trabajo suplementario! Pero pienso que existirán algunos dispuestos a "jugar ese juego" propuesto por Nassif, a condición, sobre todo, de que se les garantice de que no se terminará luego aburriéndolos con las cosas del mundo, aparte, por supuesto, de esos asuntos con nombre propio . . . No estoy tan seguro como Nassif de que "no haya nuevo sino en y por la ciencia", temo que con eso caemos en un espejismo, el del imperialismo y la omnipotencia de la ciencia sobre lo real, que es otro procedimiento radical para esquivar el deseo, el cual, bajo la especie del objeto "a", no por ello permanece menos en la raíz fundadora de todas las maquinaciones científicas. Esta promoción, a partir de la praxis analítica, de una pura máquina teórico-analítica, "escena e instrumento" de la extracción de lo acontecimiental y de su resolución como pura repetición, me parece que tiene sobre todo el

inconveniente de descargar a los analistas de sus responsabilidades políticas. Me parece que Nassif presiente este peligro cuando se niega a dar el último paso que lo llevaba a declarar repentinamente que no hay un saber analítico.

Esta reserva —que quizás no es sino el resultado de un malentendido sobre textos difíciles— me parece que no tiene que condenar sus desarrollos. Pues su trabajo de "desinflado" del nombre propio —es decir del Edipo— tendría que ser, por el contrario, desarrollado. No es solamente justo afirmar que el psicoanálisis tiene algo que hacer con el objeto de la lógica o el de las matemáticas, por ejemplo, sino que igualmente conviene señalar concretamente su relación con el conjunto de las apuestas políticas contemporáneas. El único reproche que le haría a Nassif, es que me parece que tiene tendencia, implícitamente, a rebajar el orden de la historia respecto del de la ciencia, tendencia que en un Althusser se verá reforzada por rebajas suplementarias de la ciencia respecto de la teoría, y de la teoría misma en relación a una actividad literaria que por otra parte no carece de encantos.

Retomemos la batería de conceptos propuestos por Nassif; recordemos que nos había prevenido de una pérdida sin apelación de los beneficios de la cientificidad y de una caída a los infiernos de la ideología en el caso en que un *dominio* cesara de ser *definible* en un campo del *saber* por la *estructuración* de un discurso en sí mismo productor del objeto del mencionado saber.

Ocurría lo mismo en el caso en que llegara a faltar uno cualquiera de los otros cuatro términos de este círculo —dominio, saber, discurso u objeto—, o una de las tres relaciones que lo constituyen —definición, estructuración o producción— y a las cuales Nassif se cuida de agregar una cuarta: *la pertenencia* del objeto producido al saber, temiendo ver precisamente que sus fórmulas se cierren en círculo. Pero, justamente, el objeto del saber se le escapa por el lado esencial, que es el de la realidad histórica.

Tomar en consideración la realidad del compromiso del psicoanálisis en el discurso político nos llevaría a tener en cuenta, junto al discurso *del* analista en su resultado cotidiano al nivel, por ejemplo, de la transferencia y de la interpretación, otro discurso que defina, a su vez, un dominio distinto, a saber: el contrarresultado que constituye el discurso institucional *sobre* el psicoanálisis y que constituye un eco, hasta el centro de la praxis analítica, de la inmensa e interminable charlatanería *sobre* el psicoanálisis, de las ideas recibidas en la materia tanto por Radio-Luxemburgo como en el seno de las diversas sociedades de crédito. Polarizada entre esos dominios

antagónicos, *la formación* analítica no es, de hecho, más que la resultante de esos resultados vectorizados en sentido contrario, mientras que la *enseñanza*, encargada de discernir, según un procedimiento u otro, los certificados de competencia, continúa tranquilamente sacrificando una parte esencial del campo psicoanalítico en el altar de las divinidades dominantes del pensamiento médico y psicologizante.

El problema que se nos plantea es el de saber en qué *condiciones efectivas* el discurso psicoanalítico podría desprenderse al mismo tiempo de la inextricable red institucional del cual queda prisionero y de los diversos mitos que tienden a someter su producción a un ideal compuesto de conformidad con los modelos sociales dominantes en el orden moral, religioso, político, científico, etc.

¿Qué tipos de efectos y contra-efectos puede esperarse durante la estructuración de una escuela en este nuevo dominio así definido? No es posible esperar que la respuesta nos llegue de ese "discurso sin archivos" que se ha establecido ahora en posición de referente de otros discursos, y que no tendría más que contar los casos sin poder hacerlos funcionar en términos de verdad, así como lo señala Nassif muy justamente.

Lacan mismo ¿no podría hacer hablar a ese "discurso sin palabra" sobre el cual, digámoslo de paso, cada cual en la Ecole espera que terminará por decirnos un poco más? ¿No podría servirnos en bandeja alguna verdad salida de precisas directivas sobre estas cuestiones de la enseñanza? Las cosas están de tal modo hechas que, desgraciadamente, incluso la ciencia misma hecha hombre no podría suplir en este registro a un compromiso colectivo, a un proyecto político común. Y sin dudas es en la Ecole donde se imparte la temible responsabilidad de tener que transformarse en ese "templum" institucional, para trasponer la expresión de Nassif, sobre el cual podría finalmente inscribirse, a modo de insignia, y por medio de cierto número de operadores estructurales, la asunción de un corte repetido en lugar de la separación tradicional entre la enseñanza y la formación, haciéndolos suturar uno con otro en una extensión recíproca, y de modo tal que la enseñanza devenga el reverso topológico del trabajo analítico. El funcionamiento del análisis según un modo del tipo del "esquema de axioma"[5] y como repetición pura de un "discurso sin archivo" no podría precaverla de un contacto con el conjunto de los dominios científicos, políticos, institu-

[5] Siempre en las *Lettres*, p. 42, a propósito del texto de Nassif, Lacan expresa: "[...] lo que se llama diálogo analítico depende de hecho de un basamento perfectamente reductible a algunas articulaciones esenciales y formalizables".

cionales, etc. Al contrario, terminaría haciendo un trabajo de expulsión, en el seno de esos diversos dominios científicos, de todas las formas de intrusión del "se dice" *sobre* el psicoanálisis, de toda compulsión al archivismo universitario, de todo finalismo médico-social, de todo "revisionismo" que empaste la función de corte del objeto "a", en cualquier orden en que se manifieste la incidencia del deseo en su exigencia de verdad.

¡Lo menos que puede decirse es que por este camino la Ecole tiene todavía mucho que recorrer! Y para saber cuánto, propongo examinar su situación actual a la luz del axioma suplementario que podría formularse así: *la enseñanza de Lacan no es la enseñanza de la Ecole.*

En efecto, la Ecole no tendría que contentarse con un saber *sobre* la enseñanza, *sobre* los escritos de Lacan. Una cosa es la enseñanza de Lacan, otra la enseñanza que tendría que ser la de la Ecole. Respecto a estas cuestiones, y aunque no pueda sustituir al trabajo de la Ecole misma, Lacan ha dado algunas indicaciones sobre el tema de los cárteles, sobre las cuales (o junto a las cuales) hemos pasado muy rápido. La cosa pareciera comprendida, pero los miembros de la Ecole están todavía muy lejos de tener una localización común de lo que podría ser la función del cártel como modo de estructuración del campo del saber psicoanalítico. A menudo se escuchan fórmulas proponiendo al cártel como escala intermedia para "acceder" a las dificultades de la enseñanza de Lacan (¡!); esto me hacía decirle a mi vecino que se trataba en suma de poner en circulación una vacuna, un virus atenuado del lacanismo. Existen también "grupos de lectura de Lacan", pero hasta que se me demuestre lo contrario, insisto en pensar que estamos ante una especie de hinchazón de los escritos y del seminario; ya sea que produzcamos un Lacan simplificado, un Lacan Popular, especie de fermentación de las fórmulas sin respeto real de su trama, ya sea que tendamos hacia el ideal último de Bouvard y Pécuchet: la copia pura y simple.

Lo que es verdad de los textos de Lacan es *a fortiori* verdadero para todas las demás formas de enseñanza, para la lectura de textos teóricos, los "controles", etc. ¿Cómo desarrollar otro modo de producción, en este ámbito, que no constituyera una "simplificación" del texto; que yo pondría bajo el registro de un "nuevo archivismo"? Simplificación, pero también "intervención torpe" en todo lo que concierne a la extensión del análisis a los fenómenos de grupo, en particular en el seno de los cárteles, con el objetivo de neutralizar esas famosas "transferencias laterales" y toda esta especie de uso "fuera del texto" del objeto "a". ¿Y, al respecto, no convendría distinguir mejor el modo de funcionamiento del objeto "a" en la

praxis psicoanalítica y en la enseñanza? En el primer caso, el analista se encuentra potencialmente en posición de ser él mismo ese objeto "a"; la función del "uno con más" actuante en la relación llamada dual más bien como un "uno con menos", en la tangente de la supresión narcisista. En el segundo caso el objeto "a" actuará como "diferenciación" en las identificaciones y en los roles, amenazados de ver empastado su efecto por esta especie de juego de sociedad, juego de lugares intersubjetivo que desmultiplicaría al infinito las mutuas complacencias, las secretas jerarquías, las atracciones alienantes, etcétera.

Estoy persuadido de que esta incidencia de lo imaginario de grupo en la enseñanza requiere la implantación de una práctica analítica, específica en su técnica, constituyendo estrictamente hablando el *reverso* del trabajo del psicoanalizando sobre el diván. Reverso del psicoanálisis pues, esta vez no se trata de un proceso, que a la salida de una serie de transformaciones, desembocaría en la captación del objeto "a" en el nivel de lo que la literatura psicoanalítica ha localizado alrededor de los objetos parciales, de las zonas erógenas y de toda esta dimensión de corporalidad que tiene éxito entre los analistas de niños y de psicóticos, sino en la extensión de su efecto, a través de los fantasmas de grupo, al conjunto de los segmentos del campo social, sin evitarse incluso esta perversión solitaria de la letra que recordaba en mi argumento introductorio.

La promoción de este "nuevo archivismo" en el seno de los cárteles es algo que depende de lo que Oury designaba como el relato; su objeto es la recuperación de los escritos de la literatura analítica como acontecimiento o advenimiento de un corte repetido, el efecto de recurrencia, por ejemplo del discurso de Ana O. sobre el de Freud, o bien del discurso de Aimée sobre el de Lacan, pero también la repetición de los acontecimientos que han marcado la historia del movimiento psicoanalítico, la reiteración de las escisiones, de las exclusiones, de los desgarramientos, y esto desde los primeros pasos de Freud. Una confrontación deliberada con lo "real imposible" manifestado por esos cortes, repetidos como en eco, incluso en la historia del lacanismo y en la historia reciente de la Ecole freudiana, debería constituir un punto de fijación primordial de toda enseñanza.

Recuperar el texto en su sentido de corte repetido sin relacionarlo al sujeto de la enunciación, sin personalizarlo; obstaculizar la proliferación de lo que llamaba una perversión paradigmática... Hay al respecto un problema que no puedo desarrollar aquí, pero que me parece particularmente agudo en un aspecto del lacanismo: es la ambigüedad espiritualista que hace que la letra sea pensada como

pudiendo ser inscripta en el cuerpo, en el "cuerpo erógeno", ese mismo cuerpo que es considerado como una especie de sustancia lingüística unívoca. Pero la esencia de la letra no consiste en estar inscripta en el cuerpo, sino por el contrario, en inscribir el funcionamiento del objeto "a" en otros soportes, otras cadenas mucho más "desterritorializadas" que el famoso "esquema corporal"...

Si por tanto el trabajo del analizando[6] consiste en esta recuperación, en esta reducción fantasmática del funcionamiento del objeto "a" en el seno de la relación psicoanalítica, lo que en cambio estará cuestionado en el campo de la enseñanza es una extensión, un más allá y un más acá de lo imaginario en su relación con el cuerpo y la persona. Lo que favoreció la eclosión y persistencia en su seno de cierto número de corrientes ideológicas que no tienen nada que ver con el freudismo, es indudablemente la debilidad del funcionamiento de la Ecole como máquina de lectura, como máquina analítica al nivel de la enseñanza y de la formación.

¿Funcionará algún día la Ecole como estructura-enlace entre el discurso del psicoanalizando y el de las ciencias, el de la acción revolucionaria y los diversos ámbitos en que está implicado el objeto "a"; o tendrá que ser considerada, al fin de cuentas, del mismo modo que las otras oficinas psicoanaláticas, en tanto que obstáculo suplementario al desarrollo del freudo-lacanismo que secreta en su contra una especie de "enfermedad de desconocimiento", quizás más virulenta aún, en razón misma del hecho que habrá rozado de cerca el peligro de la verdad? Esta fina harina recordada por Nassif ¿dejará al fin de ser transformada en los molinos de las diversas sociedades especializadas en esta especie de pasta enmohecida que constituyó el pan de cada día de los psicoanalistas hasta la intervención, lamentablemente excepcional, de Lacan? Digamos que queda en suspenso, para la Ecole, una demostración que establezca que esta cuestión no ha caído definitivamente en... ¡lo indecidible!

Mientras tanto deberían distinguirse dos objetivos de trabajo: la elaboración, por una parte, de la *teoría del fantasma* a partir de la praxis psicoanalítica y, por otra, de la *teoría del fantasma de grupo* a partir de los discursos ideológicos de los diferentes estratos del socius a cuales el psicoanálisis puede tener acceso, y a partir de la conquista, del descubrimiento, de la invención de una praxis en el nivel de las instituciones susceptibles de rechazar este "archivismo del saber" en

[6] Término propuesto por Lacan para designar al paciente en la cura psicoanalítica.

cualquier nivel que se manifieste, ya se trate de la universidad, de los hospitales, del movimiento obrero, etcétera.

Y, para volver a los textos de Nassif, pienso que la distinción que propone entre el discurso de la praxis psicoanalítica y el discurso de la teoría sólo tendrá real interés si nos proporciona los medios de situar con más precisión la responsabilidad del movimiento psicoanalítico respecto de los diversos dominios en los que tendría que intervenir, a condición por supuesto de que comience por modificarse a sí mismo por completo. En lugar de esto, temo que sólo se trate de un presupuesto epistemológico cuya función no sea otra que la de reservar al marxismo el privilegio exclusivo de una intervención crítica en el conjunto de dominios sociales. Pienso, en particular, que Nassif se apresura un poco cuando reduce el "terreno del discurso psicoanalítico" al de la psiquiatría, y cuando manifiesta que el freudismo no ha realizado el corte epistemológico respecto de la ideología médica. Esto se justifica, según lo expresa, por el hecho de que el fantasma, portador en sí mismo de un principio de corte, dispensaría al dominio que constituye de tener que expulsar á la ideología dominante de otro modo que por los cortes repetidos que forman la esencia de la praxis analítica: en cada cura, el discurso psicoanalítico volviendo a partir de cero, como si fuera nada, el analista queda reducido a su vez a no ser más que un Charcot, luego un Jackson, un Bernheim, etc. Se redesplegará así en cada oportunidad una pura teoría en que los nombres de los autores serán reducidos a simples índices contingentes; una teoría pura de la repetición, impermeable a las contingencias y a los íconos históricos, a las que hacen, por ejemplo, que el psicoanalizando de hoy —ampliamente informado de que existen cosas *sobre* el psicoanálisis— ya no es más de ningún modo el mismo que el de Freud o el de Breuer, de manera tal que, por la fuerza de la histotria, la práctica de la cura ha terminado por modificarse radicalmente, el trabajo del analista se reduce a veces a no ser sino una obstinada lucha para hacer de contrapeso a un proceso antianalítico que tiene tendencia a desarrollarse como por sí mismo.

Pareciera no plantearle ningún problema a Nassif el hecho de que la revolución pueda encontrarse acreditada por dos cabezas teóricas, el marxismo, que tiene que dar cuenta del discurso de las ciencias, y el psicoanálisis de lo "imposible real". Este matrimonio tranquilizante me parece que se funda en una topología del ajuste de dominios —que Nassif escoja su imagen según le guste— al modo de las cajas chinas o de las muñecas rusas.

Por mi parte, encontraría más claro, pero también más inquietante, reconocer de una vez: 1) que el freudismo quedó impregnado con la *ideología dominante*, que ofrece los flancos a la utilización integracionista por parte del capitalismo y a la denegación que, como contrapeso, se desarrolló en su lugar en los países llamados socialistas (por otra parte es más por los problemas que evita que por sus posiciones explícitas que permite esta contaminación); 2) que además constituye una *teoría íntegramente nueva*, que aporta conceptos nuevos que implican una ruptura epistemológica radical, que atañe no sólo al discurso de las ciencias, sino igualmente a toda teoría y toda práctica de las instituciones sociales, comenzando sin dudas por el marxismo —la anteúltima teoría verdadera en cuanto a su data— que está gestando otro corte que lo llevará, a su tiempo, a dar al movimiento obrero las armas que lo impulsarán a salir del desbarajuste burocrático en el que aún se halla hundido, por el hecho, precisamente, de su carencia respecto a la cuestión del deseo.

En estas condiciones no me parece oportuno preparar ningún bálsamo teórico que pueda apaciguar la inquietud que, desde mayo de 1968, es observable en una parte de los ambientes psicoanalíticos. Entiéndaseme: decir del discurso psicoanalítico que tiene que situarse en la prolongación del discurso revolucionario no significa, en la etapa actual, que esté en condiciones de suplir, como si fuera por milagro, la incapacidad y la negación del movimiento obrero a tomar en consideración el deseo a escala de las luchas de clase, lo que se manifiesta por su tendencia irrefrenable en la burocratización interna y en su desconocimiento de la naturaleza real de las aspiraciones de las masas, por su intervención represiva contra la forma de las luchas llamadas salvajes, etc. Lo que se le exige a los psicoanalistas no es que se comprometan al azar, o que "voten por la izquierda", sino que hagan que el dominio del discurso psicoanalítico no se constituya en un obstáculo a la necesaria implicación de los otros discursos y, al contrario, que contribuya a la actualización de una teoría del deseo tal que la producción del objeto "a" pueda finalmente llevar su pleno efecto de estructura al conjunto de los dominios donde se trate del deseo. Se tratará, en la práctica, de la promoción de grupos analíticos en contrapunto, en adyacencia a las diversas instituciones, del análisis imaginario de casta, del análisis de la instancia de la letra en el burocratismo a todos los niveles, de las relaciones entre los fenómenos de burocracia y de la pulsión de muerte, etc. Todo lo que pudiera anticiparse en la actualidad en estas diversas direcciones consistiría en tender cables hacia el exterior susceptibles de ser recuperados más rápido de lo que se cree.

Pienso igualmente que habría que cuidarse de toda imprudencia en cuanto a una definición restrictiva de afuera y de adentro del análisis como de los límites del campo de intervención de la Ecole. Los cárteles, en particular, tendrían que seguir estando abiertos a todos los dominios, a la espera de un trabajo de verdad sobre el deseo. Además de su necesidad de archivismo, de lectura o de relectura, los cárteles tendrían que tener interés en mezclarse con la práctica del análisis institucional, es decir, al fin de cuentas, con el análisis político.

1970

GUERRILLA Y PSIQUIATRÍA*

Es en términos de lucha militante que se nos presenta, en unos quince testimonios grabados, informes de discusiones, extractos de diarios personales y artículos, esa especie de guerra de liberación que se lleva a cabo desde hace diez años para "derribar" a la institución tradicional. Y esto sin el menor pedantismo. De entrada un violento rechazo de toda pseudoneutralidad científica en ese dominio que, para los autores, es eminentemente político.

Todo comenzó en 1961. La nueva dirección del hospital —bajo el impulso del Dr. Basaglia— operó "una brusca ruptura de la solidaridad funcional" en el seno del personal, el deslinde de una "vanguardia" que rechazaba asumir por más tiempo el "mandato de cura y vigilancia" confiado por la sociedad represiva. Progresivamente, se abrieron todos los servicios: se instituyeron asambleas generales abiertas a todos, se intentificaron las comunidades, la organización de distracciones y de la socialterapia . . .

Al principio "nadie despegaba los labios", luego vino el deshielo, una intensa vida se apoderó de todos los servicios, más de cincuenta reuniones por semana se realizaban en el conjunto del hospital, se obtuvieron mejoras espectaculares, los enfermos fueron devueltos a sus hogares después de diez, de quince o veinte años de hospital.

Basaglia y Minguzzi deciden llevar a cabo una profunda investigación sobre las experiencias similares en Francia, las de la corriente de psicoterapia institucional, y en Inglaterra, las de las comunidades terapéuticas (en Dingleton bajo la dirección de Maxwell Jones). Progresivamente descubren sus propias concepciones, se alejan de esas otras tentativas que juzgan demasiado reformistas y enjuician sus propios procedimientos iniciales.

Hasta ahí, era el equipo dirigente —"la vanguardia"— que "concedía privilegios" a los enfermos. Los dados estaban cargados. Basaglia y su equipo deciden, en 1965, desarrollar más a fondo la "cultura comunitaria" que, poco a poco, gana terreno y modifica

* Análisis de Franco Basaglia, *L'Institution en négation*, ed. du Seuil, 1970, La Quinzaine, nº 94, mayo 1970. [Trad. cast.: *La institución negada*, Barcelona, Barral, 1972.]

La experiencia de Basaglia

las relaciones de fuerza reales entre el personal y los enfermos. Las concepciones de Maxwell Jones son criticadas: consideran que las técnicas del *reaching a consensus* no son, después de todo, más que un nuevo método de integración del enfermo a la sociedad que responde al "ideal de panorganización de la sociedad neocapitalista" (Lucio Schiter, p. 149). La famosa "tercera revolución psiquiátrica" no sería, según los autores, más que *"una tardía adaptación de las modalidades de control social del comportamiento patológico a los métodos de producción perfeccionados en el curso de los últimos cuarenta años por los sociólogos y técnicos de la comunicación de masas"* (p. 149).

Rechazan, pues, toda política de mejora y consolidación de los hospitales, esa política que en Francia llevaría a las corrientes psiquiátricas más innovadoras a colaborar estrechamente con el Ministerio de Salud, a elaborar con los altos funcionarios las circulares de reforma de los hospitales psiquiátricos, etc. Experiencia a la larga amarga y decepcionante, que condujo a la desesperación a algunos de los mejores psiquiatras franceses. Todavía últimamente, la reforma de la enseñanza de psiquiatría, dispuesta por los servicios de Edgar Faure, sembraría confusión en las filas de la impugnación psiquiátrica de mayo de 1968. La Sociedad de Psicoterapia Institucional misma salió mal parada del movimiento de mayo, estimando algunos psiquiatras "que no había ocurrido nada en mayo", en todo caso nada que pudiera interesar a la psicoterapia institucional. Posiciones violentamente contradictorias se enfrentaron durante un congreso internacional en Viena, en 1968, del que Basaglia terminó por retirarse dando un portazo.

En Italia, cuya situación hospitalaria y legislación son de las más arcaicas de Europa, semejantes ilusiones apenas si podían ser admitidas pues eran una bofetada infamante al prontuario de los internados, a la prohibición de los derechos civiles durante cinco años, a la tortura asfixiante: *"para impedir la respiración, un trapo, la mayoría de las veces mojado, se retuerce estrechamente alrededor del cuello: la pérdida del conocimiento es inmediata"* (Basaglia, p. 164).

Basaglia no se forjaba ilusiones sobre la experiencia de Gorizia: su futuro estaba condenado: a lo sumo las cosas evolucionarían como en las comunidades terapéuticas de Maxwell Jones en Dingleton es decir hacia un "compromiso didáctico y terapéutico extendido más a nivel del staff, pero que se encierra en la esfera particular de los intereses institucionales" (p. 100).

A diferencia de lo que sucede generalmente en otra parte, la "revolución psiquiátrica" de Basaglia y su equipo no es algo "para

No a los reformismos

reírse". De año en año se asiste a una verdadera escalada que significó por otra parte graves dificultades para sus promotores. El *open door*, la ergoterapia, la socialterapia, la sectorización, todo se pone a prueba pero no cuaja de un modo satisfactorio. ¿Acaso es el contexto del "mayo rampante" italiano lo que impele a ese rechazo permanente de toda autosatisfacción? ¿O bien la indiferencia del estado italiano y su incapacidad para promover reformas son las que desalientan todo intento de renovación? De todos modos, la "vanguardia" de Gorizia ha superado esa etapa: el "objetivo común" consiste ahora en el "derrocamiento institucional", la "negación de la institución", el equivalente italiano de la antipsiquiatría de Laing y Cooper en Inglaterra.[1]

La honestidad misma de este libro lleva a interrogarnos sobre el carácter desesperado del intento. ¿No respira secretamente el deseo de ver que todas las cosas se vengan abajo? ¿El proceso dialéctico no se está trasformando en una fuga hacia adelante, y, en cierto sentido, traicionándose a sí mismo? Para la *antipsiquiatría*, la intervención política constituye lo previo de toda terapéutica. Pero la consigna de "negación de la institución", que sólo tiene sentido cuando es asumida por una vanguardia real y sólidamente aferrada a la realidad social ¿no corre el peligro de servir de trampolín a una nueva forma de represión social, a nivel de la sociedad global esta vez y apuntando al status mismo de la locura?

Basaglia manifiesta que con los medicamentos que administra "el médico calma su propia ansiedad ante un enfermo con el cual no sabe entrar en contacto ni hallar un lenguaje común" (p. 117). Fórmula ambigua y quizás demagógica, ¡¡la psiformacología no es en sí una ciencia reaccionaria! Es el contexto de su utilización lo que debe ponerse en tela de juicio.

A la nosografía, igualmente, se la arroja por la borda con bastante ligereza. ¡Las vías de la represión son algunas veces sutiles! ¡Más eficaces que la policía, pueden transformarse los paladines de una normalidad a cualquier costo! Con las mejores intenciones del mundo, morales y políticas, se termina por negarle al loco el derecho de ser loco, él "es culpa de la sociedad" puede ocultar un modo de reprimir toda desviación. La negación institucional se convertiría entonces en una denegación —*Verneinung*, en el sentido freudiano— del singular hecho de la alienación mental. Antes de optar por la nosografía

[1] Véase Laing, *Politique de l'expérience*, ed. Stock, y *Recherches*, "Spécial enfance aliénée", II, diciembre de 1968; D. Cooper, *Psychiatrie et Antipsychiatrie*, ed. du Seuil, 1970. [Trad. cast.: *Psiquiatría y antipsiquiatría*, Buenos Aires, Paidós, 1972.]

Pero Basaglia ... de paso

Freud se dedicó a dar *verdaderamente* la palabra a los neuróticos, a liberarlos de cualquier efecto de sugestión. Renunciar a la sugestión médica para caer en la sugestión colectiva sólo constituiría un beneficio ilusorio.

Pienso que Basaglia y sus compañeros terminarán por superar algunas de sus formulaciones actuales, y diría que de manera terminante, "profundizando" su propia formulación de la alienación mental sin rebajarla sistemáticamente a la alienación social. Las cosas son relativamente sencillas y deben ser violentas cuando se trate de negar la institución represiva. Son mucho más difíciles cuando se trata de comprender la locura. Ciertas fórmulas de inspiración sartreana o maoísta ya no bastan.

La causalidad política no gobierna tan directamente la causalidad de la locura. Quizás es, inversamente, una disposición significante inconsciente, donde habita la locura, lo que predetermina el campo estructural en que se despliegan las opciones políticas, las pulsiones y las inhibiciones revolucionarias, junto o más allá de los determinismos sociales y económicos.

Afortunadamente, la tarea de Basaglia no cayó en una dogmática teórica. Este libro es importante en cuanto plantea miles de problemas que los doctos de la psiquiatría contemporánea eluden cuidadosamente.[2]

1970

[2] Las últimas líneas de este artículo, cortadas arbitrariamente por *La Quinzaine* afirmaban que por encima de todas las divergencias se imponía una solidaridad militante. Es un deber reafirmar este punto en el momento en que las disputas de F. Basaglia con la represión italiana dieron la ocasión al cronista médico del diario *Le Monde*, Madame Escoffier-Lamboitte, de un ataque solapado que, por medio de este asunto, apunta al conjunto de los intentos de renovación e innovación en psiquiatría.

¿DÓNDE COMIENZA LA PSICOTERAPIA DE GRUPO?*

¡Todo lo que se hace en grupo no tiene por qué ser forzosamente mejor que otra cosa! ¡O entonces se hace del grupo una religión! La vida en grupo puede tener efectos nocivos: se toma como pretexto al otro para dejar hacer las cosas y replegarse calladamente en sí mismo. Es posible retroceder en grupo. Es la división del trabajo al revés. Trabajar en grupo no es fácil.

Bueno, todo esto para decir que hay que desconfiar y no caer en la trampa de los grupistas de toda laya, y Dios sabe bien cuántos hay en este momento en nuestro ámbito especialmente. ¡Y sin embargo, a cada momento nos estamos valiendo de grupos en La Borde!

¿Es que utilizamos el mal contra el mal? Los individuos están perdidos en sí mismos, incapaces de reencontrarse, de unirse, verse llegar. Aspiran a algo que los sobrepase, sobre lo cual puedan inscribirse y a partir de lo cual puedan orientarse. ¡En lugar de dejarlos ladrar a la luna se forman grupos hasta el hartazgo! Y esto camina en verdad, pues la mayoría están muy contentos. Vuelven a pedir más. No quieren irse. Vuelven. Cuentan esto por todos lados.

¡Sin embargo, no hay por qué enloquecerse! ¡Es lo menos que puede hacerse, después de todo, por la gente!

Dar de comer, impartir instrucción, buenas maneras, vitaminas, vacunas, ofrecer distracciones... de grupo, ¡es bastante normal! Esto forma parte de las necesidades del mundo moderno. Como a menudo lo dice Oury, en ese caso, si a esto llamamos psicoterapia, hay que admitir sin dudas que el primer panadero que estacione su camión en una esquina cualquiera, de cualquier calle, hace más que nosotros y sin tanto barullo, congresos, revistas...

¡Entonces me detengo acá! ¿No hay nada más que decir?

Pensé que podría introducirse una nueva noción para reubicarnos mejor, la de *consistencia subjetiva*.

De a dos, la psicoterapia no marcha mucho, sólo a veces, pero en casos particulares, es preciso tipos que tengan una mentalidad un

* En *Bulletin du personnel de La Borde*.

¡El grupo no es una religión!

tanto particular. Freud decía que era necesario cierto nivel —hubiera tenido que agregar también cierto *standing*— para hacerse psicoanalizar. En La Borde, naturalmente, nunca somos completamente dos, siempre hay otros detrás, ¡si es que no escuchan detrás de las puertas! De a mil, la cosa no marcha mucho tampoco; miles de personas en la sala de pasos perdidos, en estación Saint-Lazare...

O entonces, si es la revolución, todo marcha bien. Pero es raro... Y luego esto no dura mucho tiempo.

Tiene que haber una cifra intermedia, una buena horquilla, es a lo que apunto con esta noción de consistencia.

La familia, no es que el número sea forzosamente malo, pero ahí no marcha por otras razones: la familia no está compuesta de personas que pueden hablar entre ellas. Es una mescolanza donde nadie encuentra sus críos. Todo bulle ahí adentro, pero nunca se sabe muy bien de donde viene: todo el mundo es el portavoz de todo el mundo, y al fin de cuentas quizás no sea todo sino la voz de los antepasados que continúa inscrutándose. ¡No, eso no es sano! ¡En todo caso, raramente es psicoterápico!

En La Borde, se ha ensayado todo. Pero, hasta ahora, siempre era demasiado grande: los cuatro grupos;[1] o muy pequeño: las responsabilidades individuales. Con las "unidades terapéuticas de base" UTB se procura un término medio, se busca constituir especies de familias artificiales.[2] No existe ningún problema de empleo del tiempo individual, de decisiones sobre la entrada, la salida, los lugares en la mesa, los medicamentos, etc., que no se consulte prioritariamente al UTB. La persona del UTB suplanta a los individuos que la componen. Y lejos de que esto elimine a los individuos en cuestión pareciera por el contrario, que los pone como nuevos. ¿Por qué habrá que considerar a este truco psicoterápico?

Pues bien, a causa de lo que decía hace un momento: es una superficie de localización, pero en relación a la cual, es menos

[1] El conjunto de la clínica estaba en ese entonces dividido en cuatro grupos.

[2] Las UTB están compuestas en término medio de 8 + ó — 2 pensionistas y 2 ó 2 + 1 monitores que ponen el máximo de cosas en común. La clínica de La Borde está dirigida, además, por comisiones funcionales igualmente paritarias entre los "asistidos" y los "asistentes". La originalidad de las UTB reside en que en su seno la diferencia entre "asistido" y "asistente" está suprimida al máximo: para cualquier cuestión que se trate, las instancias exteriores no se dirigen a las *personas* "normales o sanas" sino al conjunto de la UTB en tanto que grupo-sujeto. Evidentemente, la consistencia de la UTB no depende de su número. Depende ante todo de los fantasmas puestos en la balanza por sus miembros.

probable, esta vez escabullirse. A partir del momento en que ya no caemos en la trampa del grupismo, no se desconfía de sus efectos nocivos. Supongamos que usted esté en un gentío, por ejemplo, que defiende una barricada contra la policía. Si no conoce a la gente, siempre es posible que se escabulla. Esto carece de importancia. Pero si está con su UTB, la cuestión cambia totalmente. Lo que podrá tener todo tipo de consecuencias luego: se dirá esto o aquello... ¡A otro perro con ese hueso! Se corre el peligro de quedar sin salida. Estar irremediablemente perdido. La palabra ya no se desliza más. Es la palabra dada, la apuesta hecha, el trato concluido.

Aún ahí se ve la diferencia con la familia. En familia se dice algo, luego se dice lo contrario. Nos insultamos, no pasa nada:

—Tú dijiste que... Luego..., etc.

—No irás a decir que soy un mentiroso...

—¡Sí!

—Bueno, entonces no te hablo más, no me interesa, etc.

¡Ya sabemos como sigue!

El individuo solo no centra bien su palabra. Está en todas y en ninguna parte. Y, a veces, ella surge, habla sola. Es el principio del famoso "discurso interior".

El psicoanálisis clásico, el del diván, cuando todo va bien, de acuerdo, toda va bien. El tipo que habla está acorralado por el otro. Sólo que la cosa no camina en muchos casos cuando no hay nada que decir o cuando no quiere decir nada.

Con la UTB somos psicoanalistas por turno. Y además no, ni siquiera eso, el psicoanalista puede ser el truco que proyectamos hacer, el tipo con el que tropezamos: ir a esquiar, ir a casa del panadero... La palabra circula en un campo localizable, un campo finito pero abierto, que tiene, digamos, cierta consistencia subjetiva.

1971

RAYMOND Y EL GRUPO HISPANO*

El "Grupo Juvenil" de la Hispano y algunos militantes políticos que lo conformaban representó sin duda un intento de implantación en el ambiente obrero, excepcional por su éxito, de un modo de vida militante en ruptura marcada y consciente con las prácticas estalinianas y socialdemócratas en materia de acción llamada "masiva".

Los trotskistas de la anteguerra disponían de algunos puntos de apoyo en las empresas. Pero se trataba de militantes aislados, acorralados, y por la fuerza de las cosas sectarios, incapaces de llevar a cabo un trabajo en profundidad, siempre a la defensiva, polemistas consumados y a menudo de una valentía física admirable. Un verdadero muro de miedo y odio, cuasi de paranoia, separaba a los estalinianos del PCF y de la CGT de las "víboras lúbricas" trotskistas.

Por esa época mi participación activa en las residencias de los albergues de juventud me había acercado poco a poco al PCI (partido troskista antes de la gran escisión de 1951). Pero mi actividad seguía siendo aún ambivalente: por un lado, la atracción de los pequeños cenáculos llenos de humo, las discusiones estratégico-mundiales ("Aquí, no somos nada, ¡pero en Ceylán y en Bolivia los camaradas ya casi han tomado el poder [...]!"), luego el anuncio de una nueva escisión y otra vez la desesperanza... Por otro lado estaban los "compañeritos ajistas", los círculos más dinámicos de La Garenne, Courbevoie, Suresnes, Puteaux y, de hecho, una coexistencia más que pacífica, amigable incluso, con los jóvenes militantes locales de la UJRF y del PCF, por la sencilla razón de que nos conocíamos desde la escuela, porque los albergues eran mixtos y porque había entre nosotros chicas muy lindas, ¡mientras que en las UJ!...

Todos los años salíamos de a cincuenta o más en "caravana" hacia distintas partes. Recorríamos Europa haciendo auto-stop. Las veladas, las fraternales reuniones de un día, la confianza absoluta...

* Carta publicada como apéndice del libro *Obreros frente a los aparatos*, Maspero, 1970. Libro colectivo que relata una experiencia militante en la fábrica Hispano-Suiza. Esta carta constituía también un homenaje a Raymond Petit, iniciador de la experiencia y corredactor del libro, que acababa de morir en el momento de la publicación de la obra.

¡Era algo a pesar de todo! Raymond, después de múltiples y extraordinarios vagabundeos por las rutas de la Liberación, era particularmente alérgico a las arandelas que agujeraba todo el santo día en las fábricas Hispano-Suiza. Hasta en el taller conservaba un perfume de retama en flor que traía consigo de los week-ends del camping... Muchísimos jóvenes de la empresa se acercaron a él, y constituyó el Grupo Juvenil de la Hispano que adquirió de golpe un desarrollo fulminante.

Al principio, el PCF local no veía nada de malo en ello. Pero no era el caso de la dirección de la fábrica: desde la primera caravana, organizada en el mes de agosto, fuera de todo marco institucional, habían reparado en el "agitador" que era preciso neutralizar (proponiéndole un rápido ascenso) o del que había que desembarazarse prontamente (haciéndole la vida insostenible en el taller). Raymond no dejaba de tener ciertamente sus reservas respecto del "aparato", pero no tenía más opción: aceptó convertirse en permanente del comité de empresa para ocuparse de las distracciones de los jóvenes de la fábrica.

Discutíamos entonces sobre la enconada lucha de influencias dentro del aparato, para preservar así la autonomía de este grupo juvenil dueño de un dinamismo desbordante. La CGT intervenía sobre los créditos, sobre los locales, el partido quería crear un grupo UJRF, para tomar el control de las operaciones... Secretamente, viejos militantes sostenían la experiencia. Al no conseguir su objetivo, el aparato del partido se hartó. Raymond fue devuelto a la base, se reencontró con su "bicicleta" y sus compañeros de taller. Pero tiempo después, era delegado del personal. ¡Normalmente, las cosas hubieran tenido que pararse ahí! ¡De ningún modo, por el contrario, crecerían aún más!

Por mi parte, estudiante secundario, luego estudiante trotskista, tenía ciertos reparos en admitir las prudencias tácticas de Raymond... ¿Por qué tantas precauciones? No fue sino poco a poco como comencé a comprender la naturaleza de las extraordinarias resistencias, del egoísmo, del "yoismo" que existían en el aparato local del partido y de la CGT, a los que era preciso eludir y desbaratar. Muchas veces tuve la oportunidad de discutir directamente con esos "bonzos". En particular durante un curso de Baillet, donde propuse a los participantes, al modo de un juego, una especie de encuesta de opinión que, una vez analizada, concluyó actualizando demandas reivindicativas y anhelos en materia de organización que eran las antípodas del programa y la práctica de la CGT (particularmente en la cuestión de los aumentos salariales no jerarquizados).

Historia de trotskistas

Sucedió que algunas veces más o menos directamente me opuse a Raymond: en particular en 1950, cuando los trotskistas hicieron un gran barullo por el envío de "brigadas" a Yugoslavia. Íbamos a indagar y decir "la verdad sobre Yugoslavia" que, de la noche a la mañana, los estalinianos calificaban de "fascista". (Ya verás, me decía un militante de la sección del PCF de Courbevoie, veterano de las Brigadas Internacionales. Comprobarás que los norteamericanos han instalado bases allá, te voy a dar un mapa de su instalación. Cuando regreses, nos dirás todo lo que has visto. Tenemos confianza en tí. Si fueras trotskista, ya no sería lo mismo, no discutiríamos, ¡te romperíamos la cara!"). Acababa de recibir justamente mi carnet del partido trotskista luego de un largo curso probatorio y haberme sometido a prueba en el MJR (Mouvement Révolutionnaire de la jeunnesse). Me acuerdo que se armó un gran lío porque había decidido, el hijo del viejo alcalde comunista de La Garenne, ir a Yugoslavia. Los militantes del partido comunista comenzaban a mirarme con inquina: "Te denunciaremos en la prensa local". Por supuesto, había llevado mi propaganda para las "brigadas" al grupo juvenil de la Hispano. Raymond, inmediatamente después de mi paso, había retirado prudentemente los afiches del local... Después, cuando reflexioné vi que había tenido razón. ¿Había que buscar acaso por esa causa un conflicto? La ruptura con el aparato la tenía que consumar él públicamente, pero el conflicto, esta vez, había de ser una manifestación de los obreros de la fábrica en la calle, impuesta por la juventud a los burócratas contra la guerra de Argelia y, de hecho, contra los poderes especiales. A decir verdad, hacíamos por anticipado una política de "entrismo". Hasta qué punto los resultados de nuestras acciones inspiraron a los teóricos trotskistas del "entrismo *sui generis*", son ellos quienes tienen que decirlo.

Con la escisión del PCI, se habían hundido todas mis esperanzas. El grupo Pablo-Frank-Privas, favorable al entrismo en el PCF estaba aislado. El entrismo se convertía en una ficción, ya que los mejores militantes seguían a Lambert-Bleibtreu y, con ellos, mis mejores compañeros del MJR. Voté, con el corazón desgarrado, por el grupo Pablo. Por ese entonces era responsable de la tendencia troskista en los albergues juveniles (ACLAJPA). ¡Bruscamente tuve que dejar todo! Salí en pleno Congreso Nacional de los AJ. Fui a discutir durante horas y horas con Jean Oury que dirigía entonces la clínica de Saumery en el Loir-et-Cher. En la discusión desfilaba todo: la política, el psicoanálisis, la psiquiatría, la literatura... A partir de ahí habría de dejar a mi familia, reorientar mis estudios, y así fue como, *en los*

hechos, Raymond y yo iniciamos la constitución de un grupo político autónomo, digamos "entrista".

Ese grupo estaba compuesto por tres tipos de elementos:
—los más viejos de los grupos ajistas locales,
—el núcleo de los animadores del grupo juvenil de la Hispano,
—estudiantes de La Sorbona: en lo esencial, miembros de la "cédula filo" del PCF (al que se uniría posteriormente Lucien Sebarg).

Desde 1951, desarrollamos una acción original en diversos sectores, en el Partido, en los círculos de "Amistad franco-china" (Raymond fue uno de los primeros franceses en visitar China en 1953), en organizaciones como "Turismo y Trabajo", etc. Podía realizarse toda una comunicación entre estudiantes y jóvenes militantes obreros. Pero los burócratas de la sección 6ª, los de la Hispano y los de las células locales (por ejemplo, dirigentes, en su época, de la Casa Juvenil de Courbevoie) estaban al acecho: había que detener una cosa semejante. De hecho, nos vimos desbordados por la llegada de nuevos estudiantes y obreros. Si bien con muchas reticencias, nos fuimos acercando progresivamente al grupo Frank-PCI. (*La Verité des travailleurs*). Justo en el momento en que Michel Mestre y Corvin trabajaban para producir su miniescisión y fundar *Le Communiste*. Dejamos que se nos embaucara con "cursos de formación", y finalmente terminamos adheridos al PCI ¡Nos habíamos dejado engañar! ¡Para mí significó nuevamente el curso probatorio! Los camaradas obreros de nuestro grupo fueron cuidadosamente aislados de los estudiantes en células distintas. (Siguiendo este camino es como adherirían por cierto tiempo al "PCI-*Vérité des Travailleurs*, Gaby Cohn-Bendit, el hermano de Dany, Lucien Sebag y, por su lado, pero mucho más durablemente... los hermanos Krivine.)

Mientras que, poco tiempo antes, nos sentíamos aplastados por las responsabilidades en nuestro grupo autónomo, ahora nos sentíamos libres y algo desamparados. Con algunos camaradas estudiantes —entre los cuales estaba Lucien Sebag— y teniendo el cuidado de que la dirección del PCI, de la que desconfiábamos, no lo advirtiera, fundamos un órgano opositor interno al PCF: *Tribune de discussion*. Sólo existía en ese entonces *Unir*, pero ese boletín era injustamente calumniado y, en conjunto, más bien mal visto por todos. ¡Fue un éxito total! Decenas de intelectuales del partido se acercaron a esta *Tribune* (entre ellos Henri Lefebvre), Sartre dio su apoyo... La *Tribune* gozaba de una gran consideración: todos estaban persuadidos de que la dirigían militantes obreros, ¡quizás fuera esto un efecto de contaminación de la existencia del grupo Hispano!

1956 fue el año en que se anudaron muchas cosas: el XX Congreso, la guerra de Argelia y el voto de los poderes especiales por el PCF, la expedición a Suez, Budapest, el incendio de *L'Humanité*, el reflujo...

Surgieron otros opositores. Habían fundado *L'Etincelle* (con Gérard Spitzer). Con ayuda de los trotskistas se creó una gran confusión: la oposición comunista terminó rompiéndose en pedazos. El PCI se llevaba consigo *Voie communiste*, primera fórmula que pretendía, como subtítulo, "continuar" *L'Etincelle-Tribune de discussion* (nº 1, enero de 1958), fruto de una efímera fusión de los dos primeros boletines. *La Voie communiste*, surgía para enfrentar a *Voies nouvelles*, conformada principalmente por militantes de la célula "Sorbona-Letras" del partido. Hubo también una *Tribune du communisme* que se uniría al PSU en construcción.

¡Todo estaba completamente perdido! Raymond, los camaradas de nuestro grupo y yo mismo decidimos dejar el PCI. ¡Estábamos ya más que hartos! El 13 de mayo de 1958 se produjo una fantochada increíble de movilización del PCI en vista de la organización de... la resistencia. Nosotros queríamos salvar, en tanto fuera posible, lo que quedaba de la corriente opositora: forzados entramos a la redacción de *La Voie communiste* y nos dedicamos abiertamente a eliminar a los trotskistas que allí reinaban. Algunos dirigentes del PCI nos alentaban calladamente, pero muy pocos nos siguieron en la escisión. (Mis artículos en *La Voie communiste* los firmaba como Claude Arrieux).

No sé si todos los camaradas del grupo Hispano tuvieron conciencia de que, sin su apoyo y, sobre todo, sin el precedente que significaba la existencia de su grupo, *La Voie communiste no habría estado nunca en condiciones de lograr su independencia*. Desde hacía tiempo sentíamos deseos de reconstruir un grupo abierto y no sectario, puesto que nunca habíamos podido adaptarnos a las manías centralistas de los trotskistas. Además, si lo esencial de los estudiantes trotskistas (dejando a un lado a los hermanos Krivine) nos siguieron, al menos por un tiempo, alrededor de esta nueva *Voie communiste*, fue en parte a causa del prestigio que tenía para ellos ese grupo militante de la Hispano-Suiza.

Sin dudas que había en ello cierta parte de eficiencia mítica. ¡Pero es así! Se unirían de igual modo a nosotros algunos militantes responsables de la sección de Montreuil del PCF, un grupo de comunistas libertarios, Gérard Spitzer y muchísimos militantes anticolonialistas cuya confianza nos habíamos ganado como consecuencia de nuestra pública ruptura con los trotskistas.

La publicación de esos 49 números de *La Voie communiste* (noviembre de 1958 - febrero de 1965) fue una especie de epopeya. Fue el único movimiento marxista que disponiendo de un mínimo de audiencia sostuvo sin prejuicios ni reticencias la lucha del FLN. (Parece haberse olvidado que al llamado de los 121, al ser rechazado por la mayoría del PSU, incluido Claude Bourdet, fue *La Voie* quien lo publicó, lo que dio motivo para que fuera rápidamente incautada.) Con *La Voie communiste* el "apoyo" perdía su carácter romántico-delirante ya que se ligaba a las luchas de la vanguardia revolucionaria francesa. ¡En este combate los camaradas de la Hispano no fueron los últimos! Continuas incautaciones del diario y difusión clandestina, prisión por varios años de dos directores sucesivos, organización de espectaculares evasiones . . .

Raymond, despedido de Hispano en 1958 (al mismo tiempo que muchos otros), denunciado como "trotskista" por los burócratas de la CGT que habían seguido sus huellas, había perdido toda posibilidad de trabajo militante en fábrica. Quedó entonces efectivo en *La Voie communiste*. Concentraba un enorme trabajo, siempre con la misma flema y el mismo rigor.

Aparte de las asambleas generales, los grupos militantes vivían cada uno por su lado. De hecho, existían pocos contactos con los compañeros del grupo de Hispano (llamado "grupo Simca" para despistar, ¡lo que llevaría a algunos equívocos graciosos!). Sin embargo, este grupo, que era acosado por el PCF y la CGT, difundía clandestinamente en la fábrica centenares de ejemplares de *La Voie communiste*.

Con el fin de la guerra de Argelia se produjo la desbandada. Los líos de las wilayas, la fundación del PRS de Boudiaf . . . , el aislamiento. Tres cuartas partes de los militantes de *La Voie* se convirtieron en benbellistas, ensalzando la revolución por medio de la autogestión al modo de los "pablistas", o bien se dispersaron lentamente. Quedamos sólo nosotros. ¡Era el infierno!

Raymond y yo nos distanciamos del núcleo activista que controlaba la orientación del diario y que comenzaba a forjarse ilusiones sobre las "posibilidades" abiertas por la nueva orientación del Partido Comunista Chino ("Declaración de los 25 puntos"). Significó la fundación de la efímera *Association propulaire franco-chinoise* (APFC), hacia fines de 1963, desautorizada con prontitud por los dirigentes chinos.

Por mi parte me encontraba sobre todo vinculado con los militantes de la UNEF y de la UEC, en la que se estaba desarrollando la crisis que la llevaría a su rompimiento.

Carente de contenido y perspectiva, *La Voie Communiste* terminó por apagarse.

Un movimiento más amplio y más abierto se constituyó bajo la sigla de la Opposition de gauche, que reunía a militantes salidos de la UEC, de *La Voie communiste*, de la UNEF, etc. Además de su trabajo en el ambiente estudiantil la "OG" intervendría en la lucha contra Vietnam, trabajando en particular con el Movimiento del millón, y en el sostén de las luchas en América Latina con la fundación de la Organización de solidarité à la revolution latino-américaine (OSARLA), por iniciativa de un antiguo militante de *La Voie communiste*, Michèle Firk, muerto en combate en Guatemala.

Paralelamente se desarrollaba la Federation des groupes d'études et de recherches institutionelles (FGERI) y su revista *Recherches*.

Luego de una clarificación política el grupo Hispano decidió proseguir su trabajo en contacto con esta nueva Opposition de gauche y participó en la discusión de una puesta a punto política colectiva: *Las Nueve Tesis de la Oposición de izquierda*, que fueron publicadas como folleto a comienzos de 1966.[1]

Además, los camaradas del grupo Hispano conformaron, en el marco de la FGERI, el Groupe d'études et de travail sur le mouvement ouvrier (GETMO).

De hecho, fue la primera vez que un diálogo real pudo entablarse entre todos esos militantes obreros, esos maestros, esos estudiantes, esos trabajadores del sector de la salud . . . que, no obstante, se conocían de tiempo atrás. ¡Pero, antes de esta reorientación, era como si hubiese estado prohibido hablar de otra cosa que no fuera de política! Una nueva barrera imaginaria acababa de ser rota, y esta ruptura prefiguraba, en cierto modo, lo que iría a pasar en mayo de 1968.

El hecho de que miembros de la Secretaría Nacional de la UEC, por ejemplo, hayan podido trabajar en conexión permanente con un grupo como el de Hispano sería por cierto determinante en su evolución.

Es cierto que en mayo de 1968 fuimos todos superados; aun cuando todos los militantes de esta corriente estaban a la misma altura que el Movimiento 22 de marzo y los comités de acción (desde febrero de 1968 ciertos contactos se habían establecido por parte de los estudiantes de Nanterre). La llegada a las AG del 22 de marzo en Nanterre, a comienzos de mayo, y de militantes del grupo Hispano, quizás contribuyó a que las cosas avanzaran. Una vez más sé que se trata

[1] Véase resumen, en pp. 121-156.

de algo que actúa sobre todo en el nivel psicológico. Pero ¿por qué no?

Después de todo, ¿no fue acaso una especie de trabajo psicoanalítico de desmitificación el que llevamos a cabo a lo largo de años: explorar, quebrar y superar, en tanto que era posible, las manías y muletillas del militantismo revolucionario tradicional? Raymond y algunos otros miembros del grupo Hispano eran unos apasionados del psicoanálisis y la psiquiatría. Siempre que los "militantes formales" que venían de afuera lo descubrían, quedaban estupefactos. Antes de ser juzgados por sus ideas y programas, se juzgaba al militante por su seriedad, y a partir de criterios psicoanalíticos propiamente hablando. Discutir sobre problemas psicosexuales del grupo o sobre su orientación política, adquiría la misma importancia. Los militantes así formados tenían el don de irritar y desorientar a los interlocutores de los aparatos políticos y sindicales tradicionales. Pero al mismo tiempo tenían el don de captar jóvenes militantes no deformados aún.

En mi opinión, lo que constituyó el éxito del grupo Hispano fue haber sido el espacio de un corte deliberado en la textura habitual de las relaciones militantes. Lo que le concedió su importancia fue que este corte tuvo lugar *dentro de una importante empresa metalúrgica*. Este grupo era algo que nadie terminaba de tragar. Es lo que, en nuestra formulación privada, llamamos un "grupo analítico". Un grupo que se atraviesa en el orden "normal" de las cosas. Un "grupo-lapsus" que permite que el deseo de los trabajadores jóvenes se exprese: deseo de terminar con el formalismo, con el dogmatismo, con los modos de actuar burocráticos, que se termine con esas reuniones en las que uno se pudre y que sólo sirven de escena teatral para las exhibiciones narcisistas de los burócratas, deseo de poder hablar cueste lo que cueste de cosas verdaderas —por tanto revolucionarias—, lo que hace que los tipos no estén tranquilos, que quieran que esto cambie . . .

Quizás la historia —una historia que deberá tratar del inconsciente— sitúe algún día en su justo lugar el trabajo del grupo Hispano.

1970.

LOS MAOS-MAOS O EL MAYO IMPOSIBLE*

Releyendo su autocrítica a propósito de un libro sobre Mayo —*Vers la guerre civile*—, dos dirigentes de la Gauche proletarienne podrían comprobar que su objetivo, desdichadamente, queda desvirtuado por una "s".

Después de una ejecución sumaria, a lo Zhdanov, en tres líneas, en sus extravíos freudo-guevaristas —escorias pequeñoburguesas—, celebran en estos términos las virtudes salvadoras de la escoba-mao que pasó sobre todo este polvo: "Lo que efectivamente lo barrió es el reconocimiento, mediante la GP, del maoísmo en su universalidad y sin realidad en Francia, y el trabajo de construcción de la GP en su lucha de masas".[1]

Estimado camarada corredor de *L'Idiot*, ruego que tomes nota de que tu has leído una "s" y no una "d".**

Negándose, en adelante, a recurrir a la teoría freudiana del acto fallido, del lapsus y de la errata, corresponde a nuestros autores proponer la suya para dar cuenta del fenómeno. Esta errata no se les pudo haber escapado, puesto que agregaron una pequeña hoja mimeografiada para rectificarla. Al hacer esto, claro está, que ponían con tanta más razón atención en ello. Buena oportunidad para aplicar la fórmula enunciada en la página 31 del mismo opúsculo: "Si hay resistencia consciente o inconsciente, tenemos que romperla".[2]

El propósito queda literalmente aclarado: el maoísmo *carece* de realidad en Francia. Y de esto extrae todo su poder de convicción. Es un engaño susceptible de movilizar la libido y hacer que los más

[1] *Cahiers de la gauche Proletarienne*, nº 2, mayo 1970, p. 108.

[2] Los camaradas de la GP podrían reflexionar sobre esta frase de Kierkegaard: "Supóngase una concha dotada de conciencia —que es lo que no sería una de ellas en el fondo, sino mirándolo bien desde lo alto, una partícula integrante del conjunto— y que volviéndose contra su autor, por odio le prohíba castigarla, lanzándole un absurdo desafío: ¡no! no conseguirás aniquilarme, permaneceré como un testigo en tu contra, como un testigo de que no eres más que un ¡pobre autor!". (*Tratado de la desesperación*, N.R.F., p. 153).

* En *L'Idiot international*, nº 8 y 9, julio-agosto 1970.

** Juego de palabras entre *dans* (en) y *sans* (sin). [N. del T.]

osados se batan a cuerpo descubierto contra lo que Lacan designa como lo "real imposible".

La revolución es en Francia manifiestamente imposible. Esta es la opinión de toda la gente seria, desde el asombrado juez del proceso a Le Dantec y Le Bris, hasta los doctos cretinos de la Ligue communiste ("Los trabajadores en su mayoría no están de ningún modo dispuestos a lanzarse en un movimiento de conjunto [. . .]", manifiesta Weber, ¡experto en masas, que antes de mayo de 1968, hacía exactamente el mismo diagnóstico!).

La evidencia *manifiesta* es la revolución imposible. ¿Cómo, a partir de ella, es posible descifrar un real *latente*, un inconsciente social de la revolución? Hay dos modos de proceder: o adosarse a los seiscientos millones de chinos y arremeter ciegamente a través de los vapores imaginarios, los sueños históricos . . . o tomar partido por ese "real imposible" y construir, con toda lucidez, pieza por pieza, la máquina revolucionaria. Pero sin engañarse, sin hacerse ilusiones sobre la misión histórica de la que seríamos portadores, el justo servicio del pueblo y toda esta catolicidad de mala ley.

Es preciso reconocer que, después de mayo de 1968, sólo la primera vía fue eficiente. Sólo los más chiflados de los maos franceses tuvieron la osadía y el descaro de obstinarse en salir del gheto estudiantil, relacionándose con las luchas de los jóvenes trabajadores y, finalmente, comenzar a desbloquear las luchas revolucionarias de 1970. Todo esto es un fárrago, en una logomaquia increíble, y del cual estos camaradas no hubieran podido librarse, hay que admitirlo, si se considera con contraste en qué parálisis, y qué inhibiciones permanecieron bloqueados los anarcos, los desorganizados y los intelectuales esclarecidos. ¡Así es! ¡Cuando más tonto se es, mejor marcha todo! ¡Se destierra el podrido mito de la Resistencia en Francia! ¡Y por qué no el Frente Nacional Unido, mientras se permanece en él!

Se trasplantan de buenas a primeras frases que el presidente Mao Tsé-tung pronunció hace treinta años en una China despótica y describen a Francia como una pradera alfombrada de árboles secos que arderá pronto: "La chispa no tardará en encender la pradera". Hablan de "pequeñas largas marchas de la juventud en dirección a las fábricas", el levantamiento del bidonville* de Argenteuil se convierte en el "Naxalbari francés". . .

En resumen, ¡están en pleno delirio y sin embargo eso anda! ¿La eficiencia de este movimiento no proviene precisamente de su

* Barrios de emergencia en Francia.

carácter de artificialidad? El artificio de escuchar "al pie de la letra" había permanecido, con el freudismo, en los límites de la psicopatología, con el surrealismo en los límites de las Bellas letras, pero con los seudomaoístas de la GP se tiene la sensación de estar en presencia de un freudosurrealismo de masa. Quizás sea este mismo fenómeno que hace totalmente fascinante a movimientos como los Zengakuren, Los Pantera Negra, los Weathermen, etc. La revolución en los países capitalistas necesitará, en su axiomática, una considerable cantidad de paradoja, de humor negro, de espectáculo, de provocación de violencia desesperada.

El extraordinario mérito de la GP en Francia, consiste en haber tenido el valor de aprobar públicamente los sabotajes, de haber lanzado la consigna "tienen razón en secuestrar a los patrones", de instar a hacer pintadas esperando que se los prenda, de lanzar sus destacamentos al asalto de su propio miedo y en expediciones que, no por ser menos sangrientas que las de un Che Guevara, dejan de merecer respeto.

Es como si la revolución cultural china hubiera puesto en circulación cierto modelo de lucha espontánea que durante algún tiempo escapó en cierta medida de las manos del aparato del Partido Comunista Chino.

Ahora comienzan a desarrollarse en varios países capitalistas, bajo la bandera del maoísmo, esas nuevas formas de lucha que constituyen, de hecho, un retorno a las fuentes de la revolución violenta, que estaba desde hacía mucho tiempo reprimida por la picota ideológica de los grandes teóricos del marxismo-leninismo.

En suma, es la Revolución Cultural sin Mao, ¡incluso hasta contra Mao! ¡Si esto es lo que se está desarrollando, puede predecirse que habrá muchos interesados! Poco importa entonces este aspecto grotesco de retorno al estalinismo, ese gusto por el aspecto militar de las cosas, las directivas, el boyscoutismo, el "desprecio por el cansancio", el estilo de "trabajo-osado" "de vida sencilla y lucha ardua" . . .

Si el combate iniciado por la GP se desarrolla, las contradicciones objetivas que la caracterizarán acabarán con todas esas manías centralistas que provienen más de la angustia que de la asquerosidad burocrática. Dejando a un lado a los frailones perversos habituales, el conjunto de esos camaradas, en su búsqueda a tientas por construir un nuevo instrumento de lucha revolucionaria, terminará por enjuiciar esas formulaciones de manera definitiva y sus actitudes rígidas y burocráticas que son objetivamente contrarias para el despegue de la lucha de masas.

El movimiento obrero ha vivido hasta ahora con teorías que se negaban a considerar el deseo. Reabsorbiendo la ideología de la clase dominante en materia de represión moral y sexual, las organizaciones obreras provocaron sus propias formas de perversión burocrática. La evolución de las fuerzas productivas, la quiebra de las instituciones burguesas, de la familia conyugal en el estado, todo concurre al estallido de ese superyó.

El maoísmo neoestaliniano (no el de la GP), las diversas formas de revisionismo, son las últimas murallas de cierta imagen de la persona inyectada en el movimiento obrero, de una metodología maniqueísta y de una introyección inconsciente de la persecución burguesa bajo los imperativos de la buena conducta: "Los militantes tienen que ser los mejores obreros, los niños buenos, luchar por el bien y la felicidad del pueblo".

¡En verdad, el deseo, el de las masas revolucionarias, no ha sacado mucho ni del bien ni del mal! Exigen en principio y ante todo el aplastamiento de las relaciones de producción, incluido su aspecto de alienación imaginaria.

En mayo se rompieron las últimas barreras del estalinismo y de la moral burguesa. Persisten todavía pero ya nadie cree en ellas.

Los simulacros del tradicionalismo militante intentan volver como viejas prostitutas: ¡pero la cosa ya no camina más! "¡Nunca más el partido de Maurice Thorez!". Ha terminado la teoría de los sindicatos como correas de transmisión entre el partido y las masas. Hay que buscar otra cosa: ¡en lo posible algo completamente distinto! Algo que conjugue la eficiencia revolucionaria y el deseo.

1970

SOMOS TODOS GRUPÚSCULOS*

Militar es obrar. Las palabras no interesan un bledo, lo que se requiere son actos. Fácil es decirlo, sobre todo en los países donde las fuerzas materiales dependen cada vez más de las máquinas técnicas y del desarrollo de las ciencias.

Derrocar el zarismo implicaba la acción de decenas de millones de explotados y su movilización contra la atroz máquina represiva de la sociedad y el estado ruso, era hacer tomar conciencia a las masas de su fuerza irresistible ante la fragilidad del enemigo de clase; fragilidad que había que hacerla evidente, que había que demostrar en el enfrentamiento.

Para nosotros, en los países "ricos", las cosas suceden de un modo totalmente distinto; no es tan seguro que tengamos que enfrentar a un *tigre de papel*. El enemigo se ha infiltrado por todas partes, ha secretado una inmensa interzona pequeñoburguesa para atenuar lo más que se pueda los límites de clase. La clase obrera misma está profundamente infiltrada. No solamente por medio de los sindicatos amarillos, de los partidos traidores, socialdemócratas o revisionistas . . . , sino infiltrada también por el hecho de *su participación material e inconsciente* en los sistemas dominantes del capitalismo monopolista de estado y el socialismo burocrático. En principio participación material a escala planetaria: las clases obreras de los países económicamente desarrollados están objetivamente implicadas, aunque más no fuera por la creciente diferencia de los niveles de vida relativos, en la explotación internacional de los antiguos países coloniales. Luego participación inconsciente y de todo tipo de formas: los trabajadores reabsorben más o menos pasivamente los modelos sociales dominantes, las actitudes y los sistemas de valor mistificadores de la burguesía —reprobación del robo, de la pereza, de la enfermedad, etc.— reproduciendo por su propia cuenta objetos institucionales alienantes tales como la familia conyugal y lo que ésta implica de represión intrafamiliar entre los sexos y los niveles de edad, o bien su apego a la patria con su inevitable resabio de racismo (sin hablar del regionalismo o de los particularismos de todo tipo: profesionales,

* En *L'Idiot Liberté*, nº 1, diciembre de 1970.

sindicales, deportivos, etc., y de todas las demás barreras imaginarias que se levantan artificialmente entre los trabajadores, como es particularmente observable con la organización, a gran escala, del mercado de la competencia deportiva).

Desde su más temprana edad, y aunque no fuera más que en razón de que aprenden a leer en el rostro de sus padres, las víctimas del capitalismo y del "socialismo" burocrático están atormentadas por una angustia y una culpabilidad inconscientes que constituyen uno de los engranajes esenciales para el buen funcionamiento del sistema de autosometimiento de los individuos a la producción. El policía y el juez internos quizás son aún más eficaces que los ministerios del Interior y Justicia. La obtención de este resultado descansa en el desarrollo de un antagonismo acentuado entre un *ideal imaginario* que se inculca por sugestión colectiva a los individuos, y una *realidad totalmente distinta* que los espera en la esquina. ¡La sugestión audiovisual, los mass media, hacen milagros! Se obtiene así una valorización furiosa de un mundo imaginario maternal y familiar entrecortado de valores pretendidamente viriles, que tienden a la negación y a la rebaja del sexo femenino y, por ello mismo, a la promoción de un ideal de amor mítico, de una magia del confort y la salud que oculta una negación de la finitud y de la muerte; en definitiva, todo un sistema de demanda que perpetúa la dependencia inconsciente respecto del sistema de producción, lo que constituye la técnica de la "participación".

El resultado de este trabajo es la producción en serie de un individuo que estará también mal preparado para afrontar las pruebas importantes de su vida. Tendrá que enfrentar la realidad completamente desguarnecido, solo, sin recursos, obstaculizado por toda esta moral y este ideal estúpido que se le ha endilgado y del que no puede deshacerse. Ha sido, de algún modo, fragilizado, vulnerabilizado, ya está maduro para aferrarse a todas las cochinadas institucionales que se han tendido para acogerlo: la escuela, la jerarquía, el ejército, el aprendizaje de la fidelidad, de la sumisión, la modestia, el gusto por el trabajo, la familia, la patria, el sindicato, y aquí me paro... Ahora, toda su vida quedará carcomida en uno u otro grado por la incertidumbre de su condición respecto de los procesos de producción, de distribución y consumo, por la preocupación de su lugar en la sociedad y del lugar de sus semejantes. Cualquier cosa se le constituirá en un problema: un nuevo nacimiento, o "eso no anda bien en el colegio", o bien "los más grandes se aburren y molestan", las enfermedades, los casamientos, la vivienda, las vacaciones, todo está sujeto a llenarse de mierda.

¡Ay, qué mal estamos!

Entonces se vuelve inevitable un mínimo de ascenso por los escalones de la pirámide de las relaciones de producción. No hay necesidad de hacer un dibujo ni de dar una lección. A diferencia de los trabajadores jóvenes, los militantes de extracción estudiantil que van a trabajar a una fábrica están seguros de "encontrar algo" si se hacen echar; quiéranlo o no, no pueden escapar a la potencialidad que los marca con un inserción jerárquica "que podría ser mucho mejor". La verdad de los trabajadores es una dependencia de hecho y cuasi absoluta en relación a la máquina de producción; es el aplastamiento del deseo, dejando a un lado sus formas residuales y "normalizadas", el deseo bien pensante o bien militante; o bien es el refugio en una droga u otra, ¡a menos que se caiga en la locura o en el suicidio! ¿Quién establecerá el porcentaje de "accidentes de trabajo" que, en realidad, no son más que suicidios inconscientes?

El capitalismo puede arreglar siempre las cosas, emparcharlas localmente, pero en conjunto y en lo esencial va cada vez más de mal en peor. Dentro de veinte años gran parte de nosotros tendrá veinte años más, pero la humanidad se habrá casi duplicado. Si los cálculos de los expertos se revelan exactos, la Tierra alcanzará hacia 1990 cinco mil millones de habitantes. ¡Esto tendrá que plantear en el camino algunos problemas suplementarios! Y como nada ni nadie está en condiciones de prever ni organizar nada para acoger a estos recién llegados —aparte de algunos extravagantes en los organismos internacionales, que no han solucionado un solo problema político importante en veinticinco años desde su creación— podemos imaginar que seguramente ocurrirán muchas cosas en los años venideros. Cosas de todos los colores, verdes e inmaduras, revoluciones, pero también con toda seguridad, asquerosidades del tipo fascismo y compañía. Entonces, ¿qué hay que hacer? ¿esperar que lleguen? ¿pasar a la acción? De acuerdo, ¿pero dónde, quién, cómo? Eligiendo al azar. Pero la cosa no es tan sencilla, la respuesta a muchas preocupaciones está prevista, organizada, calculada por las máquinas de los poderes del estado. Estoy persuadido de que todas las variantes posibles de otro Mayo 1968 ya han sido programadas con IBM. Quizás no en Francia, porque están muy golpeados y, al mismo tiempo, tienen la lamentable experiencia de saber que este tipo de estupideces no constituye una garantía y porque no se ha encontrado aún nada serio para remplazar los ejércitos de policías y burócratas. Sea lo que fuere, ya es tiempo de que los revolucionarios reexaminen todos sus programas, puesto que hay un cierto número de ellos que empiezan a ser anticuados. Ya es hora de abandonar todo triunfalismo —que

deberíamos escribir con dos "l"—* para darse cuenta que no solamente se está con la mierda hasta el cuello, sino que la mierda penetra cada uno de nuestros poros, cada una de nuestras "organizaciones".

La lucha de clases ya no pasa simplemente por un frente delimitado entre los proletarios y los burgueses, fácilmente localizable en las ciudades y aldeas; está igualmente inscripta en muchísimos estigmas sobre la piel y la vida de los explotados, por las marcas de autoridad, de rango, de nivel de vida; es preciso descifrarla a partir del vocabulario de unos y otros, su modo de hablar, la marca de sus coches, la moda de sus vestimentas, etc. ¡No se termina nunca! La lucha de clases ha contaminado con un virus tal la actitud del maestro con *sus* alumnos, las de los padres con *sus* hijos, la del médico con *sus* enfermos; ha ganado el interior de cada uno de nosotros con *su yo,* con el ideal de *standing* que creemos es deber darnos a nosotros mismos. Ya es tiempo de organizarse en todos los niveles para hacer frente a esta lucha de clase generalizada. Se ha tornado imperativo elaborar una estrategia para cada uno de estos niveles, puesto que se condicionan mutuamente. De qué serviría, por ejemplo, proponer a las masas un programa de revolucionarización antiautoritaria contra los caudillitos y compañía, si los militantes mismos siguen siendo portadores de virus burocráticos sobreactivados, si se comportan con los militantes de otros grupos, dentro de su propio grupo, con sus allegados o bien cada uno por sí mismo, como perfectos canallas. Para qué afirmar la legitimidad de las aspiraciones de las masas si se niega el deseo por todas partes donde intenta salir a la superficie en la realidad cotidiana. Los fines políticos pertenecen a gente desencarnada. Piensan que se puede, que deben ahorrar todo tipo de preocupaciones en este ámbito para movilizar toda su energía contra objetivos políticos generales. ¡Es un error! Porque en ausencia del deseo la energía se disfraza bajo la forma de síntoma, de inhibición y de angustia. Y sin embargo, desde hace mucho tiempo no han faltado ocasiones para darse cuenta por sí mismos de estas cosas.

La puesta en acción de una energía susceptible de modificar las relaciones de fuerza no cae del cielo, no nace espontáneamente del programa justo o de la pura cientificidad de la teoría. Está determinada por la transformación de una energía biológica —la libido— en objetivos de lucha social. Es siempre demasiado fácil referirlo todo a las famosas contradicciones principales. Es muy abstracto. Es incluso un medio de defensa, un truco que ayuda a desarrollar

* El autor hace referencia al falo, que en francés se escribe *phallus*. [N. del T.]

fantasmas de grupo, estructuras de desconocimiento, un truco de burócrata; escudarse siempre detrás de algo que siempre está detrás, siempre en otra parte, cada vez más importante y nunca al alcance de la intervención inmediata de los interesados; es el principio de la "causa justa" que sirve para valorar todas las pequeñas estupideces, la perversión burocrática de poca monta, el sencillo placer que se experimenta en imponer —"por la buena causa"— tipos que te harán cagar, obligar a acciones puramente simbólicas y sacrificadas de las que todo el mundo se ríe sin importarle nada, comenzando por las masas mismas. Se trata de una forma de satisfacción sexual desviada de sus fines acostumbrados. Este tipo de perversiones no tendría casi importancia si se refiriera a otros objetos que no fuera la revolución, ¡sin embargo, tampoco esto falta! Lo fastidioso es que estos monómanos de la dirección revolucionaria consiguen, con la complicidad inconsciente de "la base", hundir la carga militante en *impasses* particularistas. Es *mi* grupo, es *mi* tendencia, es *mi* diario, nosotros tenemos razón, cada uno tiene su línea, existen ante otra línea, constituyen una pequeña identidad colectiva encarnada en su líder local . . . ¡En mayo de 1968 no se tuvieron en cuenta todas esas estupideces! En realidad, todo anduvo más o menos bien hasta el momento en que los "portavoces" de este o aquel grupo lograron levantar cabeza. Como si la palabra tuviera necesidad de ser trasportada. Ella se mueve bien sola y a una velocidad enloquecida en el seno de las masas, cuando es verdadera. El trabajo de los revolucionarios no es de trasportar la palabra, de mandar a decir las cosas, transferir modelos e imágenes; su trabajo es decir la verdad allí donde estén, sin más ni menos, sin agregarle nada, sin trampear. ¿Cómo reconocer este trabajo de la verdad? Es muy sencillo, hay un truco infalible: la verdad revolucionaria existe cuando nada puede ensuciarnos, cuando tenemos ansias de saber de qué se trata, cuando ya no existe el miedo, cuando nos vuelven las fuerzas, cuando se está dispuesto a arremeter hasta el fondo, sin importarnos lo que ocurra, incluido el riesgo de reventar. A la verdad se la vio actuar en Mayo de 1968: todo el mundo la comprendía sin dificultad. La verdad no es la teoría, ni la organización. Es después de haber surgido la verdad cuando la teoría y la organización podrán sacarse toda su mierda. Éstas terminan siempre por reencontrar y recuperar las cosas, con riesgo de deformarlas y de mentir. La autocrítica hay que hacerla siempre a la teoría y a la organización, pero nunca al deseo.

Lo que ahora está en cuestión es el trabajo de la verdad y del deseo en todas partes en que las cosas se enfrentan, se inhiben, se hunden. Los grupúsculos de hecho y de derecho, las comunas, las

bandas, y todo lo que se quiera en el izquierdismo, tienen que llevar a cabo un trabajo analítico sobre sí mismos tanto como un trabajo político en el exterior. Si no corren peligro de hundirse en esa especie de locura de la hegemonía, esa manía de grandeza que hace que algunos sueñen con reconstruir el "partido de Maurice Thorez" o el de Lenin, de Stalin o de Trostki, todos tan asquerosos y desactualizados como Jesucristo o de Gaulle, o cualquiera de esos desconocidos que nunca terminan por reventar.

Cada uno con su pequeño congreso anual, su pequeño CC, su gran BP,* su Secretaría y su secretaría general, y sus militantes de carrera con su antigüedad, y en la versión troskista, todo multiplicado a escala internacional (congresos mundiales, comité ejecutivo internacional, SI, etc.).

¿Por qué los grupúsculos en lugar de querer crecer no se multiplicarán hasta el infinito? ¡Cada uno con su grupúsculo! En cada fábrica, en cada calle, en cada escuela. ¡El reino de los comités de base! Pero grupúsculos que aceptaran ser lo que son en donde están. Y, de ser posible, una multiplicidad de grupúsculos que sustituyeran a las instituciones de la burguesía: la familia, la escuela, el sindicato, el club deportivo, etc. Grupúsculos que no temieran, además de sus objetivos revolucionarios, organizarse para la supervivencia material y moral de cada uno de sus miembros y todos los perdidos que lo rodean . . .

Entonces, la anarquía ¡vaya! Nada de coordinación, nada de centralización, nada de estado mayor . . . ¡Al contrario! Fijémonos en el movimiento de los Weathermen en EE.UU., están organizados en tribus, en bandas, etc., pero esto no les impide coordinarse y bastante bien.

Qué es lo que cambia si la cuestión de la coordinación, antes que en los individuos, se plantea para los grupos de base, para las familias artificiales, para las comunas . . . El individuo, tal como ha sido modelado por la máquina social dominante, es demasiado frágil, está muy expuesto a las sugestiones de cualquier naturaleza: droga, miedo, familia, etc. En un grupo de base puede esperarse recuperar un mínimo de identidad colectiva, pero sin megalomanía, con un sistema de control al alcance de la mano; de este modo el deseo en cuestión quizás pueda hacer valer mucho más su palabra, o bien podrá respetar sus compromisos militantes. En principio hay que terminar con el respeto a la vida privada: es el comienzo y el fin de la alienación social. Un grupo analítico, una *unidad de subversión*

* Bureau Politique.

Estamos hartos de grupúsculos

deseante, no tiene más vida privada: está vuelto a la vez hacia adentro y hacia afuera, hacia su contingencia, su finitud, y hacia sus objetivos de lucha. El movimiento revolucionario tiene por tanto que construirse una nueva forma de subjetividad, que no descanse más en el individuo y en la familia conyugal. La subversión de los modelos abstractos secretados por el capitalismo y que permanecen garantizados, hasta ahora, por la mayoría de los teóricos, es un previo absoluto para la recarga por las masas de la lucha revolucionaria.

Por el momento es de poca utilidad hacer planes sobre lo que debería ser la sociedad de mañana, la producción, el estado o no estado, el partido o no partido, la familia o no familia, cuando nada hay en verdad que pueda servir de soporte de la enunciación de algo que esté por encima. Los enunciados continuarán flotando en el vacío, indecidibles, en tanto que los *agentes colectivos de enunciación* no sean capaces de explorar las cosas en la realidad, en tanto que no dispongamos de ningún medio que nos aleje de la ideología dominante que se nos mete por la piel, que habla de sí misma en nosotros mismos, que, a nuestro pesar, nos lleva a cometer las peores cochinadas, las peores repeticiones, y tiende a hacer que siempre caigamos derrotados sobre los mismos caminos ya trillados.

1970